1772

940

CAS
ama

ANALES POLÍTICOS.

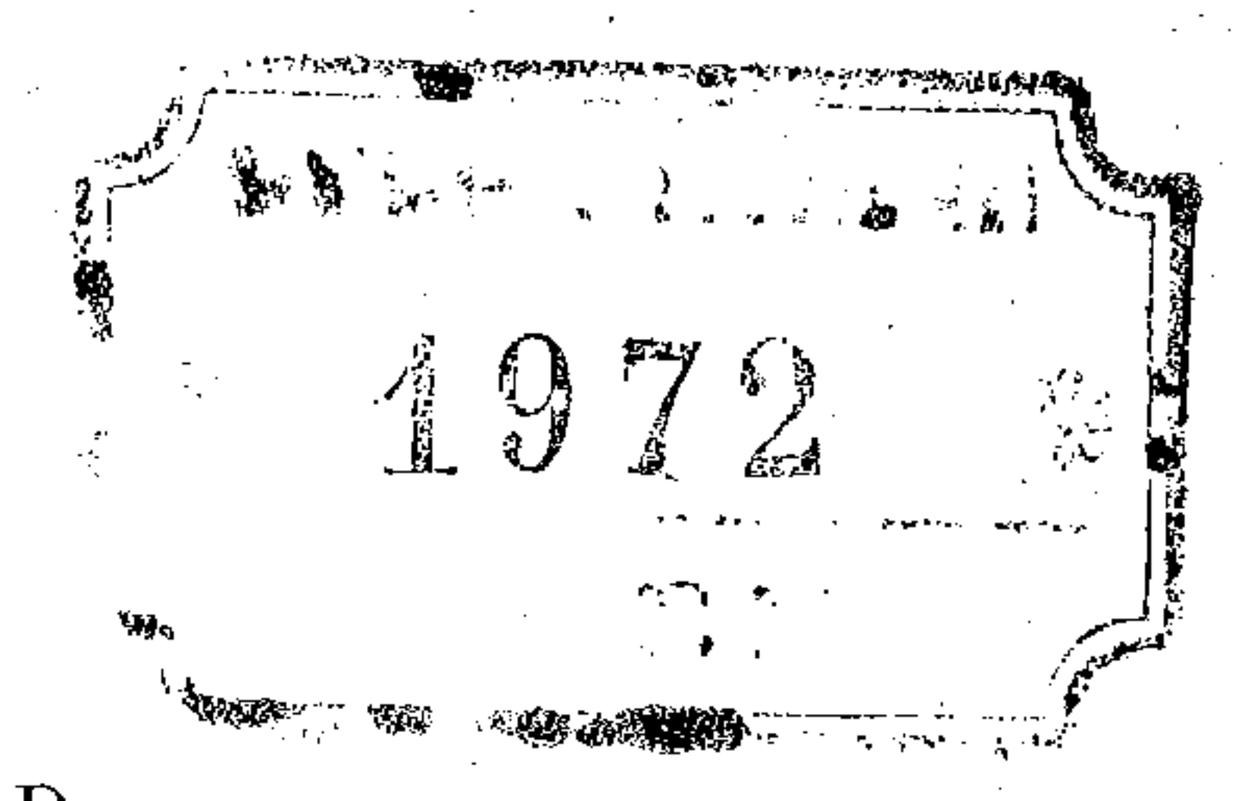
B-2824 5463

ANALES

POLÍTICOS

POR

EMILIO CASTELAR



MADRID
LIBRERÍAS DE A. DE SAN MARTIN
PUERTA DEL SOL, 6, Y CARRETAS, 39
EL LIBRO DE ORO

Es propiedad del EDITOR.

MADRID. — IMPRENTA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

ADVERTENCIA.

Reuno bajo este título, y en este volúmen, las observaciones sobre política internacional europea dirigidas á los americanos en los últimos tiempos, y tengo la seguridad de que encontrarán en el Viejo Continente la misma acogida que han tenido en el Nuevo, cuando han quincenalmente andado por sus principales periódicos y revistas. Los sucesos más notables de los años que acaban de pasar están contados con emocion, sí, pero con imparcialidad. De todas suertes las someto á juicio del público.

I.

LOS FUNERALES DE UN PRINCIPE.

La prensa extranjera, en estos dias, apénas habla de otra cosa que de los funerales del jóven príncipe imperial, tan á deshora y de improviso arrebatado al regazo de su madre y al seno de su partido. No se asemejan estas ceremonias á las que ideara Thiers en su justo orgullo de historiador, para tornar los restos del gigante de la guerra, desde la isla solitaria abierta á su grandeza como un catafalco de granito, al pedruzco de pórfido asentado bajo la aparatosa cúpula de los Inválidos y semejante á la tumba de un Faraon ó de un Sesostris. Entónces, la marina de guerra, el ejército, la Monarquía, las Cámaras, los pueblos, juntándose en torno de un ataud glorioso, demostraban que la leyenda bonapartista vivia en el corazon de Francia y que tarde ó

temprano daria de si el gobierno fundado en las ideas capitales y en las arraigadas tradiciones de un cesarismo omnipotente. Aquellos funerales tenian el carácter épico, miéntras éstos tienen el carácter tierno, dulce, familiar, sencillo. Eran los primeros verdaderos latidos del alma de todo un pueblo, como una resurreccion; y los segundos, trágicos por los dolores que han traido pero tiernos y poéticos como el jóven malogrado, vienen á ser como la última reverberacion de una esperanza. En ese niño de veinte años, á cuyo labio apénas asomaba, como los brotes en primavera, el bozo juvenil, personificábanse las últimas ilusiones de una dinastía revolucionaria tres veces destronada por los estremecimientos de la tierra francesa, cuyos senos agita aquel espíritu republicano que hizo de Grecia, de Roma, de Italia, los primeros pueblos de la Tierra, y los mayores ornamentos de la Historia. Y, como quiera que las nuevas instituciones se arraigan con tanta dificultad y las antiguas desaparecen con tanta lentitud, si alguna esperanza quedaba á la monarquía de restaurarse, vinculábase toda entera en el retoño único de Napoleon III, en el Príncipe Imperial.

Descuajado ese arbusto, el cual aparecia lleno

por su temprana edad, de aromáticas flores, todos los otros representantes de la dinastía, son como añosos troncos, por cuyas fibras secas no corre ni un sorbo de savia. Así es, que hasta los mayores enemigos de los Bonapartes y del bonapartismo se han profundamente enternecido á este golpe terrible y han llorado tanta juventud malograda y concluida oscuramente en tierra de África y al filo de las gumías de los cafres, como una humillacion providencial infligida en el más inocente y ménos responsable de todos á las soberbias sangrientas de esos Bonapartes, azotes de Europa, como los antiguos Genserícos y Alaricos, instrumentos nefastos de la conquista y de la guerra.

Un Bonaparte, el último de los Bonapartes llamados á reinar, ha muerto en el ejército inglés, aquel ejército que ganó en los mares la batalla de Trafalgar, aquel ejército que ganó en los campos la batalla de Waterloo, aquel ejército que dió al primer Bonaparte, al férreo fundador de la dinastía, su carcelero y su verdugo. Extráñanse los reaccionarios europeos de que las tradiciones desaparezcan poco á poco en la memoria de los pueblos, cuando las castas mismas, que las representan y las explotan, suelen des-

conocerlas y olvidarlas. ¿Cómo? El que quiere mandar en nombre de una familia, á la sombra de un recuerdo glorioso, en virtud de prestigios históricos más ó ménos válidos, se olvida del bloqueo continental y de Santa Helena, para alistarse en los ejércitos enemigos de su gente y de su raza é irse al África inhospitalaria, como si el hado le impulsara fatalmente á envolverse para morir en los pliegues de una bandera, primer sudario de su Imperio.

Si creyéramos en las relaciones sobrenaturales entre los vivos y los muertos, tan admirablemente evocadas por la tragedia antigua, veríamos á Napoleon alzarse como una sombra del averno, con su manto de tinieblas sobre las espaldas, su guadaña de César en las manos, su corona de laureles goteando sangre en las sienes; y suscitar las cóleras celestes y áun las infernales, contra el ingrato capaz de negarle el tradicional odio á los ingleses, reclamado por sus manes, todavía intranquilos y errantes á causa de no haber alcanzado la mayor de las satisfacciones con el holocausto de una cruentísima venganza. Morir ya por la libertad de Italia, ó ya por la independencia de Grecia; ora en el campo de batalla donde se perdiera el Imperio Greco-

eslavo; ora á la sombra de los muros de Aténas y de Venecia; en las aguas del Bósforo ó en las aguas del Pireo; por la salud de Rumania; por la integridad de Servia; por la autonomía de Hungría; por la emancipacion de Polonia, es morir en aras de algo grande y sublime; es legar algun eco al arte, algun resplandor á la inmortalidad, algun martirio fecundísimo al género humano que necesita de redentores; pero morir por la extension y prosperidad de una factoría inglesa en cualquier rincon del África, es como añadir al horror del sacrificio el horror todavía más horrible, si es permitido hablar así, de su completa inutilidad. Ya sabíamos que un Bonaparte llegado á ciertos años, tenía que obedecer á la ley de su especie, tenía que morir ó matar, porque desdijera de su estirpe en otro caso; de su estirpe destinada á la matanza por su hado; pero la guerra por la guerra es la última de las crueldades, cuando una gran pasion no la excusa y no la mantiene una gran causa. Los que no han impedido á un jóven de natural ardoroso esta aventura sin excusa, han tomado sobre sus hombros el peso abrumador de inmensa responsabilidad.

Muerto el jóven á quien sus adeptos llamaban

Napoleon IV, en defensa de Inglaterra, el Gobierno inglés debia por fuerza tributarle honores apropiados á tamaño sacrificio. Bien es verdad que, mandando el partido conservador, cuyas ideas más se inclinan á la monarquía que á la república en Francia, estos honores habian de tener por fuerza cierto aspecto político, que ha disgustado á las autoridades republicanas y ha promovido reclamaciones diplomáticas. La Marina Real inglesa ha conducido los despojos y la Real Artillería los ha custodiado. Cuanto más se avanza en el conocimiento de las concausas del suceso, más se persuade la opinion de que ha habido una serie de descuidos rayanos en criminal abandono. La única excusa del Estado Mayor inglés, y excusa atendible, consiste en el encargo dado por sus jefes con insistencia y recibido por ellos con rigor, de tratar al Príncipe como á un simple soldado. Inquieto y desasosegado como jóven, despreciador de la vida como Bonaparte, ansioso de emociones que variasen la monotonía de las costumbres militares, fuese al señalamiento de un campo; y fuese á la descubierta, mal prevenido, con verdadera imprevision, fiado en su juventud y en su estrella, como quien tiene tras de sí una existencia tan

corta y delante de sí un horizonte tan despejado y tan luminoso. Llegados al sitio que creyera más conveniente, dejaron los caballos y se pusieron á departir sobre el objeto de su viaje y desempeño de su encargo.

Y en esto aparecieron de súbito los salvajes, como si los hubiera abortado la tierra en aquel mismo instante. Verlos en tanto número, oirles en tan espantosa gritería y lanzarse todos, compañeros del Príncipe y escolta, á sus respectivos caballos para ponerse en salvo, fué obra de un momento, incalculable, inapreciable, como es incalculable, como es inapreciable la celeridad prestada por el terror, por ese relámpago siniestro del alma, á los fugitivos. El Príncipe debió tomar tambien su caballo, segun corresponsales fidedignos; mas ora porque no llegara á montarlo, ora porque lo lanzase de sí al terrible espanto el nervioso animal, lo cierto es que el infeliz quedó sin otro auxilio que su valor y su brazo. Verdaderamente pertenecia á la raza de los héroes. Verdaderamente su brazo y su valor correspondian de todo en todo á su nombre. Las heridas que lleva, las ha recibido de frente, luchando cara á cara con los bárbaros.

El brazo derecho, con que ha mantenido la

porfía, se halla como descarnado: tantos golpes llevára y tanto tiempo sotuviera el mortal encuentro. Por fin, cayó acribillado con diez y ocho heridas mortales, cuya anchura y profundidad muestran que la muerte del jóven ha sido súbita y el ensañamiento de los salvajes grande. La espada del primer Napoleon, que el cuarto tenía siempre consigo, aquella espada hecha para la victoria, ha ido á parar ¡parece imposible! á manos de unos salvajes, desconocedores por completo de su prestigio legendario, de aquel prestigio que tantas veces hizo temblar á los reyes sobre sus tronos y á los tronos sobre sus cimientos. ¡Inexcrutables designios de la Providencia! Ese niño nace bajo los aureos artesonados de las Tullerías, á la sombra de la bandera francesa, al estampido del cañon de los Inválidos, llevando sobre su cuna la Legion de Honor, circuido de los Príncipes de la Iglesia y de los mariscales del Imperio, bautizado bajo las bóvedas de Nuestra Señora como cumple á un descendiente de Clodoveo, de Carlo-Magno, con una corona espléndida en las sienes; y va á morir abadonado, solitario, en oscuro campo, á los golpes de los cafres del África, sin tener ni un auxiliar ni un amigo, como quizás

no ha muerto el último de los mercenarios ingleses.

No nos equivoquemos. Todavía queda en el mundo moderno algo de lo que el mundo antiguo llamaba el prestigio trágico. Todavía interesan más las desgracias de los reyes y de los príncipes, que las desgracias oscuras en los hogares modestos y en los corazones sencillos. Inglaterra, muy amante siempre de trágicas emociones, se ha interesado en los funerales con verdadero interes, como queriendo compensar con la solicitud de sus ciudadanos el abandono de sus soldados. Ya lo he dicho arriba, la Marina Real ha conducido el cuerpo y la Artillería Real lo ha acompañado. Jóvenes cadetes, compañeros de la infancia del Príncipe, han llevado en hombros el ataud. Los cañones han sonado como si lloraran la muerte de un magnate de la sangre real británica. Han tañido lúgubremente las campanas católicas en aquella tierra clásica de la herejía protestante. Los herederos de los reyes, reinantes, han acudido en gran número.

La Reina Victoria, desolada todavía en su viudez, ha estrechado la mano de la viuda dolorida y de la madre desesperada que ha visto á sus

imperiales hijo y esposo, morir en el destierro y en el destronamiento.

La Princesa Beatriz, todavía soltera, ha llevado coronas de rosas, en las cuales se deslizaban á manera de gotas de rocío, unas lágrimas de amor. El Cardenal Manning ha pronunciado un sermon, precedido por los acentos del *Dies iræ* y acompañado por los sollozos de los circunstantes. Pocas veces habrá podido elevarse la oratoria sagrada á tan eminentes alturas, ni decir cosas tan solemnes y tan terribles. Entre los acentos de los salmos de David y de las lecciones de Job; al ruido de las gotas de agua bendita, que caen sobre las tablas de un ataud como el granizo del cielo sobre la corteza de los árboles; al murmullo de las oraciones y al eco de los sollozos, habrá podido delante de aquel jóven, criado en las gradas del trono y caido y derribado en las últimas gradas de la adversidad y de la humana miseria, hablar de la insania de todo lo terreno y de la grandeza y de la perennidad y de la majestad de todo lo divino en frases que hubieran envidiado los profetas de la antigua Judea, y oido con lágrimas en los ojos los ángeles y los arcángeles del Empíreo. La Historia antigua, en los tiempos de la transicion

entre las monarquías y las repúblicas, aquellos tiempos tan enaltecidos por el arte helénico, no ofrecen, no, tantas desgracias régias como este nuestro tiempo. Aquella reina de Nápoles combatiendo como una heroina en Gaeta, por la corona que le arrancaban de las sienes las ráfagas de las ideas de su siglo; aquel Emperador Maximiliano, herido por la severa justicia de un Magistrado, aunque se interpusieran entre su corazon y las balas todos los poderosos de Europa; aquella pobre Carlota que pierde la razon en las Cámaras del Vaticano, para no recobrarla jamás; este príncipe imperial muerto de muerte tan trágica; esta infelícisima Emperatriz Eugenia. . . . . .

Los que la vimos en su esplendor no podemos acostumbrarnos á su desgracia. Yo la recuerdo, cuando reinaba, no por ninguna prestada corona, por su natural hermosura, en Madrid. Paréceme verle su frente serena, su cabello rubio con reflejos negros, sus ojos que ora parecian del color de los cielos y ora del color de los abismos, su rostro orlado y su nariz afilada como el rostro y como la nariz de una estatua griega, sus labios delgados y sonrosadísimos, en cuyas líneas se mezclaban la bondad y el ingenio. Yo

la ví más tarde en la Exposicion de 1867, con el Emperador de Francia á un lado y el Sultan de Constantinopla á otro lado, seguida de una córte de príncipes destinados á reyes, brillando en medio de todos cuantos la rodeaban por los prestigios naturales de la hermosura y las irradiaciones misteriosas de aquella mirada, que llevaba á los oscuros senos del Norte reverberaciones de nuestro sol y de nuestro cielo del Mediodía.

¿Quién le hubiera entónces contado su horóscopo? ¿Quién le hubiera dicho que tan alto trono se habia de derrumbar en los abismos? ¿Quién que el Emperador, su esposo, cuya voluntad regulaba los destinos de Europa, habia de caer en tan grande desventura y en tan tremenda ocasion? ¿Quién que su hijo, su único consuelo, habia de perecer en la flor de la edad entre los cafres? ¿Quién que tan pronto su dolor llegaria al extremo de obligarla á enterrarse viva entre las cuatro paredes de un claustro? La verdad es que en esta tragedia la Emperatriz mueve principalmente á compasion como todas las madres, cuya desgracia llega hasta el extremo de sobrevivir á sus hijos. Y si este hijo se une por misteriosos lazos, no solamente á los recuerdos más dulces de la vida, no solamente á los goces más

puros del amor, no solamente á los dias felices de pasados tiempos, sino tambien á grandes perspectivas sociales, á horizontes infinitos, á generosas ambiciones de regir un pueblo, de reinar sobre una gran nacion, de ser imágen del Estado, francamente el dolor ha de tomar aspectos tan terribles y tener dejos tan amargos, que apénas puede concebirse cómo lo soporta sin estallar el débil corazon humano, incapaz de contener en sus reducidas entrañas, ese inmenso infierno.

Así, por algunos dias, se ha temido que la Emperatriz Eugenia pudiera sucumbir al impulso del dolor y al recuerdo de dias mejores y más felices. No cabe consuelo alguno en el corazon de una madre desamparada de su único hijo, no cabe, aunque se agote la humana elocuencia. Pero esa muerte prematura es una señal de la eleccion divina que, segun los antiguos, acostumbra á llevarse pronto á los que cree impropios para vivir en las tristes asperezas de nuestra vida diaria. Sobre todo, le ha preservado de ser pretendiente, de perturbar con sus pretensiones la patria, de perderse en el dédalo de una conjuracion eterna, de verter la sangre á torrentes, de reinar sobre catástrofes, de oprimir á

los hombres, de lanzar entre las naciones la guerra, de reinar algunos dias con zozobras y de caer y desplomarse en grandes tristezas como la tristeza de Waterloo, en grandes deshonras como la deshonra de Sedan. La muerte, con ser tan triste, no es la mayor de las desgracias.

A no dudarlo, una de las desventuras más terribles, que el corazon de la Emperatriz puede experimentar, consiste en las consideraciones que le inspirará el ver adónde ha llevado la suerte ligada con el principio hereditario la rota corona de su hijo, al palacio del Príncipe Napoleon, de su enemigo implacable. Cuando ella habitaba las Tullerías y él habitaba el Palais-Royal, la mutua enemiga de ámbos no se daba ningun género de tregua. Pronunciáronse los dos célebres discursos de Ajaccio y del Senado, más contra la Emperatriz que contra el Emperador. La guerra de Méjico fué reprobada por el Príncipe; la ocupacion de Roma á la continua maldecida. Para la Emperatriz, romántica de suyo, exaltada en ideas religiosas, el Imperio representaba una especie de renovacion necesaria en el Pacto de Carlo-Magno, una especie de alianza estrechísima entre el Pontificado antiguo y el Cesarismo nuevo, miéntras que para el

Príncipe Napoleon representaba el Imperio la revolucion á caballo, la democracia dictatorial, la fuerza puesta á servicio del pueblo, la enemiga implacable de los reyes históricos, el nuevo mundo social que no puede implantarse ni sostenerse sino por la fuerza de los conquistadores Bonapartes puestos humildemente á servicio del derecho. Mucho le habrá dolido al Conde de Chambord ver su autoridad monárquica sin otros herederos que los Orleanes, los que votaron la muerte de Luis XVI y calumniaron la vida de María Antonietta; los que persiguieron y encarcelaron bárbaramente á su madre la Duquesa de Berry; los que destruyeron su trono y le destronaron en la cuna; mucho le habrá dolido; pero no tanto como á la Emperatriz, cuyos dolores son más recientes y cuyos recuerdos más vivos al ver la autoridad representada por su hijo en manos del mayor y del más implacable de todos sus enemigos. ¡Designios inexcrutables de la Providencia!

II.

LA MUERTE DE VÍCTOR MANUEL.

I.

El telégrafo anuncia á toda Europa el fallecimiento de Víctor Manuel, ilustre rey de Italia. Los que hemos asistido á la resurreccion de este inmortal pueblo italiano, estamos como si algo de nosotros mismos hubiera muerto al morir el inmortal monarca, fundador de su independencia. Vinimos un dia á la política llamados por la Revolucion del 48 é imaginamos que la electricidad de las tempestades era la electricidad de la vida, los terremotos el movimiento regular y los relámpagos el dia. Entre los estremecimientos de la Tierra desgarrada y las nubes de la atmósfera tonante, vimos levantarse, pasar, caer bajo el peso de la fatalidad, como los héroes de la tragedia antigua, aquel coro de ciudades cu-

yas leyes nos dieron el primer modelo de la democracia moderna y cuyas inspiraciones los primeros albores del moderno arte. Milan presidia otra liga lombarda contra el Imperio y los emperadores; Venecia resucitaba su república sobre las lagunas en cuyos cristales se juntan los reflejos del cielo con los reflejos del genio; Florencia prometia una democracia semejante á la que inmortalizó á la antigua Aténas; Nápoles y Palermo juntaban su emancipacion al recuerdo del Código español de 1812; y en la Roma de los sepulcros y de la muerte, se veia como en nueva pascua del espíritu humano, levantarse sobre los altares oscurecidos por la teocracia, el Cristo de la tradicion evangélica y sobre las ruinas profanadas por la conquista, el tribuno de la antigua República. Y todo desapareció en rápido momento, como desaparecen y se enfrian las grandes erupciones. Las ciudades de la liga italiana cayeron de nuevo en sus hierros; los apóstoles de la libertad democrática en su silencio; é Italia pareció al panteon de Julietta, donde iban á enterrarse, envenenados por el más voraz de los venenos, por un amor sin esperanza, todos sus hijos que no querian sobrevivir á su muerte. En vano el genio sublime de Mazzini daba á la

Revolucion del siglo XIX algo de la grandeza y áun de la religiosidad que tuvo la Revolucion de Árnaldo de Brescia en la Edad Media; Garibaldi peleaba sobre las ruinas con los ímpetus del genio griego agrandado en las soledades de América; Manin contrastaba al destino con la valentía del héroe unida á la pureza del mártir; Guerrazzi repetia la voz elocuente de la Agora helena en el foro de Florencia; la derrota, el destierro, la muerte, fueron la cosecha única de todos aquellos milagros; y los náufragos de tantos infortunios parecian, como los hijos de Israel dispersos, una raza maldecida de Dios y condenada á vagar errante por la tierra sin libertad y sin patria.

Todos hemos repetido sus lamentos, llorado con sus lágrimas que alcanzaban la sublime tristeza de los ternos de Jeremías lanzados sobre el cautiverio de la Ciudad Santa y sobre la dispersion del pueblo de Israel. Allá, en el año 50, hubiérase dicho que la rota de Italia equivalia á la rota de la antigua Grecia; hubiérase dicho que asistíamos en espíritu á las últimas tragedias de la cultura helénica, á los campos de Queronea, al suicidio de Demóstenes, á la consuncion de los aqueos, á las rivalidades de Cleon y Arato,

al último esfuerzo de Filipoemen, cuya alma se asemejaba por lo esplendorosa y lo sublime, al postrer resplandor del alma de los griegos que se descoloraba y desvanecia en su ocaso despues de haber infundido inspiracion y pensamiento á todo el género humano. ¿Quién hubiera imaginado entónces que Italia resucitaria? ¿Quién hubiera podido presentir que de esta tierra descoyuntada en el tormento, podria formarse jamás una nacion? Pocas esperanzas podian dar, Milan ahogada por la pólvora de Radetzky; Venecia extendida en sus lagunas como un cadáver que flota sobre las aguas; la República convertida en una sombra más de las innumerables que pasean por los escollos del Foro coronados de ruinas y por las líneas de la Vía Apia bordadas de sepulcro; los prefectos del Austria en la Italia del Centro y en la Italia del Mediodía; la intervencion extranjera en la capitalidad misma de la Península; y los vencidos arrojándose unos sobre otros, en su comun desgracia, la responsabilidad y la vergüenza de su derrota.

Entre los vencidos se encontraban el Rey del Piamonte Cárlos Alberto y su heredero Víctor Manuel, que sucumbieron disputando inútilmente la tierra de Lombardía al Austria. ¿Cómo

estos señores feudales podian recoger el espíritu moderno? Antiguos caballeros de horca y cuchillo; soldados de Felipe II; enemigos de la libre Ginebra; amenazadores como los Duques de Austria y de Borgoña de las libertades helvéticas; opuestos constantemente á la independencia de las ciudades italianas; sepultureros de aquella democrática Génova, que compitiera con Venecia y que dejara estelas inextinguibles de gloria en todo el Mediterráneo; aislados allá en las cimas de sus riscos y teniendo el hambre del lobo acosado por las nieves unida á la astucia de la zorra, imposible parecia que tan feudal familia pudiese recibir en sus viejas venas la sangre generosa y pura de las libertades. Pues la recibieron. En la vieja encina druídica, que debia anidar las aves de las tinieblas, brotaron las palmas de Salamina y de Platea llamadas por la Providencia á coronar la más noble y más sublime de cuantas victorias ha conseguido nuestro siglo.

Semejante milagro fuera imposible sin el rey á quien lloran todos los liberales de Europa en este solemne momento. Caido sobre los campos de Novara, no tuvo, no, aquella desesperacion que infundia á los mayores héroes de la anti-

güedad la triste resolucion del suicidio. A la fe y á la perseverancia todo le es posible en el mundo moderno cuando auxilian y sirven á la justicia. Desde el momento en que recibió la corona destrozada de manos de su padre, debió entrever á traves del polvo donde cayeran sus lágrimas, las cimas luminosas del Capitolio y en ellas la primera corona del mundo, la corona de Italia. Si no vió esta vision sublime, ha procedido en toda su vida como si realmente se hubiera presentado en la mocedad á sus ardientes ojos. Nunca se ha visto una vocacion más seguida, ni una obediencia más ciega á esa vocacion persistente. ¿Qué necesitó en los primeros momentos? Firmeza; firmeza incontrastable para hacer aceptar á su pueblo dolorosa paz que dejaba libre, en triste rincon de los Alpes, aquel estrecho nido á las esperanzas de Italia. Pues la tuvo. Los Parlamentos, que no querian confirmar la paz, fueron disueltos, hasta que vino en aquel instante de verdadera desolacion uno decidido á adoptarla. Desde esta hora solemnísima ya no cupo en su ánimo vacilacion, ni en su inteligencia duda. Si necesitaba la inflexible entereza del guerrero, la tenía; si la flexible índole del negociador, la tenía tambien. En aque-

lla férrea naturaleza, mezclábanse la vehemencia y la espera, los arrebatos inspirados por el ideal y los consejos serenos de la prudencia. ¡Cuán difícil hallar en una sola persona los extremos del heroismo y los extremos de la diplomacia, el empuje de un general y la reserva de un hombre de Estado! Pues ambas cualidades se reunian á la vez en su persona; ámbas en grado eminentísimo.

Magnífica pléyade de grandes hombres se agrupó en torno del disco de su inteligencia y se mantuvo durante un cuarto de siglo agrupada, formando como la más brillante de las constelaciones que en sus cielos ha ofrecido nuestro tiempo. Pero no existieran, no se agruparan tan luminosos espíritus en torno del trono piamontés, sin la inquebrantable voluntad del monarca, impetuosa unas veces, retenida otras, segun cuadraba y convenia á su titánica empresa. La facultad que se enseñoreaba de todas sus facultades, debe llamarse intuicion, esa vista interior que llega de una ojeada rápida á puntos donde no puede llegarse por la concentrada reflexion y por el tardo raciocinio. Así vió, cuando nadie apénas la veia, la necesidad de una paz, por triste que fuera, con Austria, á

fin de restañar las heridas y acometer con otros bríos y otras fuerzas la gigante hazaña. Y realizado esto, comprendió que podia consagrarse á ejercer imperio moral sobre los pueblos peninsulares, precursor del imperio material, con la virtud del ejemplo. Su reinado fué desde entónces el reinado de la libertad. Por esta intuicion soberana adivinó el genio de Cavour, la profunda inteligencia de Rattazzi, la caballerosidad de Azeglio, las cualidades capitalísimas de los grandes hombres de su patria. Y como adivinó estos secretos morales, adivinó los secretos políticos que en su favor encerraba cada crísis europea. Él vió que, participando de la guerra de Crimea, podia expresar las quejas de Italia en los consejos de Europa; y que, atizando la enemiga entre Austria y Francia, podia hacer de Italia un pueblo independiente y libre. Él adivinó que las llaves de Venecia se encontraban en los campos de batalla donde combatian Prusia y Austria y las llaves de Roma en los campos de batalla donde combatian Prusia y Francia. Como aprovechó todos los acontecimientos favorables, usó de todos los genios que le deparara la Providencia, sin dejarse eclipsar por ninguno: siguió á Cavour, pero sin entregarse todo entero

á la dictadura de su poderosa mente; apoyó á Rattazzi, pero sin caer como un cuerpo inerte en la corriente de sus ricas y múltiples ideas; amó hasta el entusiasmo á Garibaldi, pero sin que este afecto le llevara á permitirle la direccion exclusiva del movimiento italiano; fué el mayor revolucionario de todos los hombres de Estado, sin dejar de ser jamás un monarca. No conozco arte como el suyo para obligar á un pueblo y á un parlamento á querer lo mismo que él queria; la guerra cuando los llamaba á la guerra; la paz cuando les imponia la paz; el órden y la medida en todas las decisiones; la espera y la calma en todos los conflictos; la firmeza para no retroceder un paso en el camino emprendido; la confianza para desafiar las injusticias del momento, seguro cuando más se oscurecian los cielos y más se alejaba la fortuna, seguro completamente de una definitiva victoria.

Víctor Manuel tenía dos resortes para el logro de su empresa; primero una idea clara y concreta, segundo una voluntad decidida y persistente, bien al reves de lo que pasaba al Emperador Napoleon III, henchido de ideas fantásticas y acompañado de voluntad desmayada y floja.

En concepto de muchas gentes, nada hizo Víctor Manuel, todo lo hicieron Cavour y Garibaldi. Mas con sólo recapacitar un poco y recoger ciertos hechos, adviértese á primera vista la supremacía del Rey. A poco de Solferino, firmábase la paz de Villafranca. Nada sabía de este acto Cavour, ni de sus particularidades; y el Rey lo sorprendió, entregándole con cierto imperio militar el nefasto documento donde constaba la renuncia al bello ideal de la Italia libre desde los Alpes al Adriático. Y miéntras Cavour se desesperaba y se deshacia en lamentos, el Rey sereno le mostraba confianza absoluta en lo porvenir y resolucion inflexible de continuar la empresa sin desesperarse por la tardanza. Algun tiempo despues acabábase la revolucion de las Dos Sicilias y Garibaldi iba á la Cámara de Turin herido por el comportamiento con sus voluntarios y por la cesion á Francia de su patria. Y dos hombres tan grandes como Cavour y Garibaldi chocaron en plena sesion; y el choque de la mayor inteligencia que tenía Italia con la mayor popularidad engendraba en todos los patriotas grandes y fundados recelos. ¿Quién los reconcilió despues de la sesion tumultuaria en que ámbos á dos expresaran sus mutuas encendidas

cóleras? Pues los reconcilió el Rey, citándolos á una misma hora en los salones de su palacio é impeliéndoles á deponer todo resentimiento en el regazo de la patria. Por tan grandes y extraordinarias cualidades, por esta union de la rudeza del soldado con la finura del diplomático, por esta fe en lo ideal y este conocimiento de la realidad, por la feliz inspiracion de poner un gobierno perfectamente organizado á servicio de un espíritu progresivo, consiguió Víctor Manuel que el pensamiento trasmitido por tantas generaciones de genios y soñado durante quince siglos por los pueblos y los hombres mayores de la Historia, aquel ideal indeciso que mueve desde la pluma de Dante hasta el buril de Miguel Angel, y que vaga por los libros de Maquiavelo y por los versos de Petrarca, se encarne en su persona y se realice en su tiempo. Hay que reconocerlo; la Historia moderna no guarda en sus anales un nombre más glorioso.

La muerte se atreve tambien á la inmortalidad. En principios de Enero, Víctor Manuel pasó una noche intranquila. Muy madrugador, á las cuatro de la mañana estaba de pié y abria la ventana de su habitacion que daba á los jardines del Quirinal para respirar el aire del alba. En-

frióse mucho á consecuencia de este impremeditado hecho y le apuntó un constipado. El constipado se agravó bien pronto, y tomó el carácter de pleuresía. La pleuresía se complicó á seguida con esas fiebres palúdicas guardadas en las lagunas pontinas y que tan fácilmente la respiracion absorbe en Roma. Los últimos instantes del Rey fueron terribles por el ahogo que su enfermedad le causaba. Como único alivio aplicábanle á los pulmones oxígeno puro, y en la absorcion del oxígeno encontraba algun consuelo su cerrado pecho. Firme como un roble de los Alpes, resuelto como un veterano de la guerra; el valor, su cualidad culminante, no le abandonó ni un minuto en su agonía, al despedirse de la tierra, al encararse con la eternidad. No queria tenderse en la cama, estaba sentado por creer más fácil de esta suerte la respiracion; y le dijeron que se acostara, contestó: «Dejadme morir á mi guisa.» Allá al medio dia del 9 de Enero no quedaba esperanza. El Papa lo supo y mandó inmediatamente al sacristan mayor del Vaticano, prelado Marinelli, para que diese, en su nombre, los últimos consuelos de la religion al moribundo. El prelado llegó en los instantes de mayor costernacion y no fué admitido á causa

sin duda del natural desórden que á tales horas reinaba en el palacio. Volvióse al Vaticano y el Papa lo volvió á enviar diciendo que sentia su parálisis solamente porque le vedaba auxiliar al Rey en tan supremo trance. El prelado volvió y lo ordenó todo, así para el Viático solemne como para la confesion y Extremauncion. Toda la familia Real acudió á la última comunion del Monarca en compañía de los ministros y de los principales individuos de la servidumbre, llevando todos hachas encendidas. Oíase un sollozo general, sobresaliendo la voz aguda de la Princesa Margarita, que lloraba á torrentes. El Rey le rogó con paternal sonrisa que no se afligiese así, y le dijo si creia que por ser rey no iba á morirse nunca. Una convulsion terrible sobrecogió á la Princesa y hubo necesidad de sacarla de la régia cámara. El Príncipe Humberto, quedándose solo, recibió los encargos últimos de su padre, que inclinó la cabeza sobre el pecho y se quedó como dormido en la tranquila serenidad de su gloria.

Jamás se ha visto un dolor tan profundo y tan universal. Roma entera corrió atropelladamente al palacio de sus reyes á demostrar la inquebrantable adhesion al restaurador insigne de la

libertad romana. Las puertas de las tiendas y de los públicos establecimientos se cerraron á impulsos del afecto. Cinco mil telegramas corrieron en veinticuatro horas todos los pueblos de la Península y de todas las grandes poblaciones del extranjero. Cuando el nuevo rey se presentó, dolorido, lloroso, con los ojos hinchados y el pecho destrozado en mal ahogados suspiros, junto á su hermano Amadeo, que lloraba á todo llorar, para recoger en presencia del ejército la autoridad de su padre; los soldados juraban entusiasmados ántes de que les pidiesen juramento, por los manes palpitantes todavía del que fué su general y su monarca. Todas las naciones han mandado representantes: Alemania el Príncipe imperial, Austria el Archiduque Raniero, España el general O'ryan, Francia el general Canrobert, Inglaterra y Rusia embajadores extraordinarios, Portugal el heredero de su corona. Hasta el Capitolio de Wasingthon se ha conmovido en el Nuevo Mundo y ha mandado al traves de los mares en las chispas de la electricidad, palabras de afecto y de entusiasmo al grande hombre que ha muerto á la sombra del Capitolio de Roma.

El dia 17 se celebró el entierro. Cinco horas duró el paso desde el palacio Quirinal á la Igle-

sia del Panteon. Trescientas mil personas llegaron por los ferrocarriles y cada uno de los diversos municipios de Italia envió su correspondiente representacion. El sitio donde el primer monarca de la Península debe reposar perpétuamente, está sujeto aún á vivas controversias. Para los tradicionalistas ninguno como el monasterio de la Superga, donde yacen los reyes del Piamonte y que eleva su rotonda en una eminencia cerca de Turin, á la vista de los Alpes, como si protegiese con su sombra augusta la cima sacratísima de la nueva Italia. Pero á los que así discurren, contéstanles sus contradictores con una observacion que tiene mucha fuerza. Si debe seguirse la tradicion monárquica con fidelidad, hay que llevar al Rey al monasterio primitivo de los Duques de Saboya sito hoy en extranjeras tierras. No, no. La Italia que acaba de fundar Víctor Manuel es una nueva Italia. Su centro natural se encuentra, pues, en la antigua Roma. Y en ese centro debe descansar el hombre que ha sabido agrupar en torno suyo todas las regiones de esta patria del arte moderno no tan gloriosa y tan vívida como la antigua Grecia. El panteon, que parece surgido como una montaña del seno mismo de la tierra con sus

mármoles que tienen las huellas de los primeros dias de la creacion, con sus columnas semejantes á petrificados árboles antidiluvianos, con su historia de veinte siglos, con sus demás muertos gloriosos entre los cuales se cuenta el divino Rafael, con su solidez superior á los embates del tiempo, debe significar la duracion, la fuerza, la solidez, la grandeza de esta Italia moderna, la cual ha hundido á la teocracia en los abismos y ha cooperado tanto á la fundacion de la libertad universal.

III.

LOS LIBERALES FRANCESES, LOS LIBERALES ITALIANOS, LOS DIPLOMÁTICOS RUSOS, Y LOS CONSERVADORES INGLESES.

En la situacion presente de Europa seguimos con una ansiedad cada dia mayor el trabajo de los pueblos que elaboran el espíritu moderno y fundan duraderas instituciones animadas por este vivaz espíritu, cuyo aliento eleva la inteligencia á concebir los grandes ideales y mueve la voluntad á realizarlos. Así no podemos apartar la vista del trabajo que traen hoy entre manos los liberales franceses bajo la advocacion de una república conservadora y los liberales italianos bajo la advocacion de una monarquía constitucional. Estos y aquéllos se proponen afianzar con mayor empeño la libertad; abrir la vida pública á una democracia ámplia

y progresiva; realizar las ideas que ha formulado la ciencia; y preservar á los pueblos de recaer en restauraciones de lo pasado, incompatibles con la cultura presente y contrarias á todo futuro progreso.

A la cabeza del movimiento que en Francia se ha iniciado, hállase un hombre, el cual reune á saber profundo carácter elevado y á la elevacion del carácter historia sin sombras y vida sin manchas. Amigo soy de M. Julio Simon, amigo fraternal; héle debido hospitalidad en dias de amargura, consuelo, afecto, la honra de ser admitido á su hogar y sentado á su mesa como si formara parte integrante de su familia. Pero estas consideraciones, que en prueba de mi gratitud recuerdo, no podrian quitar libertad alguna á mi juicio, si imparcialmente consultado por mi conciencia, contradijese su política. Lo digo muy claro y muy alto; la nacion francesa no podria hoy adelantar ni retroceder un paso en su camino sin grave riesgo de las instituciones á que ha librado su porvenir y á que ha unido su grandeza. La política que representa M. Julio Simon, siendo la política de la necesidad, es tambien la política de la justicia. Liberal por su educacion, demócrata por su

temperamento, republicano de arraigadas convicciones, dado al estudio en su primera edad y á la accion por los diversos cargos ejercidos en la edad madura; de carácter dulcísimo y conciliador que no excluye la energía y hasta la tenacidad en los propósitos; insinuante y persuasivo; de elocuencia tranquila sin caer en monótona y uniforme; de propósitos conservadores y progresivos al mismo tiempo; reune las dos calidades esenciales á este crítico momento y las combina por maravillosa manera: el entusiasmo por la libertad junto con la resolucion inquebrantable de arraigarla en las costumbres merced á una observancia escrupulosa de las leyes y á una aplicacion incesante de la mesura necesaria en el proceder y de la medida gradual y lógica en las reformas. M. Julio Simon pertenece al partido republicano, sí, al partido que quiere el sufragio universal, el gobierno responsable, las libertades intelectuales inseparables de la vida moderna. M. Julio Simon quiere, además de todo esto, el espíritu conservador como verdadero elemento de progreso, lo cual equivale á querer la obediencia á la autoridad, el imperio de las leyes, la aceptacion de aquellas ideas que la conciencia pública formule y que acepte la

opinion representada por los Comicios y por las Cámaras con exclusion del antiguo y ya desacreditado método de las revoluciones al cual suceden bien pronto las violencias de arriba y los golpes de Estado, por tantos conceptos depresivos de la dignidad de los pueblos y contrarios á su gloria y á su grandeza.

Esta política ha encontrado grandes obstáculos como los encuentra siempre toda política de conciliacion, destinada á calmar las pasiones en vez de exacerbarlas. Quebrantada un tanto la mayoría republicana á consecuencia de las crisis interminables que acabaron con el Ministerio Dufaure, creyóse imposible resolver por el criterio de esa mayoría y por sus medios las dificultades á cada paso nacientes y fundar un gobierno viable. Cuando tras largas dilaciones se fundó ese gobierno y se encargó de su presidencia un hombre de tan elevadas prendas como M. Julio Simon, creyóse por los enemigos de la República empresa fácil explotar una antigua rivalidad entre M. Julio Simon y M. Leon Gambetta, nacida de sus contrarios pareceres en el asunto de la paz y de sus conflictos en aquellos dias del armisticio en que se reunió la Asamblea de Burdeos y se fundó el gobierno de Thiers.

Últimamente, llevados de este recuerdo los borbónicos y los bonapartistas de la Asamblea pensaron dar un golpe de muerte al Ministerio Simon dando la presidencia de las comisiones de presupuestos á Leon Gambetta, y pusieron á éste en tan alto puesto, imaginando contribuir á una combinacion antiministerial. Pero Gambetta es demasiado republicano para prestarse á maniobras que contrarien la República; demasiado hábil para convertirse en instrumento de tales torpezas; demasiado patriota para contribuir á la mengua de su nacion; y demasiado político para anteponer sus resentimientos personales á las grandes instituciones en cuyas aras ha ofrecido y consagrado sus varios talentos y su elocuentísima palabra. La complexion sanguínea de Gambetta obedece á su severa inteligencia; y sus compromisos como hombre de partido á su profunda razon como hombre de Estado. Así es que ha subido al sillon presidencial y ha dicho verdades profundas que han calmado todos los recelos y han conciliado todas las voluntades, á saber, que la Comision de presupuestos no puede llamarse una Comision política; que los trabajos económicos no se subordinarán jamás á combinaciones y maniobras de partido; que su ánimo

como su voto se halla de acuerdo con el actual Ministerio; y que, merced á este acuerdo, reina una completa inteligencia y ha sobrevenido una estrecha reconciliacion entre el Presidente, el Ministerio y la Cámara. Hombres de ánimo tan elevado salvan á las naciones; inteligencias de alcance tan profundo afianzan las Repúblicas.

En Italia el ensayo no es ménos feliz. Parecia que con la subida del partido radical iban á extremarse las grandes aspiraciones políticas y á salirse de madre la democracia intransigente. Parecia que, vencidos los elementos conservadores, iban á estallar todas las utopias en esos variados fuegos de ideas socialistas que empiezan por ser vistosos y concluyen por ser devastadores. Parecia que una larga ausencia del poder, un comercio asíduo con la idealidad, un ímpetu de combatir adquirido en la oposicion, una impaciencia ciega por ciertas reformas, una enemiga arraigadísima á los elementos de conservacion y de resistencia, iban á hacer del partido radical un partido violento y á reabrir el período de las revoluciones tan funesto al ejercicio y á la práctica de las libertades. Pero el sentido político de los italianos se ha sobrepuesto á todo. Creimos durante mucho tiempo á

Cavour una personalidad aislada en la cima de aquella sociedad, y luégo hemos visto que su mayor grandeza consistia en representar con títulos excepcionales la personificacion más alta del sentido político italiano para mí sin rival hoy en el mundo. Los grandes hombres que le han sucedido, se han consagrado con menor brillo, pero no con menor mérito á la consolidacion de su obra. Cada dia se observa que el genio, la inspiracion, pueden crear obras grandes, pero que sólo pueden conservarlas el talento observador y práctico, el sentido juicioso y experto. ¿Qué importa aquel fabulosísimo imperio, fundado por la inteligencia y por la audacia del gran Napoleon, si á los quince años sólo ha quedado de él un rastro de sangre y de ruinas en el suelo, otro rastro de humo en el aire, la Francia invadida y rota, la inútil tragedia de Santa Helena, donde entierran vivas tantas ambiciones desapoderadas y tantas glorias funestas? Los hombres que se han consagrado á levantar de nuevo la Italia, son hombres de grandes compromisos radicales. Estos, como Depretis, que hoy desempeña el ministerio de Hacienda, tendrán las más ámplias ideas económicas; pero ya se guardarán muy bien en realizarlas en una

hora y de suprimir ciertas contribuciones sin tener otras con que sustituirlas. Aquéllos, como Mancini, hoy ministro de Gracia y Justicia, el primer orador de Italia, uno de los grandes oradores con que en el presente siglo se honra nuestra raza, habrán profesado el derecho penal moderno, durante largos años, con gloria para sí, con provecho para su patria; y no sacrificará por eso el ministerio que desempeña, la situacion que mantiene y representa, en aras de escolásticas concepciones, y por impaciencias que léjos de realizar las reformas, las exponen á morir en flor como esos árboles demasiado madrugadores que se adelantan al advenimiento de la tibia y fecunda primavera. Otros, como Nicotera, habrán pertenecido á las fracciones más revolucionarias, bajado á las playas meridionales en cruzadas heróicas contra el absolutismo de Fernando de Nápoles, compartido las proezas de Garibaldi; pero no medirán por los grados del calor de su espíritu los grados de calor que hay en la viviente realidad, ni querrán fundir una sociedad entera en el crisol de su propio pensamiento. Ellos no abandonarán el ideal que los guia ni olvidarán el objetivo á que caminan; pero no forzarán el paso á riesgo de fatigarse, ni se es-

trellarán contra los obstáculos insuperables, demostrando cómo los partidos más avanzados pueden gobernar á Europa sin trastornos, porque han aprendido en la enseñanza de la Historia y en el curso de la vida, á reunir con la ciencia el arte de la política.

Yo creí que iban á extremarse en las cuestiones eclesiásticas llenas de peligros para nuestras razas meridionales. La exaltacion contínua del Vaticano, las arengas temerarias de los devotos, las peregrinaciones amenazadoras á la sólida unidad de la patria, el ejemplo de Alemania, siempre contagioso por venir de tan cerca y de tan alto, las resistencias de los Obispos al reconocimiento de las regalías del Estado, los congresos neo-católicos tan desmedidos en sus palabras y tan frenéticos en sus resoluciones, los compromisos de todo radical en los asuntos eclesiásticos, me hacian temer que fuesen más allá de lo debido y suscitaran una guerra por lo ménos inútil á la consolidacion de su obra, cuando en política todo cuanto no sirve, daña. Pero las palabras de Mancini, tan elocuentes en su forma como sábias en su fondo, me han persuadido á una calma inalterable, y me han dado la seguridad de que la ley de garantías, debida por la

Italia liberal á los católicos de Europa, se mantendrá en todo su rigor y resolverá tarde ó temprano los conflictos existentes hoy entre la Iglesia y el Estado. No puede ir el Papa errante por el mundo, sin grande daño de su dignidad y gravísimo riesgo para la independencia italiana; no puede trasladarse á Jerusalen, porque á la vuelta de cierto tiempo el catolicismo perderia su carácter europeo, para tomar un carácter asiático quizá más contrario á las instituciones liberales que su fase presente, tan oscurecida por la infalibilidad y por el *Syllabus*; hay que tenerlo en Roma, y para tenerlo en Roma, hay que preservarlo de todo ataque á su poder y garantirlo en su completa autonomía.

Pero veo que olvido la cuestion de las cuestiones, veo que olvido la cuestion de Oriente. No podemos negar que los turcos han jugado á su arbitrio con toda la diplomacia europea y han adquirido renombre de redomados y de hábiles por todo extremo. Ellos quizá han sido los únicos en saber que el general Ignatieff, embajador de la Santa Rusia, en la Sublime Puerta, tenía encargo de ladrar mucho y de morder poco. Cuando el Emperador Alejandro salió de su retiro de Livadia, cuando fué á Moscou, cuando

vibró los rayos de la guerra, cuando habló de los eslavos como pudiera hablar un catedrático panslavista de la Universidad, cuando complació á Katkof y á todos los enamorados de la ortodoxia griega, en un sermon de Cruzada, vimos surgir el caballo del Apocalipsis destilando sangre de cada una de sus crines y seguido por sus legiones de ángeles exterminadores con cornetas nefastas en las manos, y en los ojos relámpagos de ira. Mas, despues, admitió el armisticio, tras el armisticio la conferencia, tras la conferencia las mejores composiciones posibles, hasta el punto de mantener la ocupacion de Bulgaria; pero no con un ejército exclusivamente ruso, con un ejército compuesto de todas las procedencias y de todas las armas europeas. Luego sus enemigos han ganado por la mano á los rusos. ¿Qué vais á pedir? Han dicho. La libertad religiosa, la igualdad de todos los súbditos turcos ante las leyes, la autonomía administrativa de las provincias insurrectas, la intervencion de los pueblos en el voto de las contribuciones, todo será concedido por la Puerta en una Constitucion que envidien y pidan para sí esos emancipadores de naciones llamados moscovitas. Y cuando formulaban los diplo-

máticos alguna peticion, respondian que todo estaba contenido y asegurado en el Código fundamental y las mejores aspiraciones satisfechas y áun hartas. Mas como insistieran en una intervencion armada de las potencias, este Midhat que ya se ha tragado tres sultanes, ha concluido por tragarse seis embajadores; uno de ellos, por lo ménos, representante de otros tantos reyes ó divinos Césares. Cuentan, que echándole en cara al buen mongol, su innumerable ejército, tan desproporcionado con sus recursos, ha dicho, que ese ejército tenía un destino muy civilizador y muy europeo; emancipar la Polonia. Cuentan, que jamás ha presentado á tiempo un papel, teniendo todos los documentos pedidos y necesarios en grandes sacos, sin numeracion ni órden de ningun género. Pero de lo que cuentan mayores maravillas, es de su arte en arreglar manifestaciones políticas. Aún no ha recibido la proposicion de la conferencia europea relativa á los arreglos de Bulgaria, cuando reune todos los dignatarios del Imperio, sin excluir helenos, armenios, protestantes, católicos; y les presenta el estado de las cosas y les conmina á considerar los peligros que puede correr el Estado, y les conjura á aceptar las proposiciones eu-

ropeas, y les pide, poco ménos que con lágrimas y gemidos, un sacrificio en aras de la paz. Pero los dignatarios se resisten; se sublevan; pronuncian discursos exaltadísimos; y concluyen por decir que prefieren la muerte á la deshonra y la guerra por consiguiente á la vil humillacion.

Cuando Europa supo esto, creyó que la guerra estallaba al dia siguiente. Pero el Gobierno ruso tan exaltado por los eslavos cristianos; y el general Ignatieff, tan provocador de los conflictos europeos, se han callado hasta ahora y han decidido unirse á las demás potencias para asegurar la proteccion de los cristianos de Oriente. El mundo dice, que es sabiduría política, que es prudencia consumada, cuando en realidad es conocimiento profundo del estado de sus fuerzas y exámen profundísimo del estado de su conciencia. Rusia provocó á Turquía en 1828 cuando Turquía se encontraba en peor estado, vencedora Grecia, disueltos los genízaros, perdido su ejército, abrasada su flota, recientes las heridas, que aún destilaban sangre, abiertas por una guerra de seis años. Rusia entró en campaña con un ejército de cien mil hombres y una armada de veinte y siete buques, diez y seis en el Mediter-

ráneo, y once en el Mar Negro, disponiendo así de ambos mares. Y sin embargo, la campaña fué penosísima y estuvo más de una vez á punto de perderse, habiendo costado, con aparecer á su término tan próspera y favorable, una serie completa de cruentos é irreparables sacrificios.

La estrella militar de Rusia no ha brillado en estos últimos tiempos como brilló en las titánicas guerras del Imperio. Si se exceptúan sus campañas contra Persia, todas las demás empeñadas en los últimos sesenta años, no se han distinguido por su brillo. Dos años ha necesitado para forzar los Balkanes; dos años para vencer la insurreccion polaca; veinte para reducir á los montañeses del Caucaso. En la guerra de Crimea, los turcos abandonados á sí mismos la vencieron en Silistria y en Oltetniza; los aliados en Alma, en Inkerman y en Sebastopol. Hoy, despues de todo, Rusia se encuentra en una posicion más desfavorable que el año 28 y con un enemigo en frente mucho más preparado y mucho más resuelto.

Así no extrañan á nadie los alardes optimistas de los conservadores ingleses. La Cámara de los Comunes ha escogido su guía conservador y este guía conservador ha hablado con la regularidad

y la abundancia de una fuente. Llámase Sir Stafford, y habla con aquella facultad que tanto estudió Juan Pablo Richter, á la cual llaman los alemanes humor, y nosotros los españoles buen humor. No espereis ningun atrevimiento de palabra, ninguna idea de vuelo, ninguna imágen de efecto, ninguna emocion dispertada por la profundidad y la viveza del sentimiento; pero esperad y la encontrareis, una palabra sencilla una gracia fina, una naturalidad indecible, un buen sentido práctico, un candor adorable; las cualidades culminantes de un hablador discreto que maneja la más diserta de todas las lenguas, la más trabajada para las necesidades de la sencilla elocuencia política tan gloriosa en la parlamentaria Inglaterra.

Sir Straford, que habla como guía de los conservadores en la Cámara de los Comunes y como ministro de Hacienda, comienza por decir á su auditorio, que de haber oido los consejos de su mujer y de su médico, no hubiera asistido á la reunion. En seguida se queja de la asistencia de los taquígrafos, porque le parece que echan á perder toda la sal y pimienta del discurso. Cuando no se reproduce el texto de las arengas palabra por palabra; cuando no se tiene delante ese testigo,

á los postres, despues de una comida abundante, rociada de buen vino, puede abandonarse el más empingorotado de los ministros á la más familiar de las improvisaciones. Pero, ¡qué terrible despertar! Lo que ha parecido bien por la noche, al calor de los brindis, al brillo de las bujías, al placer de la digestion, entre el estruendo de los aplausos y el choque de las copas, puede aparecer á la mañana siguiente, al despertar en ayunas, ofrecido como cosa fiambre, de un sabor acre y de un gusto detestable. Luégo, no siempre ofrecen el texto en toda su pureza, la palabra en toda su ingenuidad, pues la arreglan, acomodan, salpimientan y adoban de tal suerte, que resulta cosa distinta como poner consejos de sus hijos donde él habia dicho prescripciones de su médico. Yo no sé qué hubiera dicho á no tener los taquígrafos, pues comparó el Ministerio radical á un propietario que descuidase sus fincas por aumentar sus rentas, y conjuró con frases familiares, de gusto casero, á ser optimistas en la cuestion de Oriente.

IV.

LA POLÍTICA IMPERIAL Y LA POLÍTICA REPUBLICANA.

Confuso me deja muchas veces la contemplacion larga y profunda del estado que atraviesa el Imperio de Alemania y de la política que sigue el príncipe de Bismarck. Alta idea tengo del poder intelectual y moral que alcanza el Imperio Germánico hoy en Europa; y altísima de la vasta capacidad que lo dirige; por lo mismo no puedo atinar con la razon secreta que abona una política de alarmas y amenazas. Aun comprendo que el Canciller crea de escasa aptitud á sus conciudadanos para el gobierno de sí mismos, y de inevitable necesidad encerrar sus personas y su prensa y su parlamento en leyes tan estrechas como las promulgadas contra el socialismo. Malo, muy malo rebajar y disminuir una nacion tan grande como Alemania, sujetando á un freno

sobrado fuerte su voluntad y á una censura sobrado recelosa su pluma y su palabra; pero comprensible, si no excusable, en períodos de crísis. Lo incomprensible, lo inexcusable, lo que no puede racionalmente explicarse, es esa política de armamentos inusitados y de declaraciones audaces, cuyas amargas consecuencias llegan á universal enemistad en lo exterior y en lo interior á tristísima é irremediable penuria. Nosotros creimos siempre, y sentiríamos habernos engañado en esta creencia, que el antiguo y reaccionario Imperio de Austria se derrumbó, y la hegemonía de Prusia se fundó, no tanto para mediatizar régulos feudales y unir con mayor cohesion tierras germánicas, como para dar á Europa seguridad de que un nuevo Estado, nacido al calor del espíritu moderno, puesto en las bases inconmovibles de la libertad pública, enemigo de todas las intolerancias y amigo de todos los progresos, iba, en medio del continente europeo, á parecer como el motor que impulsa al progreso y como el áncora que detiene en la estabilidad y en la paz; pues solamente merecen el nombre de verdaderos pueblos y de verdaderos Gobiernos los que tienen de esta maravillosa manera equilibradas y en armonía sus contrarias fuerzas. Pero na-

cer la blanda y suave Alemania, esa patria de la conciencia emancipada, esa escuela del pensamiento libre, esa nacion de la música melancólica y de los ensueños poéticos, nacer para pelear, como cualquiera de los animales feroces, destinados á carnicería perpétua, en una guerra exterminadora y sin tregua, francamente, nos parece uno de los mayores y más terribles desengaños que pueden tener las generosas ilusiones de cuantos hemos aplaudido todos los humanos progresos, y entre estos progresos hemos de antiguo contado, como la unidad de Italia, como la República de Francia, como la abolicion de la esclavitud en América, el triunfo de la unidad en Alemania.

Los motivos de alarma menudean á cada instante y surgen á cada paso. Un dia preséntase al Reistak la ley para aumento del ejército, y como la opinion se encabrite al espolazo, y pretenda erguirse contra la gravedad de esta carga, habla el sesudo Moltke de soltar la Alsacia y la Lorena, como si estuvieran los galos á las puertas de Roma. Otro dia el Príncipe Honhelohe, distinguido y apreciado en Paris por sus esfuerzos generosos á favor de la conciliacion estrecha entre Francia y Alemania, es llamado de su emba-

jada y convertido en una especie de Canciller del Canciller, con expreso encargo de preparar y anudar estrechas alianzas. Otro dia el *Times*, á quien no pueden negarse importantísimas confidencias y confianzas europeas, anuncia que la política alemana toma decisivo carácter guerrero y amenaza de cerca la paz de Europa. Y á estas superiores muestras de inquietud únense otras inferiores de menor importancia en apariencia, de iguales resultados alarmantes en realidad. Un escritor, á quien se cree inspirado por la Corte, finge doble campaña para el año 80, y supone batallas reñidas y ganadas, tanto en las inmediaciones de Paris como en las inmediaciones de Varsovia.

La *Gaceta de la Alemania del Norte* habla sin reboso de inminente guerra con Rusia; y el ministro que dirige todas las armas pide á la Cámara el aumento de las fuerzas militares con palabras de doble sentido preñadas de insinuaciones alarmantes y ocasionadísimas á sembrar por doquier irremediables recelos. De consiguiente, los muchos enemigos que el Imperio Aleman, como todos los afortunados y todos los poderosos, tiene hoy en Europa, se aprovechan de estas circunstancias para decir que miéntras

esa máquina de guerra esté montada, no puede haber un dia de paz para las naciones, y como no puede haber un dia de paz para las naciones, no puede haber tampoco un dia de libertad para los ciudadanos. En este mismo instante leo los partes telegráficos del dia, y hallo la nueva de que Inglaterra se aliaria con Francia, si ésta sufriese alguna brutal agresion de parte de Alemania. Y al mismo tiempo que leo esto en los telegramas de Lóndres, leo en los telegramas de Roma y de Viena que los dos jefes de ambos Estados, tan importantes hoy en las complicaciones europeas, se aperciben á evitar la guerra, interponerse en todas las dificultades que pudieran abrir camino á los ejércitos y traer sobre todos nosotros una irremediable catástrofe.

Lo cierto es que hasta las potencias chicas, amparadas por su neutralidad de carácter europeo, se conmueven profundamente en sus bases y se aprestan á una empeñadísima defensa, como si vieran atravesadas sus fronteras por numerosos enemigos y amenazados sus hogares de próxima irrupcion. La tranquila y libre Suiza, esa tierra pastoril, en cuyos prados parece que sólo deben apacentarse pacíficas ganaderías, y en cuyas libertades aprenderse risueñas ideas,

teme que no le basten ni la inaccesible altura de las montañas que la cercan, ni el valor indomable de las razas que la habitan, para salvarse de las procelosas contingencias futuras; y trata por sus Comisiones militares de levantar una línea de fuertes en las fronteras del Jura, no sea que fiada en el respeto inspirado por su independencia y en la fuerza natural de su tradicion, le pase una catástrofe igual á la que pasó á Venecia en fines del siglo pasado, que perdió su nacionalidad por no acudir á su armamento; ideas de todo punto incomprensibles en nacion acostumbrada de antiguo á fiar en su neutralidad diplomática, ideas que prueban cómo ha enardecido los ánimos y alarmado á los pueblos la inconsiderada política y la amenazadora actitud de esa terrible Alemania imperial, necesitada sin duda alguna de inextinguibles y desastrosas fuerzas.

No lo olvide Alemania; la razon que tuvo contra el Imperio ni la tiene ni la puede tener contra la República. El Imperio se ingeria diariamente con cualquier pretexto en los negocios interiores de Alemania; y la República se impone con escrupulosidad el principio de no intervencion. El Imperio trazaba líneas geográficas para

detener la extension que iba tomando á sus ojos la unidad alemana; y la República se abstiene cuidadosamente de esos peligrosísimos juegos. El Imperio se creia con derecho á mantener á la poderosa nacion germánica en tratados más ó ménos aceptables; y la República se abstiene de tales ambiciones. Además, en el conflicto entre las potencias reaccionarias y las potencias progresivas, como por ejemplo, en el conflicto entre Austria é Italia, entre la América libre y la América esclavista, la opinion se inclina mucho del lado de las naciones progresivas, y no hay fuerza que deba desdeñarse en la guerra, siquiera sea la fuerza moral de la pública opinion y de la pública conciencia. Y en un combate entre la Alemania imperial y la Francia republicana, el sentimiento y la conciencia de Europa pondríanse resuelta y decididamente de parte de la Francia. Nosotros comprendemos, y lo decimos como lo comprendemos, que la Alemania se arme ante Rusia; pero no puede armarse ante Rusia sin desarmarse ante Francia. Parecerá una paradoja; mas yo la he dicho muchas veces en mis artículos y en mis discursos con la confianza que me inspiran mis presentimientos: nada que salte tanto á los ojos como la amistad de Alemania con Ru-

sia y la enemistad de Alemania con Francia. Nada, sin embargo, que necesite tanto Alemania como entenderse con Francia y desentenderse de Rusia. Que Alemania iria fatalmente á una guerra con los pueblos eslavos, guerra que ahora ve todo el mundo relampaguear en la atmósfera, se lo dije yo al eminente profesor y poeta Julio Schanz en una carta de accion de gracias por haber traducido al aleman con tanto esmero y tanto entusiasmo mis dos volúmenes de *Recuerdos de Italia*. Anunciábale yo entónces que sobrevendria una guerra de Rusia con Alemania, pero guerra que supone previamente una reconciliacion de Alemania con Francia. Os copio mis palabras, para que veais cómo el individual presentimiento de un solitario, pasa hoy á pública é íntima conviccion en toda Europa. Decia yo en Setiembre de 1875:

«No os durmais sobre vuestros laureles, ni os dejeis dominar por una excesiva confianza. Teneis un peligro comun con nosotros; el peligro mismo que tenía la antigua civilizacion romana; teneis en las estepas del Norte una raza que os odia y os maldice. Oid las palabras sacramentales dichas por aquellos que la representan y que la dirigen. Dícenle que su destino es reno-

var nuestra podrida sangre y destruir nuestras viejas leyes. Preséntanle como un modelo Juan el Terrible, y sus desoladoras excursiones precedidas por los cuervos, acompañadas por el incendio y la matanza, seguidas por los lobos hambrientos. Extienden por sus desiertos helados y por sus estepas relámpagos de ira contra todos nosotros, que engendran odios cuya sed sólo puede apagarse con sangre. Y la palabra capitalísima tonante siempre en esos odios, es la guerra á Alemania, el horror al elemento aleman, que fué á matar con su burocracia y con su córte la nativa originalidad de los eslavos y la natural independencia de los cosacos. Y tal raza tiene una ortodoxia autoritaria y completamente opuesta á nuestro libre exámen; y un Imperio que es fuerte máquina de guerra y que puede echar sobre Occidente, á una señal, dos millones de vengativos soldados. La prevision de un Emperador ilustrado y bondadoso tendria por algun tiempo á raya esos odios. Pero mirad que son terribles los caprichos de la herencia. Tras Augusto puede venir Tiberio, y tras Marco Aurelio, Cómmodo, y un dia lanzar sobre vosotros el primer estallido de un odio de siglos, alimentado por una literatura que se llama á sí misma ex-

clusivamente religiosa, exclusivamente nacional, exclusivamente eslava, todo lo cual quiere decir contraria al germanismo y enemiga implacable de Alemania. Esos odios son impotentes contra una confederacion del Occidente libre; pero si en el Occidente mismo encontraran cómplices, por la satisfaccion de una inmediata venganza, ¡oh! esos odios podrán sumergiros en mares de sangre, como jamás los ha conocido nuestra historia, tan llena de catástrofes y de tragedias. No olvideis que en las letras se encuentra el pensamiento de los pueblos, y las letras eslavas, ya os han dicho á quién aman y á quién aborrecen. El historiador Palacki os enseñará que aborrece á los magiares por haberse interpuesto como una cuña entre los pueblos eslavos del Norte y los pueblos eslavos del Mediodía, y haber sido causa primera de su debilidad y de vuestro poder en el centro de Europa.

»El poeta Kollar os presentará desnudo el pensamiento de un fortísimo imperio que tenga por cabeza los rusos, por brazos los tecches, por piés los servios, cuya lengua resuene en el palacio de sus rivales, es decir, en el palacio de vuestros reyes. Y si visitais el infierno de la epopeya eslava, os encontrareis allí, no léjos de los hún-

garos, que son los más aborrecidos y los más atormentados, malditos en el dolor y en las tinieblas, por haber dicho que la lengua eslava es una lengua de esclavos. Si no veis ese gran peligro, estais ciegos. Y si no veis que contra ese gran peligro sólo os queda la union estrecha con todos los pueblos de raza heleno-latina, lo mismo en Oriente que en Occidente, estais perdidos.»

Pasemos á los asuntos de Francia. Era de esperar el desenlace nefasto que habia de tener y las dificultades varias que habia de engendrar el dichoso artículo séptimo, en mal hora propuesto por el ministro de Instruccion Pública en Francia, y desechado por una autoridad tan respetable y tan sesuda como la Alta Cámara francesa. Demócrata y liberal, enemigo implacable de las reacciones, amigo fervoroso de la emancipacion universal, dado desde mis mocedades á divulgar primero y á realizar despues los principios progresivos y radicales, no aparto nunca mi pensamiento del espinoso ensayo que ahora emprende la nacion vecina, y lo sigo con mi anhelosa atencion y lo sostengo con mis pobres fuerzas; y así en la tribuna como en la prensa, le doy mis consejos, deseoso de que al lado de Italia

tengamos los pueblos de raza latina, otra nacion demócrata como Francia, ya que los españoles fundadores por nuestra revolucion última de la República francesa y de la unidad italiana, despues de haber despertado á Europa, hemos tenido la desgracia de caer en la restauracion por culpa de nuestros arrebatos y de nuestra inexperiencia.

Siempre desaprobé el artículo séptimo, por antiliberal en sus orígenes y por ineficaz en sus consecuencias. Amigo fraternal de Ferry, desde hace quince años, conozco sus rectas intenciones, y hago justicia plenamente á los móviles de su proceder y á la superior inspiracion de su proyecto. Pero se equivoca de medio á medio, desconociendo así la índole de las instituciones republicanas, como la naturaleza de los tiempos corrientes. La Órden de los jesuitas hoy es un gran cadáver, que puede conservarse enterrado bajo la pesadumbre de leyes reaccionarias, y que al aire y á la luz se descompondrá y se deshará de seguro. Cuando la curia romana maldecia de la Constitucion belga y atizaba la guerra civil en España; cuando servia de cómplice al Austria para aumentar las tinieblas de los plomos de Venecia y sostener la servidumbre de la hermosa

Milan; cuando el Papa parecia el Capellan mayor de la Santa Alianza, y azuzaba de contínuo á los déspotas á que se ensañasen como hienas en los pueblos, entónces, en medio de aquella lucha, se comprende y se explica que se contestara á la agresion punible con la agresion forzosa y que se disolvieran las Órdenes monásticas erigidas como otras tantas barricadas contra el espíritu y el poder de las sociedades modernas. Pero hoy que la autoridad temporal de los Papas se ha caido; hoy que la influencia ultramontana se ha aminorado; hoy que Leon XIII, poco á poco, y con verdadera mesura, atiende al movimiento de los espíritus y trabaja por no contrariarlo con las antiguas intransigencias; hoy, medidas como las propuestas por Ferry, parécenme tan extrañas y arqueológicas, cual pudiera ser una resurreccion de los edictos de Felipe el Hermoso contra los templarios ó de los edictos de Cárlos III contra los jesuitas. Yo bien sé que al partido democrático le cuesta mucho desasirse de ciertas tradiciones y prácticas, las cuales, despertando en su memoria la primera juventud, han pasado á la circulacion de su vida como si fueran átomos ó moléculas de su sangre. Pero no tiene remedio; como al entusiasmo de la mo-

cedad sucede la reflexion de la madurez en nuestra existencia, deben suceder en nuestra política á las normas abstractas del ideal puro, las leyes más complicadas y difíciles de la realidad viviente. Empeñarse en perseguir á los jesuitas como en los tiempos heróicos del siglo pasado, paréceme tan fuera de tino como empeñarse en perseguir á los duendes; han pasado.

La bondad práctica de la Constitucion que los franceses se han dado, y que organiza una República, tal como puede conservarla nuestro natural irremediable, échase de ver á primera vista en lo que acaba de suceder ahora con el artículo séptimo. La Cámara popular, más avanzada, más impaciente, más generosa, pero más irreflexiva que la Cámara alta, acepta en el hervor de la juventud y en el exceso de la fe republicana, esa medida de combate, como el moro bendice todas las ocasiones deparadas por la Providencia de emplear las fuerzas que le desasosiegan, y de arriesgar la vida que le sobra. Pero la Cámara alta, más grave y ménos entusiasta, recordando el ministerio moderador propio de su autoridad y el encargo confiado á su experiencia por la Constitucion, ha puesto un freno poderoso allí

donde temia un descarrilamiento seguro, y ha restablecido el equilibrio necesario entre las fuerzas de impulsion hácia adelante, y las fuerzas de estabilidad y de aplomo, mediante cuyas combinaciones se fundan y se conservan las Repúblicas.

La discusion ha tenido mucha más solemnidad y mucha más grandeza que suelen tener de algun tiempo á esta parte las discusiones en las Cámaras de nuestra vecina. Atacándose naturalmente á leyes relativas á la difusion del pensamiento, que arrancan del seno de la naturaleza y que se entrelazan con todos los tiempos, habia de elevarse el debate naturalmente á las más altas cimas de la legislacion que se encuentran en la Filosofía y en la Historia. Pero todo el debate rodaba sobre esta contradiccion, chocante por completo al buen sentido y á la buena fe general: los partidarios de la reaccion, es decir, los ultramontanos, defendian la libertad en la enseñanza; y los partidarios de la libertad, es decir, los radicales, defendian el privilegio en la enseñanza, encontrándose unos y otros fuera completamente de sus antiguas doctrinas, y en oposicion abierta con su historia. Digamos la verdad; los radicales no obedecian á una convic-

cion, obedecian á una venganza, y los ultramontanos no obedecian á un principio, obedecian á un interes. Quieren éstos la libertad de enseñanza, aunque pugna con sus doctrinas, por destruir el resto de las libertades políticas; quieren aquéllos leyes de excepcion sobre la enseñanza por destruir y arruinar completamente el poder de las asociaciones religiosas.

Ni unos ni otros piensan con madurez y legislan con calma; por el contrario, pugnan y combaten. Así no llevan á la controversia la imparcialidad de la argumentacion; llevan el furor de la guerra.

Debemos decirlo sin pasion. Quien ha mostrado anteponer el bien de la República al logro de la popularidad, ha sido el eminente pensador Julio Simon. Pugnando de un lado con los clericales que intentan hacer de una libertad parcial arma venenosa contra la libertad pública, y pugnando con los radicales que creen posibles leyes de guerra en tiempos de completa paz, ha defendido y reivindicado en discurso, tan sobrio de palabra como enérgico de argumentacion, los principios fundamentales del derecho superiores en su conjunto á todas las circunstancias de los tiempos y á todos los intereses de las sec-

tas. El primero en combatir la ley, el primero en montar á la brecha, el primero en devolver golpe por golpe, ha resultado blanco único de todos los disparos populares, y víctima propiciatoria de todas las impaciencias demagógicas. Mucho le han zaherido; mucho le han calumniado; muchas culpas que no tiene ni puede tener han puesto sobre él las injusticias de los radicales y muchas esperanzas, que no alienta ni puede alentar, han puesto sobre él las ilusiones de los reaccionarios: mas sereno como una conciencia sin sombras, íntegro como una conviccion sin supersticiones, firme en su sitio como un soldado sin descorazonamientos, ha cumplido su deber con toda entereza y ha dejado su justificacion á los juicios serenos de la Historia. Aunque nunca su palabra se ha elevado tanto, no alcanzaba, no, á la desmedida elevacion de su persona.

Por lo mismo que habia tomado la iniciativa y que habia sostenido la cruzada, no estaba en disposicion de influir en los ánimos, como otro hombre ilustre, como M. Dufaure, más apartado hoy de la candente arena, y por lo mismo, ménos, mucho ménos notado de parcialidad y de apasionamiento que Julio Simon, el cual se

halla comprometido con Ferry á un combate cuerpo á cuerpo. De grande autoridad moral, de incontrastable energía física, jóven á pesar de sus ochenta años, por el vigor de su salud, sólo comparable al vigor de su pensamiento, adherido desde la infancia al gran principio de la libertad constitucional y parlamentaria, compañero de M. Thiers en sus últimos años, presidente del Gobierno que conjurara la reaccion del diez y seis de Mayo y que trajera el tránsito de una presidencia á otra presidencia; M. Dufaure en mi sentir personifica con más derecho que ningun otro repúblico en Francia, la política indispensable á este período histórico, la serie de concesiones que pueden mutuamente hacer los partidos conservadores á los partidos avanzados y los partidos avanzados á los partidos conservadores para fijar la tésis firmísima, sobre la cual habrán de fundarse en este período histórico la libertad, la democracia y la República. Así es que decidió al Senado, cuando dijo que la medida propuesta en el artículo séptimo se tendria, no solamente por una gran falta de lógica liberal, sino tambien por un atentado inútil á la conciencia humana y una persecucion temeraria á la Iglesia Católica. Despues de pronunciadas

estas palabras, el artículo séptimo estaba perdido, y la causa de la libertad ganada en el Senado francés.

Mi amigo M. Julio Ferry, ministro de Instruccion Pública, ha tratado la tésis como si estubiera en una Academia, y ha defendido la persecucion sistemática elevada por su malhadado artículo á ley con citas eruditísimas, entresacadas todas de la larga historia que forman las rivalidades eternas entre los poderes civiles y los poderes eclesiásticos. Yo creo que los partidarios de las doctrinas de Ferry, á los cuales no puede darse una exacta clasificacion, sufren un verdadero vahido y se creen no ya en los tiempos del frio Robespierre, en los tiempos de Felipe el Hermoso. Cualquiera diria que las Órdenes monásticas poseen aún aquellas riquezas enormes, aquellos poderes extensos, aquella organizacion formidable que atrajeron el rayo de la autoridad civil y justificaron muchas de las antiguas persecuciones históricas. ¿Dónde estais? les preguntaria yo. ¿En qué tiempo vivís? ¿Cómo olvidais lo que es nuestro mundo y lo que es el mundo ya pasado, lo que fué la Iglesia y lo que ha llegado á ser en nuestro tiempo? Padeceis la misma ilusion de los ultramontanos, y en vuestros te-

mores creeis á la Iglesia tan poderosa como la creian ellos en su sencilla fe.

Ninguna de las circunstancias históricas puede ya repetirse. Ninguna de estas crísis puede ya volver. El furor de los radicales contra la Iglesia me parece tan estrambótico como el furor de los ultramontanos contra la civilizacion. M. Dufaure estaba completamente en su derecho, y decia la verdad, afirmando que la ley resultaba un atentado inútil á la conciencia humana y una guerra temeraria con la Iglesia Católica. Los jesuitas perderán el poder que hoy puedan tener, no por medidas administrativas más ó ménos meditadas, por sólidos progresos científicos, que se van llevando lentamente á la eternidad esas sombras. Así, en vano M. de Freycinet, con verdadero sentido, quiso quitarle carácter religioso al artículo séptimo y presentarlo como una transaccion para no tener necesidad de intentar medidas de mayor alcance contra las Órdenes religiosas y de mayor responsabilidad para el Gobierno francés. El Senado no le escuchó y desechó el artículo. Al dia siguiente, estalló una indignacion universal en la prensa avanzada. En la ira despertada por el fracaso de tantas esperanzas, agotóse el diccionario de los

dicterios; periódico hubo que propuso la disolucion de la Cámara alta; representante que quiso la separacion de la Iglesia y del Estado. Un gran publicista republicano, al ver este desórden de las inteligencias, ha exclamado: «Lo que Julio Simon ha dicho, tenía el derecho de decirlo, y lo que el Senado ha hecho tenía el derecho de hacerlo. Calma, pues, y paciencia.» Y ha venido la calma y la paciencia despues de una declaracion del Ministerio diciendo que aplicará las leyes vigentes sobre Órdenes religiosas, y de otra declaracion de la Cámara baja diciendo que tiene plena confianza en el Ministerio. Tanto mejor; las antiguas leyes no saldrán del Museo de los códigos olvidados, y la República habrá atravesado sin peligro una grande crísis, y la libertad habrá conseguido sin estruendo una grande victoria.

V.

EL PRÍNCIPE DE BISMARCK EN VIENA.

Hace tiempo, en uno de mis discursos parlamentarios, dije que así como, desde el año 50 al año 59, relampagueaba una guerra entre Austria y Francia; desde el año 59 al año 66 una guerra entre Austria y Prusia; desde el año 66 al año 70 una guerra entre Prusia y Francia; desde el año 70 al año 77 una guerra entre Rusia y Turquía; extenderíase ahora por los cielos europeos, de suyo encapotados ya, la terrible y pavorosa amenaza de una guerra sin cuartel entre Rusia y Alemania. Sonrisa de incredulidad acogió este presentimiento fundado en rudimentaria prevision. Jamás hubo entre dos dinastías amistad tan estrecha como entre la dinastía imperial alemana y la dinastía imperial rusa, y jamás una enemistad tan intensa é implacable hubo

entre dos pueblos, como la enemistad existente entre alemanes y rusos. Con sólo mirar á los príncipes de la dinastía moscovita, se observa en ellos la consanguinidad con los príncipes de la dinastía germánica; todos son alemanes. Con sólo mirar á un ruso y á un aleman, se observa que la raza de éste es de raíz aria pura, miéntras la raza de aquél un verdadero ingerto de tártaro en eslavo. Los príncipes rusos han conservado tal amor á la patria, de donde son oriundos, que durante mucho tiempo los ministros de su gobierno, los chambelanes de su corte, los oficiales de su guardia habian de hablar por necesidad la lengua hablada entre el Rhin y el Vístula ó habian de pertenecer por alguno de sus costados á la familia germánica; constituyendo de esta suerte, los alemanes como una raza conquistadora y burocrática, dentro del Imperio conquistado y siervo. Canciller hubo del Emperador Nicolás, es decir, en nuestros mismos dias, á nuestra misma vista, que ni hablaba ni entendia el ruso. La sangre germánica, por grandes emperatrices difundida en las razas de los Romanoffs, aumentábase con la costumbre, general en éstos, de unirse á princesas provinientes de Alemania, las cuales ejercian una

autoridad social tan grande, que divulgaban la legislacion civil más favorable á la condicion de la mujer, como signo verdadero de su grandísima superioridad. Y estas princesas, educadas en ciudades, focos verdaderos de ciencia y de poesía, sobre todo, durante el siglo último, llevaban al trono de las estepas con la nostalgia de una patria mucho mejor, la resolucion de educar en las ideas de esa patria querida á todos sus hijos. El Emperador Alejandro I, de tan poderoso y trascendental influjo; alma grande combatida por tempestades encontradas; con su natural voluntarioso como cuadraba á su cargo, y con sus ideas avanzadas, á guisa de reformador y tribuno, tenía de los alemanes el instinto poético, la fantasía soñadora, la profundidad de pensamiento, la tristeza de afectos, las ambiciones desapoderadas y la falta de método unida á la falta de sentido práctico, procediendo en el trono á veces como un déspota asiático y á veces como el más avanzado y más radical revolucionario europeo, segun los ensueños y los ideales amanecidos cada dia con grande inconstancia en los espacios de aquella vastísima inteligencia verdaderamente germánica. El mismo Emperador Nicolás fué un germano, que arraigó la tradi-

cion alemana en los palacios y en las oficinas de Petersburgo. Es más; si esta ciudad se fundó ayer, cercana al Báltico, arrancándole su sacra capitalidad en Moscou, fundóse para que el genio aleman ejerciese sin las trabas puestas á su expansion por las tradiciones moscovitas todo su influjo y todo su poderío. De suerte que un burócrata ruso tiene sobrepuestas tres ó cuatro naturalezas: el tártaro, el cosaco, el moscovita y el aleman; y la Santa Rusia, en su política, en su administracion, en su hacienda, en la plana mayor de su ejército y en la aristocracia de sus empleados no es más que una Alemania bárbara, en la cual se mezclan, como en los príncipes godos que atravesáran el Imperio bizantino, las puerilidades de inocente infancia, con las chocheces de prematura vejez y las tristezas de irremediable decadencia.

No ha faltado, no, el Emperador Alejandro II á estas tradiciones de su familia y de su historia. Tambien su mujer es una princesa alemana, como una princesa alemana era su madre. Tambien los príncipes alemanes llevan, como un grande honor, títulos de mandos y dignidades en su ejército. Tambien el orígen germánico y el apellido germánico, dan valimiento en su

casa y corte. Tambien todos los Grandes-Duques visten los uniformes de la tropa germánica, y llevan cargado el pecho con las condecoraciones dadas por sus vecinos de Occidente. Tambien los lazos de parentesco se estrechan entre las dos dinastías, merced á un trato y á un visiteo mutuo y continuo. Las preferencias de sangre mueven y alientan tambien las preferencias de política. Y el Emperador Alejandro ha permanecido más que ningun otro Emperador, en las tradiciones de su familia; y más que ningun otro Emperador ha guardado las espaldas á Alemania en todas sus empresas. Por Alemania, y sólo por Alemania, se detuvo hasta desentenderse de toda ingerencia en los asuntos de Italia y dejar á la revolucion vencedora el destronamiento de los príncipes históricos. En favor de Alemania, de su unidad vinculada en Prusia, estuvo durante el conflicto pruso-austriaco. En favor de Alemania, de su preponderancia militar, estuvo durante el conflicto franco-prusiano. Por Alemania, siguió muchas veces una política contraria á las mismas tradiciones moscovitas y á la preponderancia de Rusia. Así es que, en la alianza iniciada por Alemania entre los Emperadores del Norte; á pesar de que le obligaban á

pactar con el Austria, la potencia rival suya en Oriente, la potencia llamada por la naturaleza y por la Historia de consuno á contrastar sus progresos en los pueblos meridionales de orígen eslavo, la potencia dirigida por los húngaros que son sus enemigos mortales; desoyó el Emperador todos estos reclamos de la Historia, todas estas tradiciones de su política, y formó una amistad que realmente queria decir union estrecha, eterna, incontrastable con el Imperio y con el elemento germánico, para decidir de los destinos de Europa y resolver con superior y soberano criterio en todos, absolutamente en todos los conflictos europeos. Y á decir verdad, no podia haber cosa más formidable en sí, ni más amenazadora para el resto de las naciones, que una estrecha inteligencia entre la Alemania y la Rusia, los dos colosos del Norte.

Pero la Providencia, empeñada en que la variedad reine así en la Naturaleza como en la Historia, suscita mil oposiciones diversas y mil contrastes varios á esta absorcion de un pueblo por otro pueblo y á estas uniones monstruosas de monstruosos Imperios. Junto á una gran nacion levanta otra de carácter completamente opuesto, como ha levantado la Inglaterra indi-

vidualista, monárquica y aristocrática, junto á la Francia unitaria, republicana y democrática. En el seno de razas, que parecen próximas á formar una sola familia entre todos sus pueblos, lanza discordias eternas, como la dificultad insuperable al panslavismo en el Norte, entre los eslavos de Polonia y los eslavos de Rusia. Extiéndense varias tribus de la misma sangre en una region, por ejemplo, los greco-eslavos en el Oriente europeo; y á fin de que no ocuparan el dominio absoluto de aquellos territorios, les interpone aquí en las orillas del Danubio los mongoles de Hungría y los latinos de Rumanía; allá en la península de los Balkanes, los turcos acampados como por derecho de conquista y los griegos nacidos para ser en la historia moderna como fueron en la historia antigua, los dioses de los templos elevados eternamente por la complexion religiosa del alma humana entre el Asia y Europa. Como en oposicion á los chinos están los tártaros; en oposicion á los moscovitas están los escandinavos, otros de sus enemigos implacables. Y á fin de que Alemania y Francia no se apoderen de todo el centro de Europa, ha suscitado una rivalidad implacable entre franceses y alemanes, como á fin de que Alemania y Rusia

no se apoderen del Norte, ha suscitado otra rivalidad no ménos implacable entre alemanes y rusos. En efecto, si la dinastía rusa siente hervorosa amistad por Alemania, siente contra Alemania enemistad implacable el pueblo ruso. En su orgullo, propio de todas las naciones que tienen mucha vida delante de sí y poca historia detrás, detestan al aleman, á quien deben toda su cultura, como el norte-americano detesta al inglés á quien debe toda su civilizacion. Creen los rusos puros, los guardadores del pensamiento nacional, que la mezcla del eslavo y del tártaro hecha por los escedentes históricos en la química de las grandes irrupciones, tiene una pureza de sangre que oponer á la sangre germánica; como los germanos, en el principio de nuestra historia moderna, creian que el viejo árbol del Imperio latino y la raza de sus gentes, no podian renovarse sino merced á la savia de pureza y de libertad recogidas por las tribus errantes en los umbrosos páramos del Norte. Creen más, creen que la civilizacion original, representada por las ciudades puramente moscovitas, como la santa Moscou, defendida por héroes como Ivan el Terrible, consagrada por iglesias como la ortodoxa que reune al genio europeo el genio asiático;

todo este conjunto agrandado por las ilusiones propias del amor patrio, magnífico monumento erigido por una raza ungida del cielo y resplandeciente con las señales de altísimas predestinaciones; toda esta obra maravillosa de la Historia, vióse interrumpida, ó por lo ménos abrumada, en tiempo de Pedro el Grande, bajo el inmenso legajo de papeles que le echara encima adrede, la burocracia alemana, á cuyos piés cayó Moscou, murió el antiguo santo Sínodo, acabó la originalidad rusa, convirtiéndose en una autocracia el Imperio patriarcal, en una oficina la Iglesia militante, en una parodia alemana la vida original y libre de los eslavos y de los cosacos, reunidos en la inmensa estepa providencialmente para salvar y renovar el mundo. Y creian más aún; creian que así como el derecho civil de los romanos exigia una raza superior á la raza que lo elaborara, más pura de sentimientos, más cercana á la naturaleza, más idónea para la libertad; el problema social de los modernos exigia á su vez otra raza como la eslava, única que puede afrontarlo y resolverlo en sus libres y amplios municipios, tan patriarcales como las tribus asiáticas y tan progresivos como los Estados europeos. De consiguiente, el

ruso verdaderamente patriota detestaba en el Czar, demasiado absolutista, el despotismo aleman; y en el Sínodo demasiado oficinesco, la burocracia alemana; y en el Estado Mayor general del ejército la gente germánica; y en Petersburgo la ciudad de sus conquistadores; y en toda la vida moderna, desde Pedro el Grande á nuestros dias, la parodia vil de las costumbres y de las instituciones que, segun ellos, han hecho de sus vecinos de Occidente, un pueblo muy apto para la guerra y la conquista, muy inepto para la libertad natural y para los progresos políticos. Los estadistas, los burócratas, los militares suelen darse á sus combinaciones, sin parar miéntes en el poeta que lanza una estrofa; en el publicista que escribe un artículo; en el historiador que evoca un hecho, á la manera del agrícola, que siembra sin saber las inclemencias ó los favores reservados por el cielo á sus cosechas, ni de dónde ha salido la nube que ha de rociar ó el pedrisco que ha de destruir sus amados campos. Pero esa estrofa del poeta, esa palabra del orador, esa idea del filósofo, por regla general menospreciadas allá en las sirtes de la política práctica, la más impura de todas las impurezas contenidas en la realidad viviente,

caen sobre el pueblo por misteriosa manera, como el polen de unas plantas sobre otras plantas lejanas, y avivan sentimientos ciegos, en los cuales suelen estrellarse las más altas y las más seguras empresas. Así, miéntras Emperadores y Cancilleres ideaban una alianza con Alemania, el pueblo ruso la maldecia; y esta maldicion del pueblo prevalecerá sobre las mayores y más altas ideas políticas, cual prevaleciera entre nosotros la protesta contra Napoleon y contra las infamias de nuestros burócratas y las ventas concluidas por nuestros dominadores en el nefasto Congreso de Bayona. Allá por 1875, pasaba yo el invierno en París, cuando un poeta aleman tradujo una de mis obras, y me comunicó su traduccion. Y en carta escrita dándole cordialmente las gracias por aquel honor inmerecido, díjele que el mundo germánico tendría que acercarse al mundo occidental para combatir y vencer la implacable enemiga de los eslavos, cuyas epopeyas heroicas lanzaban á cada paso un grito de odio contra Alemania, semejante al que lanzaba Florencia contra Pisa durante la Edad Media en sus poemas dantescos.

Confesemos que en estos últimos tiempos muchos incidentes han contribuido á recrudecer y

enconar tales y tantos odios. Miéntras Rusia ha procedido en favor de Alemania, como hemos recordado, Alemania no ha tenido para Rusia un proceder correspondiente. Rusia vió sin recelos que Prusia soterraba á Francia y Austria, miéntras Prusia ha visto con recelo que Rusia soterrara á Turquía y contrastara á Inglaterra. Esta potencia, de una hostilidad tan implacable á los rusos, no hubiera tenido la resolucion que tuvo, ni tomado las medidas amenazadoras que tomó, ni puesto en Europa las tropas indias que puso, despertándose tan súbitamente, á saber que detrás de Rusia estaba Alemania, como sabian los austriacos y los franceses que detrás de Alemania estaba Rusia. Los acomodamientos de Praga, en que Austria fué lanzada de la Confederacion germánica; y los acomodamientos de Versalles, en que Francia fué disminuida en dos de sus mejores provincias, se escribieron y sancionaron sin encontrar una protesta en el Gobierno de Petersburgo; y el tratado de San Estéfano, que consagraba victorias tan difíciles como la toma de Plewna y atrevimientos tan arriesgados como el paso de los Balkanes, no han podido dar todos sus frutos al vencedor á causa de que Prusia ha sostenido á Inglaterra

en sus maniobras y ha incitado á Austria para que tomase participacion preponderante en los problemas orientales. Luégo, el príncipe de Bismarck en sus conversaciones particulares, en sus confidencias á los periodistas, en plena Asambla de Berlin, ha maltratado con todos los vejámenes imaginables al viejo canciller moscovita sin guardar la templanza conveniente á quien se arroga el título y el papel de moderador en las competencias europeas y de árbitro en los particulares conflictos orientales. Si Rusia no ha repartido á su arbitrio los despojos del Imperio turco; si la liga de los eslavos del Sur no se ha formado bajo la tutela del Czar de San Petersburgo; si las Rumelias, oriental y occidental, no se han reunido en el mismo haz para correr igual suerte; si falta el puente geográfico ideado desde el Danubio al Bósforo, para que vayan á contemplar Santa Sofía los herederos del primer Constantino y los vengadores del último, débese á la política de Bismarck, idéntica por su negra ingratitud, con la política de Austria en la sangrienta guerra de Crimea. Y ahora ya se explica porqué los tigres de la prensa de San Petersburgo han maullado contra los reptiles de la prensa de Berlin y por eso ántes de sonar

los cañones de la fusilería y artillería en una guerra sin cuartel, suenan los cañones de las plumas en una polémica sin tregua. Rusia está herida por Alemania, y no se curará sino con torrentes de sangre.

Confesemos que el Canciller aleman, á su altura, en su posicion extraordinaria, en su política nacional, no podia ni debia consentir que el engrandecimiento de Alemania en el mundo equivaliese á una disminucion de Europa á los piés de Rusia. La raza germánica, que ha traido á la cultura moderna la idea de la individualidad, no podia eclipsarse ante esa raza eslava que hasta ahora sólo ha traido el ideal reaccionario de un socialismo indeterminado. Luégo el gran problema de la unidad germánica á que ha consagrado el Canciller su vida entera, no puede resolverse en toda su integridad sino á costa de Rusia. Cuando hay en ciertas regiones pueblos de la inferioridad que debemos reconocer en los pueblos eslavos del Mediodía, sucede que las potencias, ó más avanzadas ó más fuertes, pugnan unas veces por arrogarse su tutela y otras veces por conquistarlos absoluta y completamente. El Austria tiene poco, muy poco que hacer en Alemania, cuya hegemonía,

disputada durante dos siglos entre ella y Prusia, ha quedado definitivamente establecida en favor de la más adelantada y más progresiva de las dos potencias. Pero el Austria, que empeñándose en ser una nacion germánica, tiene que luchar con el resto de la Alemania unida, empeñándose en ser una nacion oriental tiene que encontrar á su lado, unida tambien, esa grande Alemania. La política de raza, esa política tan criticada se impone más cada dia á todos los pueblos, y se dibuja con mayor claridad en los horizontes de Europa. Y cuando se trata de si una potencia de orígen eslavo, ó una potencia de orígen germánico ha de ejercer la tutela indispensable á los pueblos esparcidos en las oriillas del Danubio y en la península de los Balkanes parece natural y legítimo que los alemanes defiendan al órgano verdadero de su cultura y al mediador plástico de su influencia en Oriente. Una dificultad grave se encontrará en el odio que todos los eslavos del Mediodía guardan á los húngaros, verdaderos directores de la política austriaca. Pero este inconveniente se disminuirá siempre que aparezca velada la política magyar por la sombra majestuosa de Alemania que tanto poder tiene en los pueblos orientales, adoradores

ciegos de la fortuna, en la cual suelen ver, allá en su fatalismo, una imágen del hado. Ya en la pasada centuria opúsose el Austria á que Rusia se apoderase de Constantinopla, y no podia en paciencia el Canciller aleman sin grave riesgo de su nombre y de su gloria, cimentar una disminucion de Alemania en esta centuria, y revelar al mundo que la division del Imperio en Austria y Prusia sólo habia servido para debilitar á los alemanes y engrandecer á los rusos. La política de Bismarck en Austria es una fase del ideal puramente germánico.

Esta institucion de los Cancilleres señala, hasta en las fuertes potencias del Norte, una especie de descomposicion profunda é irremediable, de las antiguas instituciones históricas. Un hombre que se eleva por su propio mérito, que se impone por sus largos servicios, que tiene por base de su poder la opinion pública y por apoyo de su autoridad un parlamento amovible; un hombre con política propia, con propia idea, con secretos íntimos á nadie revelados, eclipsa ciertamente á la autoridad imperial y se eleva, como una especie de espíritu superior, á regiones mucho más altas que las cruces brillantísimas de las coronas imperiales y que las cimas verti-

ginosas de los tronos antiguos. Así, todos los cortesanos suelen deciros á una que el Canciller aleman oscurece con su genio la autoridad del Emperador y absorbe en su persona la representacion de Alemania. Efectivamente, los antiguos reyes históricos, cuando eran muy poderosos y grandes, no tenian ministros de la altura y de la importancia de Bismarck. Un Luis XIII podia tener á Richelieu; pero no lo hubiera tenido un Luis XIV. Ana de Austria podia entregar la corona de Francia á un Mazarino; pero recuérdese lo que le sucediera á Antonio Perez cuando quiso subirse á mayores con un Felipe II. Imposible que nuestro Emperador Cárlos V consintiera á su lado canciller tan poderoso como el príncipe de Bismarck. Autoridad de esta índole, en humilde súbdito, aunque tenga mucho mérito, si en otro tiempo mostraba flaqueza, en nuestro tiempo, de suyo democrático, muestra descomposicion irremediable de las instituciones históricas. Bismarck no desconoce ni oculta esta significacion de su ministerio político. Decíale, en coyuntura solemne á un célebre diplomático republicano, que él tambien amaba la República; pues en ella excusaríase de consumir las noches deshaciendo los entuer-

tos que el viejo Emperador acostumbraba á hacer por el dia. La Emperatriz lo sabe, como lo sabe el Emperador, y ménos responsable en la política que su esposo, y mucho más franca por su sexo, manifiesta un odio invencible al orgullo de su primer ministro. La aristocracia lo sabe tambien, y el folleto de Arnim contra Bismarck, no significaba otra cosa, más que una tentativa de la vieja sociedad de Berlin para expulsar al innovador revolucionario, discípulo empedernido de los republicanos de Francfort. Mas el Emperador no puede, ni podrá nunca, deshacerse de ese hombre, porque si en el siglo pasado, cuando la monarquía era absoluta, un Federico el Grande pudo por sí sólo echar las bases de la grandeza prusiana, en nuestro siglo, con la prensa libre, con los Parlamentos electivos, con la opinion sin tutela, con elementos tales que no pueden, no, contenerse y encerrarse en una sola mano; un Emperador, siquier cuente las victorias del férreo Emperador Guillermo, no puede reinar sin un Canciller siquier tenga la omnipotencia y ostente la soberbia del Canciller de Alemania. Así, hace pocos dias, ha pasado un hecho que no puede quedar inadvertido en la Europa culta. Receloso Guillermo I de

que el procaz lenguaje de la prensa rusa contra Alemania, significase un cambio en la amistad que le consagrara desde la niñez Alejandro II, ha enviado el general Manteuffel á Varsovia para que le reiterara la expresion de su afecto, y no contento con tal prueba, háse ido en persona hasta Alexandrowno, para dar un testimonio evidente al mundo, de la inalterable armonía reinante entre los dos Imperios. Y el implacable y vengativo Bismarck, mucho más férreo que su propio Emperador, cuando de los intereses germánicos se trata, decide aprovechar el momento de su ruidoso regreso, para presentarle una Memoria, en la cual denuncia los insultos de la prensa rusa, como relampagueos de venideras guerras; las conversaciones de Gortchakoff, con los corresponsales europeos, como urdimbres de tramas que tejen los enemigos de Alemania; y la necesidad de una política anti-moscovita, como suprema imposicion de este momento escogido con tan cruel oportunidad histórica por su profunda psicología. Y despues de extender todas estas negaciones, afirma con afirmacion verdaderamente patriótica, á los ojos de un Emperador patriota, el cual dos veces ha arriesgado su corona por la patria, que

todavía le quedan á Alemania grandes destinos que cumplir en Oriente, por medio de su órgano propio, el gran Estado de Austria. Y efectivamente, cuando un Imperio se extiende con la desproporcionada extension del Imperio ruso; cuando amenaza á la cultura europea con amenazas del temible género de las moscovitas; cuando se pone al frente de tantos pueblos eslavos como hay esparcidos desde el Báltico al Bósforo, en són de guerra al Occidente; cuando aspira nada ménos que á la expulsion de los griegos de sus naturales regiones y sustituir la conquista turca con la conquista cosaca, hay que clavarle, para impedirle á toda costa la horrible consumacion de todos estos desapoderados intentos, el arma, más próxima á su costado y á su corazon, la espada del Austria. Ya sabe, pues, Rusia, que en el camino á Constantinopla, tan allanado por las últimas conquistas, ha de encontrarse necesariamente, no sólo una escuadra tan formidable como la escuadra inglesa, sino un ejército tan aguerrido como el ejército austriaco.

La visita del Canciller habrá tenido toda la familiaridad que se quiera, mas significa y representa una inteligencia indispensable á las

dos naciones alemanas. Grande diferencia entre Bismarck el Embajador de Berlin en Viena, que preparaba un rompimiento necesario á sus miras, tendiéndose en los divanes del Ministerio de Negocios extranjeros de la nacion rival, como pudiera tenderse en cualquier café, y fumando como pudiera fumar en cualquier garito, y Bismarck mismo, gran ministro que acude despues de no haber aceptado la visita del Canciller ruso, á departir con Andrassy, y á ofrecerle su apoyo en los consejos del aliado para elevarle á otro Cancillerato, desde cuya dignidad pueda más libre y más fácilmente entenderse con él y contribuir al engrandecimiento de Alemania y á la prosperidad de Hungría. Los Imperios, como los pueblos, y los pueblos como los individuos, que desaprovechan dementes una hora propicia, pierden luégo toda una larga vida. Si Rusia, aprovechando el pánico que produjo en Oriente la maravillosa ascension de los Balkanes, así como la paralisis que trajo á Inglaterra el extravío de la opinion pública, resuelve cobrar todas sus victorias, quizás destruye todo el Imperio turco, y entra en Constantinopla; pero, desde que dejó intervenir á Europa, tuvo que habérselas con retos difíciles de superar y con fuerzas más difí-

ciles aún de vencer y desconcertar. La raza germánica se ha acordado de que por Bohemia, por Cracovia, por Posen, penetra en el seno de los eslavos del Norte, y que por Croacia penetra en el seno de los eslavos del Mediodía; y despues de quedarse, merced al tratado de Berlin último con las regiones verdaderamente eslavas de Bosnia y Herzegovina, se apercibe á interponerse en el camino de Constantinopla, para que Rusia no pueda cerrarle esa especie de mar interior, rica vena de la navegacion y del comercio, rey de los rios centrales en Europa, que se denomina el Danubio. Y hay muchas heridas abiertas en el Oriente europeo, por las últimas victorias rusas, para que una política de esta gran claridad, no avive muchas fuerzas y no dirija á un fin comun muchos pueblos. Felicitémonos, ardientemente, de que encuentren una protesta tan valedera las ambiciones del Imperio moscovita y se abran unos horizontes tan vastos á la influencia occidental en Oriente.

VI.

LOS AMIGOS DE LA REPÚBLICA FRANCESA.

La fundacion de la República francesa en el centro de la Europa contemporánea, promete seguridades tales al progreso universal y decide con tan soberano impulso del porvenir y suerte de las democracias modernas, que no podemos apartar de allí cuantos amamos la libertad, ni el pensamiento ni la vista. La Francia, que tanto ha hecho por la redencion de los pueblos; la Francia, que tanto vapor ha puesto en el movimiento de las instituciones; la Francia, que ha tenido la revelacion del derecho y la ha comunicado al mundo con sacudimientos y sobresaltos de Pitonisa, no puede hacer por sí nunca y por nosotros cosa mejor que darnos el ejemplo de una República ordenada y la enseñanza viva de la armonía que andamos con tanto ahinco bus-

cando entre el órden y la libertad, entre los principios que mantienen y conservan las sociedades humanas y los principios que las remueven y adelantan.

Dos períodos ha tenido la República francesa: uno que pasó ya y otro que en estos dias pasa, los dos igualmente peligrosos. El primero es el período en que sus enemigos la combatian, y el segundo es el período en que sus amigos la exageran. Durante el primer período, tan procelloso, dijimos á los fautores del veinticinco y del diez y seis de Mayo, á los que primero derribaron la presidencia de Thiers y luégo derribaron el Gobierno de Simon, que nada podrian contra las instituciones progresivas, contra la República, contra la libertad, contra la democracia, definitivamente establecidas y arraigadas en tierra tan propia para recibir la visita del espíritu moderno como la tierra de Francia. En el segundo período decimos á nuestros amigos con dolor algo análogo á lo que en otro tiempo decíamos á nuestros enemigos con verdadero convencimiento. La sociedad se compone de instituciones que impulsan y de instituciones que refrenan. La sociedad, complicada de suyo, necesita elementos de conservacion y elementos de

progreso. En la escuela, en el libro, en la cátedra, en la Academia, los destinados á impulsar, á renovar, pueden tambien, si quieren, escribir las fórmulas de la perfeccion absoluta y el ideal de los pueblos progresivos; pero en la esfera del gobierno hay que considerar todo al poder de la realidad y que admitir la cantidad de mal inseparable de nuestra vida y mezclado como una levadura necesaria á todas las limitaciones y á todas las contingencias de nuestra irremediable y eterna naturaleza.

Si hay algun principio adquirido en la ciencia moderna, es el principio de la evolucion universal. Y si hay una ley de la evolucion es aquella que señala como un término nace y se deriva de otro término en la serie de los progresos humanos. Cual la materia se eleva de inorgánica á orgánica; y la orgánica de vegetativa á animada; la sociedad se eleva de autoritaria á libre siempre dentro de la evolucion y de su serie. Hay una evolucion orgánica y hay una evolucion superorgánica. Hay una sociedad como la sociedad de las abejas y de las hormigas que obedece al instinto y que permanece en una eterna estabilidad; y hay la sociedad humana, sociedad supraorgánica, en que entran la fe,

el arte, la ciencia, la religion, y tantas otras manifestaciones del espíritu. Pues esta sociedad se encuentra sometida á la evolucion, como se encuentra la idea pura sometida á la serie. Y no se puede prescindir de ninguna de las leyes sociales sin caer inmediatamente en el mal. Por ende; no se puede desconocer el principio individual de la libertad sin traer la revolucion; y no se puede desconocer el principio social de autoridad sin traer la reaccion. Los monárquicos franceses, que el diez y seis de Mayo, sorprendieron la República, han caido por desconocer el principio de libertad, y los republicanos franceses que ahora gobiernan, pueden caer tambien por desconocer el principio de autoridad y la fuerza que tienen todas las instituciones conservadores y estables. Partidos conservadores sin una grande cantidad de libertades traen la revolucion; partidos radicales, sin una grande cantidad de estabilidad, de autoridad, de gobierno, traen á pesar suyo las reacciones. Por consiguiente se necesita la armonía entre los elementos sociales; el equilibrio de las fuerzas políticas.

Y las fuerzas políticas se han desequilibrado en Francia por virtud del artículo séptimo de la

ley de instruccion, que violaba un principio esencial del derecho moderno. Y este desequilibrio se ha agravado á consecuencia de la ley, que ha perseguido y expulsado las Órdenes religiosas con grave daño de la República. Y el mal contenido en estas disposiciones absurdas se ha recrudecido con la triste inoportunidad de haber hecho coincidir una medida tan saludable y necesaria como la amnistía con una medida tan absurda como la expulsion, lo cual ha hecho coincidir la ida de los religiosos con la vuelta de los comuneros, y la inmensa ovacion hecha á Rochefort, quien combate á la República con mayor furia que combatiera en ningun tiempo al Imperio. Al par que sucede esto, una magistratura, ya expurgada, presenta las dimisiones de sus cargos, habiéndose retirado ciento cincuenta jueces de categorías diversas, y los no retirados, habiéndose reconocido competentes para entender en la expulsion por considerarla no sólo atentatoria á la seguridad de las personas, desconocida y negada, sino tambien al sacratísimo derecho de propiedad completamente vulnerado. Por toda Europa corren los considerandos de la sentencia en que los magistrados se arrogan el derecho de entender

este asunto, y bien puede asegurarse que están fundados en las bases más esenciales del derecho moderno. Los jueces dicen que no pueden ménos de admitir las querellas porque los propietarios han sufrido una verdadera confiscacion, y la confiscacion se halla prohibida por todas las Constituciones modernas, las cuales proclaman que los ciudadanos no pueden ser molestados en la quieta posesion de sus bienes, y mucho más por razon de las ideas que profesan, cuando tienen igual inviolabilidad que las propiedades las conciencias. Sí, es verdad; estos son los principios que los filósofos han formulado en sus libros, que los apóstoles han difundido en sus predicaciones, que los mártires han sellado con su sangre, que los legisladores han puesto en las leyes, que la Asamblea Constituyente proclamó en la noche del cuatro de Agosto, que la Convencion esparció á los cuatro puntos del horizonte, que son el alma de las sociedades modernas y sin las cuales no tendrian razon alguna de ser las Repúblicas y sus derechos sacrosantos. Pueden favorecer á nuestros enemigos; pero así, no de otra suerte, son los principios modernos, semejantes al aire que todos respiramos, al sol que todos recibimos, al

espacio que á todos nos contiene, al Universo que á todos nos vivifica, es decir, que á todos nos dirige y nos gobierna.

Es necesario reconocerlo en verdad y decirlo sinceramente: la República no es más que la organizacion externa de los principios esenciales á la democracia moderna, y el principio de los principios, y la esencia de las esencias, y el alma del alma moderna, se encuentra en la libertad religiosa que consagra con una consagracion indeleble todo el derecho moderno.

Por esta razon nos asociamos de todas veras á la fiesta nacional celebrada en París, que conmemora la caida de la Bastilla, el funesto bastion de la monarquía absoluta, el triste tormento de los mártires de la libertad, la sombra nefasta proyectada por los siglos del privilegio y del error sobre la humana conciencia. Nosotros hemos tenido la desdicha de ver fiestas tales, conmemoraciones tales en tiempo del Imperio; y no hemos tenido la dicha de ver las mismas fiestas y las mismas conmemoraciones en tiempo de la República. Yo recuerdo el 15 de Agosto con sus revistas, con sus ferias públicas, con sus iluminaciones brillantísimas, con aquellos edificios bañados de resplandores que surgian entre las

sombras, con aquellos bailes que interceptaban las calles, con aquellos fuegos artificiales que llenaban de luces de colores la inmensidad del cielo y parecian iris movibles de estrellas esmaltadas por innumerables matices. Mas, ¡qué frialdad oficial! ¡Cómo recordaban los peores dias del Imperio Romano! ¡Cómo denotaban que se hacian para consolar á un pueblo en su servidumbre!

Ahora no; ahora París entero ha celebrado la fiesta de su libertad. En vez de aparecer los edificios oficiales tan sólo iluminados, han aparecido todos los edificios igualmente, porque la fiesta ha sido, no de una dinastía, no de un César, no de una institucion reaccionaria, de todo un pueblo. Nada naturalmente más hermoso que esta explosion de alegría sincera y que este recuerdo de una de las fechas que iluminarán los tiempos como los soles iluminan los espacios. París se eleva á santificar y engrandecer uno de los dias creadores de su historia y á grabarlo con caractéres indelebles en las generaciones que á tales dias deben su emancipacion. Y nunca se celebra bastante la fecha en que un castillo de la soberbia se hunde, monumento de antiguos errores y un siervo del terruño se levanta,

resucitado, á recoger y á gozar su libertad. La toma de la Bastilla es la toma del antiguo mundo.

Así comprendemos que el pueblo parisien haya festejado una fecha, en la cual, como un gran escritor ha dicho, el género humano encontró sus perdidos títulos de nobleza. En las fiestas imperiales hallábase lo más espléndido del espectáculo, y lo más brillante de las grandes decoraciones escénicas, desde el Arco de Triunfo hasta las Tullerías, es decir, en los sitios vecinos á los albergues de la familia imperial; hoy sucede bien de otra suerte; y lo mismo la magnífica plaza de la Concordia que las tempestuosas alturas de Belleville; lo mismo los barrios céntricos que los barrios excéntricos; toda la capital de Francia presenta adornos sin medida y está como cuajada de luminarias sin número. Lo más político, lo más trascendental de este espectáculo, consistió en la entrega de las banderas al ejército y el juramento de fidelidad por el ejército prestado á la República.

Desde muy temprano la multitud se apiñaba en el extremo Norte de la inmensa pradera y espesísima selva llamadas de Boulogne. Cerca de allí serpentea el tortuoso Sena, y anidan los pueblecillos de Anteuil y Passy, levantan sus

crestas sembradas de viñedos y jardines las bellas colinas donde surgen los campanarios de Saint-Cloud y de Serves y de Surennes entre el follaje; y á la derecha se descubre la poblacion que da nombre á todo el bosque, y que une casi las dos riberas del rio. Arrojad allí cuatrocientas mil personas; surcadlo por ochenta mil carruajes; poned la animacion propia de un pueblo como París y de los infinitos curiosos que sólo han acudido para divertirse y espaciarse; añadid los uniformes vistosísimos, las músicas resonantes, el estampido de los cañones, el paso de los regimientos, las incidencias de una formacion gigantesca, el brillo de una parada sin igual, los aspectos teatrales de tan gran revista; y decidme luégo si comprendeis cuán atractiva debe haber sido la fiesta para un pueblo tan dado á la milicia como el pueblo de Francia.

El Presidente de la República aparece; y un clamor inmenso, que hiere las estrellas, lo recibe. Se sitúa en la tribuna, teniendo á los representantes de todas las naciones en torno suyo, y va entregando las insignias á cada delegacion de los diversos regimientos, las cuales ascienden al número de cuatrocientas treinta y seis; y se adelantan entre los aplausos frenéticos y los vivas

continuados de las muchedumbres, exaltadas hasta el delirio. Hay que aplaudir sin tasa el reflexivo discurso de Grevy, aplauso tanto más sincero cuanto que sucede en mí á grandes censuras. La idea capital de la democracia moderna late en todo él, esa idea de que necesitan los pueblos con necesidad imprescindible estas instituciones, como el ejército, de autoridad, de freno, de disciplina, de estabilidad; no solamente porque conservan el órden y con el órden las libertades públicas, sino porque sirven de escuelas vivas á la sujecion, á la obediencia, á la disciplina, á todo cuanto sostiene y robustece la sociedad. Es natural que, en medio de tantos errores como se han cometido, en medio de tantas debilidades como han aquejado á esta situacion, en medio de las persecuciones á las Órdenes religiosas, en medio de los arrebatos de pasion que han desnaturalizado tanto el proceder de la democracia francesa, al iniciarse su período de gobierno; un acento de autoridad, una invocacion á la disciplina, el recuerdo de estas grandes instituciones de conservacion que pueden servir como de contrapeso al movimiento desordenado y excesivo, caiga sobre la conciencia, como si fuera el rocío de la esperanza.

Es indudable que los ejércitos tienen un gran ministerio que cumplir todavía en las sociedades modernas.

Indudable es que el soldado sacrifica la propia libertad personal por la libertad de todos, la paz propia por la paz de todos; que vela miéntras los demas duermen, que padece miéntras los demas gozan, y que tiene por deber dar la vida en holocausto á sus semejantes y sostener la independencia de las naciones en los conflictos que á cada paso engendra la bárbara ley de la guerra, cuya fatalidad pesa sobre todos nosotros con abrumadora pesadumbre. No hay que olvidarlo; se necesita seguir una política en armonía con todo cuanto hay de perenne en las sociedades modernas y todo cuanto exige hoy la pública conciencia.

VII.

LA CAPITAL DE FRANCIA.

Parece el Senado francés resuelto á facilitar el regreso oficial de los poderes públicos á París y el Ministerio indeciso en las garantías que dará y en las seguridades que ofrecerá por su parte á este anhelado acto. La cuestion de capital entraña consecuencias tan graves, que no puede resolverse de ligero como la resolvió aquella Asamblea primera de Burdeos, tan ajena á las realidades políticas, como la más ciega y la más empedernida demagogia. Estas grandes ciudades ejercen sobre las otras ciudades en las naciones atraccion semejante á la que el sol ejerce fuertemente sobre los planetas y los planetas sobre sus satélites. Sabemos que el sol tiene volúmen mayor que sus vasallos celestes, luz propia, una condensacion gigantesca del ether es-

parcido en los espacios; pero no sabemos la causa de este poder inmenso y de esta inmensa fuerza; no sabemos por qué se condensó en su esfera y no en ninguna otra tan grande cantidad de átomos destinada desde el principio del sistema sideral á reinar en nuestros cielos. Pues, respecto á las grandes ciudades, nos sucede exactamente lo mismo. Sabemos que han condensado en cierto punto del espacio grande cantidad de ideas; sabemos que han ejercido en la sucesion de los siglos un poder incontrastable; pero no sabemos ni adivinamos apénas, por qué en este punto y no en otro más cerca ó más léjos, se ha cumplido este misterio singular del humano espíritu, la fundacion de lo que podríamos llamar núcleo de una raza, de un pueblo, de una grande cultura, de esta religion, de aquella filosofía ó de aquella ciencia. Alejandro, al morir, fundó Alejandría: el imperio material en que soñara, se hundió en la eternidad con su persona y con su vida; pero quedó aquel espacio, predestinado á laboratorio, donde habia de extraerse por procedimientos misteriosos el espíritu universal, que animó á la humanidad despues del Cristianismo, siendo Alejandría, como el punto de interseccion de tres continen-

tes, el centro de las ideas de tres ciudades mayores en la Historia; Jerusalen, Aténas y Roma.

Todo el que intenta fundar una aglomeracion de pueblos, empieza por fundar una ciudad de importancia. ¿Qué hubiera sido del Imperio Asirio sin Nínive? ¿Cómo hubieran llegado á tanto poder los Omniadas y los Abasidas sin Damasco y sin Bagdad?

En cuanto Córdoba creció de una manera tan desmedida bajo los primeros walies vióse claramente que estaba llamada por su propio poder á presidir un califato. Felipe II llevó la capitalidad de su tétrico imperio á Madrid; Pedro el Grande, para fundar una nueva Rusia, tuvo que abandonar la ciudad santa de los Czares, Moscou, y establecer en su dignidad la germánica Petersburgo. Tal vez la division de Alemania y de Italia proviene de no haber tenido ésta una tal y tan grande, que léjos de aspirar á cabeza de nacion, aspire en la antigua como en la moderna historia, á cabeza de todos los pueblos cual señora que era de las gentes. Por eso, cuando Cavour quiso la Italia una, conociendo que el coro de ciudades sin par existente en su patria, no se someteria á ninguna que no tuviese la majestad y la alteza de la Ciudad Eterna, pro-

clamóla capital incontestable de la nueva Italia. Pues bien, París ha hecho á Francia. Sin esta gran ciudad las ciudades helénicas del Mediodía, jamás se hubieran juntado con las ciudades normandas del Norte; sin esta gran ciudad jamás el Franco-Condado, el Rosellon, la Cerdania que pertenecieron á España; el territorio de las costas oceánicas que perteneció á Inglaterra; los grandes ducados de Borgoña y de Saboya; las riberas del Rhin reivindicadas siempre por la Alemania; los reinos como Navarra, y los feudos esparcidos en todo el territorio, jamás hubieran formado la nacion más una y más unida de todo el continente europeo. Por consecuencia, no puede una Cámara, por terrores más ó ménos fundados, por supersticiones más ó ménos arraigadas, por sucesos recientes, descabezar una grande nacion y quitar á una capitalidad antigua su corona de gloria. El regreso á París se halla en el órden natural de los sucesos; y no puede retardarse sin detrimento de la Nacion y de la República. Es de toda necesidad.

Los obstáculos en el Senado están completamente vencidos; pero no están los disentimientos del Gobierno arreglados. Naturalmente; todo Ministerio, por muy homogéneo que parezca, se

organiza de suerte que una parte tiende á soluciones conservadoras y otra parte tiende á soluciones progresivas. Imposible encontrar siete hombres que no tengan en sus entendimientos matices varios de la misma idea y que no se inclinen á unas ú otras tendencias. Parte del Gobierno cree que la Cámara puede y debe instalarse nuevamente en París sin necesidad de precauciones, y parte del Gobierno cree que las Cámaras necesitan una verdadera ley de garantías. A consecuencia de la nueva situacion política dependen dos cosas esencialísimas del Ayuntamiento; primera, la mayor parte de la policía, y segunda, si no estoy mal informado, el presupuesto de la Prefectura. El Ayuntamiento de París ha tenido siempre de bueno el pertenecer al partido republicano; pero ha tenido de malo el dar á este republicanismo un color demasiado subido, y por consecuencia dañoso á la autoridad y al prestigio de una corporacion popular tan importante. Desconfía de él, y desconfía hasta cierto punto con motivo, la fraccion más conservadora del Gobierno. Inútil ocultar, que todas mis inclinaciones y todas mis ideas me llevan á la democracia gubernamental y á sus más moderadas fracciones. Pero lo digo con

franqueza; parecéme cosa difícil que ningun Ayuntamiento conspire, en nombre de París, contra las dos Cámaras representantes legítimas del poder augusto de toda la nacion. Para esto precisaria declararlos dementes y el Municipio de París habrá dado pruebas de exaltacion, pero no pruebas de demencia. El caso de la comunidad no puede repetirse. Difícilmente se reunirán circunstancias como aquéllas: la Francia en tierra, el Gobierno ausente, la Cámara errante, la capitulacion recien escrita, el ejército prisionero, los invasores en las calles, la guardia nacional numerosa y conmovida, el partido republicano con las amarguras del vencimiento y sin las lecciones de la experiencia; la capitalidad de París amenazada, la existencia del principio republicano puesta en tela de juicio, con un monárquico antiguo al frente del poder nuevo, la temeraria ley de los vencimientos promulgada, el comercio herido, la industra exhausta, la unidad francesa rota, la conciencia nacional relampagueando, y el suelo lleno de escombros y de cadáveres.

Solamente por lo extraordinario puede comprenderse lo grave de todos aquellos sucesos. No se repetirán, pues, y las Cámaras deben vol-

ver, y el Gobierno tomar poco á poco las precauciones demandadas por las circunstancias, y que decididas hoy, tendrian aire seguramente de imposicion y de amenaza.

Dos grandes asaltos ha sufrido la República en estos últimos dias; uno de ellos en la prensa y otro de ellos en el Parlamento; uno de ellos proviniente de los imperialistas y otro de ellos proviniente de los exagerados. Paul de Casagnac ha dicho que no hay libertad de imprenta, y para probarlo, ha escrito un artículo, en el cual llama al Gobierno de la República, Gobierno de saltimbanquis, y á la República misma zahurda, á cuya puerta tocan como en las ferias de lugar, los titiriteros de oficio el tambor, llamando á las gentes, las cuales saben que la tal zahurda está vacía, y que los secuestrarán, si entran allí dentro, á fin de robarles su honor y su dinero. A semejantes extravagancias, sólo puede responderse que, si un republicano hubiera escrito tal cosa del Imperio en los tiempos imperiales, desaparece misteriosamente para reaparecer, cuando ménos, en el homicida seno de Cayena. He creido siempre que las violencias de lenguaje, sólo dañan á quien las usa, y sólo sirven á la causa contra que se emplean. Mayor

cuidado me da ciertamente la oposicion de la extrema izquierda democrática empeñada en pedir que la República sea republicana, como si no fuera republicano el Presidente, republicano el Congreso, republicano el Senado, amovible y responsable el poder público, soberana la nacion, inmanente y universal el sufragio, completa la libertad parlamentaria, y el órden seguro y fundado en las bases inamovibles de la voluntad general y en el derecho de todos los ciudadanos renovado por las leyes y sancionado por la fuerza moral de las costumbres. Mas aquellos que han pasado su vida entera en el arte fácil de una oposicion irreconciliable, iluminada por los resplandores de un ideal vago, creen faltar á su partido, desmentir su historia, romper sus compromisos, perjurar de Dios y de sus conciencias si apoyan con decision á un Gobierno, siquier se encuentre tan identificado con sus ideas y con sus intereses como el Gobierno republicano.

Nada más fácil que propagar un puro ideal y nada más difícil que transformar la impura realidad. Dadle al primero entre los apóstoles de cualquier creencia un mundo á corregir y vereis cuánto distan las fórmulas científicas de las

verdades históricas. Quien no ha ejercido el gobierno, ni aceptado sus tremendas responsabilidades, ni puesto la mira en pasar prácticamente de un hemisferio, á otro hemisferio de la Historia, podrá desde las cimas de una doctrina no realizada ni quizás realizable, en los anchos y cerúleos espacios del arte esgrimir con todo desembarazo las armas de una crítica siempre fácil, dada la oposicion eterna é irreductible de lo ideal y de lo real, que nos solicitan mutuamente, sin lograr dominarnos ni el uno ni el otro por completo, á causa de nuestra doble naturaleza y de la contradiccion á que estamos por esta doble naturaleza encadenados. Exageren los republicanos de la extrema izquierda sus ideas, expongan los programas, y los ideales más avanzados, pidan la reforma total de la sociedad en un minuto, cataloguen progresos inacabables, critiquen acerbamente á los ministerios y á las mayorías, creyendo con tales medios herir á los republicanos moderados; herirán y mortalmente la República. Jamás viniera el primer Imperio si los girondinos no hubieran devorado á los constitucionales, y los montañeses á los girondinos, y los jacobinos á los montañeses y los thermidorianos á los jacobinos. Ja-

más hubiera venido el segundo Imperio sin las divisiones de socialistas, comunistas, cabetistas, falansterianos, doctrinarios, republicanos burgueses, republicanos dictatoriales, republicanos de la víspera, republicanos del dia siguiente, parricidas todos de la segunda República.

El ánimo se sobrecoge si quiere sondear el abismo insondable á que puede conducirnos este empeño de la extrema izquierda en dividir el partido republicano francés y en exagerar y desnaturalizar por consiguiente la República. Los discursos de M. Clemenceau dañan más, mucho más á la libertad que los artículos de M. Casagnac. Estos, por sus exageraciones, disgustan á todos y alejan partidarios á la restauracion imperial; mas los alejados vuelven bajo la enseña violeta y el manto de abejas, así que el diputado de la izquierda aterra á las clases conservadoras y desencanta á las clases populares. Los políticos que juzgan la sociedad por el mapa trazado en su cerebro, la arreglan arbitrariamente y designan á cada cual un papel fantástico y contrario á lo que pide y necesita la viva realidad. La division del partido republicano hoy en dos fracciones irreconciliables, resultaria ma-

ñana la ruina de la República. Podrán dividirse, y se dividirán naturalmente, cuando haya una base comun fuera de todo litigio, cuando nadie discuta la existencia del Gobierno republicano, cuando todos reconozcan que conviene á Francia, por no excluir sino á los pretendientes y dejar á todos los partidos designados por el sufragio universal, ya sean conservadores ya avanzados, el goce pleno de todos sus derechos y el turno pacífico en los ejercicios tranquilos del gobierno. Pero miéntras la República esté combatida por tantos elementos subvertidos en contra de su existencia; miéntras los pretendientes la acechen; miéntras la restauracion imperial sea una arraigada esperanza y la democracia pura un mero ensayo, el deber está de acuerdo con la necesidad, y los partidos republicanos de todos colores y matices, no tienen más remedio que unirse apretadamente en torno de la República y apoyar al Presidente, y apoyar al Gobierno y apoyar la mayoría, y seguir la política prudente y conciliadora que todo lo señorea.

Si caen fuera de esta norma de conducta, entrarán bien pronto en las vaguedades utópicas para perderse en el descrédito irremediable. A

una República como la alcanzada en Francia pertenece una política de evoluciones continuas que tenga puesta la mira en los ideales del porvenir, pero que evite los cambios bruscos y los sacudimientos violentísimos como lo más dañoso y lo más triste que puede pasar en este tránsito de una á otra forma de gobierno. En la impremeditada eleccion de Blanqui les aconsejamos que vieran á lo que se exponian y exponian la República; ahora se encuentran con la necesidad de invalidar esa eleccion. ¿Pues no hubiera sido mucho mejor no decidirla ni hacerla? Los errores en política son casi siempre irreparables. Por eso las dos virtudes capitales del hombre público resultan la prevision y la prudencia.

Está visto; el pueblo por excelencia político de la raza latina, es el pueblo italiano. Otro cualquier pueblo, á quien le quejasen sus divisiones entre las provincias, sus rivalidades entre las ciudades, sus tres ó cuatro capitales diversas, su penuria económica, su lucha cuasi religiosa con el Papa, su crísis profunda en el tránsito de un reinado á otro reinado, la division de sus partidos, las dificultades de su política exterior, hubiera ya dejado de existir como

pueblo libre en el seno de la Europa moderna. Pues qué, ¿no vemos esta España nuestra tan varonil, tan austera, tan dotada por la naturaleza de virtudes militares y cívicas, pasando del frio de la reaccion á la fiebre de las revoluciones como enferma y calenturienta? ¿No vemos esa misma Francia tan culta é ingeniosa, con su brillante elocuencia ateniense y su natural emprendedor, y sus tendencias cosmopolíticas correr el riesgo de que en su vida y en su historia sobrevengan nuevamente las exageraciones republicanas? Mirad en cambio á Italia.

Le ha costado ménos pasar de Turin á Florencia y de Florencia á Roma que le ha costado á Francia, ir de París á Versalles y volver de Versalles á París. Con su viejo estatuto, con su feudal dinastía en una ciudad donde reina la sombra augusta del Pontificado, levantando frente á frente del antiguo Colegio de Cardenales el profano Congreso de Diputados, lo cierto es que ha conciliado lo inconciliable y ha vivido en el seno de una libertad completa. Poco á poco las contradicciones más radicales se resuelven y los antagonismos más enemigos se arreglan y se armonizan. ¿Quereis de esto ejemplos? Pues nada más facil que encontrarlos en su política

diaria. Entraron los italianos en Roma y los reyes en el Quirinal. A consecuencia de tal entrada que los pontificales apellidaron despojo, el Quirinal quedó sin capilla, pues arrancó á aquella en cuyo recinto se verificaban los conclaves y se nombraban los Papas, su carácter sagrado una disposicion pontificia. La Reina Margarita tenía que dejar todos los dias de fiesta su palacio para ir á un modesto santuario cercano á hurtadillas. Mas ahora, exaltado Leon XIII al solio, y con Leon XIII una política mas tolerante, la Capilla del Quirinal se ha reabierto y se ha consagrado de nuevo sin más compensacion que la próroga por parte de la Casa Real de un alquiler á cierto colegio católico americano constituido en los alrededores del Palacio.

Véase, pues, si el Papa es tolerante. Y lo que digo de la tolerancia del Papa, digo de la oposicion de Garibaldi. Nada más amenazador á primera vista. Parece próximo á ceñirse nuevamente su camisa roja y á montar en su caballo blanco, cual en aquellos tiempos legendarios de nuestra juventud, en que derribaba los tronos con sólo presentarse radiante de inspiracion y seguido de sus mil héroes entre los pueblos exaltados por el relampaguear sublime de su genio.

Mas no os dejeis llevar de las primeras emociones. Leed con atencion sus proclamas y notareis que se reducen á pedir pura y simplemente el sufragio universal. Garibaldi ha nacido en la patria inmortal de la política y sabe demasiado bien que la obra de Italia necesita consolidarse en una verdadera concordia y eximirse del cansancio que trae consigo despues de tantos trabajos hercúleos una renovacion incesante sin norte y sin objeto. En todas partes y por todos los liberales avanzados se proclama y se acepta la política de evolucion, resultado precioso de las analogías existentes entre la sociedad y la naturaleza.

Tambien delante de la cuestion oriental ha mostrado Italia de nuevo sus aptitudes varias, y sobre todo, sus talentos políticos. Aquella excesiva alarma por la tierra irredenta, que pudo promover irreparables catástrofes, cedió muy pronto á maduros juicios y á profundas reflexiones. Italia últimamente ha tomado bajo su proteccion dos naciones: Rumanía y Grecia. Y no podia ménos de ser así, porque Rumanía es su hija y Grecia es su madre. El parentesco existe entre los pueblos como existe entre los individuos tambien. Compadezcamos á esas naciones,

que no se acuerdan como los irracionales en llegando á cierta edad, de quiénes han sido sus padres. Rumanía es la antigua colonia de Trajano, medio bética y medio itálica, es decir, española é italiana. Grecia á su vez ha sido el templo, la escuela, el taller, la Academia de Roma. El Presidente del Consejo de ministros ha dicho á Rumanía que realice la libertad religiosa prometida en los protocolos, y que emancipe á los judíos segun la letra de los Tratados. Y á su vez ha dicho á Grecia que no promueva nuevos conflictos y que espere al Congreso propuesto por Francia para presentar sus quejas y pedir sus reivindicaciones.

Suele decirse que la política de raza es una política sentimental y falsa. Pero las grandes verdades se imponen á los ánimos más rebeldes y penetran en el laberinto de los hechos más dificultosos. Así, miéntras Inglaterra, que tanto ha prometido á Grecia, esquiva cumplir sus promesas, y hasta rompe en abierta hostilidad con su protegida, Francia é Italia oyen el clamor de la sangre y demandan al Congreso europeo por lo ménos una rectificacion de fronteras indispensable á la independencia y á la vida de la naciente nacionalidad. La pobre Grecia ha

pasado por grandes y terribles desventuras despues de su emancipacion. Léjos de constituirse en la forma natural que le imponen su carácter y su historia imperiosamente, se constituyó en monarquía encabezada por un monarca extranjero, y bajo el amparo de la diplomacia europea. El monarca extranjero, el rey Othon, natural de Barcera, educado en la escuela de la Santa Alianza, aristócrata por naturaleza, no comprendió jamás la libertad y la democracia, naturales en aquel republicano suelo, y fomentó la peor de todas las corrupciones, la corrupcion electoral.

Así, despues de pasar por los horrores de una guerra de la independencia, pasó por los estremecimientos de una revolucion, natural consecuencia de los primeros ensayos hechos en la experiencia del régimen constitucional. Hoy la libertad aparece más lata y más segura en aquella tierra privilegiada y el sufragio universal más poseido de sí mismo y más sensato. Pero lo que principalmente daña hoy á esta pobre Grecia es la desproporcion manifiesta entre su territorio y su estado, entre los deberes que éste le impone y los recursos con que cuenta. No sucede en ninguna parte lo que sucede ahora

en Grecia. Los hombres más ilustres de las regiones sometidas al yugo extranjero; los hijos del Epiro, de Macedonia, de Tesalia, Creta misma, abandonan resueltamente sus hogares sellados con la marca ignominiosa de la esclavitud para respirar el aire libre en la sacra tierra de sus padres.

Y allí una necesidad política exige con fortísima exigencia que el hijo de la tierra desgraciada, reciba tambien bajo el techo de sus padres consideraciones iguales, quizás superiores á las consideraciones guardadas á sus hermanos redimidos de su antigua vergonzosa tutela; por consecuencia, hay en la nacion helena tal desequilibrio entre el mundo contribuyente y el mundo oficial, que grava el presupuesto y veja, atenacea y descompone á la nacion. Es necesario, pues, que los pueblos heleno-latinos libres pugnen por la reconstitucion de la madre Grecia, como único medio de resolver los intrincados problemas orientales, y de recoger la herencia que lega la maltrecha Turquía, y de refrenar y detener las ambiciones de Rusia.

VIII.

TEMORES FUNDADOS.

Holguémonos de que haya concluido en la Cámara francesa el asunto de la amnistía. Terminado con él un período de agitacion y resuelto un problema de importancia, convertiránse las fuerzas, malgastadas en debates ardientes, al progreso pacífico que debe procurar el ejercicio de las nuevas instituciones, y á la lenta renovacion que deben traer maduras y graduales reformas. No conozco error tan craso, como pedir innovaciones y adelantos á Gobiernos débiles de suyo, ó debilitados por falsos y exigentes concursos de quienes debieran seguirlos en vez de dominarlos. Las reformas no significan nada cuando no significan la victoria de un derecho sobre un privilegio, del interés de los más sobre el interés de los ménos; del progreso continuo

sobre las resistencias reaccionarias. Y obedeciendo á su significacion genuina, exigen mucha autoridad y mucha fuerza. No pidais, pues, reformas progresivas á gobiernos débiles ó debilitados. La virtualidad de reformar supone fuerza incontrastable. Sin ella nada puede intentarse ni nada hacerse. Como la sociedad es complicada y compleja, el gobierno debe ser complejo y complicado tambien. Reunir al sentimiento liberal más vivo, el culto á la autoridad más sincero, paréceme la norma clara de toda política fecunda. Defender y conservar el advenimiento de la libertad, tarea reservada siempre á gobiernos muy fuertes. Y no entiendo por gobiernos fuertes los gobiernos arbitrarios. Precisamente, á mis ojos, no hay flaqueza tan triste como la arbitrariedad. Si el quebrantamiento de las leyes morales, perturba y debilita la vida, el quebrantamiento de las leyes sociales, perturba y debilita la autoridad. Los gobiernos que quieran encerrar á los ciudadanos dentro del círculo de las leyes, deben entrar primeramente ellos mismos en ese mismo círculo. Indispensable, pues, ministerios fuertes con la fuerza que dan las leyes, para caminar por la senda del progreso. Penetrado de estas ideas,

veo con dolor en Francia, las maniobras encaminadas á debilitar al Gobierno republicano, y con más dolor la sucesion vertiginosa de ministerios y de ministros. Desde ahora mismo digo, que, continuando por esa procelosa vía, fatigarán los partidos franceses á la opinion sin hacer cosa alguna de provecho. Ya obligaron á M. Dufaure á retirarse cuando, en mi sentir, representaba con autoridad y entereza la política de M. Thiers. Ya cambiaron en poco tiempo los ministros de Guerra, de Agricultura. de Instruccion pública.

Parecia que, una vez formado el primer Ministerio de M. Grevy, estaba comprometida la Cámara francesa por votos inolvidables á fortalecer y sustentar ese Ministerio. Pero, en pocos dias, han quebrantado al ministro de Hacienda con las preguntas sobre la conversion de la deuda y han herido al ministro de la Gobernacion con los informes sobre la prefectura de policía. Lo veo y me cuesta trabajo dar crédito á mis propios ojos. Un periódico exaltadísimo, de color rojo, de tendencias comunistas, calumnia gravemente á un ministro de la República; y cuando no han tenido ni la Cámara ni el Ministerio entero, la elevacion necesaria para des-

preciar esas tentativas frustradas de asesinato á la honra, se pide por el herido hasta con lágrimas en los ojos y lamentos en la voz, los medios necesarios á su defensa, y se le niegan, y se aplazan para dos ó tres dias más tarde, con una severidad, que en mi sentir, tiene mucho de implacable y de cruel. Así es que todos los amigos de la República francesa, hemos respirado con holgura, al leer con satisfaccion, los discursos de M. Le Royer, el nuevo ministro de Justicia; discursos inspirados en el propósito que debe alentar á todo buen francés, en el propósito de establecer un verdadero gobierno de progreso y de conservacion al mismo tiempo, sobre las anchas bases que para sustentar esta grande obra ofrecen las instituciones republicanas. Así es, que en el discurso pronunciado allá en la alta Cámara, ha dicho la frase que compendia todas las necesidades de la situacion presente: «queremos una mayoría gubernamental.» Cierto, cierto, certísimo; eso debe buscar el Gobierno francés; una mayoría que le deje gobernar á él, bien distante de la que hoy existe por tristísimo caso, empeñada en gobernar ella misma. Fácil y comodísimo, dirigir la política sin responsabilidad desde el frente y la cabeza de una ma-

yoría, dócil á una grande superioridad parlamentaria; pero no debe haber, no, repúblicos que se resignen á tener un gobierno de derecho dejando á otros el gobierno de hecho.

Tal situacion es de todo punto insostenible, y no se sostendrá. El gobierno supone unidad de pensamiento, unidad de voluntad, unidad de proceder, unidad de accion; y no deben gobernar las Cámaras con sus centenares de cabezas. Nada más insufrible que un Gobierno legislando y una Cámara gobernando. Las Cámaras se han hecho para las deliberaciones; los gobiernos para la accion. Donde el poder ejecutivo tiene un orígen tan nacional como en Francia, hay que darle una gran confianza; y la prueba mayor de confianza, está en permitirle una libérrima accion. Solamente asi, con esta grande autoridad, pueden existir gobiernos respetados y respetables en pueblos de instituciones tan complicadas y tan varias como las instituciones de los Estados-Unidos ó de Suiza. En la gran República americana los ministros, independientes por completo de la Cámara, duran tanto tiempo como el Presidente. Lincoln tuvo un solo ministro de Relaciones exteriores; Grant lo mismo, á pesar de haber alcan-

zado ambos las dos presidencias seguidas que consienten las instituciones americanas. Inspírense los franceses en este altísimo ejemplo y den mayor autoridad y duracion á sus ministros y á sus ministerios.

Los partidos radicales, en todas partes, necesitan unir á sus programas y á sus ideas, severísima disciplina y grande cohesion. No habria, por ejemplo, partido más fuerte en Italia, que el partido radical, si sus diversos grupos se unieran fuertemente en el mismo programa y sus diversos jefes en el mismo proceder y bajo la misma bandera. Reunidos Depretis, Mancini, Crispi, Nicotera y Cairoli, mandarian largos años en Italia; primero, porque la nacion es esencialmente progresiva, y despues porque los partidos conservadores no cuentan hombres de tanta influencia y autoridad en sus mermadas filas, aunque todos reconozcamos las dotes de los Minghetis, de los Sellas, y de los Venostas. Y cuenta que si en Francia se necesita un gobierno de carácter conservador, en Italia se necesita un gobierno de carácter progresista. Francia tiene hoy el sufragio universal, la consagracion más augusta de la igualdad política, é Italia el censo restringido que deja la mayoría

de la nacion fuera del derecho. Y es necesario un gobierno que encauce las corrientes democráticas naturales en la hermosa nacion; y abra á las generaciones nuevas, venidas con ideal más lato que sus predecesores, los comicios y los Parlamentos á fin de que las evoluciones pacíficas del progreso legal conjuren las catástrofes y limpien los ánimos de toda aspiracion revolucionaria.

El Ministerio Depretis, dada la Cámara que le sostiene, merece solamente el nombre de Ministerio de transicion. Y estos ministerios no pueden correr los recios temporales políticos que se avecinan á más andar en Italia, el dia que se demuestre la imposibilidad de formar ningun gobierno durable con los actuales diputados y se recurra á un próximo juicio electoral. Y cuenta que las elecciones se agravarán mucho; y su resultado aparecerá más difícil de preveer, así que los ultramontanos decidan participar de las luchas electorales y tener su sitio correspondiente y su representacion necesaria en los futuros Congresos. Combatida por los dos partidos extremos de la política, la calificacion dada á Leon XIII de Papa más transigente que Pio IX, los hechos han venido á confirmarla. El nuevo

Papa sostiene todavía que el poder temporal es esencialísimo al poder espiritual de la Santa Sede; pero no con aquella exaltaeion en las ideas y aquellos extremos en la palabra que mostraba su venerable antecesor. En las mismas encíclicas puramente religiosas, predomina más el sentido moral que el sentido dogmático, y resaltan las deliberadas intenciones de hablar al siglo en su propio lenguaje y de mover ántes la perspicaz razon que el ciego sentimiento. En estos dias mismos el Papa ha dado un consejo á los periodistas católicos de todo el orbe, reunidos por sus representantes en piadosas peregrinaciones, consejo, que muestra cómo su ánimo se abre á ideas conciliadoras dirigidas á calmar las pasiones sobreexcitadas por tantos excesos de ira como han manchado las columnas de periódicos que se dirian conjurados para alejar almas del seno de la Iglesia. Y en efecto, el periodismo ultramontano carece, por regla general, de piedad y de uncion. Recorredlo, no solamente en España, sino en toda Europa, y advertireis la dureza en los sentimientos tan contraria á la efusion del Divino Maestro que amaba á sus enemigos é intercedía por los que le detestaban y le maldecian. Cuando se oyen

las disonancias de tantas blasfemias y tantas calumnias como vomitan los religiosos al uso, creeis oir rugidos del infierno y carcajadas del demonio; no el aleteo misterioso y el coro místico de las almas que anhelan por los espacios de lo infinito y por la comunion con el Eterno.

El sentimiento religioso es amor, y los periódicos ultramontanos odio; el sentimiento religioso caridad, y los periódicos ultramontanos envidia; el sentimiento religioso uncion, y los periódicos ultramontanos rabia. Todos ellos imitan á porfía las violencias de un periodista parisien que apto para cultivar la sátira implacable y para mover la risa sardónica, es inepto para los éxtasis sublimes y las transfiguraciones místicas á que aspiran las almas poseidas del amor divino y enviadas á despertar las generaciones materialistas y ateas en las creencias piadosas y en las esperanzas celestiales. Y el influjo desdichado de este lenguaje se ha demostrado por los hechos corrientes y por la crísis suprema que atraviesa la Iglesia. Miéntras hubo un Papa exaltado, corrió á todo correr por sus arcas el dinero de San Pedro; y desde el dia y hora en que vino un Papa conciliador, se ha cegado por completo el abundante venero de donde prove-

nian tantas riquezas. La angustia es tal, que Leon XIII ha apelado á los Cabildos de las Grandes Basílicas y ha oido hasta consejos de aceptar la pension votada por el Parlamento italiano en la célebre ley de garantías. Pero Leon XIII, rechazando este consejo, admite la continua relacion y trato con las potencias tantas veces maldecidas por Pio IX. En los asuntos de Alemania busca con empeño una transaccion amistosa; en los asuntos de Polonia casi la encuentra. Lo mismo trata con el Sultan de Constantinopla para mejorar la condicion de los católicos armenios, que con el Consejo federal suizo para recomponer la combatida Iglesia de Ginebra. En nuestro sentir el Papa continuará con empeño esta obra de reparacion necesaria, en la seguridad de que el dia de una inteligencia entre el espíritu moderno y la Iglesia católica, se oirá más que el ruido de nuestras máquinas y el grito de nuestros mercados, la voz melodiosa del órgano que hable á los mortales de la inmortalidad y les muestre en las cimas de la Naturaleza y del Espíritu á nuestro Padre Celestial, cuyo soplo creador ha dado la razon para la verdad, la conciencia para el bien, y la libertad para la vida entera.

Aunque la transicion parezca brusca, como quiera que sea tambien necesaria para contar los sucesos de la quincena, pasemos desde la institucion del pontificado á la tierra protestante por excelencia; pasemos á la Gran Bretaña. Sus cuákeros y sus economistas han sostenido de continuo la paz, como el mayor bien, público y privado, pero la Naturaleza surge con sus fatalidades inevitables y les impone con la lógica de la necesidad, tan fuerte como las leyes mecánicas y dinámicas, el combate y la guerra. En Asia, empeñada la tienen con los afghanos; en África, empeñada la tienen con los zulúes. No se puede regir el Océano, mandar un imperio asiático de doscientos millones de almas, fundar factorías en las costas salvajes, detentar islas en el mar Mediterráneo y en el mar Índico, en la América y en la Oceanía; poseer de los españoles Gibraltar, de los franceses Jersey, de los italianos Malta, de los griegos Chipre, y luégo predicar la paz á toda costa: que los inmensos dominios traen guerras como traen pleitos las grandes propiedades. Los zulúes han roto y casi exterminado un batallon de tropas inglesas. El inmenso imperio, que ha detenido con un gesto á Rusia, no ha logrado el respeto de

los salvajes. Lo más triste del caso es que hace tiempo se pidieron refuerzos necesarios y no se otorgaron por el Gobierno de las guerras lejanas y de las empresas arriesgadas. Así, la oposicion dogmática de los pacíficos maquina discursos de arranque y votos de censura contra el Gobierno guerrero de los conservadores, por no haber ocurrido á todas las exigencias y á todas las necesidades de esta guerra. Lo peor del caso es que los negros de la colonia de Natal, ya sometidos por una larga dominacion, y educados á la inglesa en las escuelas británicas, donde aprenden por aplicaciones y ensayos del método krausista de Frœbel, todas las nociones indispensables á la vida moderna, pueden sublevarse; que así como sus dominadores no han logrado blanquearles y sonrosarles la piel, tampoco han logrado destruir en ellos la nativa barbarie y el amor frenético á la gente de su color y de su sangre. En las Revistas y en las publicaciones inglesas encuentro noticias terribles respecto al jefe bárbaro Cetiwayo, de las tribus en armas. No es, no, como aquellos blandos indios tan magistralmente descritos por nuestros historiadores, que creian al jinete y al caballo unidos en solo un cuerpo y temblaban

al cumplimiento exacto de los eclipses anunciados confundiendo á los españoles con los dioses, y sentian en los cañones los truenos de las nubes, y corrian en Otumba cuando les faltaba la enseña de su patria, aunque les quedase toda la sangre de sus venas: guerrero, audaz, pertinacísimo, aparece en los límites de la colonia como un Genserico ó un Atila en las fronteras romanas, á la cabeza de cuarenta mil hombres aguerridos y armados, ardiendo por hendir cuerpos ingleses y arrancar la carne á sus huesos para machacarla hasta hacerla morcilla para sus perros. En este conflicto Inglaterra ha tenido que mandar refuerzos contra los zulúes, y en estos refuerzos ha tenido que ir, como agregado al cuerpo mayor general, un aspirante á César, el príncipe Luis Napoleon. Nada traslucian sus partidarios de semejante resolucion, cuando el jefe de los imperialistas, M. Rouher, recibe un telegrama llamándole apresuradamente á Chirleshurst. En toda ocasion, las causas de estos viajes le eran conocidas; en esta última no acertaba con el motivo ni veia indicio alguno que le iluminase en sus inquietas y contrarias conjeturas. Arribado al palacio de la dinastía destronada, preguntó al primer chambelan que en-

cuentra por qué le llamaron de improviso, á deshora y con tanta precipitacion. Pero el chambelan cerró su boca, excusándose con la fundada excusa de su ignorancia, y apareció el príncipe y mostró al antiguo vice-emperador la carta en que notificaba á los suyos la resolucion de ir á batallar contra los zulúes. Francamente, Rouher, que no carece de ingenio, debió quedarse petrificado de puro espanto. Cuando los bonapartistas más alardean de esperanzados, y los temores á las exageraciones radicales más se espesan en los horizontes de Francia, en esta suprema ocasion, príncipe jóven, de poca robustez, único vástago en la dinastía cesárea que pudiera reinar, deja su retiro, y por una causa completamente extraña á los intereses generales del mundo, por una guerra en apartadas zonas del continente africano, por una empresa bien diversa de las que han apasionado y encendido á Europa, como la apasionaron y la encendieron las guerras por la independencia de Grecia ó de Italia; impremeditadamente, sin consulta y sin consejo, se va, desafiando los rigores de homicida clima y los azares de bárbara guerra, como si en vez del poder buscara el suicidio. Pues no le sonrieron la fortuna y la victo-

ria ciertamente al pobre príncipe cuando su padre le llevó al Rhin azul en demanda de una guerra que enrojeciera su púrpura y colorara sus blasones. La bala que recogió en Saurbruch, aquella bala perdida y fria, dió en el corazon de su imperio. En bien tierna edad vió rendirse á los suyos, desplomarse el trono de su padre y desvanecerse en sus sienes la aureola de su fabulosa herencia. ¡Pobres vástagos de las dinastías francesas; pobres herederos del trono de San Luis, tantas veces deshecho por la tormenta! El hijo de Luis XVI murió en tal olvido, que nada sabemos de los últimos dias de su vida, á pesar de hallarse destinado á llenar la nacion con su majestad y la historia con su nombre. El hijo de Napoleon el Grande murió en la flor de la vida y entre los enemigos de su padre. El hijo de Cárlos X murió á manos de un asesino. El hijo de Luis Felipe, el duque de Orleans, murió desgraciadamente. El hijo del duque de Orleans pasó del dintel de un trono á la expatriacion. El hijo de Napoleon III ha nacido en las Tullerías, pero se ha criado en el destierro. Necesitaríase la elocuencia de Bossuet para preguntar á Dios el enigma de estos varios é igualmente tristes destinos de los que parecen llama-

dos por la Providencia á la felicidad y al poder.

Entremos en el dédalo dificultosísimo de la cuestion de Oriente. Cada dia resalta más la inteligencia entre Austria y Prusia; de consiguiente, la armonía entre los tres emperadores del Norte, porque Rusia nada podria hacer ni intentar sin sus poderosos aliados. Los intereses de Rusia y Austria aparecen, más que diversos, contrarios y opuestos, y la atencion se convierte á ellos con alguna fijeza. Baste decir que Rusia pretende rusificar á los eslavos del Sur y que Austria pretende germanizarlos. Trátase, por lo mismo, de un dominio eminente sobre una misma raza que dos imperios se disputan, por lo cual estarán siempre poseidos de mutua, irreconciliable enemistad. Pero, por el pronto, se halla tan léjos el término de la empresa, y tan cargado de despojos el campo de las competencias ambiciosas, que bien pueden avenirse para los comienzos é iniciaciones de la comun conquista. Prusia pretende realizar su ideal de la unidad alemana, y á este fin trabaja por convertir al Austria en una potencia húngaro-eslava; y á este fin la impulsa hácia Oriente y le enseña todos los Principados del Danubio como Satanás tentaba á Cristo con todos los reinos de

la tierra. La porcion de esos Principados más amenazada es el territorio latino que circunda los Carpathos en círculo perfecto, la semi-monarquía rumana. Y con sólo concentrar la vista en el mapa, échase de ver que, de ese territorio, una mitad solamente está dominada por la monarquía autónoma del príncipe Cárlos; la otra mitad pertenece al imperio austro-húngaro. Naturalmente existen allí, en aquella tierra mal dividida, donde la política contraría gravemente á la Naturaleza y á la Historia, dos encontradas competencias; la del pueblo rumano, que trabaja por reivindicar el territorio, habitacion de sus propias gentes, y la del imperio austriaco, que trabaja por someter á su yugo la porcion todavía independiente y autónoma. En verdad, entre ellas no existe límite alguno, como no existe realmente entre los españoles y los portugueses, bien al revés de lo que nos sucede con Francia. Donde los tratados diplomáticos han querido detenerse, hánse detenido, sin contar para nada con los afectos de aquellas familias de pueblos ni con las exigencias de aquellas divisiones geográficas. Lo único que muestra la pujanza de los dacios latinizados que vemos todavía con asombro retratados en las espira-

les de la columna trajana, es la tenacidad con que, en medio de tantas invasiones y bajo el peso de tantas tiranías, han guardado su lengua madre y los caractéres fundamentales de su ilustre raza. Pero, compuesto el nuevo reino de los dos Principados, el moldavo y el valaco, no sería de extrañar que las dos potencias ambiciosas y vecinas suyas se qnisieran quedar con ámbos, como se ha quedado Rusia con la Besarabia. Y esta extension del territorio austriaco, ya agrandado por la posesion de la Bosnia, podría servir á los planes antiguos de los unitarios alemanes, que desean el ingreso del ducado de Austria con sus millones de alemanes en el seno de su nacionalidad. Lo cierto es que nuevas sombras se extienden y se espesan por los cielos del territorio rumano. Y miéntras tanto, Tirnova presencia un espectáculo que sería magnífico si no viésemos aparecer tras sus celajes el espectro amarilleuto de la ambicion moscovita. La nueva nacionalidad búlgara nace. La Asamblea de esa nacionalidad se congrega. La Constitucion se escribe y se proclama. Los gritos de libertad llenan los aires y las esperanzas de una raza oprimida que vuelve á su derecho, caldean hasta los corazones más cerrados á

la esperanza. Y del otro lado de los Balkanes suspiran por una sola nacionalidad los búlgaros sometidos aún al yugo de Turquía. Dícese que Mr. Layard se vuelve á Inglaterra desesperado de rejuvenecer y vivificar el antiguo imperio turco. Lo creemos sin esfuerzo, y no acertamos á explicarnos cómo hombre tan eminente ha podido abrigar ilusion tan falaz. Donde la religion rigidísima da una forma tal á las leyes y á las instituciones que no pueden modificarse ni crecer sin grave peligro del dogma, hay que desengañarse, no pueden existir las transformaciones pedidas por el trabajo y por el progreso moderno. Los pueblos que llevan la religion á la política, sólo pueden vivir en las épocas en que su religion se acomoda á la cultura general del mundo. Despues desaparecen, como bien pronto desaparecerá de Europa la infeliz Turquía.

IX.

TRANSACCIONES CON LA REALIDAD.

Los pueblos libres nos interesan sobre todos los otros pueblos; y por lo mismo tócame ahora tratar principalmente de Francia y de Suiza, donde han ocurrido graves y trascendentales sucesos. El despecho de los bonapartistas ha vuelto á manchar con la mancha indeleble de una discusion escandalosa, los fastos gloriosísimos de la tribuna francesa. Un diputado, cuyo estilo destila ponzoña, insultó á la República y á los magistrados republicanos, infiriéndoles alevemente las más groseras calumnias. Confieso que, en medio de la indignacion producida por estas palabras, nunca he vacilado en aconsejar á nuestros amigos, que dejaran completa libertad en la prensa y en la tribuna á los ataques de nuestros enemigos. Confío en el buen

sentido público, en la clara conciencia de las naciones, en la virtud eficacísima de la verdad, en el principio de contradiccion á nuestra naturaleza congénito, y reinante con una poderosísima soberanía en todo el universo. Creo, pues, que la prensa se combate con la prensa, que el error se ahuyenta como se ahuyentan las sombras, con los benéficos resplandores de esa luz increada que se denomina idea. Pero, francamente, se necesita mucha paciencia para ver con calma y serenidad á los que en triste noche sorprendieron y maniataron la República, valiéndose de sus pretorianos ébrios, para apoderarse de Francia y llevarla desde Méjico á Sedan, hoy erguidos sobre la prensa ó la tribuna insultando á los patriotas, á quienes se ha debido el restablecimiento de la honra nacional y la restauracion de las libertades modernas. El Gobierno francés movido sin duda de la indignacion que en todo ánimo recto levanta esta audacia de los cómplices del Imperio, ha entregado el artículo á los tribunales y ha pedido autorizacion á la Cámara para procesar y perseguir al articulista. Este, que jamás se cansa de promover escándalos así en la prensa como en la representacion nacional, ha subido á la tri-

bũna y ha lanzado á los cuatro puntos del horizonte los huracanes de sus iras. Injurias, calumnias, amenazas, provocaciones al duelo, han brotado en los labios del legislador, al pié mismo de los sacrosantos altares, donde se levanta el ara sacratísima de las leyes. Parece imposible que llegue un hombre á revestir la más alta de las dignidades humanas; que llegue á representar la conciencia y la voluntad de su patria; que llegue á tener la majestad misma de una inmortal nacion, gloria del humano linaje, ornato de la tierra; y luégo no posea el imperio suficiente sobre sí mismo, para contener sus pasiones y conservar la altura propia de su nobilísimo cargo.

Con motivo de estos escándalos, el Presidente ha empleado toda su autoridad y ha infligido á dos diputados las penas reglamentarias. Francamente, nadie me excede en admirar las brillantes cualidades del genio francés y por lo mismo en compadecer estos irremediables defectos. Parécenme como los griegos antiguos, unos héroes, unos poetas, unos artistas, unos oradores sin rival; pero faltos por desgracia del respeto necesario á sí mismos. Nosotros, los españoles, tan inexpertos, segun por ahí se dice,

en el sistema constitucional, no conocemos ninguna de estas penalidades parlamentarias: ni la multa ridícula, ni la suspension incomprensible, ni otras muchas puerilidades, verdaderos achaques del régimen parlamentario en Francia; bástanos el sentimiento de la propia dignidad y el mutuo respeto que recibimos y que prestamos para salvar todos los conflictos, para responder á todas las exigencias y necesidades de la vida parlamentaria. Así vemos con profunda pena estos tristísimos espectáculos de la tribuna francesa, y nos decidimos como los espartanos en presencia de los ilotas ébrios, á no emborracharnos con el vino de las pasiones exaltadas, y á no confundirnos con esas turbas de demagogos reaccionarios que, so color de defender la autoridad, desatan las revoluciones.

La profesion de gobernar á los pueblos exige exquisito tacto y consumada habilidad. No podemos, cambiar en un dia las instituciones humanas ni hacer el milagro de transformar por el conjuro de una palabra el aspecto de una sociedad. Ninguna de las ideas progresivas que profesamos, como avanzados y radicales que somos, tiene á nuestros propios ojos tanto mérito, y en la historia de los tiempos tantas

justificaciones como la idea sublime de la separacion radical entre la Iglesia y el Estado. El poder moral, el poder religioso viviendo de su propia virtud, separándose de toda fuerza coercitiva, entregado al culto de las ideas, sin lazos apénas con la tierra y suspenso entre el océano de nuestras lágrimas y la luz de los horizontes infinitos, paréceme la realizacion plenísima de uno de los más consoladores ideales que puede el hombre acariciar en la tierra. El poder civil, á su vez, sin presupuesto del clero, sin Iglesia oficial, sin reconocimiento alguno de instituciones ajenas completamente á su naturaleza, legislando sobre la familia, sobre la propiedad, con arreglo á leyes morales superiores á todos los estrechos dogmatismos de secta, ofrece en este órden de ideas y de instituciones una independencia tal, que cumple en él ciertamente su fin propio y principalísimo de garantía y seguro del derecho. No hay ninguna teoría más verdadera, ninguna más justa, ninguna más apropiada á la naturaleza eterna de la Religion y del Estado. Y no puede, no, realizarse de pronto y por súbitos milagros.

Hay que ir emprendiendo el camino hácia su realizacion; pero hay que dejar al tiempo y á

sus lentas modificaciones el dia de la llegada. Suprimir hoy el presupuesto eclesiástico equivaldria ciertamente á una temeridad funesta; y teniendo el deber del presupuesto eclesiástico, renunciar al patronato y á la presentacion, sería tambien acto de candidez increible. Así no extraño la última ceremonia verificada en el Eliseo, donde un hombre de las ideas avanzadísimas que todos reconocemos en M. Grevy, ha colocado el birrete cardenalicio sobre la cabeza de los arzobispos, revestidos con tan alta dignidad eclesiástica, y ha puesto en práctica el ritual observado por la Iglesia y por la monarquía en estas solemnes ceremonias. A su vez los arzobispos comprometidos en la lucha del clero con el Estado promovida por las leyes de M. Ferry, han tenido palabras de acatamiento, de elogio, para el magistrado que preside los destinos de la República, y hasta de consideracion y de alabanza para esta misma forma de gobierno. «Felices nos creemos, ha dicho el cardenal Des»prez, viendo un órden de cosas tan respetable, »puesto bajo la salvaguardia de las virtudes cí»vicas, que distinguen al primer magistrado de »la República en el momento mismo en que los »problemas más graves se discuten á porfía en el

»seno de nuestra sociedad.» A su vez el cardenal De Pie, ha dicho: «La alocucion pontificia »del 12 de este mes, que anunciaba la promo»cion de dos nuevos cardenales franceses, en»cierra respecto á nuestra nacion una palabra »que permanecerá inscrita en el Bulario romano »y en los anales de nuestra Iglesia de Francia. »Regocijándose de las felices negociaciones que »han terminado la separacion religiosa sobre»venida en el seno de los pueblos católicos de »Oriente, el Papa Leon XIII, ha hecho justicia »al Gobierno francés, cuya intervencion tan efi»cazmente ha concurrido á este precioso resul»tado. Nuevamente Francia ha sido fiel á su »ministerio secular. Su protectorado, pues, no »resultará en manera alguna infructuoso.» El Presidente ha respondido: «Debo al cargo altí»simo, que mi nacion me ha confiado, el honor »de revestiros con las insignias de la alta dig»nidad que os han granjeado vuestros talentos »y vuestras virtudes, y con la cual ha querido »el soberano Pontífice coronar vuestro largo »episcopado. Huélgome de haber concurrido, »como representante del poder civil, á vuestra »elevacion. Invocais la autoridad constitucional »del Presidente de la República en favor de los

»derechos de la Iglesia. No les faltará. No te-»mais por ellos: no corren ningun peligro. Están »bajo la salvaguardia de las leyes; y el Gobier-»no, si no pone los derechos de la Iglesia sobre »los derechos del Estado, siente igual solicitud »por la proteccion de unos y de otros.»

Nos extendemos en copiar estos documentos, porque no olvidamos cómo necesitan las democracias latinas de algo que las llame á la realidad y á la historia. En pueblo de más carácter católico que Francia, y de mayores tradiciones eclesiásticas; pueblo religiosísimo, antiguo adalid del catolicismo en todos los campos de batalla que el mundo moderno registra, desangrado por su idea dogmática; sin el siglo ni la obra de la Enciclopedia, ni más Voltaire que un fraile benedictino; en pueblo de esta complexion, que expulsó á sus principales comerciantes por judíos y á sus principales agricultores por moriscos; llegado á la libertad religiosa un siglo más tarde que Francia y despues de haberse opuesto con las armas en la mano á la emancipacion intelectual de Inglaterra, de Alemania, de Holanda, de Ginebra; ese pueblo que hace tres años levantaba ochenta mil soldados á favor de la inquisicion y del absolutismo;

quisieron unos demócratas prácticos ocurrir á necesidades de la Iglesia, con arreglo á las leyes vigentes y al patronato llegado á sus manos por la perennidad del Estado que se transforma pero que no desaparece; y por tan tímida concesion á la realidad y á la historia cayeron del Gobierno tachados de reaccionarios y de apóstatas. Pues ved lo que hacen, y en qué momento lo hacen, ¡ah! los republicanos radicales de Francia; y aprended en ellos cómo necesita el Gobierno un gran sentido práctico para no convertirse en cabeza de secta, y conservarse en su verdadero carácter, como representante de todos los intereses propios de los Estados modernos.

Así, no pongo tasa á los aplausos merecidos por M. Lavergne, á causa del discurso que ha pronunciado en la presidencia del grupo republicano más importante de la Cámara baja, conocido con el nombre de izquierda, como sucesor de Alberto Grevy, hermano del Presidente, que acaba de pasar al gobierno de Argelia.

M. Lavergne no puede desconocer ni desconoce; no puede olvidar ni olvida, que en cuanto la República salió del período último, en que Mac-Mahon la presidia y Dufaure la gobernaba, entró en la seguridad plena de su existencia; pero

á causa sin duda de esta seguridad misma, en cierto afan de reformas y de adelantos, el cual, á manera de la sed hidrópica, se exacerba y se recrudece cuanto más se trata de satisfacerlo y apagarlo. Y proviene esto de que Francia no ha logrado perder, áun despues de sus enseñanzas y experiencias, aquel su antiguo temperamento revolucionario, que la llevaba derechamente á intentar la transformacion radicalísima en un solo dia y por obra de una inspiracion ó de una palabra. No hay remedio, para modificar este mismo temperamento, para preservarse de estos accesos de frío y de calor que nos debilitan hasta darnos la anemia más pobre, ó nos exaltan hasta darnos la fiebre más calurosa, precisa reconocer la resistencia que oponen, lo presente y lo pasado á lo porvenir, los errores á las ideas, los privilegios á los derechos, los intereses de un dia á los universales progresos. Y no se puede destruir una serie tan medida de instituciones sino por otra serie igualmente medida, proporcionada, sujeta á cierta condicionalidad natural en todo cuanto es relativo y obedece con ciega obediencia á las leyes del tiempo y del espacio. No hay que desconocerlo, en punto al arte de traer y consolidar las reformas, son los in-

gleses verdaderos modelos. Como su método de experiencia ha sabido arrancar los más preciados secretos á la Naturaleza, su método de gradacion ha sabido afianzar y consolidar todos los humanos progresos.

El dia que Francia una á su genio y á su inspiracion la sabia medida de los entendimientos ingleses, habrá llegado á ser sin disputa, la primera entre todas las naciones del continente. Y sólo así podrá conservar su título de supremacía, su progresiva República.

Y en prueba de esto, véase lo que acaba de suceder en Suiza con uno de los capitales principios democráticos y progresivos, con la abolicion de la pena de muerte. Dividida se halla la ciencia moderna, áun después del célebre libro de Beccaria sabre los delitos y las penas, dividida se halla profundamente respecto á este principio de la destruccion del cadalso, resto último de la barbarie feudal en nuestro suelo. Una escuela importantisima, la escuela hegeliana, sosteniendo que la pena no es en manera alguna exterior á la culpa, sino que emerge, como consecuencia dialéctica de la culpa misma, sostiene esto: la muerte engendra la muerte, y por consecuencia, el mayor de los

crímenes lleva consigo la capital y última de las penas. La escuela hegeliana, fué, y no la escuela krausista, la primera en considerar la pena como un derecho del culpado, por cuanto los séres irracionales no pueden tener pena, porque no tienen culpa, sujetos á la fatalidad del organismo, miéntras que el penar supone la razon y el libre albedrío en el penado, y todo hombre, teniendo derecho á ser tratado como racional y como libre, tiene *ipso facto* derecho tambien á la pena. Y á pesar de reconocer el derecho á la pena la escuela hegeliana, reconoce y proclama la pena de muerte. Debe decirse, sin embargo, que es más racional y mucho más armónica con nuestra ciencia y con nuestra cultura, la teoría de la pena correccional y redentora, que proponiéndose enmendar al criminal y corregirlo, no quiere aniquilarlo, y arranca para siempre de nuestros códigos la letal sombra del verdugo. Ningun pueblo tan preparado á recibir en su seno esta idea sublime de la ciencia moderna como el pueblo suizo. La dulzura de sus costumbres, la antigüedad de sus instituciones patriarcales, la divulgacion de los sentimientos de justicia, y de las ideas de derecho en sus muchedumbres, los progresos del siste-

ma penitenciario en sus cárceles, todo parecia cooperar á que el principio de la abolicion de la pena de muerte brillase como una estrella más, en el cielo purísimo de su conciencia nacional y al frente de su Constitucion republicana. Y en efecto, el año 1874, abolieron solemnemente en la reforma de la Constitucion de 1848 la pena de muerte. El mundo entero saludó á Suiza y á sus inmaculadas instituciones, reconociendo que así como de sus Alpes bajan los rios más fecundantes y más próvidos de Europa, bajan de sus leyes los más bellos y más instructivos ejemplos.

Pero, desde el 74 acá, los crímenes rarísimos allí, menudearon con tanta frecuencia y tuvieron tanta gravedad que los legisladores, de suyo serenos, se han alarmado con profunda alarma, y han sometido al pueblo una reforma, en cuya virtud queda fuera de la Constitucion federal suiza el sublime y humanitario principio que consagra la abolicion de la pena de muerte. Por consecuencia, los cantones quedan facultados para restablecer el cadalso y evocar del abismo donde se habia hundido la infame sombra del verdugo; reaccion, que apena con profundísima amargura á todos cuantos amamos los ideales

de la ciencia moderna, pero que prueba cuántas precauciones debemos tomar y cuánta medida tener para no dar un paso atras en el camino que conduce al cumplimiento de la libertad. Cierto que una parte de los ciudadanos suizos han votado la medida propuesta con ánimo de extender la soberanía y la jurisdiccion de los cantones; pero cierto tambien que otra parte ha votado por esa reaccion, que produce hasta en los pueblos más ilustres, cualquier exceso de la libertad, reacciones temibles, por lo duraderas, por lo profundas, y sólo evitables allí donde reinan como leyes eternas de conducta, la moderacion y la prudencia.

X.

LA AMNISTÍA DE LOS COMUNEROS EN FRANCIA Y LA PRISION DE UN DIPUTADO EN INGLATERRA.

En Francia la Cámara vota la amnistía plena y entera, por virtud del resultado de las elecciones de Lyon y del apaciguamiento y tranquilidad de los ánimos. Muchas medidas han tomado los radicales merecedoras de crítica; pero ésta, que restaña heridas antiguas y combate inveterados males, merece el aplauso universal y sincero con que la acaba de recibir Europa. Nadie ha olvidado los crímenes de la comunidad revolucionaria. El desconocimiento de un gobierno emanado de la voluntad nacional, la oposicion á un pacto convenido con el extranjero, el desate de la guerra civil empeñada tras la guerra nacional, el bárbaro reinado de la anarquía erigido bajo la ocupacion de los invasores,

las desmembraciones decretadas con la separacion de París y Francia despues del sacrificio de Alsacia y Lorena demandado por la derrota, la dictadura de la incertidumbre impuesta á la docilidad del desengaño, la violacion de los más sacros derechos consumados en nombre de los más avanzados principios, el fusilamiento de los rehenes concebido en rapto de locura y perpetrado entre los vapores de la embriaguez revolucionaria, el incendio innecesario de la capital que estuvo á punto de borrar timbres necesarios al género humano y á su cultura, errores son qué merecen anatema eterno de la historia, miéntras siente el hombre en su pecho un latido del corazon, y en su alma un rescoldo de conciencia. Pero hay que dar en todo esto su parte principalísima á las circunstancias; al dolor inspirado por el vencimiento, á la vergüenza nacida de las condiciones humillantes del armisticio, á la exaltacion traida por el sitio, al aglomeramiento de milicianos nacionales sin disciplina en una ciudad tomada por el invasor y rendida sin resignacion á miles de accidentes; y no parece justo castigar con penas eternas crímenes, grandes sí, pero ciscunstanciales y contingentes.

El movimiento comunero cierra el período de las revoluciones violentas en las calles, y abre el periodo de los progresos pacíficos en los comicios; y puesto que cierra un período tan triste y abre otro período tan glorioso, considerémoslo en justicia como un resultado de otra edad ya apartada, y echemos sobre sus extravíos nuestro perdon y nuestro olvido.

El Gobierno ha vacilado mucho y el ministro de Instruccion pública ha tenido grandes y á veces invencibles incertidumbres. El centro izquierdo ha estado á punto de romper sus inteligencias con la union republicana, levantando protesta firme contra tamaño proyecto. La mayoría de la Cámara alta, áun no bien resuelta, ha amenazado con rotunda negativa y ha creido que su deber de moderadora le aconsejaba lanzar reto inapelable á leyes tenidas por complacencias serviles con el radicalismo intransigente. La misma presidencia de la República, encerrada en la neutralidad á que la condenaron los autores de la Constitucion, á pesar de su inercia irremediable, ha hecho algunas observaciones más ó ménos altivas. Los periódicos de la derecha, entre ellos el *Diario de los Debates*, han publicado toda suerte de artículos, encami-

nados más bien á negar que á conceder la amnistía. Pero todo lo ha vencido y arrollado la intervencion directa de Gambetta.

Por fin ha descendido de su peana y entrado resueltamente en las realidades políticas, tomando una verdadera iniciativa y con la iniciativa la responsabilidad. Cierto es que los electores de Bellville le impulsaban á ello con nombrar á un comunero regidor municipal; pero tambien es cierto que otras veces le dirigieron intimaciones más imperiosas y encontraron en él resistencias más resueltas. Con su criterio tan ajustado al curso de los hechos y con su tacto para averiguar el momento oportuno de las decisiones supremas, Gambetta ha escogido esta hora, y desde que la escogió ha trabajado con todo el ímpetu de su voluntad y toda la firmeza de su constancia para que no fuera en vano y no quedara sin su correspondiente éxito la más viva de sus aspiraciones políticas. Así ha reunido varias veces á la mayoría indecisa y ha concordado las voluntades discordes, y ha puesto paz en el gobierno dividido, y ha bajado de su asiento presidencial para sentarse en el banco de los representantes, y ha dicho un discurso de empuje en lenguaje soberbio, y ha movido pri-

mero con sus influencias y despues con sus acentos á la Cámara decidiéndola por un acuerdo, que cierra las últimas heridas abiertas por las guerras civiles, y que abre una era más próspera y más segura, de reconciliacion y de armonía.

Lástima grande que oscurezca tan hermoso cuadro el cumplimiento de un plazo pavoroso, el cumplimiento de los acuerdos relativos á las órdenes monásticas, que inspiradas en el espíritu de los antiguos tiempos é incompatibles con el conjunto de las leyes y de las instituciones modernas, exigen medidas contra las cuales protestan gran parte de los fiscales de las Audiencias y de los prefectos de los departamentos, presentando sus dimisiones y trayendo con ellas nuevas dificultades en lo presente, y recelos cada vez más graves respecto á lo porvenir. Yo no me he engañado, y he dicho que toda República capaz de olvidar el primero de sus principios, el principio de la libertad religiosa en vez de herir á sus enemigos, se hiere tristemente á sí misma, y muestra cómo le falta el más rudimentario de todos los instintos, el instinto de su propia conservacion.

Grave incidente en Lóndres, que ha tomado

las proporciones de un suceso europeo. Hablo de la prision de Bradlaugh. La tradicionalista y formularia Cámara británica se encontraba frente á frente de uno de sus ritos seculares, el juramento, y de uno de sus miembros recien nombrados, que se negaba resueltamente á cumplirlo, Mr. Bradlaugh.

En este conflicto, cualquiera otra nacion hubiera acordado inmediata reforma, que allanara el obstáculo y admitiera al diputado. Pero Inglaterra, ántes de tomar acuerdos semejantes, medita y reflexiona mucho por no comprender en su secular experiencia prematuros progresos expuestos á malograrse y á perderse en una realidad mal preparada por cualquier motivo á recibirlos y arraigarlos. Donde aún se conserva el ritual de hace tres siglos, y aún se visten las túnicas de la Edad Media, y aún quedan en los actos públicos las pelucas á lo Luis XIV, y aún se ven pajes ataviados con preseas de torneo, y aún se dicen las oraciones de la Iglesia anglicana para pedir el descenso de la divina gracia sobre los diputados, y aún va la dinastía de las revoluciones á la Cámara de los Lores y los Comunes á la barra, no puede abrogarse fórmula tan tradicional como el juramento sin graves agi-

taciones, naturales en el aprecio de los ingleses por todo lo antiguo, y en su empeño de no perderlo hasta convencerse de la absoluta imposibilidad de conciliarlo con el espíritu moderno. Un diputado de la derecha presentó hábil proposicion, encaminada con tino á desautorizar al Gobierno, y reducirlo á quedarse con una minoría, pues juzgaba imposible que la mayoría, siquiera tenga carácter radical, votase la abolicion del juramento. En efecto, Gladstone se opuso á la maniobra del diputado de la derecha, y pronunció con este motivo uno de sus más admirables y más admirados discursos en defensa de la abolicion del juramento.

Tenía razon plena y completa el ilustre jefe de la administracion británica. No pueden cerrarse las Cámaras á ninguna creencia ni á ninguna idea, porque sobre las creencias y sobre las ideas no pueden tener jurisdiccion de ningun género los poderes públicos. En Inglaterra se excluyó primero á los protestantes disidentes; luégo que se admitió á los protestantes disidentes, se continuó excluyendo á los católicos romanos; luégo que se admitió á los católicos romanos, se continuó excluyendo á los judíos ingleses: y ahora que se admite á los judíos ingleses,

ahora se excluye á los ingleses ateos. Pues no puede ser eso. En la Cámara, donde no tiene derecho á sentarse Bradlaugh, se sienta Brigth, á quien su doctrina de cuákero le impide prestar juramento de ningun género y se asentaron en otros dias filósofos, como Stuart Mill, que perteneció á la escuela positivista, y como Hume que proclamó un escepticismo racional. Triste cosa no ver á Dios ni en la conciencia ni en el espacio, no sentir la sombra de su luz en los astros, ni la ley de su providencia en los hechos; confundirse con la materia cuando se tienen alas para volar por lo infinito; entregar las almas, de suyo ethéreas y libres, á la gravitacion universal, como si fueran piedras; creer capaces á los gusanos del sepulcro de extirpar hasta el laboratorio de las ideas, royendo la esencia inmortal de nuestro sér; pero semejantes extravagancias se han reproducido en todos tiempos, sin que las haya contrastado ni el hierro ni el fuego, y nuestro entendimiento tiene tal complexion, que para impulsarlo á la verdad, precisa reconocer en él derechos sagrados á pensar y á difundir el error. Con expulsar de la Cámara inglesa á un ateo, no expulsan el ateismo.

Pero id á persuadir con estos argumentos for-

jados en el puro raciocinio, á séres adscritos, como los tradicionalistas, á la historia. La Cámara decidió mantener el juramento por una coalicion natural entre los wighs de la extrema derecha y los torys ó conservadores. Al dia siguiente de esta decision, Bradlaugh se presentó resuelto á sentarse en su sitio. Imaginaos el embarazo de la presidencia en escena tan grave. Si le dejaba sentarse, desconocia un derecho de la Cámara; y si no le dejaba sentarse, desconocia un derecho del diputado. Todo incidente dramático nace de un conflicto, y todo conflicto pide un desenlace en que por fuerza ha de haber vencedores y vencidos. El diputado entró y el Presidente le intimó que se retirara. El diputado se adelantó y el Presidente le volvió á intimar que retrocediera. Naturalmente, á cada paso del diputado hácia adelante, un clamor inmenso, tormentoso, horrible salia de todos los lados de la Cámara con visos y apariencias de tempestad. Por fin se encontraron cara á cara frente á frente diputado y speaker, representando uno la autoridad y otro el derecho en conflicto. Un representante pidió que Bradlaugh fuera preso. El Presidente dió la órden de prenderlo. Dada la órden, el sargento de armas de la

Cámara le puso la mano sobre el hombro y le obligó á seguirle. Bradlaugh dudó; pero al fin tuvo que ceder á la fuerza. Y luego, desde la barra, pronunció enérgico discurso en propia defensa. No extrañen ahora todo el interés que doy en mis cartas á las cuestiones religiosas, tan graves en nuestro siglo como en cualquiera de los siglos precedentes. Una cuestion religiosa tiene todavía poder para alarmar á una Cámara como la Cámara británica, y herir un principio como la inviolabilidad parlamentaria. Por eso hay que sostener sin desmayo la idea que todo lo resuelve, la idea de la libertad, la cual en asuntos religiosos, sobre todo, es la suprema justicia.

Volvamos de nuevo los ojos á la nacion, cuyos hechos despiertan en nosotros mayor interés á causa de ese ensayo de República democrática y liberal en que ponemos todas nuestras esperanzas y á que fiamos la suerte del progreso pacífico en toda Europa. Indudablemente la proposicion de amplísima y universal amnistía nos satisface por completo y satisface el ánimo y la conciencia de todos los liberales de Europa. Ciegos los comuneros de París, arrastrados por el despecho de la derrota y por el temor á la des-

aparicion de la República, ébrios con la fuerte bebida de las ideas comunistas que á grandes tragos apuraron allá en los calabozos del imperio, exaltados por las trágicas emociones de un asedio como el asedio de París, en aquella demencia extraordinaria que sólo se explica por lo extraordinario de las circunstancias tambien, incendiaron, destruyeron, mataron, dejando tras sí, en el suelo, huellas horribles, y en la memoria recuerdos indelebles de destruccion y de ruina, que aún ponen miedo en los ánimos más fuertes y despiertan y avivan las pasiones que parecian más acalladas y dormidas. Pero alguna vez han de prescribir los crímenes políticos; alguna vez han de pasar los restos de las guerras civiles; alguna vez han de ir al seno del hogar y de la patria aquéllos que olvidaron el deber y cometieron la injusticia, arrastrados más bien por la fatalidad de una pavorosa crísis social, que por los consejos de la propia conciencia y los impulsos del propio albedrío. La amnistía pues, plena, completa, sin restricciones, sin ninguna excepcion, tiene en su favor, no sólo aquellos sentimientos generosos que pocas veces engañan, sino aquellas ideas de justicia que determinan las mejores acciones en los

pueblos y en los gobiernos. Así no me extraña la emocion profundísima que la enérgica palabra de Gambetta causó en la Cámara popular de Francia, impulsándola con un soberano impulso á esta medida de reconciliacion y de paz.

Pero ciertos errores, nunca bastante deplorados, han venido como á perturbar la amnistía plena y á oponerle gravísimas dificultades. Las disposiciones relativas á la enseñanza pública trajeron las disposiciones relativas á la expulsion de las órdenes monásticas, y esta expulsion, no bien meditada y de todas suertes muy poco prudente, ha coincidido con el momento en que la ley se presentaba, con triste inoportunidad, á la Asamblea de la resistencia, es decir, al Senado francés. No lo ocultemos, por mucho que nos cueste criticar á una República como la francesa, á la cual hemos consagrado los votos más sinceros de nuestra alma. La expulsion de los jesuitas con las circunstancias que la han agravado, parece una escena del antiguo régimen. Los esbirros que celan los conventos y derriban las puertas con violencia, y sacan de sus celdas á los solitarios para deportarlos y conducirlos á extranjeras tierras, paréceme, no los delegados de una democracia li-

beral, respetuosa con todos los derechos, sino los delegados de un imperio cesarista, comprometido á sostener un Estado absoluto y tiránico que pone sobre las personas la ley de su capricho. Así han resultado manifestaciones contrarias á la República, evitables por el más rudimentario sentido político. Ninguna necesidad habia, ninguna, de sellar esos monasterios olvidados, de poner la marca del martirio sobre esos sacerdotes desconocidos, de provocar manifestaciones en las cuales se mezclan con el humo del incienso, con la plegaria de las almas místicas, con el pan eucarístico, con cosas sacratísimas, las manifestaciones contrarias á la libertad y á la República. Los comisarios de policía han ido á las cuatro de la mañana, han descerrajado las puertas de los conventos, han puesto sitio á las celdas, han arrancado los jesuitas á su retiro, provocando alardes religiosos desusados hace tiempo y hoy renacidos al empuje de esa persecucion innecesaria, y por innecesaria insensata. Nosotros admiramos á Francia y la queremos como quizás no la admiran y quieren la mayor parte de sus hijos. Plácenos su ingenio soberano, su gracia ateniense, su amor al trabajo, su aptitud para el ahorro, su

palabra reveladora, su carácter cosmopolita, su idea efusiva; pero cuando vemos que las formas de gobierno pasan y sus inclinaciones á un Estado fuerte y á una desconfianza grande de la libertad quedan, tentaciones tenemos de creerla condenada por una fatalidad histórica de su carácter á tener un Estado, presa del cesarismo socialista, y un pueblo presa del terror revolucionario. En el fondo de cuanto hoy sucede se encuentra la expulsion de los valdenses, la guerra de los maniqueos, la matanza de San Bartolomé, la revocacion del Edicto de Nantes, las dragonadas de Luis XIV, el terror del 93, todo lo que ha manchado el claro nombre de Francia y ha comprometido su influencia moral sobre el mundo. Se necesita desconocer el respeto que merecen los símbolos religiosos para sellar hasta el Sacramento é inventariar hasta la hostia. El zancarron de Mahoma caido en nuestras manos mereceria, sin duda alguna, un respeto mayor; porque no puede ningun hombre de Estado desconocer cómo todas estas representaciones de lo infinito consuelan y alientan y elevan y subliman, en su triste condicion y en su miseria, á los mortales. Así es que, cuantos aman la libertad, no pueden, no,

en manera alguna, asociarse, ni por el silencio, á las violencias cometidas últimamente en Francia.

Ya sabemos que los jesuitas representan la mayor reaccion posible en el mundo; ya sabemos que nacieron y se organizaron para contrastar todos los progresos, y para servir como de sombra á todos los esplendores del espíritu moderno; ya sabemos que el poder civil, en los siglos pasados, tuvo necesidad de combatirlos con fuerza para extender la tutela de las leyes sobre quienes querian sobreponer y anteponer á todo la estrecha organizacion de su instituto; ya sabemos que la restauracion de su influjo en estos últimos tiempos ha perturbado mucho las conciencias y atraido graves dificultades á los Estados modernos; ya sabemos que ellos dictaron aquel *Sillabus*, contrario á todas nuestras ideas y atentatorio á todas nuestras instituciones; ya sabemos que ellos hicieron del Papa, con la infalibilidad, una especie de Dios materialista á guisa del Mesías de los judíos carnales; ya sabemos que combaten el liberalismo en Bélgica, la democracia en Francia, la unidad en Italia, el progreso en Alemania, la emancipacion de la opresa España; y como sabemos

todo esto, deseamos que se les combata con las únicas armas eficaces para contrastarlos y para destruirlos, con las armas de la libertad, la cual, como los rayos del sol, anima y calienta á los vivos, descompone y aniquila á los muertos. Tomen los franceses enseñanza y ejemplo de esa libre Inglaterra, cuya autoridad moral se levanta cada dia más en los ánimos, y cuyo renombre brilla cada dia con más esplendor en la Historia, porque no desconfia de la libertad, comprendiendo cómo su raíz se encuentra en el respeto á la fe de cada conciencia, el cual la lleva hoy mismo á cambiar la fórmula del juramento que repugna á un ateo, por la fórmula de la palabra honrada, y á dar el gobierno de la India á un protestante converso al catolicismo, allanando, por esta maravillosa manera, todas las dificultades, y haciendo comprender á todos sus ciudadanos que en el seno de las antiguas instituciones británicas tienen un hogar seguro para sus personas y un templo sacratísimo para sus derechos.

La cuestion de la amnistía, como dije ántes, se ha complicado con las disposiciones tomadas contra las órdenes monásticas, y esta complicacion ha traido un voto del Senado que, so pre-

texto de restringir la amnistía puramente á los delitos políticos, inutiliza esta saludable medida. En nuestro humilde sentir, el Senado hubiera procedido mejor, dejando para otras disposiciones ménos generosas y humanas, el empleo de su rigoroso veto, que no puede, con autoridad, oponerse al olvido, al perdon, á la misericordia. Pero si el Senado hace mal negando la amnistía, los radicales hacen mucho peor proponiendo una revision del Código constitucional para abrogar el Senado. Nada hay tan favorable al progreso como la estabilidad y la duracion de los Códigos fundamentales. A esa duracion deben su grandeza moral y material los Estados-Unidos y la Gran Bretaña, y á esa duracion deben el afianzamiento de sus libertades constitucionales Bélgica é Italia. Librémonos de impaciencias funestas si queremos establecer y consolidar la libertad.

XI.

GENERAL OJEADA Á EUROPA.

En estos dias aparece la ciudad de Ginebra como la protagonista del escenario político en Europa. Todos los pensamientos se hallan fijos en ella, y todas las miradas la siguen con escrupulosa atencion. Pequeña en territorio, escasa en pobladores, sin fuerza material, por el resplandor de sus ideas, por la ilustracion de sus hijos, ha embargado de antiguo la atencion general y ha merecido lauros siempre verdes y loores renacientes siempre á la fama, dispensadora en el mundo de la inmortalidad. Hoy, en medio de la crísis político-religiosa que atraviesa este continente en la hora angustiosísima en que las leyes respectivas á esta materia se dan con tan poco acuerdo por Francia, y se modifican las antiguas leyes de Prusia, Ginebra

proclama un principio, negado por unos, controvertido por otros, puesto en tela de juicio por los más, y en mi sentir admisible á todas luces, dada la situacion de los pueblos, el principio político, que separa definitivamente la Iglesia del Estado y consagra de esta suerte con eterna consagracion bajo todos sus aspectos y en todas sus manifestaciones la libertad religiosa. Justo es, justísimo, que en frente de Estados fortísimos, sin la necesaria mesura para comprender cómo se vuelve contra sus propios autores las restricciones puestas á la conciencia libre, la diminuta república de los Alpes proclame uno de aquellos derechos más propios de nuestra naturaleza, llamado en su mezcla con los hechos circunstanciales y diarios á derretir las últimas cadenas de nuestra servidumbre y á borrar en los cielos del planeta y en los cielos del alma las últimas nubes de la inquisicion.

Al revés de lo sucedido en el resto de Europa, radicalismo y catolicismo han resultado sinónimos en Ginebra. Y este radicalismo contaba con dos auxiliares inverosímiles: con el Papa romano resuelto á proteger á quienes así defendian la Iglesia, y con los monarcas franceses resueltos á fomentar las perturbaciones conti-

nuas de una república fronteriza, respetado refugio de sus más poderosos enemigos. Las circunstancias han cambiado por completo. De un Papa intransigente pasamos á un Papa transigente en Roma; y de una monarquía imperial á una república democrática en Francia. Así, los protestantes no han menester de defenderse contra los católicos y sus protectores con el ahinco y el empuje de otros tiempos; y como no han menester de esta defensa, para ocurrir á las eventualidades de la política, para consagrar un derecho de la naturaleza, para anteceder á los Estados más ilustres, para abrir horizontes dilatadísimos á las esperanzas de esta generacion, acaban de resolver en su gran consejo la absoluta separacion de la Iglesia y del Estado, término necesario de los antiguos conflictos y síntesis luminosa en que se resuelven y armonizan históricas contradicciones.

Ya era tiempo. Cuando el gibelinismo de Alemania, restablecido por los excesos del Concilio Vaticano, llegó al extremo de querer fundar una Iglesia católica á su guisa, ni más ni ménos que si fundara una asociacion industrial, dieron los ginebrinos en la flor de imitarlos y por medio de su gobernante M. Carteret, que parecía llevar

en la mollera todo un Concilio y tener estrechas relaciones con el Espíritu-Santo, promulgaron series de dogmas como pudieran promulgar reglamentos de policía y exhibieron Cánones de Sínodos como pudieran exhibir decretos de Estado, perturbando y oscureciendo con este Cesarismo odioso y ridículo á un tiempo el tranquilo hogar de un pueblo libre, y por libre, exento de oprimir como los Césares á sus conciudadanos y de legislar como los Pontífices sobre la humana conciencia.

La ley tiene el carácter que deben tener las leyes políticas; obedece á un ideal de absoluta justicia y á un conjunto de circunstancias accidentales, porque tránsito de uno á otro estado, no puede olvidar que los códigos no han obedecido siempre á un ideal absoluto, ni siempre se han fundado en la naturaleza humana, sino que han convertido muchas veces los privilegios en derechos. Así, las pensiones se mantienen transitoriamente; ciertas prerogativas se reconocen por tiempo limitado; las iglesias se adscriben á sus respectivos cultos; y aquella Basílica de San Pedro, elevada en la cima de la ciudad, sombría como el dogma de la predestinacion luterana, gótica por su arquitectura, imbuida en el espí-

ritu de la Edad Media; arrancada al catolicismo por la revolucion religiosa; bajo cuyas bóvedas negras cree uno ver todavía la figura austera de Calvino, y en cuyos vidrios de color los reflejos de la hoguera de Servet; aquella Basílica protestante, rival eterna é incansable de la Roma pontificia y católica queda por la ley adscrita para siempre al protestantismo: radicales inconsecuencias necesarias á la realidad, si quiere encerrar el inmenso ideal en sus angostos senos. Ginebra cumple su ministerio histórico iniciando esta reforma puritana en Europa, y trayéndola de América, como llevó á América la religion de la libertad, al educar en su cristianismo democrático juntamente con Holanda, á los peregrinos de la Flor de Mayo, los cuales llevaron así el Evangelio de Cristo, el Evangelio de la libertad tambien, de la democracia y de la República, al inmenso continente que debió llamarse nuevo, no sólo por su vírgen naturaleza, sino tambien por sus progresivas instituciones. La ley será presentada al pueblo ginebrino, y el pueblo ginebrino la aprobará, y aprobándola, dará esta provechosa leccion al imperio de Alemania y á la República de Francia.

Ginebra ha ofrecido escenario á un drama

conmovedor, que ha embargado durante algunos dias el ánimo y el pensamiento de los periódicos extranjeros. Pocos hombres alcanzaron en tan corto tiempo tan general nombradía como Enrique Rochefort al terminarse los últimos meses del año sesenta y siete, y comenzar los primeros del año sesenta y ocho. Escritor del *Fígaro*, periódico reaccionario en tiempos de opresion para la prensa, volaba ligera su pluma sobre las protervias de aquella edad, escondiendo bajo cambiantes y tintes de mariposa agudo aguijon, cuya picadura, en el primer momento ligera y áun agradable, se enconaba luego al oculto é ignorado veneno. Como todavía no ha descubierto el recelo de los tiranos la extirpacion del pensamiento, alusiones ligeras, palabras de sentido doble, apólogos á primera vista inocentes, alegorías cándidas bastaban á expresar la censura y mover á risa, abriendo el pecho á la indignacion y el entendimiento al anatema. Rochefort descollaba en este arte, basado sobre un sarcasmo de primer órden, á cuyas epilépticas carcajadas se conmovia y giraba como á los sacudimientos de un terremoto la brillantísima corona del imperio. En criticar, en zaherir, en ridiculizar no tenia entónces rival, y *La*

Linterna, nombre de su periódico, encendida en el fuego de Juvenal, ocupaba todas las manos y ardia sobre todas las mesas como una protesta contra la servidumbre universal y una reivindicacion de las perdidas libertades. Sus gracias y sus sátiras señalaban con verdad la descomposicion y la podredumbre del Imperio y merecian por aquel tiempo su universal renombre.

Para cumplir su ministerio y realizar su destino, Rochefort no debió nunca dejar su papel de escritor satírico ni engolfarse en ensayos para los cuales faltábanle el aliento que desprecia la popularidad y la inteligencia que conoce la esencia de las ideas é ilumina el abismo de la política. Plauto, Terencio, Aristófanes, supieron que no podian ceñirse la máscara trágica ni calzarse alto coturno. Rochefort fué escritor grave, diputado á Córtes, miembro del Gobierno; y se perdió para siempre.

Sin comprender jamás á cuánto le obligaban los cargos recibidos, comprometia su mandato de representante con muchas extravagancias y comprometia su autoridad en el Gobierno con graves incertidumbres. Y dejó su cartera en el París sitiado, porque cada dia motivaba una crísis; y tomó actitud revolucio-

naria en tiempo de la Comunidad, porque ignoraba toda la funesta trascendencia de aquel extraño movimiento. A estos errores siguió una condena, á esta condena una fuga, á esta fuga una expatriacion; y todas estas desgracias agriaron su temperamento y oscurecieron su inteligencia, dándole una especie de mal humor que ha quitado ligereza á su gracia y sencillez y gusto á su ironía. Y con motivo de la manifestacion última de los comuneros, como su hijo fuera más ó ménos atropellado en la Bastilla por los agentes de la autoridad, escribió una carta al Prefecto de París, llena de denuestos, la cual necesariamente le comprometió á un duelo, del que ha salido con una herida grave, pero no mortal. Estos republicanos intransigentes nunca llegarán á comprender que desacreditando á los magistrados de la República, desacreditan la República misma. Rochefort, Blanqui y otros muchos, infieren á las instituciones republicanas un daño que no pueden, no, inferirle sus más implacables enemigos. Afortunadamente Lyon, aunque perteneciendo al número de ciudades que exageran la República, ha vencido la candidatura de Blanqui, tan amenazadora á las instituciones; y ha demostrado en semejante der-

rota que comprende toda la fuerza de las leyes y que merece el goce completo de las libertades democráticas.

Grave cuestion ha sobrevenido á consecuencia de estos sucesos electorales, cuestion á primera vista llana, y en realidad circuida de insuperables obstáculos, por resistencias tenaces del centro izquierdo, por oposicion abierta del Senado, por amenazas desoladoras de la intransigencia. Me refiero á la cuestion de amnistía. Para impedir la eleccion de un candidato inelegible como Blanqui ha necesitado el Gobierno apoyar á un candidato radical como Bellue, y para sacar á Bellue han necesitado sus partidarios y amigos prometer amnistía tan plena y amplia como la hubiera prometido y apoyado Blanqui. Los efectos de generosidad, naturales al corazon humano, las satisfacciones de la reciente victoria, el influjo decisivo del periódico *La Republique* que por medio de Ranke sostiene siempre una política avanzada, la sumision del ministro de lo Interior y del ministro de la Justicia al pensamiento de Gambetta, los compromisos de la izquierda republicana tan próxima de suyo á la extrema izquierda, parecieron motivos determinantes é incontrastables á una amnistía que, á

decir verdad, van justificando ya el largo trascurso de los años y el sólido poder de las instituciones. Pero en el Ministerio se ha suscitado cierta resistencia por medio de Ferri, en el Senado cierta oposicion por medio del centro izquierdo y la medida puesta sobre el tapete ministerial se hubiera malogrado completamente de no intervenir con su poderosa influencia Gambetta, que lo ha resuelto en un solo discurso. Ya es hora de tener más misericordia con las personas y menor complacencia con los programas de la comunidad revolucionaria. Vuelvan enhorabuena esos infelices á sus pueblos que dejaron hace diez años; pero vuelvan hallando una República firme y entera, donde el ejercicio de todos los derechos se compense con la fuerza y el vigor de todas las autoridades; ancho espacio abierto á todos los partidos y á todos los ciudadanos y no patrimonio exclusívo de una fraccion egoista; República, defensora de la conciencia libre, respetuosa con el clero católico, resuelta á continuar y mantener la organizacion del ejército nacional, conservadora en sus medios de gobierno y radical en sus ideales de progreso, capaz de dar á la estabilidad seguro tan fuerte como la misma monarquía, y á las liber-

tades públicas amplitud tan grande como la más avanzada democracia. Los comuneros no son temibles en Francia si los Gobiernos franceses no son complacientes con sus ideas; pero promulgar por satisfacer á la gente avanzada esas irrealizables disposiciones contra el clero y luego ensañarse con los mismos á quienes se quiere lisonjear y atraer, paréceme, francamente, la crueldad añadida gratuitamente á la impericia. Los comuneros pueden volver, con que encuentren á su vuelta una política enérgicamente gubernamental y un Gobierno dispuesto á contener y á contrastar todas las agitaciones insanas. El perdon y el olvido celebrarian mejor que todos los espectáculos ese gloriosísimo aniversario del catorce de Julio, el cual recuerda aún hoy á la memoria de nuestra generacion aquel pueblo armado de una idea invisible y poderosa como la voluntad de Dios, que sube á las barbacanas, á las ladroneras de la Bastilla como si le diera su entusiasmo alas; y al pasar sobre los fosos, al tender los puentes levadizos, al abrir los portones férreos, al demoler las torres sombrías, sacando las últimas víctimas del absolutismo al aire y á la luz, destruye la antigua sociedad con sus déspotas, con sus castas, con sus hogueras,

con sus potros, con sus tormentos, con sus sierras, con todos sus horrores, que parecerian increibles si no los hubieran visto en todo su vigor nuestros mismos padres y no los contara en toda su verdad la implacable Historia.

En el Congreso de Inglaterra sucedió grave caso, el cual demandó una protesta de Mr. Gladstone y una negativa de palabra á cierto diputado, no visto desde hace lo ménos doscientos años en aquel espacio de libertad, cuya gloria consagran tantas y tan respetables tradiciones. El Gobierno francés ha nombrado su representante en Lóndres á M. Challamel-Lacour, que hoy le representa en Berna. Orador de facilísima palabra, publicista distinguido, filósofo versado en todas las ciencias modernas, perito en el aleman y en el inglés, de verdadera discrecion, unida por completo á una rara energía, profesa como doctrina filosófica cierto positivismo templado, el cual, más que en negaciones rotundas, consiste en una abstencion sistemática, temeroso de tropezar con el error, si se pierde con temeridad en los abismos cuasi cerúleos de una abstracta metafísica. Tales ideas, que expongo y no contesto, pues todos mis lectores saben cómo se oponen, con cuánto radicalismo, á las

mias propias, han irritado á uno de esos fanáticos, que se ciegan fácilmente, y por combatir la ajena causa, desirven y pierden la propia: y en su irritacion ha presentado, valiéndose de su derecho de representante, cómo admite el Gobierno inglés á un embajador completamente ateo. Y como estas gentes piadosas por exceso no consideran prójimo á quien disiente de sus creencias y de su fe, ha echado sobre la cabeza del embajador francés todas las calumnias amontonadas en los albañales de la reaccion europea, para denigrar y perder á la democracia y á los demócratas. Lo más raro del caso es que el representante llamado O'donnell pertenece, como dice su nombre, á una raza vencida, víctima de la conquista, blanco de la intolerancia, y á la cual han redimido de su servidumbre y dado los derechos fundamentales humanos esas ideas democráticas cuyos beneficios toca y cuya verdad desconoce. Si las ideas filosóficas de M. Challamel-Lacour le impiden ser embajador, justifica O'donnell á los próceres británicos, al antiguo partido conservador, á los protestantes de todos matices opuestos á la emancipacion religiosa, política y social de los católicos irlandeses. Si un libre-pensador no puede ejercer la embajada de

Francia en una nacion cristiana, un católico ultramontano no puede ejercer la diputacion á Córtes en una nacion protestante. Y por esta sencilla consecuencia, sacada de sus mismos principios, llega el insensato diputado obstruccionista á confirmar la esclavitud y el envilecimiento de sus padres. Y no digamos cuanto debemos de esa imprudencia, desconocida en todos los Parlamentos del mundo, que ataca sin consideracion alguna y en las formas abusivas de un libelo al representante de nacion tan grande y respetable como Francia. Así no es maravilla que el Parlamento inglés, de suyo tranquilo, se encrespara como una Cámara latina; que el presidente del Consejo, Gladstone, de suyo liberal, pidiera la retirada de la palabra al orador; que el presidente de la Cámara vacilara al ver la necesidad de una disposicion jamás usada ó usada hace doscientos años en el Parlamento británico; y que las palabras más duras y los conceptos más agrios cayeran de un banco sobre otro banco y de un partido sobre otro partido á la universal explosion de la cólera.

Los disentimientos religiosos enconan los ánimos en el siglo décimonono, cual si estuviéramos en el siglo décimosexto. Despues de haber

criticado el católico irlandés que se admitiera un embajador racionalista, critica un lord protestante que se envie á la India un gobernador católico. En efecto, lord Ripon, uno de los potentados mayores de la Gran Bretaña, miembro hoy del partido liberal y jefe un tiempo de la masonería británica, anhelante por encontrar satisfacciones á su corazon y á su conciencia en doctrina ménos austera y más estética que la doctrina protestante, se abrazó al catolicismo é ingresó en el seno de la Iglesia, para lo cual tuvo que preferir su conciencia y su fe á su posicion y á su historia y que pisotear muchas y muy valiosas consideraciones sociales. Destinado á ejercer la primera autoridad en el imperio índico; un protestante de esos supersticiosos y fanáticos, que en todas las sectas abundan, se ha levantado á censurar tal nombramiento y á leer páginas del primer ministro de la reina sobre la ineptitud ó la aptitud de los católicos para ejercer la más alta dignidad que puede tener un hombre, la dignidad de ciudadano en las naciones libres. El Ministerio liberal inglés ha recordado que al frente de la Constitucion se encuentra la libertad de conciencia, y que la libertad de conciencia exige el reconocimiento de la ap-

titud de todos los ciudadanos para ejercer cargos públicos, sea cualesquiera su fe. Felices los ministros ingleses que defienden á un filósofo contra la intolerancia católica y á un católico contra la intolerancia protestante.

La gran conferencia diplomática se ha reunido en Berlin, y no podria haber momento más favorable ni conjetura más próspera para nuevas determinaciones, que esta coyuntura de hoy, rota como está la política de Disraeli, política aventurera y ambiciosa, cómplice inocente de las ambiciones y de las aventuras de Rusia. Esta es la hora de pedir el cumplimiento rigoroso de las cláusulas de Berlin, pues más no puede pedirse, y de preparar una alianza de pueblos libres que sustituya pronto al imperio turco en su última caida y detenga al imperio ruso en sus insensatas esperanzas. Todo el mundo se queja; los rumanos del despojo de la Besarabia, pegada fuertemente á su nacionalidad como la carne al hueso; los albaneses, entregados al Montenegro, de su incorporacion á un estado que detestan; los musulmanes, sometidos al nuevo principado búlgaro, de la intolerancia religiosa de los cristianos; los armenios cristianos sometidos á la autoridad musulmana, de una esclavitud sin

ejemplo; los bosnios y herzegovinos, de la insolente tiranía austriaca; los turcos, de que les piden toda suerte de obligaciones y les quitan las facilidades para cumplirlas prácticamente; los griegos de que, dóciles á la voz de Europa, y esperanzados en la virtud de su nombre y en el talisman de sus recuerdos, hayan desaprovechado la coyuntura de ganar Janina por la guerra, que les corresponde por el derecho; y todas estas quejas deben decir á los plenipotenciarios reunidos que la mayor habilidad se encuentra en el cumplimiento estricto de la mayor justicia.

No podria concluir esta revista sin responder á un periódico aleman que llama al pueblo español el pueblo más perturbador y más perturbado de Europa. La nacion española, militar y teocrática por razon de sus conquistas y por razon de sus creencias, cayó á principios del siglo décimosexto, cuando los Estados modernos se fundaban sobre anchas bases, en malhadado absolutismo, el cual ¡ah! la hizo uno de los mayores, pero tambien de los más oprimidos imperios que ha visto en sus espacios la tierra y que ha registrado en sus páginas la Historia. Cuando nos paramos á reflexionar sobre lo pasado y nos convertimos al exámen de nuestra conciencia

nacional, asáltannos mil remordimientos, viendo qué batalla tan tenaz y sangrienta hemos sostenido con el espíritu moderno para contrastarlo en sus más creadores instantes, y qué gigantesca Iliada hemos dejado escrita en la memoria humana por defender los fantasmas de la Edad Media y salvar el absolutismo pontificio y el absolutismo imperial en plena Edad Moderna. Nosotros hemos agotado nuestras fuerzas, las más heroicas del mundo, allá por los siglos décimosexto y decimoséptimo, en combatir con la reforma, en detener la emancipacion de Alemania, en ahogar la libertad de Holanda, en sostener la guerra de los duques feudales de Saboya contra la luminosa Ginebra, en ayudar á los degenerados hijos de los Médicis á herir y enterrar la República de Florencia, bien al revés de lo que sucediera en otros siglos más felices, cuando nuestras Córtes, con nuestras municipalidades libres y democráticas servian de modelo á todas las naciones y nuestras enseñas en el Mediterráneo, en Sicilia, en Aténas, en Armenia, en la bahía de Parthenope y en las ensenadas del Pireo, derramaban con destellos de gloria en los anales del mundo, esperanzas de redencion en el pecho de los oprimidos y de

los esclavos. La gigantesca reaccion que sostuvimos contra los demas nos esclavizó á nosotros mismos, y nos redujo á ser un pueblo medio soldado y medio monje, miéntras se desarrollaban á una en rededor nuestro las creaciones de la libertad y las maravillas de la industria.

Hemos salido de la asfixia mortal de nuestro encierro y hemos abandonado las paredes sepulcrales de nuestro claustro. Mas para esto, para apagar la inquisicion que consumia la conciencia, para romper la censura que amordazaba el pensamiento, para destruir el absolutismo que erigia sus bases sobre la parálisis de la voluntad general, para romper el mayorazgo y la vinculacion que yermaban el suelo, para acabar con el gremio que destruia la actividad del trabajo, necesitóse atravesar por una crísis tremenda, cuyas revoluciones y cuyas reacciones no han terminado todavía, ni terminarán hasta que nuestra patria haya encontrado en las instituciones democráticas el punto de partida necesario á sus futuras grandezas.

Y no digan que, por tan largo período de perturbaciones sólo ha pasado España. Convierta cada cual á su propia historia los ojos y confiese despues si ha ganado con ménos esfuerzos sus

propios fundamentos. La creacion de la República holandesa costó horrores sin número que llenaron todo el siglo décimosexto. La Prusia, hoy tan grande, jamás surgiera sin la guerra de religion, ni aumentara sin la guerra de los treinta años, ni se estableciera sólida y definitivamente sin la guerra de los siete años, ni tomara la direccion de Alemania sin una cruenta campaña en Bohemia y otra cruentísima en Francia. La Inglaterra moderna no ha conseguido su secular estabilidad, sino despues de haber descabezado á sus reyes históricos, proscrito y restaurado y vuelto á proscribir sus dinastías legítimas, tenido Parlamentos largos, pasado por golpes de Estado terribles, sufrido dictaduras gloriosas é infelices, empeñadas guerras civiles continuas, visto levantamientos nacionales dirigidos por Cronwell, y restauracion inaugurada por Monk, gustado asonadas plebeyas como las asonadas de los niveladores, intervencion extranjera ya directa de Holanda ó indirecta de Francia, persecuciones religiosas como las que expulsaron á los peregrinos, revolucion santa como la que sepultó la tiranía estuarda y puso en el trono, con los Oranges idos de una antigua república, la libertad y el Parlamento. Y no hablemos

de los sacrificios que ha costado á Francia su igualdad democrática y á Italia su unidad nacional, y á Grecia su mermada independencia y á Rusia su desmedida grandeza; no hablemos de ésto, porque asomará en seguida á las mentes la melancólica idea de que así como los individuos nada alcanzan sino por el esfuerzo, por el dolor, por el martirio, nada alcanzan los pueblos sino por la revolucion y por la guerra, condenados todos á una batalla sin término en los sangrientos espacios de nuestro infelicísimo planeta. España se reconstituirá tarde ó temprano para la democracia y para la libertad. Nunca me ha abandonado esta fe; nunca se ha extinguido en mi pecho esta esperanza.

XII.

POLÍTICA GENERAL.

La cuestion exterior embarga como nunca los embargó á los electores ingleses. Todo un Emperador de Austria comete la imprudencia de manifestar sus antipatías á Gladstone, y todo un Gladstone comete la temeridad de atacar cuerpo á cuerpo y frente á frente al Emperador de Austria. El primer ministro, Disraelli, recuerda que él representa la prepotencia de Inglaterra; su antecesor, Gladstone, recuerda que él salvó á Bélgica, miéntras el defensor de la prepotencia inglesa ha dejado que se perdiera Turquía. Hartingthon, jefe parlamentario de la izquierda, despues de decir que no pasará grandes apuros por una Turquía irreformable, revela su propósito firme de seguir en lo exterior una política francesa en oposicion á la política germánica

que siguen los conservadores. Periódico ha habido que ha llamado al primer ministro inglés el candidato oficial del príncipe de Bismark. Y la *Gaceta* de la Alemania del Norte, oráculo consultado y oido por cuantos quieren saber las opiniones cancilleriles, acusa á los italianos de querer la derrota del Gobierno y el triunfo de los radicales, caso no extraño, si atendemos á la analogía de ideas y de tradiciones existente entre los dos partidos, el que hoy manda en Italia y el que hoy hace la oposicion en Inglaterra. Todo esto demuestra que el partido radical inglés no puede ni debe encerrarse en su aislamiento isleño ni en su orgullo británico; que el partido radical inglés ha de representar una de las fuerzas más vivas de la libertad, no ya dentro de sus propios límites, sino dentro tambien de todo el continente europeo; pues así como la humanidad es una en su espíritu, es solidaria la causa de la libertad en los varios y diversos pueblos del mundo.

El resultado de las elecciones se preveia con facilidad, pues todo el mundo anunciaba, hasta aquellos más confiados en una mejora para el Ministerio, que disminuirian las fuerzas conservadoras y aumentarian en mucho las fuerzas

radicales. Y sin embargo, debo decir que algun número ha quitado á éstas ciertos apotegmas demasiado pavorosos para la suerte de Inglaterra en particular y en general de todo el Occidente europeo. Así, miéntras Lord Granville dice que el partido liberal respetará los tratados existentes, modificándolos en su sentido de una manera lenta y progresiva, otros radicales dicen lo contrario, que precisaria volver al tratado de San Estefano, proposicion absurda, más para dicha en la lengua de Katkoff que en la lengua de Lord Palmerston. El interés de la libertad está en el triunfo de los radicales, pero precisa que los radicales hagan lo posible, no solamente para alcanzarlo, sino para merecerlo tambien, no oponiéndose á los intereses más vitales y á los sentimientos más arraigados en su patria.

El partido más avanzado gobierna en Italia, como gobierna en Francia, en Bélgica, en Portugal, ya que no puede gobernar ni en Prusia ni en Austria ni en España. Y el partido radical italiano encuentra grandes obstáculos, no tanto en las soluciones de su política como en la desorganizacion de su plana mayor. Pocas veces se ha encontrado un partido en las circunstancias

favorables en que hoy se encuentra el partido liberal italiano. El Pontificado, que tantos anatemas lanzara contra la libertad y la independencia de Italia, se halla en manos de un Papa tan conciliador como Leon XIII; la monarquía se personifica en un jóven que ama la libertad con todo su corazon y que tiene á gloria el establecerla y consolidarla en su patria; la aristocracia, que yacia confinada, como un ave nocturna, en las ruinas de Roma, transige con el espíritu moderno y pierde todo su antiguo influjo, disuelta y desvanecida en los senos de la nueva democracia; las clases medias se hallan satisfechas con la cantidad de predominio que les dejan las instituciones; y las clases populares, advertidas por el instinto político propio de su raza, instinto de antigua y pura estirpe, aunque murmuren de la Administracion y de la Hacienda, prefieren la unidad y la independencia al antiguo fraccionamiento y á la vuelta de los tristes dias en que imperaba una reaccion espantosa.

Por consiguiente, el estado político de Italia corresponde con todo cuanto nos prometiamos los que admiramos esta nacion y la creemos destinada en las futuras contingencias de los

sucesos á impulsar y asegurar la libertad. Para mayor fortuna el partido más liberal manda, y manda encabezado por un hombre que une al buen sentido práctico de su gente, gloriosa é inextinguible aureola ganada en los combates más célebres y en los sacrificios más heroicos, realizados todos por su dulce y adorada Italia. Aún hay más: la inteligencia entre él y su antiguo rival Depretis parece asegurada y la mayoría decidida con toda decision á defenderlos y apoyarlos. Ultimamente han dado nueva muestra de su buen sentido votando una órden del dia bien tranquilizadora que pregona su deseo de estar en paz con todo el mundo y su explícita condenacion de esos proyectos relativos á la Italia irredenta que sólo encierran sueños y delirios de estragadas ambiciones impropias de pueblo que tanto ha hecho por encerrarse dentro de los límites de una política prudente y reducirse á conservar lo adquirido por milagros de sabiduría y de fortuna. Pero en la plana mayor entra una verdadera desorganizacion que deberia evitar pueblo dotado de sentido tal que la universalidad no daña á la perspicacia. Por ejemplo, la embajada de París está vacante, porque el general Cialdini, despues de la úl-

tima publicacion de sus despachos, ni acierta en su incertidumbre á ir ni acierta tampoco á renunciar; la presidencia de la Cámara está vacante, porque, merced á un conflicto con el gran orador Mancini, ha dejado el presidente su puesto con tal resolucion é insistencia que no hay esperanza de disuadirlo, accidente bien sencillo tratándose de una persona tan notable como Farini; la presidencia de la Comision de Presupuestos tambien está vacante, porque Crespi ha encontrado algunos obstáculos en sus compañeros y ha dimitido su cargo; por manera que la desorganizacion crece arriba, y esta desorganizacion creciente podria traer la ruina de un partido que há menester mucha mesura y disciplina si ha de contrastar sus poderosos y numerosísimos enemigos de enfrente. Y á la causa de la libertad interesa que el partido radical gobierne todavía por mucho tiempo en Italia para acabar los bárbaros tributos sobre la molienda y traer nuevos elementos de consolidacion y de progreso á la democracia moderna.

El telégrafo me dice que ha tomado el Gobierno francés las medidas anunciadas contra los jesuitas. Lo deploro en el alma, porque creo

que promueve dificultades múltiples, y las dificultades múltiples dañan mucho en política. Si la República hubiera sido provocada comprendo que respondiera á la provocacion y que empeñase un combate á muerte. Pero desde el punto y hora en que tales disposiciones se toman con plena calma, y sin ningun motivo que las excuse ó las justifique, los verdaderos hombres de Estado no pueden aprobarlas ni compartir la responsabilidad que se contrae tanto con el silencio como con el aplauso. Las disposiciones tomadas son las siguientes: «1.ª, disolucion de la Orden; 2.ª, expulsion de los jesuitas extranjeros; 3.ª, clausura de los colegios jesuitas; 4.ª, exigencia á las otras Ordenes religiosas de sus Estatutos para averiguar si han de ser aprobadas ó no por el Gobierno.» Permitidme deplorarlo todo, deplorarlo de corazon, como cumple á un demócrata que ha consumido la vida entera defendiendo la causa de la democracia y pugnando por su venida y por su consolidacion. Despues de la declaracion de la infalibilidad pontificia, despues de promulgado el *Syllabus*, se explican las medidas de Bismark correspondientes con la agitacion de Europa. Entónces dije yo estas palabras pensadas con toda madurez y

sostenidas con toda constancia: «Me poneis en la dura alternativa de optar entre la religion y la libertad: no lo dudeis, optaré por la libertad.» Pero todos estos errores se han rectificado en gran parte, todas las inquietudes de entónces han cedido ahora, y no conviene de ninguna suerte reavivar guerras espirituales generadoras de guerras civiles con notoria inoportunidad. Por causa tan pequeña, por mil jesuitas sobre poco más ó ménos que habrá en Francia, por nueve mil niños que irán á sus escuelas, han suscitado estas inmensas dificultades y han traido esta terrible agitacion que puede dividir á los republicanos y enflaquecer y postrar la República. Desengañémonos, es necesario cambiar de método para establecer y consolidar las instituciones democráticas y republicanas en Europa. Es necesario sustituir al antiguo método de la revolucion, el método de la evolucion. Lo pide la paz de Europa y lo impone la madurez á que ha llegado en su desarrollo la democracia moderna.

XIII.

DIFICULTADES Y OBSTÁCULOS.

Anunciábannos los periódicos de la reaccion terribles sucesos en París, con motivo de un triste aniversario, del aniversario que conmemora la entrada de las tropas regulares en la ciudad insurrecta y la inmolacion y el sacrificio de los comuneros revolucionarios. Los muchos rojos impenitentes que la amnistía echó sobre los barrios extremos de la capital; la agitacion traida por los decretos de naturaleza eclesiástica, que han avivado tantas esperanzas demagógicas; el audaz lenguaje de los periódicos exaltados que venian esta semana ébrios de cólera contra el Presidente y contra el Gobierno; los desórdenes en varias ciudades provocados por las huelgas y los huelguistas; todo este conjunto de circunstancias

nefastas engendraban aprensiones múltiples en los ánimos más serenos y hacian temer sucesos desagradables originados por las clases populares, tan numerosas y tan temibles en esos inmensos centros de poblacion que, como el Océano, suelen moverse y encresparse en extrañas y súbitas tormentas.

Pero nada sucedió afortunadamente. Hay que creerlo y que decirlo. En nuestro suelo europeo la mitad de los motines de abajo dimanan de complacencias y complicidades de arriba. En cuanto se muestra deseo de obligar al respeto de las leyes por los medios coercitivos, que todo Estado posee, la amenaza del tumulto se disipa como una ligera pesadilla y el órden público se mantiene por su propia fuerza y su propia virtud como el órden y la regularidad del Universo.

No hay gobierno tan fuerte en Francia como el gobierno republicano; porque no hay gobierno que, como el republicano, pueda contar con el concurso de la nacion entera, por virtud de cuyos poderes, legítimamente dados y recibidos, dirige la sociedad y la encamina al cumplimiento de sus fines racionales y humanos. Las sublevaciones, que miéntras haya el reco-

nocimiento explícito del derecho, serán como crímenes de lesa nacion, resultan hoy, ante este Gobierno liberal, ante esta Cámara dimanada del popular sufragio, ante esta República reciente, una demencia tan extraña como la demencia del suicida. Por tal causa la opinion comenzó á volverse contra los manifestantes deseosos de ofender al Gobierno legítimo de Francia, y los mismos que los habian acalorado con excitaciones insanas han tenido que contenerlos y refrenarlos con moderadas y sábias advertencias. Así la manifestacion ha quedado reducida en realidad á una escasa asamblea de gentes, unas seiscientas personas, que han circunvalado la columna de Julio en cuya cumbre resplandece el ángel de la libertad y que han ido al cercano cementerio en cuya fosa duermen las tristes víctimas de las discordias francesas. El Gobierno republicano, que mostraba serias aprensiones, ha salido ileso de esta nueva prueba; y el pesimismo reaccionario, que se las prometia felices de la intemperancia é inexperiencia popular, quedó completamente burlado en sus nefastos pronósticos.

Triste costumbre conmemorar las discordias civiles, tristísima. Pero si estas discordias se

han alimentado en utopias como la descabellada utopia comunista; han producido sublevaciones como la sublevacion parricida de la Comunidad revolucionaria; y han acabado por catástrofes como el incendio de París y los fusilamientos horribles, ¡ah! debian relegarse á justo olvido ó recordarlos tan sólo para maldecirlos, y enseñar á los pueblos cómo se extravian y se deshonran cuando apartan los ojos del sol de la justicia y abandonan la senda de la legalidad y del derecho. La buena noticia de que en París se conserva firme el órden público, hállase contrastada por la triste noticia de que en Lyon sólo ha habido en unas elecciones parciales candidatos intransigentes, obteniendo el mayor número de votos el ciudadano Blanqui, el cual reune á la nota de intransigencia la nota de ilegalidad. Francamente, si las ciudades se perturban de esa suerte; si exageran las ideas democráticas y republicanas confundiéndolas con las ideas comunistas; si adoran aún á los viejos revolucionarios que destrozaron la República de Febrero y trajeron la Comunidad demagógica; si desprecian las leyes hasta dar sus votos á candidatos ilegales, demostrarán que no merecen una libertad, de la cual abusan con tanto escándalo, ni

una República que desacreditan y adulteran con tan demente política, y necesitarán el correctivo de un gran rigor en el Gobierno y de una gran resistencia en el Parlamento, para evitar que, por culpa de algunos demócratas exaltados pierda la democracia francesa los adelantos y los progresos prometidos por las instituciones republicanas que se han alcanzado, á despecho de los rojos, con tan hérculeos trabajos, y se han mantenido, despues de los horrores de la última guerra civil en las calles de París, con tantos y tan sublimes sacrificios. Y la tristeza del caso crece sin medida cuando se estudian y conocen los documentos escritos por la intransigencia con premeditacion para mover á tales elecciones. Todos los periódicos avanzados han traido una carta de Rochefort, en la cual maltrata el cáustico libelista á la República como jamás en sus más encendidas *Linternas* maltratara en otro tiempo al Imperio. Allí vereis descritos los severos republicanos como si fueran otros tantos Sardanápalos; injuriado Dufaure con el epíteto de viejo sanguinario y Simon con el epíteto de antiguo jesuita; puesto el mismo Gambetta en la picota de una sátira sobrecargada y llamado sátrapa del Palacio Borbon, harto y satisfecho que

destila sobre la frente de Francia oprimida y explotada las gotas de su grasa. Y á vuelta de todas estas atrocidades se declaran salvadores de Francia, modelos republicanos, ideales del Calendario democrático, á cuantos en París sitiado combatieron al Gobierno más que al sitiador; y sobre Francia, rota y tendida en el suelo bajo las herraduras de los hulanos, celebraron la sangrienta orgía de la Comunidad revolucionaria. Ya sabemos, que en la experiencia de la democracia contemporánea y en la solidez de la República presente, no cabe, no, el terror que el año cuarenta y ocho nos llevó por elecciones tan desdichadas como la eleccion de Sué, y por frases tan temerarias como las frases proudhonistas, á una reaccion tan desastrosa como la reaccion imperial. El mundo ha caminado mucho para que pueda volver la vista atras, aterrado por semejantes locuras. Pero se necesita que el Gobierno y la Cámara afirmen una vez su resolucion de separar la República, tanto de las tinieblas reaccionarias como de los incendios demagógicos.

Declaro, sin ambajes, que me inspira la mayor confianza el Presidente del Consejo de Ministros M. de Frecynet, cuya clara inteligencia

verá bien pronto la extrema necesidad de una política, como la que yo aconsejo, para salvar la democracia y la República de tantos peligros como las cercan, y de tantos enemigos, internos ó externos, sobrado demócratas ó sobrado conservadores, como las combaten y las asedian. Los que siempre fuimos republicanos, tenemos excusa ciertamente, si en los ardores de nuestra pasion y en las predicaciones de nuestra propaganda exageramos alguna vez la República; pero los que la han aceptado por necesidad, y no la han querido nunca, con los ardores del dogmatismo demuestran, si tienen complacencias con las exageraciones republicanas, que todo cuanto en nosotros puede aparecer como conviccion, aparece en ellos como vergonzosa debilidad. ¡Lástima grande! Las dichosas leyes religiosas, tan contrarias á los principios modernos y tan ineficaces en resultados políticos, se levantan como un valladar insuperable ahora mismo entre la moderacion y el Gobierno. El Senado arde en discordias por razon de las elecciones á la presidencia; y los discordes llevan cada cual respectivamente en sus manos enseñas republicanas. Simon, Say, Pelletan, todos del mismo partido, combaten tristemente, mal-

gastando fuerzas que debian reservarse contra la reaccion y contra la demagogia. Y la causa de estos disentimientos proviene de las leyes religiosas que en apariencia son leyes de defensa de la República, y en realidad, por contradecir sus principios fundamentales ¡ay! expedientes que la debilitan y la postran. No hubiera hoy dos candidaturas enfrente, con daño para todos, si no se redactara ayer ese malhadado artículo séptimo, que á todos nos ha herido igualmente; y tras el artículo séptimo no se hubieran resucitado las leyes cesaristas y borbónicas. Urge volver pronto sobre esas leyes reaccionarias y confiar más en los resortes de la libertad. Cuando Bismark, con mayor fundamento y motivo que los republicanos franceses, en presencia de aquel *Syllabus* cuyos cánones reducian la Iglesia tristemente á una sola persona, bajo la pena general que difundian declaraciones tales como la declaracion audaz de la infalibilidad; en el instante de llegar el absolutismo pontificio, fundado por el Concilio tridentino á las exageraciones de que dió muestra el Concilio Vaticano; cuando Bismark, decia, dió leyes perseguidoras, anuncié yo entónces que le resultarian ineficaces y se le quebrarian entre las manos por esgri-

mirlas y asestarlas contra aquella facultad invencible que se eleva sobre todas las persecuciones y que se denomina la humana conciencia. Pues ya se le han quebrado entre las manos y ya ha tenido que presentar un proyecto de ley pidiendo autorizacion, sino para destruirlas, para modificarlas, y modificarlas profundamente. Los ánimos se han exacerbado en Alemania con la modificacion de las leyes como se exacerbaron hace años con su presentacion. Entónces los católicos vieron extremas persecuciones y ahora ven los libre-pensadores debilidades extremas. No se pueden dar esas leyes sin grave riesgo para todos; y no se pueden esgrimir en el estado presente del mundo sin que aparezca en seguida su inutilidad y su ineficacia. Nada de persecuciones religiosas en nombre de ninguna Iglesia, ni de ningun Estado contra ninguna creencia; colguemos su triste recuerdo, como un arma embotada, en el panteon de la Historia y digamos que ni contra los enemigos de la libertad y del derecho pueden suprimirse el derecho y la libertad.

¡Cuánto más hermoso en sí, cuánto más grato para el corazon y más consolador á todos nuestros dolores, el espectáculo que ofrece el pueblo

inglés en este siglo de la libertad, apercibiéndose á dar mayores garantías así en su derecho personal como en su derecho religioso al pueblo irlandés, vejado y oprimido por la aristocracia protestante, á título de católico! La gloria mayor de Gladstone, consiste en haber arrancado ¡él anglicano! la iglesia anglicana del suelo de Irlanda, prestando ese homenaje debido á la libertad del pensamiento y de la conciencia. Por eso, con sólo subir ahora al poder, ha vertido torrentes de consuelo en aquellas almas atribuladas que necesitan de todas las libertades y especialmente de la libertad religiosa, ya para siempre establecida y arraigada. Pero hace apenas medio siglo que un rey inglés, Jorge IV, lloraba y resistia y amenazaba con irse á su tierra de orígen, Alemania, si le obligaban de alguna manera sus ministros á firmar la emancipacion de los católicos. Y tuvo que firmarla porque se lo impuso la voluntad de Inglaterra. Inmensa la gloria de O'connell. El gran orador reunia todos los grados del sentimiento y todos los tonos de la pasion, desde el sarcasmo y el insulto soez, como pudieran salir de los labios de un campesino ebrio, hasta la poesía sublime y la oracion ethérea, como pudieran salir de los

labios de un ángel en éxtasis. Y sin más escudo que su fe, sin más arma que su palabra, en la cual se oian los ecos de las olas y de las selvas patrias, los gritos de los trabajadores, las maldiciones de las madres, los lloros de los niños, los ayes de los moribundos y los lamentos que, desde sus sepulcros, lanzaban las generaciones pasadas; todos los ecos del alma de un pueblo suspendida de unos labios como el rocío de los pétalos de una flor; aquel hombre, poniendo sobre el viejo bastion de la aristocracia británica la escala de los derechos políticos, aplastando su intolerancia religiosa, emancipó la Iglesia católica, y dejó en las torres de esta Iglesia una bandera sagrada, en cuya presencia se descubrirán todos los pueblos y todas las generaciones, porque lleva escritas en sus pliegues las ideas que han hecho tan maravilloso milagro, la libertad de la palabra, la libertad de asociacion y la libertad de conciencia. Pues si es grande la gloria de O'connell, católico, trabajando por la emancipacion de la Iglesia de su raza oprimida, es mayor aún la gloria de Gladstone, trabajando, anglicano, contra la Iglesia de su raza, opresora.

Así las dificultades más graves y más relacio-

nadas con la religion, aplácanse y ceden fácimente allí, porque sobre las tumultuosas pasiones corre como un aura sosegada el soplo de la libertad. Presentábase un problema últimamente, que en cualquier otro Estado, inexperto en las prácticas del derecho, produjera gravísimos conflictos, y que, en Inglaterra, se ha arreglado por una de esas transacciones facilísimas donde reina larga y luminosa educacion política, fruto de la experiencia en los comicios, en los municipios, en los Parlamentos, adquirida merced á la frecuentacion larga y tenaz de los asuntos públicos. Entre los tipos más originales de Inglaterra se encuentra el célebre Bradlaugh, especie de cartista perdido en esta sociedad nuestra, aficionadísima á las libertades públicas y curada de las utopias socialistas, como no lo estaba la sociedad de hace treinta años á la continua encendida y agitada por mayores y más irritantes injusticias. En aquella nacion aristocrática, este reformador pertenece por completo al pueblo; en aquella nacion individualista por completo, al socialismo; en aquella nacion protestante, á lo que él llama escuelas ateas é iconoclastas; en aquella nacion del lenguaje pulcro y de las convenciones sociales, á un mal-

thussanismo de tal género, explicado con tan ruda franqueza, que no me perdonarian, si me atreviese ni por alusiones á traducirlo, nuestras naciones latinas, apreciadas de tan ligeras y hasta inmorales en los altos consejos de los sajones y de los germanos. Pero Bradlaugh profesa todas esas ideas con la mayor honradez y la mayor sinceridad, devoto al pueblo hasta el fanatismo y enamorado de sus instrumentos de trabajador como cualquier noble de sus pergaminos heredados y de sus blasones feudales. En España estuvo hace años y vino á conocerme personalmente, por lo cual trabé con él desde entónces verdadera amistad, no obstante la diferencia de nuestras ideas políticas; porque demócratas ámbos, yo he pertenecido siempre á la parte más liberal y ménos comunista de la democracia europea. Paréceme que le veo aún, gigantesco, fornido, con la cara como un cura católico completamente rapada; con el traje negro y sencillo como un kuákero y un puritano; las manos encallecidas, la voz estentórea, los ademanes vulgares, pero la doctrina muy criticable en su forma y en su fondo, profesada con una extraordinaria sinceridad y difundida con un desinterés extraordinario. Republicano naturalmente, no

tiene grande impaciencia por la República que tenemos nosotros los republicanos latinos. La parte más avanzada de la democracia madrileña le dió un banquete al cual no asistí yo, porque se atribuyera mi presencia en aquel acto á comunidad con sus ideas socialistas y ateas. Pero sucedió cosa que merece contarse. Le consagraron varios brindis en español y contestó á ellos con un discurso en inglés. Miéntras hablaba en esta lengua le aplaudian, aunque no lo entendieran, por el gesto soberbio, por el ademan imponente, por la voz tempestuosa, y sobre todo por la suposicion de que decia ideas muy avanzadas. Un profesor español ducho en todas las lenguas y especialmente en la inglesa, á la letra repitió luego de viva voz lo sustancial de aquel discurso. Si el sentimiento de hospitalidad natural á los españoles hubiéralo permitido, silbaran al oirlo en español ¡ah! lo mismo que aplaudieran con tanto entusiasmo en inglés. El radicalísimo, habia dicho que no le importaba gran cosa que la República tardará unos cien años en llegar á Inglaterra. Sin embargo, este hombre, elegido diputado en las últimas elecciones, repugnaba prestar juramento sobre la Biblia, que para él es un libro como otro cualquiera, é

invocar el nombre de Dios en quien no cree. Gozábanse ya los conservadores y reaccionarios ingleses en el conflicto que iba el radical á producir con su negativa. Si lo lanzaban del Parlamento, ataque á la libertad de conciencia, extraño en partido que la echa de liberal en su pensar; y si lo admitian, escándalo y grande en la Inglaterra deista, protestante, religiosísima y hasta cierto punto supersticiosa. Mr. Bradlaugh estuvo muchos dias sin poder sentarse en el Parlamento; porque la Comision parlamentaria, áun compuesta de radicales, no queria alzarle el juramento ni convenir en lo que él prometia, una simple palabra de fidelidad á las leyes, dicha en conciencia y asegurada por el honor. Despues de largo litigio arreglóse el asunto; y Bradlaugh juró con el juramento ordinario y tomó asiento en la Cámara de los Comunes como cualquiera de los diputados ingleses.

Lo que más deploro en esta crísis es la coaccion ejercida sobre Roma por los jesuitas para disuadir al Papa de su política de transacciones. Duchos en la intriga, le presentan con arte el resultado de su proceder: Alemania cada dia más aferrada á las leyes confesionales; Bélgica

más en disidencia con la Iglesia; Francia restableciendo prácticas en desuso contra las corporaciones religiosas, hasta concluir por anunciar á sus esfuerzos hechos en bien de la alianza entre la Iglesia y el Estado un fin tan triste como el que tuvieran los esfuerzos de Pío IX en bien de la alianza del catolicismo con la libertad. Concedo que existen motivos para descorazonarse; pero concédaseme á mí tambien que no existe analogía de ningun género entre la situacion doble y dificultosa de Pío IX y la situacion sencilla y desembarazada de Leon XIII. Pío IX acariciaba un verdadero imposible, al querer la democratizacion de una teocracia, y al ponerse á la cabeza de la causa italiana cuando para defenderla necesitaba herir un Estado católico, hijo suyo, pedazo de sus dominios espirituales, encontrándose en él por sus dobles magistraturas el Pontífice y el Monarca en abierta é irremisible lucha, por todo lo cual tenía necesariamente que sucumbir y que decidirse, ó por renunciar á sus ideas políticas, ó por renunciar á su corona temporal. Mas Leon XIII no se encuentra en el mismo caso: por fortuna para él, para la democracia, para la Iglesia, el poder temporal ha pasado para no volver; aquella

sombra del feudalismo que se extendia sobre la corona celestial de los pontífices ha huido á los conjuros de la libertad, y el eclipse de su poder religioso por su poder político ha anulado y no volverá, no, á oscurecer, como en otro tiempo, la conciencia y el espacio; se trata de dogma, de disciplina, de todo lo espiritualista; y en tan luminosas esferas, cuanto más se acerque al espíritu moderno, al derecho moderno, á nuestras ideas y á nuestros sentimientos, más se acercará al Evangelio y más fácilmente dejará una obra inmortal que orne con su hermosura á la tierra, que resplandezca con su luz en la historia y que merezca las bendiciones de Dios. No ha de costarle, no, á Leon XIII sacar á la Iglesia de manos de los jesuitas que la han materializado, lo que le costó á Gregorio VII sacarla de manos de las potestades feudales que la habian en sus tiempos horriblemente corrompido. Cuando propuso la abolicion del clero simoniaco y amancebado que perturbaba á la Iglesia, movióse una revolucion tan grande en derredor suyo, que parecia perdida para el Pontífice la península italiana. El celibato forzoso lo desavino de casi todos los clérigos italianos.

Pues si Gregorio VII pudo en los siglos bárbaros de la Edad Media dar al ministerio del Pontificado este carácter sobrehumano, Leon XIII podria hoy, sosteniendo la causa de la libertad y armonizándola con los preceptos del Evangelio, espiritualizar la religion y encender en las almas de mayor poder moral sobre las sociedades modernas un ideal que, asemejándose poco á poco en leyes é instituciones, llegara por fin á dar un nuevo espíritu á nuestro siglo. El protestantismo anglicano tiene disciplina no ménos severa que la disciplina católica; el puritanismo escocés moral más escrupulosa que nuestra moral eclesiástica; y no obsta ni uno ni otro carácter para que hayan educado en las instituciones parlamentarias aquél y en las instituciones republicanas éste á dos pueblos de tan gloriosa estirpe como el pueblo inglés y el pueblo americano. Si la Iglesia católica llega por fin á separar la vista del progreso, de la libertad, de la democracia, de los ideales cuyos resplandores iluminan lo porvenir, ¡ah! no puede calcularse la profundidad del abismo á que se arrastra y á que arrastra con ella tristemente á los más ilustres pueblos del globo, á aquellos que más esplendentes reflejos de su alma han

dejado en las páginas inmortales de la historia. Nunca más necesaria una alianza del catolicismo con la libertad; y nunca más autorizado un Pontífice romano, ni en mejor coyuntura para intentarla y para cumplirla.

XIV.

CONSEJOS Y ADVERTENCIAS.

Dígase lo que se quiera, ningun asunto sobrepuja en verdadero interes al asunto de la crísis francesa; ninguno guarda sus enseñanzas, ninguno despierta en grado tan alto y en medida tan grande la pública y general atencion. Hace muchos años que pasa por axioma entre los primeros escritores del mundo, la incapacidad moral y material de la Francia para unir á sus cualidades históricas, á su ingenio soberano, á su apostolado de las ideas, á su capitalidad intelectual en el mundo moderno, el difícil y sublime arte necesario para gobernarse y dirigirse en toda libertad y con plena soberanía á sí misma en la única forma de gobierno correspondiente á su índole y á su historia, en la República democrática. Desde el triunfo sobre la Comunidad

revolucionaria del 5 de Marzo, hasta el triunfo sobre las maniobras monárquicas del 16 de Mayo, la Francia mostrara virtudes de tal suerte extraordinarias para el propio gobierno que recordaban la Roma republicana de los tiempos antiguos, la Inglaterra parlamentaria de los tiempos modernos, la Florencia del siglo décimoquinto, la Venecia del siglo décimosexto, es decir, todas las maravillas políticas que han asombrado al mundo y engrandecido la historia. Parecia que la inteligencia política, que el tacto exquisito, que el saber profundo reservados en otro tiempo á las gentes patricias y á las oligarquías aristocráticas, se habia difundido en el seno de una gran democracia llegada por completo á la madurez de su edad y á la plenitud de sus facultades. Todo esto provenia del espíritu que principalmente distingue á la democracia francesa en este período de su desarrollo histórico, del espíritu de conciliacion.

¿Por qué ahora le ha perdido? ¿Por qué lo ha olvidado ahora en el momento más crítico quizás de su vida y más solemne de su historia? A muy duras penas los antiguos amigos de Francia, los partidarios exaltados de su República podemos responder á estas dolorosas preguntas. Lo

cierto es que M. de Frecynet despues de dar en rapto de cólera, bien impropio de un estadista, los célebres decretos contra las corporaciones religiosas, habia visto sus insuperables dificultades y tratado de remediarlas con acertadísimo espíritu de verdadera reconciliacion. De acuerdo con Roma, habia encontrado una fórmula que sin desdorar al Gobierno ni envilecer á los amenazados y perseguidos, procuraba cierta paz indispensable á la exaltadísima efervescencia de los ánimos. Tal conciliacion, tal concordia, tal arreglo, lo que en lenguaje diplomático se llama un *modus vivendi*, aterró á la fraccion dirigida por el Presidente de la Cámara, á la fraccion gambettista que impulsa hoy con su impulso exclusivo la política francesa. Creida esta fraccion de que Frecynet era su hechura y estaba por tanto obligado á representar, no sólo sus ideas, sino tambien sus pasiones; y á ser, como ella misma es, supersticioso contra el clericalismo, abrió desde el primer momento una guerra y una guerra á muerte, pareciéndole una abdicacion la concordia y un crímen la prudencia.

No veian estos ciegos que suben al gobierno con el dogmatismo de las sectas y con el arrebato propio de los afectos puramente individua-

les, que desde las alturas del Estado se ven los hechos de otra suerte y se tienen las tremendas responsabilidades anejas á quien dirige á todos los ciudadanos y por todos responde. En vano el Presidente de la República se inclinaba de una manera decisiva en favor de las soluciones de Frecynet; en vano el espíritu de concordia se imponia como una suprema necesidad de la situacion política; en vano la palabra del ministro de Negocios extranjeros ligaba en cierto modo y en cierto sentido á la Francia: la declaracion de guerra del gambettismo equivalia en realidad á una sentencia de muerte, y esta sentencia de muerte dictada por la dictadura universal habia de cumplirse necesariamente y de una manera inexorable. Frecynet, pues, cayó del Gobierno sin que pudiera salvarle de la sentencia del Presidente del Congreso la proteccion del Presidente de la República. Sustituyóle, pues, M. Ferry; el cual representa el rompimiento absoluto con toda conciliacion y la guerra á muerte con todos los elementos eclesiásticos.

La gravedad de tal estado político aparece en toda su desnudez seguidamente. Ese empeño de Gambetta en que se ha de gobernar á su gusto,

no gobernando él en persona, ha de sembrar graves dificultades en el camino de la República y ha de amargar la vida entera de todo Gobierno republicano. No dejó en su puesto hasta el término de su mandato al Mariscal Mac-Mahon y no dejará en su puesto hasta el término de su mandato al Presidente Grevy; no consintió que Dufaure desarrollara su política, que Wadingthon viviera, que Frecynet usara de su natural independencia y tampoco ahora dejará gobernar libremente al Ministerio Ferry. Desde luego, le disgusta por extremo la entrada en el Ministerio de Negocios extranjeros del viejo Barthelemy Saint-Hilaire á quien lanzan los gambettistas diariamente toda especie de flechas. Uno de los periódicos más adictos al Presidente de la Cámara dice que el nuevo ministro admira fervorosamente á Bismark y no escribe en francés, y despues de haber traducido á Aristóteles, solamente le falta una cosa, comprenderlo. Así, de un hecho reciente se ha derivado una declaracion de guerra que comienza por suave modo y concluirá en abierto rompimiento. Con motivo de las amenazas de bombardeo á la ciudad albanesa cuya posesion trae hoy en litigio porfiado á los montenegrinos y á los turcos, los rojos

franceses intentaban celebrar una reunion protestando contra las alianzas de Francia con los reyes y contra los bombardeos de los pueblos por la escuadra francesa. Habianse reunido ya centenares de emigrados á las puertas del preferido sitio, habianse anunciado discursos de los primeros oradores comuneros, habia propuesto un célebre intransigente las fórmulas que debian votarse; pero el Gobierno, temiendo que los amigos de la paz le armaran una guerra y lo desavinieran tristemente de los Gobiernos europeos, ha disuelto la manifestacion y ha enviado los manifestantes á sus respectivos domicilios. Triste y precaria libertad la de un pueblo cuyos ciudadanos, siquier sean los más exagerados y ardientes, no pueden reunirse ni siquiera para proclamar y sostener el mantenimiento de la paz pública en toda Europa. Pero tal es el destino de los gobiernos arbitrarios y desconocedores de aquellos derechos naturales que así deben extenderse sobre todos los hombres como se extiende el sol sobre todas las frentes. Un Gobierno que prohibe las asociaciones religiosas y que pone el veto de su arbitraria voluntad al derecho de asociacion en cualquiera de sus formas, ha de responder por necesidad ante la concien-

cia pública y ante el mundo entero de todo aquello que digan sus vejados súbditos. En Suiza, en América, en la Gran Bretaña, jamás el Gobierno responderá de lo que digan los ciudadanos en los clubs; pero en esa Francia, donde todo se limita por una autoridad arbitraria, todo se condensa sobre esa excesiva autoridad. Y turba por culpa de esta política las pacíficas relaciones internacionales y el pacífico comercio entre los pueblos el último demagogo que quiera pronunciar un discurso más ó ménos violento en el último rincon de un circo de caballos. Mal ha procedido el Gobierno, aunque tuviera por excusa la inmensa gravedad de los asuntos europeos; pero el periódico de la Presidencia, el periódico de la direccion política, el periódico de la mayoría parlamentaria, despues de haber contribuido á nombrar un Ministerio, en vez de apoyarlo y robustecerlo, se empeña en combatirlo y matarlo. Así los Ministerios se suceden en Francia con una rapidez vertiginosa; las situaciones carecen de autoridad; la Presidencia de la República pierde toda iniciativa; y el partido republicano se desgarra en una interior oposicion que, latente hoy, puede estallar mañana en grandes é irreparables antagonismos.

Nada me duele tanto como tener que registrar actos poco favorables al crédito de los partidos radicales en Europa, de esos partidos á quienes pertenezco por mis doctrinas políticas, por mi historia, por mi tradicion, por mi nombre, por todo cuanto soy, por todo cuanto valgo, por todo cuanto personifico en el mundo. La política italiana se halla en situacion tal que no puede salir ni debe salir del régimen parlamentario más ó ménos amplio sobre cuyas bases ha fundado la obra milagrosa de su unidad y el ejercicio práctico de sus arraigadas libertades. Y como no puede salir del régimen parlamentario, precisa sostener al Ministerio Cairoli, único capaz de ampliar las libertades públicas, de extender el sufragio electoral, de contribuir á la educacion popular, de sostener un movimiento pacífico y ordenado hácia grandes y seguros progresos. El dia que el Ministerio radical presidido por Cairoli caiga, quíteselo de la cabeza el partido avanzado, no será él, quien le reemplace, no; le reemplazará un Ministerio conserdor. La política en Italia tal como están las bases fundamentales de su situacion no puede ir hoy allende un Ministerio Cairoli. La extrema izquierda de la Cámara, sus ilustres represen-

tantes, el patriota Bertani, el erudito Mauromaqui, en su patriotismo, en su honradez, en su amor á la libertad no se encargarian, no, hoy de un gobierno del cual no podrian responder ante el mundo ni ante la historia. Por consiguiente, todo lo que hagan los avanzados contra el Gobierno de Cairoli, ¡ah! en último término lo hacen contra sí mismos. Y desconociendo esta verdad inconcusa, pululan las sociedades secretas en Bolonia como si estuviéramos bajo el gobierno de los Papas; caen muertos los versalleri que en 1862 prendieron á Garibaldi en colisiones sangrientas con el pueblo, que debia haber olvidado en su presente libertad tales nefastos recuerdos; renuncian los garibaldinos, y á su cabeza Menotti, los puestos parlamentarios y municipales diciendo que no quieren auxiliar á un Gobierno cómplice de los jesuitas; cae en prision el popular Cancio, yerno de Garibaldi, conmoviendo y agitando profundamente á Génova; preséntase en esta ciudad Garibaldi en persona venido desde su legendaria isla de Caprera donde tantos corazones liberales tienen puestos sus más caros afectos á consolar á su hija; y todo se agita, y la agitacion llega en su grado máximo á tomar el carácter de las gran-

des perturbaciones. Digámoslo con dolor, pero digámoslo con verdad; si los propios amigos quitan fuerza y prestigio al Gobierno radical, vendrá pronto, muy pronto, para desgracia y castigo de todos, un Gobierno conservador.

La cuestion de Oriente se complica más cada dia. Y no puede ménos que complicarse, dada la falta de unidad y la sobra de recelos entre las potencias europeas. No hay cosa peor en política, ya nacional ó ya internacional, que la duda en las ideas y la vacilacion y la incertidumbre en el proceder y en la conducta. Ó las potencias no debieron convenir en imponer á Turquía, aunque fuese por fuerza, el tratado de Berlin ó las potencias debieron cumplir su convencion y realizar sus acuerdos sin consideraciones de ningun género y sin vacilar ni un minuto. Pero instan, apremian, amenazan, cuando parecia que pasaban á poner por obra sus acuerdos reunidas ya las escuadras, notificado el bombardeo retroceden y al retroceder dejan su autoridad y su influencia heridas de muerte en el concepto de la indómita é incontrastable Turquía. Los albaneses á pesar de tener opinion de bárbaros en el resto de Europa conocen que la demostracion naval no pasa de comedia mal ensayada si deja

de ser seguida por un desembarco en armas. Luégo estos buques acorazados modernos, á pesar de su formidable aspecto, son de tal delicadeza que temen á cada paso tropezar con un torpedo, que abandonan las costas cuando no están bien iluminadas, que necesitan esquivar los puertos faltos de profundos calados. Luégo, las posiciones que ocupan los albaneses en la montaña de Mafura, á muchas leguas de Dulcigno, en el camino de Antivari, no pueden ser molestadas por los proyectiles de las flotas, ni circuidas por los montenegrinos, y dan lugar por tanto á una de esas resistencias en las cuales son los orientales tan duchos. Las causas principales de todas estas desventuras se encuentran, á no dudarlo, en la falta de inteligencia entre los pueblos europeos. Unos como Inglaterra y Francia, quisieran la concesion del Epiro y de la Thesalia á Grecia sin dificultades ni peligros; otros como Austria quisieran, por el pronto, Salónica y más tarde Constantinopla para fundar un imperio greco-eslavo, con el representante de la casa de Austria á su cabeza; otros, como el imperio aleman quisieran dar al Austria los restos del imperio turco para ser ellos los acaparadores del ducado de Austria reunido al grande impe-

rio aleman y los poseedores quizás del Tirol, de Trento y de Trieste; otros, como los rusos, sueñan con la resurreccion de un imperio bizantino que se extendiera desde el Bósforo al Báltico; todos con grandes combinaciones políticas, que mutuamente se contrastan y se destruyen mutuamente. En esta complicacion gravísima, Francia comprende que puede suscitar ántes de tiempo la cuestion europea, que la cuestion europea puede ántes de tiempo traer de nuevo la segunda guerra franco-prusiana, que la segunda guerra franco-prusiana puede resultarle tan fatal como la primera, deseosa Alemania de tomar un pronto desquite á sus derrotas económicas en los campos feraces de la vecina Francia. Y hé aquí explicado el secreto de la retirada de las potencias y del abandono de todo desembarque en las costas albanesas y de todo asalto á Dulcigno.

No cesa ni un punto la conspiracion nihilista en la opresa Rusia. El emperador huye como es natural de los frios y de los horrores del Norte y busca, como es natural tambien, aire y luz en los templados climas de Livadia. Pues en esos climas, léjos del centro de las agitaciones moscovitas van á buscarle sus implacables perse-

guidores que parecen la personificacion siniestra de sus atroces remordimientos. Se ha descubierto una conspiracion para hacer saltar el ferrocarril que debia recorrer el Emperador y se ha descubierto otra conspiracion que llevaba en las entrañas de un buque inglés, mezclada con cargas de carbon depósitos de dinamita. Tal es el horror y el odio que inspiran á los oprimidos sus opresores.

XV.

EL PODER TEMPORAL Y EL PODER ESPIRITUAL.—UNA CRÍSIS EN FRANCIA.

Es necesario recordar á los innumerables reaccionarios enamorados todavía del poder político de los Papas y decididos á sostenerlo como incontrastable fundamento de la Iglesia, que en épocas de innumerables guerras, en épocas manchadas de sangre, en épocas dondo sólo regía la fuerza, bastó la autoridad moral de los Pontífices para vencer y contrastar el empuje de los bárbaros sujetos por virtud de las ideas y bautizados por virtud del puro ascendiente religioso. Y recordamos ésto para decir á los Papas cuánto ganaria en nuestro tiempo de tendencias positivas y económicas un poder moral que recibiese su inspiracion de ideales purísimos y que arraigase en corazones animados por el fuego cuasi

divino de la fe. Casualmente la mayor ventaja que trae á la vida religiosa la muerte del poder temporal, es que espiritualiza, que eleva, que alza á los cielos el poder moral de los Pontífices, desligado de tantas cadenas como lo tenian ceñido á los viles intereses de la tierra. Ya no há menester ministro de la Guerra ni ejército, ya no há menester, en rigor, ni ministro de Hacienda ni fisco. Todas sus miradas deben convertirse al cielo y todos sus deseos explayarse en la inmensidad de lo infinito. Yo recuerdo que, corresponsal vuestro ya en tiempos en que el poder político de los Papas predominaba con grande predominio en Europa, os decia estas palabras poco más ó ménos: Imposible de imposibilidad absoluta que subsista el Estado Pontificio inmóvil en medio del movimiento y del oleaje de todas las ideas. Subsistiria el Papa, ese jefe de la teocracia en su serenidad absoluta si estuviera circuido como las pirámides hieráticas de Egipto, por las arenas del desierto. Pero cuando tantas ideas y tan grandes, se encrespan tumultuosamente en torno suyo, el Papa no puede continuar ejerciendo un poder temporal que necesita negar todos los principios humanos, todas las ideas científicas y contrastar y detener el

movimiento de la civilizacion moderna. En cuanto veis á Roma pontificia os persuadís de que allí no puede entrar el rayo de la luz diurna sin convertirse en rayo de tempestad formidable. Es una de esas antiguas cúspides medio alzadas en su gran quebrantamiento sobre ruinas y que atraen la tempestad con fuerza invencible. Legiones de aduaneros para impedir el libre cambio de los humanos productos; legiones de censores para impedir la libre difusion de las humanas ideas; un ejército reclutado en todas partes; Babel nómada donde se confunden como todas las lenguas todas las supersticiones; los monjes de rodillas melancólicamente sobre las ruinas, como las ortigas ó la cicuta; el colegio de cardenales, aristocracia religiosa, con el orgullo y sin la fuerza de los antiguos senadores romanos; el silencio del pensamiento interrumpido sólo por los pasos de los peregrinos que andan extasiados en torno de una tumba; el Papa-rey en su trono que quiere competir con el trono de Dios; infalible, inefable, sacratísimo, cuasi divino, persona nuevamente añadida á la Santísima Trinidad con la creencia íntima de que su palabra es la palabra del cielo; especie de tirano César y Pontífice, como sólo se en-

cuentran en sombra, en recuerdo, en imágen, allá entre los fragmentos destrozados de los santuarios y de los palacios del Asía. Esta descripcion trazada un año ántes de que el poder temporal cayera en tierra, no puede aplicarse de ninguna suerte á nuestro tiempo. Los aduaneros, los soldados, los esbirros, los ministros, los jueces de la tierra se han ido y sólo ha quedado el Papa en la ciudad vaticana entre los esplendores del arte y el incienso de la religion. Hora es ya de que levante sobre las conciencias un ideal ménos político y más cristiano que el ideal sostenido por los Papas-reyes sus antecesores. Leon XIII es el primer Pontífice que sube al trono de la ciudad eterna sin ninguna corona terrenal sobre sus sienes augustas. Tal situacion singular en nuestro tiempo, le empeña en una obra de transformacion y de rejuvenecimiento indispensables á los viejos poderes religiosos. El Papa, sin duda, lo comprende así y de los hechos á primera vista más insignificantes hay que deducir valiosísimas consecuencias para lo futuro. Uno de los elementos más apegados á la tradicion reaccionaria, era la prensa pontificia publicada en Roma. Difícil medir todo el letal influjo ejercido por estos ciegos periódicos en el

divorcio constante de la razon humana y de la Iglesia católica. El Papa lo ha comprendido indudablemente así en su alta sabiduria, y ha fundado ó trata de fundar un nuevo periódico inclinado á la conciliacion y decidido á la alianza íntima entre la tradicion religiosa y la moderna libertad. Hasta el nombre de la nueva publicacion parece como que inspira esperanza, pues ha de llamarse *La Aurora;* es decir, la mañana, la alborada, el amanecer de un nuevo dia para la Iglesia. Latinos por nuestra raza, católicos por nuestra educacion, demócratas y liberales y republicanos por nuestro convencimiento, celebraremos una paz que permita á las instituciones modernas desarrollarse y extenderse tranquilamente, sin el odio y sin la excomunion de la Iglesia.

En verdad que estas consideraciones me han detenido más de lo conveniente cuando necesitaba con vivísima necesidad participaros el hecho culminante de esta quincena, á saber, la crísis ministerial de Francia. No lo echeis á pesimismo, nunca lo tuve en la política francesa y en todo tiempo os anuncié con verdadera anticipacion los beneficios que le reservaba su jóven y gloriosísima República. Pero siempre os

dije tambien que esta República necesitaba colocándose en una interseccion verdadera entre las clases conservadoras y las clases populares para dar el progreso á éstas y á aquellas la estabilidad. Hay intereses democráticos en Francia á que ningun Gobierno conservador puede tocar; y hay en Francia intereses conservadores á que no puede tocar ningun Gobierno democrático. Insensato el conservador que atentara á la libertad religiosa, al jurado popular, al sufragio universal, á la forma republicana; pero más insensato todavía el republicano que quiere tentar al ejército, al clero, á la magistratura, á la administracion. Y hé aquí porque doy una inmensa importancia á la crísis francesa y la creo destinada tristemente á romper esa armonía entre las clases populares y las clases conservadoras que yo he tenido siempre por indispensable al desarrollo normal de la República. El 16 de Mayo fué un atentado de las clases conservadoras contra lo que ningun Gobierno conservador puede destruir; Dios quiera que el 29 de Diciembre no sea un atentado contra lo que ningun Gobierno democrático puede destruir tampoco. Pero historiemos la crísis. Componíase el Ministerio último de dos elementos políticos; el

radical representado por Frecynet y por Leper y el conservador representado por Wadingthon y Say. Este Ministerio debia haber satisfecho al partido republicano que compone la parte más considerable de la Cámara, indudablemente á no mediar esas impaciencias por un progreso demasiado rápido que aquejan á los partidos poco expertos en las ciencias y en las artes del gobierno. Durante todo este verano, y con especialidad á la hora de reabrirse el Parlamento, han menudeado esas oraciones sin tasa y sin medida que pedian disminucion rápida en los años de servicio militar; transformaciones súbitas en el organismo judicial; nombramiento completo de nuevos empleados en toda la administracion pública. Dos ministros verdaderamente republicanos habia á la cabeza del departamento de la Justicia y á la cabeza del departamento de la Guerra. Era uno M. Gresley, perseguido ó desairado por sus convicciones democráticas durante el período del Imperio, que nunca le hubiera dado su grado de general. Y era otro M. Roiye, querido de esa democracia que ahora le desdeña, á tal extremo que le propusieron muchos radicales y le designaron muchos periódicos avanzados para Presidente del Consejo.

Pero los dos ministros han observado, con la misma tristeza que lo observo yo, ese afan por innovar precipitadamente, y han decidido no prestar complicidad, que rayaria en criminal, á las impaciencias republicanas henchidas de dolorosos é inevitables extravíos. El Ministerio último tuvo con la opinion radical una punible condescendencia, que ahora purga bien tristemente, aceptando la ley Ferri, tan contraria, así en su espíritu general como en sus cánones particulares, á la mesura propia de un Gobierno republicano. Y esta condescendencia ha enardecido los ánimos, ha sobrepuesto la voz tormentosa de los impacientes al regular consejo de los sensatos y ha dictado esos programas que en un dia, en una hora, dan el salto mortal desde las evoluciones tranquilas y mesuradas á la súbita revolucion: que no se revoluciona sólo un pueblo cuando se perturba el órden público, sino cuando se subvierten los intereses creados y se desconciertan las series lógicas de los debidos y maduros progresos.

Toda esta tendencia, sobrado exagerada de la democracia, se personificó en un programa llamado programa Brisson, el cual no se satisfacia con éstas ú otras medidas políticas, sino que, á

manera de los visionarios de la extrema izquierda, hablaba con cierta amplitud de las ideas y aspiraciones socialistas. Jóven aún Brisson, de pura historia republicana, de íntegro carácter, faltábale mucho para tener aquella alteza de miras y aquel conocimiento de la realidad que exigen de los hombres de Estado todos sus complicadísimos y múltiples deberes. Así no es mucho que, desconociendo las fatales consecuencias de impulsos sobrado fuertes y de progresos sobrado rápidos, cayera en la triste responsabilidad de dividir al partido republicano y fraccionar al Ministerio Wadingthon. A pesar de su flaqueza, tuvo éste un arranque de dignidad, y desafió en pleno Parlamento á que le combatieran en público los mismos que le denostaban en secreto. A consecuencia de este desafio, provocóse una votacion, y á consecuencia de esta votacion, favorable al Gobierno, sobrevino por extraño caso su derrota.

Planteóse, pues, la crísis, y presentó su dimision el Ministerio. Nada más fácil á primera vista que estas crísis; nada más difícil en realidad ni más dañoso. Tres soluciones se presentaron para resolver la crísis: ó un Gobierno de la derecha, ó un Gobierno de la izquierda, ó un

Gobierno mixto. El Gobierno de la derecha tenía el inconveniente de no encontrar apoyo en el Congreso. El Gobierno de la izquierda tenía el inconveniente de no encontrar apoyo en el Senado. Y el Gobierno mixto tenía el inconveniente de ser en el fondo lo mismo que se pretendia sustituir y reemplazar. Así no es mucho que la crísis haya durado ocho dias y que las soluciones más contradictorias se hayan sucedido en el ánimo de la Presidencia. Intentóse formar un Ministerio de la derecha con Say. Intentóse formar un Ministerio de la izquierda con Frecynet é intentóse formar un Ministerio mixto con Wadingthon y Chalamell la Cour. Entre todas estas soluciones ha prevalecido la más avanzada y se ha nombrado el Ministerio de la izquierda. M. Frecynet ha recogido el poder y formado el Ministerio. Tenemos, pues, separados á los conservadores de los radicales; recelosas y desconfiadas entre sí la Cámara alta y la Cámara baja; entre sí tambien disgustados el Presidente de la República y el Presidente de la Cámara; lanzada la mayoría republicana en el proceloso mar de esos programas avanzados cuyos inconvenientes se tocarán bien pronto, porque sin satisfacer á las clases pobres alarmará indudablemente á las

clases conservadoras. Luégo, merced á estos fraccionamientos del antiguo partido republicano, las estaturas se van disminuyendo en tales términos y el nivel rebajándose en tal grado, que nadie conoce en el extranjero dónde empiezan las reputaciones verdaderamente sólidas ni el nombre de los ministros. La nueva situacion, por republicana, cuenta con nuestras simpatías; pero por débil, no cuenta, no, con nuestras esperanzas.

XVI.

IDEAS HISPANO-AMERICANAS.

Los grandes continentes responden á los tres términos del silogismo, á las tres fases del tiempo, á lo que llaman los hegelianos, en lengua un tanto extraña, la trilogia del pensamiento. Asía y África son las tierras de lo pasado; Europa y sus islas y archipiélagos las tierras de lo presente; América y Oceanía las tierras de lo porvenir. Miéntras en el primero de los continentes la historia lo domina todo y la religion todo lo regula, subsistiendo en las cimas de las sociedades el despotismo y en las bases la casta, cual subsisten los ejemplares arqueológicos en un Museo moderno, se ve por Europa, en todas sus instituciones, y en la combinacion que forman, el paso de unas edades á otras edades del mundo, miéntras en América,

en aquella naturaleza vírgen, se descubre el escenario grandioso de una nueva sociedad, y en aquellas numerosas Repúblicas los organismos varios de un nuevo y progresivo espíritu. Por tal motivo, ni se pueden juzgar á derechas los imperios asiáticos, todavía subsistentes, con el criterio de los americanos, nacidos para la libertad, ni se puede juzgar América, la tierra de la democracia y de la República, con el criterio de los que recibimos aún sobre nuestra conciencia libre y nuestros derechos reconocidos la sombra letal de antiguas y colosales ruinas. Así entendimientos de primera magnitud han confundido nuestro estado político y social con el estado político y social de América; y al confundirlos, se han visto desmentidos en sus anuncios y burlados en sus proyectos y en sus cálculos. Nadie desconocerá en España la claridad de ideas que distinguia el alma verdaderamente lúcida de nuestro gran orador el Sr. Pacheco; y, sin embargo, despues de haber abordado en tierras de Méjico y visto el grandioso espectáculo de la jóven América, decia sin vacilaciones en el Senado español, allá por 1862, que de la Patagonia hasta el Potomac, iba todo el continente americano á producir una serie de fuertes y dura-

deros Imperios. Nadie se cansa de admirar los talentos oratorios y económicos del gran Gladstone, el cual reune, como pocos, en su vasta mente, desde las ideas más abstrusas de la Metafísica hasta las nociones más prácticas de la Hacienda; y, sin embargo, creia, durante la guerra de América, en la victoria del Sur sobre el Norte, y en el rompimiento de la gran Confederacion anglo-sajona.

Estos errores manifiestos de entendimientos tan grandes, provienen sin duda de ideas adquiridas en el medio social en que se vive, como ciertas enfermedades del cuerpo provienen, sin duda, de miasmas recogidos en el aire que se respira. Quien escribe estas líneas, incapaz en su humildad de compararse ni medirse con tan claros ingenios, adivinó en los conflictos americanos, por el criterio democrático que le esclarecia, todo lo porvenir. Para mí jamás fué dudoso el triunfo de la unidad en los Estados-Unidos y el vencimiento y destruccion de los esclavistas y de los negreros. Con los ojos de la esperanza, veia el pabellon americano entre el humo de los combates y el vapor de la sangre, conservando, como un cielo sereno, todas sus estrellas, que llevan á la conciencia de los opri-

midos la luz y á los corazones el calor de la libertad. El 15 de Abril de 1864 escribia yo en el periódico *La Democracia* estas palabras sobre la guerra de los Estados-Unidos, anunciando con toda seguridad la disputada victoria. «Los puri»tanos fundaron la colonia; los grandes hom»bres del siglo pasado la República; pero Lin»coln las ha santificado. Merced á los primeros, »la libertad de la conciencia humana tuvo un »templo; merced á los segundos, la democracia »ha tenido una tierra fecunda donde realizar su »ideal y producir sus maravillas; merced al ter»cero, ni una nube empañará ya las americanas »estrellas. El negro no oirá el chasquear del lá»tigo, y la negra no engendrará sus hijos para »el mercado. Cinco millones de bestias de carga »se convertirán en cinco millones de hombres »libres. Las últimas cadenas del eterno pária »que ha cruzado ¡pobre Abel! la tierra con el »alma extincta, se romperán para siempre en»tre las manos de un hombre que ha sabido ser »fuerte.»

Pues exactamente lo mismo sucedióme con la intervencion europea en Méjico. Aquí parecia segura la victoria del nuevo Imperio sobre la herida República. La diplomacia entera, con

maravillosa conformidad, sustentaba la tutela del antiguo sobre el Nuevo Mundo. La estrecha inteligencia entre Francia é Inglaterra era como prenda segura de victoria. El César, que desde las Tullerías dirigiera Europa, se levantaba en la capital de nuestro continente con aire de omnipotencia para sujetar á la Nueva España, ya que su predecesor no habia podido sujetar á la Vieja en nuestra guerra por la Independencia. La casa de Austria daba el más brillante de sus príncipes al nuevo reciente trono. Un grito de júbilo se oia en todas las córtes y entre todos los cortesanos. Y entre aquellos gritos de júbilo escribia yo las siguientes palabras el 29 de Enero de 1864: «La idea de una edad, que vivifica las »instituciones progresivas y mata las institucio»nes reaccionarias, envenenará el imperio me»jicano, y dentro de poco, quedará de él lo que »hoy queda del imperio de Itúrbide.» Y en el mismo escrito, hablando de Napoleon III, decia: «Bajo la corona de Napoleon y de Carlo-Magno »se oculta el calavera de Estrasburgo; y su »águila, tan temida, es aquella águila domesti»cada como una gallina, en cuyas alas rotas »pretendió subir al Imperio. Cuando se con»quista un Estado que es una República, no hay

»más remedio, para retenerlo, que destruirlo.
»Un Estado que es republicano, prefiere siem-
»pre las tormentas de una libertad tempes-
»tuosa al silencio y la paz sepulcral del despo-
»tismo. El que conquistando un Estado que fué
»libre no lo aniquila, será aniquilado. La rebe-
»lion es tan eterna en esos pueblos mal sujetos,
»y de continuo excitados por el recuerdo de las
»antiguas instituciones y el amor inextinguible
»á la libertad, que exacerba el nuevo amo, si es
»déspota, con crueldades que sublevan, si es
»bueno, con beneficios que humillan. Pero, so-
»bre todo, la mayor torpeza que se puede come-
»ter en el mundo es la de conquistar un Imperio
»para otro; es la torpeza de los Colonnas y de los
»Orsinos, conquistando ciudades italianas para
»César Borgia, su enemigo; es la torpeza de
»Luis XII, conquistando Nápoles para Fernando
»el Católico, su rival; torpeza mayor en Bona-
»parte, que tiene la experiencia histórica, y
»sabe que la casa de Austria es su enemiga, y
»no olvida el axioma de Maquiavelo: es un error
»creer que los servicios recientes hagan olvidar
»á los poderosos las antiguas injurias. En seme-
»jante empresa, el único vencido será el Empe-
»rador. Para Napoleon I España; para Napo-

»leon III Méjico.» Y en 21 de Abril de 1864 decia yo, hablando del infeliz Maximiliano: «Tal vez »sea la víctima, escogida por la Providencia en »esa expiacion tremenda que á cada paso nos »enseña la historia, la víctima escogida para »pagar todas las tiranías de su raza.» Tres años más tarde, en Julio de 1867, se habia cumplido este trágico presentimiento.

Cito estos anuncios, no ciertamente para envanecerme y engalanarme con ellos, sino para decir á los jóvenes pueblos americanos cómo el interes que tengo por su suerte ilumina y esclarece mis juicios. Y un deber de conciencia me obliga hoy á decirles que todos los amantes de la libertad en Europa reprueban á una el terrible choque, nunca bastante sentido, entre las Repúblicas del Sur. A la lectura de esos combates homéricos por mar y por tierra; cuando el telégrafo nos anunciaba esos encuentros, en que las aguas marinas hervian bajo el fuego de los cañoneos y las tripulaciones enteras en los abismos se precipitaban y sumergian con la serenidad de los antiguos espartanos, hemos sentido nuestros corazones españoles henchirse de orgullo; porque razas menospreciadoras de la muerte como nuestra raza, heroicas en el com-

bate, dotadas de esas viriles virtudes, las cuales revelan un natural dispuesto siempre al sacrificio y al martirio, podrán sostener guerras desatentadas, por fratricidas, pero no caerán, no, en esas bizantinas decadencias, capaces de enflaquecer y matar á los pueblos, deshonrándolos, además, para siempre, en la memoria de los hombres.

Combates marinos que recuerdan nuestro suicidio de Trafalgar; cercos que compiten con el cerco de Zaragoza y de Gerona; correrías por tierras inhospitalarias llevadas á cabo con la celeridad del huracan y con desprecio completo de los elementos, como si la voluntad humana creyera contrastar las fatalidades mismas del Universo; desafíos á todos los poderes de Europa, cual los sustentados por el inmortal Juarez; encuentros homéricos donde el valor toma proporciones gigantescas; todos estos hechos demuestran la energía de una raza libre; y allí donde obran esas grandes energías, no há lugar al desmayo y al decaimiento, sino más bien á la esperanza de que, en pasando el período revolucionario y guerrero, todas esas fuerzas han de converger á fecundizar el trabajo y á mover hácia adelante la atrasada sociedad.

¡Cuánto cuesta fundar las instituciones progresivas! Y no puede negarse que la situacion interior de América mejora, y mejora mucho. Desde mediados del siglo XVI al año vigésimo del siglo XVII, y desde el año vigésimo del siglo XVII hasta fines del siglo XVIII, la iniciacion de América en la austera disciplina republicana ni un punto se ha detenido, ántes ha marchado en progresiva serie. Y, sin embargo, más de un siglo, mucho más de un siglo mediará entre cada uno de estos grandes movimientos; entre la ardiente palabra de Calvino y la santa peregrinacion de los puritanos; entre el arribo de los puritanos á América y la proclamacion de la República en América; y áun despues de proclamada en el Norte, correrán años ántes de que la idea pase del Atlántico al Pacífico, del Potomac al Amazonas; ántes que atraviese el istmo de Panamá y escale la cima de los Andes y se difunda por sus dos vertientes, é ilumine ambos hemisferios, creando ese gran número de democracias que, á pesar de sus convulsiones, hacen de América el continente de la República en oposicion á Europa, que es aún el continente de la monarquía.

Sería optimismo no reconocer los defectos y

los inconvenientes de aquella democracia; pero tambien sería estolidez insigne no reconocer sus ventajas. Dos naciones europeas, Prusia y Francia, tuvieron dificultades políticas, dificultades diplomáticas. ¿Cómo se han superado estas dificultades? Con una guerra de seis meses, con la caida y la ruina de ciudades populosas, con el sitio de París, con el incendio de Saint-Cloud, con el holocausto de medio millon de soldados que nos han traido como emanaciones de sus cadáveres, no solamente las amenazas de nuevas guerras, sino tambien el ruinoso armamento universal. Los Estados-Unidos tuvieron dificultades con Inglaterra, fundadas en grandes agravios inferidos durante la última guerra. ¿Cómo se han resuelto estas dificultades? ¿Cómo? Se han resuelto en tribunales, por procedimientos jurídicos, apelando al derecho en públicas y solemnes sentencias de árbitros. Aunque las democracias modernas, aunque el gobierno del pueblo por el pueblo no pudiera presentar otro ejemplo, bastaríale éste para demostrar el carácter pacífico que tiene y debe tener en América. Allí, en los Estados-Unidos, no hay partido pretoriano que contentar, prestigio imperial que establecer, batallas ruidosas con que dorar á

fuego las coronas de los Bonapartes y de los Hohenzollers y la cadena de los pueblos.

Así es que, para acabar en América con la dictadura y la revolucion, no hay más que un remedio: dar orígen legal á los poderes supremos, y obligarlos, por su carácter amovible, á una terminacion pacífica. La persuasion de que esto era necesario, indispensable á la salud de América, ha entrado allí, no sólo en el pensamiento de los hombres superiores, sino en el sentir general de las muchedumbres, en el sentir de los pueblos. Esta maravillosa transformacion, que nuestros hombres de Estado desconocen ú olvidan, prueban cuánta virtud para la grande obra de la educacion humana tienen las democracias, áun imperfectamente establecidas y organizadas. El antiguo pueblo colonial, educado como nosotros en largo absolutismo, salido apénas de la servidumbre, lanzado de la tremenda guerra por la independencia á las terribles guerras civiles, de los estremecimientos epilépticos de la anarquía al reposo letal de la dictadura; mezclado con razas, que parecen inaccesibles á nuestra cultura; circuido del desierto, á causa de la enorme despoblacion de sus extensas regiones; condenado á no ver, allí,

donde se ha establecido federalmente, por la inseguridad de las comunicaciones y por la inmensidad de las distancias, fuerte lazo entre sus Estados; con todas estas dificultades, con todos estos obstáculos, ha adquirido por sí mismo el sentido político necesario para fundar en la ley sus poderes, y armonizarlos con su espíritu y su derecho democrático, resultado que puede honrar, en verdad, á todo un siglo.

Pues cuando América logra esa regularidad en su órden interior y en la renovacion de sus poderes públicos, ¿por qué triste fatalidad han caido regiones tan importantes, y pueblos tan cultos y Repúblicas tan firmes en los horrores de la guerra? ¿Qué agravio no podia satisfacerse por sentencia de árbitros, como satisfizo Inglaterra sus agravios á los Estados-Unidos? ¿Qué reivindicacion territorial no podia fácilmente arreglarse allí donde hay tanta tierra y tan poca gente? A todo debió recurrirse ántes que á la guerra entre pueblos hermanos provenientes de idéntico orígen y llamados á unos mismos destinos. La guerra sembrará entre ellos odios seculares, que á cada paso provocarán conflictos sin número, deteniendo su colaboracion activa en la cultura universal y humana. La guerra debi-

litará el régimen democrático y lo convertirá por fuerza en una oligarquía militar. La guerra ahuyentará la inmigracion, sin la cual esas cortas naciones, perdidas en tan vastos espacios, no podrán obtener jamás los beneficios de la industria y del comercio. La guerra perturbará los presupuestos y gravará con una deuda enorme los Erarios. La experiencia nos acaba de mostrar que, al fin y al cabo, resulta la victoria tan triste como la derrota en los conflictos internacionales. No podia haber nada en el mundo de éxito tan completo como la batalla de Sedan y la toma de París, tras las cuales Alemania reincorporaba extensos territorios á su Imperio y veia su eterna enemiga, Francia, herida y humillada tristemente á sus piés. Y, sin embargo, comparad ahora el régimen político de Francia con el régimen político de Alemania; el estado social de Francia con el estado social de Alemania; la riqueza de Francia con la miseria de Alemania; y decidme luégo quién parece el vencedor y quién el vencido en esta pavorosa catástrofe. Pues el vencedor en la guerra de América estará constreñido por mucho tiempo á tener un Estado fuerte que anule sus instituciones democráticas; una organizacion militar que mengüe

sus libertades públicas; una deuda y un presupuesto que perturben todas sus relaciones económicas.

Y nosotros tenemos tanto más derecho á hablar así, cuanto que, en la guerra del Pacífico, nos opusimos con todas nuestras fuerzas, primero á que se declarara y despues á que se mantuviera. Parecíanos mal aquel combate de la antigua metrópoli con sus emancipadas colonias; parecíannos mal aquellos inútiles bombardeos; y lo deciamos con toda entereza y sencillez, áun á riesgo de herir el sentimiento nacional, en España tan susceptible y tan despierto. Imaginad lo que nos parecerá hoy el combate entre Repúblicas hermanas. ¿Cómo? Aquellas inmensas costas, que se extienden desde Chile al Perú, cuyas entrañas guardan tantos metales preciosos, pidiendo la explotacion del trabajo, y cuya superficie contiene el nitro, la soda, el salitre, necesarios á nuestra industria; con sus depósitos de riquezas baldías en la tierra firme y sus depósitos de guano en las islas; aquellas costas, en que tantas miserias humanas pueden hallar alivio y tantos problemas económicos solucion y arreglo, en vez de los pacíficos barcos que cambian los productos y llevan las ideas en

los rizos de sus velas y en el vapor de sus máquinas, se verán condenadas por odios increibles entre los hombres, á presenciar combates más ciegos y terribles que los empeñados en las escalas inferiores de la animalidad entre los implacables peces por el goce y crecimiento de su triste vida.

El telégrafo nos anuncia la rendicion del Callao, los combates sangrientos de Miraflores y del Chorrillo, la toma de Lima, el propósito en los peruanos de refugiarse hasta en las cordilleras de los Andes, y oponer al vencedor una resistencia pasiva, más provechosa que la activa y constante opuesta en tantas batallas y encuentros hasta el terrible dia de hoy sin más resultado que la desgracia y el vencimiento. No puede, no, decirse cómo nos ha conmovido y adolorado el espectáculo terrible de esas luchas sangrientas. Fingíamos en nuestra imaginacion el teatro de tales tragedias. Veíamos el Pacífico inundado de luz y repitiendo en su ondulante superficie la claridad de un cielo siempre tranquilo y esplendoroso; veíamos los grandes desiertos de arena áurea en los cuales se alzan los cañaverales que destilan miel; veíamos las hermosas orillas del Arica pobladas de una vegeta-

cion propia de los mejores oásis; veíamos las ricas haciendas trabajadas por razas varias y dirigidas por el peruano, caballero en su jaco andaluz, rodeado de hermosas mujeres envueltas en el manto nacional y destellando de los ojos negros el relampagueo de su alma española; veíamos las casas medio mudejares con los balcones madrileños y las celosías monásticas y los patios sevillanos; veíamos todos estos idilios enrojecidos por la sangre, ahumados por la pólvora, cubiertos de millares de cadáveres, los cuales habrán prestado al aire de la vida con sus miasmas el aliento devastador y horrible de la muerte; y un grito de dolor se escapaba de nuestro pecho, y una terrible duda sobre la verdad de los humanos progresos taladraba nuestra conciencia.

Los pueblos de la América española deben oir á un amigo, que les dirige advertencias inspiradas por el cariñoso afecto á ellos consagrado desde los primeros albores de su vida pública. Ya que han establecido su independencia y burlado todas las amenazas de reaccion hácia la tutela europea; ya que han fundado sus Repúblicas é ido poco á poco al reemplazo legal y pacífico de las Presidencias; ya que han engen-

drado generaciones ménos revolucionarias y más penetradas de la idea del derecho, no caigan ahora en el error y en el crímen de suscitar guerras entre sí, al término de las cuales podia venir el enflaquecimiento y hasta la destruccion de nuestra ilustre estirpe. En el Norte de su continente tienen un pueblo sajon, el cual ha de mantener por fuerza con la familia hispano-americana competencias de raza; en el Mediodía de su continente tienen un Estado imperialista, el cual ha de sostener por fuerza con las Repúblicas democráticas una competencia de instituciones y de política; guárdense de estos dos grandes enemigos, uniéndose en anfictionado contrario á esas civiles y fratricidas guerras. Las divisiones de las ciudades helénicas en el Peloponeso, tan sólo sirvió á la férrea y oscura Macedonia; la division de los pueblos españoles en el Sur, tan sólo puede servir al imperial y esclavista Brasil. El Nuevo Mundo es inmenso como el espíritu moderno, y en sus espacios hay tierra bastante á todas sus naciones, como en sus democracias hay derechos y libertades que pueden satisfacer á todos los hombres.

XVII.

GUERRA CHILENA.

Ni la instalacion del nuevo Presidente de los Estados-Unidos en la Casa Blanca; ni las negociaciones relativas á la apertura del Istmo de Panamá en la América Central; ni los sucesos acaecidos en todas las demas naciones del continente americano, embargan la general atencion como esa guerra del Pacífico á la cual ha seguido una victoria del más fuerte de los beligerantes, victoria cuya magnitud quita probabilidades á toda paz duradera. Hay que desengañarse; los conflictos surgidos en las repúblicas del Pacífico, hacen que América entera no piense hoy en otra cosa, y con fundamento, sino en los medios de apaciguar por alguna manera los ánimos perturbados y de impedir por algun camino la repeticion continua de semejantes ca-

tástrofes. Así, pues, donde quiera que se trate de resumir los hechos más importantes acaecidos en el Nuevo Mundo, resaltará la guerra del Pacífico y sus causas y sus consecuencias.

¡Cuántas y cuán provechosas enseñanzas!

La region ménos favorecida de la naturaleza; la más atrasada en la hora de su emancipacion; aquella que parecia perdida y olvidada en la copia de nuestros tesoros y en la extension de nuestros dominios, Chile, constituye hoy la más poderosa potencia por su posicion y por sus recursos entre todas las repúblicas del gran Océano Pacífico. Ya llamaba la atencion de todos los observadores el esplendor de su instruccion, la regularidad de sus presupuestos, el pago fidelísimo de sus obligaciones, el crédito increible de su deuda, los progresos de su poblacion, los rendimientos de su comercio y de su industria dándole todas estas circunstancias juntas merecido renombre de trabajadora y económica. Cuando se nombra, por ejemplo, la region del Perú, diríase que se nombra la region del oro y de la pedrería; la tierra de los rios paradisiacos y de las selvas vírgenes; el imperio cuyos Incas se parecian al antiguo rey mitológico, en convertir cuantos objetos con su mano tocaba en

metales riquísimos; la nacion feliz donde los excrementos de las aves posados sobre sus islas, truécanse por la misteriosa circulacion de la materia, en cuantiosísimas rentas y provechosos ingresos; el asiento de la riqueza, de la felicidad, de la bienandanza; miéntras que esa pobre Chile, confinada en espacios ménos vívidos y fecundos, parece equivaler á la soledad y á la pobreza. Y, sin embargo, ha organizado brillantemente su instruccion pública; ha establecido telégrafos eléctricos y vías férreas ántes que pueblos más favorecidos del cielo; ha iniciado la saludable abolicion de la esclavitud en el Nuevo Mundo; ha merecido la confianza de los negociantes más emprendedores y el aplauso de los publicistas más leidos en toda Europa. Creíase, sin embargo, que todas estas ventajas de la paz podian incapacitarla para la guerra, y ha resultado ahora que se lleva lauros iguales así en las competencias del trabajo como en las competencias del combate.

¿A qué se debe esta indudable superioridad de Chile sobre sus dos hermanas vecinas, Bolivia y el Perú? Pues se debe indudablemente á que su República ha sido una República más gubernamental y más ordenada que las otras

dos Repúblicas del Pacífico; á que en ella han escaseado los pronunciamientos militares y las revoluciones demagógicas; á que se han sucedido allí en este último medio siglo más legal y regularmente los gobiernos y las presidencias; á que la paz, unida con las reformas graduales y lentas le han dado medios de distribuir los impuestos con equidad y sostener los ingresos con ahinco, de imponer el respeto á las leyes así arriba como abajo, de aliar las dos fuerzas de una sociedad bien equilibrada, la fuerza que impulsa hácia adelante, como la fuerza que sostiene y que conserva; ventajas todas, las cuales sirven para la vida regular y diaria y para las empresas propias de la guerra. Todas las democracias pueden aprender en la superioridad de Chile elocuentes y provechosas enseñanzas.

Cuando se examinan las causas de la guerra se ve aparecer el carácter industrial de Chile y el carácter revolucionario de Bolivia y el Perú. Naturalmente, la República de Chile, ganosa de mejorar paulatinamente sus condiciones económicas, envia tanto al territorio de una como al territorio de otra sus ejércitos industriales; y lo mismo el gobierno de Bolivia que el gobierno del Perú, codiciosos por su malestar económico

de ingresos extraordinarios, perturban la natural expansion de las industrias ajenas. Chile, que tan escasa poblacion tenía en 1810, cuenta hoy, segun los informes de su publicista, Sr. Barros Arana, dos millones y medio de habitantes, y sus rentas públicas, que á la hora de la emancipacion se reducian á quinientos mil duros, elévanse hoy á diez y siete millones de duros. Debia tener, para conseguir tal resultado un pueblo así, maravillosas aptitudes industriales. En 1870, él sólo daba la mitad del cobre consumido en todo el comercio universal. Tales afanes le llevaron á invadir pacíficamente y á explotar por medio del trabajo tranquilo uno de esos estériles desiertos que parecen por su soledad y por su tristeza mudos cementerios ó fúnebres sudarios en la tierra. Pronto se vió la vida esparcirse allí merced á la fecundante actividad humana. Donde sólo parecia reinar la muerte, halláronse minas de cobre, depósitos de guano y de salitre que atrajeron numerosa poblacion y lanzaron ricos productos sobre todos los mercados del mundo.

Naturalmente, Bolivia que hasta entónces menospreciara terreno tan árido, se persuade á la vista de tales maravillosas trasformaciones, por

natural impulso, á reivindicarlo para sí, ya que la virtud del humano trabajo, semejante á la milagrosa vara de Moisés, ha herido el desierto y ha sacado abundosas aguas de sus áridos riscos y sabroso maná de su implacable atmósfera. Bolivia pretende que, por el derecho internacional americano, por las reglas establecidas al convertirse nuestras colonias en naciones, tocábale de antiguo la posesion del explotado desierto, cuyos rendimientos debian dar grandes tributos, y cuyos tributos debian refluir exclusivamente en el tesoro boliviano. Una guerra estuvo á punto de estallar entónces, por 1876, guerra que llegó á evitarse, gracias á mutuos convenios, segun los cuales ejercian una especie de mixto dominio las dos naciones vecinas y cobraban por mitad, así los tributos directos de las industrias establecidas como los tributos indirectos de las aduanas sitas en aquellas apartadas latitudes. A consecuencia del triste régimen de Bolivia, sucediéronse los motines y los pronunciamientos, los golpes de Estado arriba y las revoluciones abajo, la disolucion violenta de las Asambleas legislativas y el asesinato de los jefes supremos; todo lo que impide el buen órden y concierto de las sociedades humanas, condenán-

dolas dentro de sí á la inobediencia de las leyes y fuera de sí, al triste olvido de sus compromisos y de su palabra. La situacion económica y política del Perú contribuia mucho tambien á colocarlo en situacion semejante á la situacion de Bolivia. Como esta República oponia obstáculos á la explotacion del desierto de Atacama; aquella República oponia obstáculos á la explotacion del distrito de Tarapacá. En su afan de procurar ingresos al Tesoro, ya establece una legislacion restrictiva, ya idea prohibiciones impropias de nuestro tiempo, ya entrega imprudentemente á la direccion del Estado trabajos que el Estado no puede en manera alguna sustentar, indemnizaciones que el Estado no puede en manera alguna satisfacer. De tal situacion proviene la enemiga implacable que luego ha resultado sangrienta entre las tres Repúblicas del Pacífico. De error en error, Bolivia llega hasta la confiscacion de las compañías de salitre en Antofagasta; y de defensa en defensa, Chile llega rápidamente á desembarcar un cuerpo de tropas en territorio boliviano. La poblacion se adhiere á los invasores; el Presidente de Bolivia, que recibe la fatal nueva del desembarque allá en dias de carnaval, se calla y la oculta por no turbar los públi-

cos festejos; pero, al concluir la cuaresma, el nefasto desembarque se divulga; los chilenos residentes en Bolivia, salen expulsados, la declaracion de guerra sobreviene; los ejércitos requieren sus armas; las escuadras despliegan sus velas, y un conflicto terrible, cuyas consecuencias no podemos prever aún, ensangrienta territorios doblemente caros á nosotros los españoles, porque si líneas geográficas y diplomáticas nos separan, si Estados diferentes nos gobiernan, allá en el fondo, nuestro espíritu es uno mismo, y las heridas abiertas en tan sagrados territorios, nos duelen, porque todos ellos son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos.

Hemos expuesto con rapidez los antecedentes de guerra tan terrible, para demostrar con exactitud al pueblo vencedor que su interes le aconseja una verdadera magnanimidad en la fortuna y una verdadera repulsion á los ensoberbecimientos de la victoria. Amigos nosotros de la libertad, no hay necesidad de decir que somos enemigos de la fuerza. Y siendo enemigos de la fuerza, no hay necesidad de decir que conjuramos á Chile, por su propio interes y por su propio decoro, á pactar una paz durable que no humille al vencido y que pueda resultar en lo

futuro base firmísima de necesarias reconciliaciones. No se pueden destruir por la frágil voluntad humana las obras fundadas en la fuerza incontrastable de la naturaleza. Antes y despues de la última guerra con nosotros, España es la madre de Chile y el Perú; ántes y despues de la guerra que ahora las aflige, Chile, por ministerio natural, es hermana del Perú y de Bolivia. Aunque tenga para su defensa el mar inmenso hácia el Oriente y hácia el Occidente la titánica cordillera de los Andes, no puede Chile desconocer que vive en el continente americano y que necesita de las pacíficas relaciones del comercio y del trabajo con los pueblos á quienes ha vencido por la guerra y por la conquista. Sin la rivalidad de Aténas y Esparta, sin las luchas entre los pueblos del Peloponeso, jamás hubiera crecido como creció la monarquía de Macedonia. De esas guerras entre los pueblos republicanos de América, bien puede resultar, para desgracia de todos, la prepotencia de la monarquía del Brasil. Así nosotros, siempre que vemos á una República empeñada en combates de cuyas incidencias puede venir el predominio militar dentro y fuera, las tentaciones conquistadoras, la disuadimos de todos estos propósitos,

y le mostramos las sirtes que se encierran hasta en los senos mismos de la victoria. Lo que decimos á Chile, tambien se lo decimos á Francia. No es propio de una República, que comienza hoy á reponerse y erguirse, la nueva serie de aventuras á sus ojos abierta en el conflicto de Túnez. Breves observaciones acerca de este conflicto nos servirán para enseñanza de los pueblos americanos y para demostracion de nuestras tésis pacíficas. No, no conviene á ninguna democracia organizar sistema tal, que pueda necesariamente convertirla en una oligarquía de pretorianos. No le conviene, no, ese régimen de fuerza, contrario de todo en todo al régimen de la libertad y del derecho. Como Francia puede arriesgar mucho, al sostener una guerra con los krumiros, puede arriesgar mucho la República chilena desesperando á sus dos competidoras y constriñéndolas por medio de una paz vergonzosa y triste, á nuevos conflictos, los cuales cederán en daño y desdoro de todas ellas.

Los periódicos extranjeros hablaban todos los dias de calurosas é inveteradas disidencias entre los cónsules de Italia y Francia en Túnez. Decíase por los papeles de allende los Alpes que el representante de la República francesa en los

territorios de la Cartago antigua pretendia captarse un protectorado sobre la persona del Bey, miéntras los periódicos de aquende aseguraban que quien tenía tal posicion captada era el cónsul italiano, Macao, hábil en el arte de las intrigas; discípulo de los políticos florentinos, audaz y perseverante, sin escrúpulos de conciencia y sin afectos de dignidad, cortesano y conspirador á un mismo tiempo, y capaz de ganar al esclavo favorito, al cocinero predilecto, á la odalisca en turno, al bufon en vena, para servir por los medios más bajos y con los resultados más ciertos las inquietas ambiciones de su patria.

Leyendo la prensa francesa de los últimos meses, encontrabais á cada columna relatos más realistas que los relatos de Zola, porque, al cabo, aspiraban al grave carácter de políticos, sobre la guerra de harem, de aljama, de alcazaba, de Oriente, en fin, que tenian empeñada los cónsules francés é italiano en la tierra donde nació Anníbal y lloró Mario, donde hablaron Tertuliano y Agustin, donde contendieron en guerras sin término las dos razas más ilustres y valerosas del antiguo mundo. La última obra de Gounod, en que de un lado aparece nuestra Oviedo con sus pesadas torres románicas, y de

otro lado nuestra Córdoba con sus ajimeces y sus arcos dentados y de herraduras en las faldas de la sierra, cubierta por los rosales floridos y teñida por la luz andaluza, entre zambras y jáacaras, en que, bajo el manto estrellado de las noches luminosas y perfumadas, cuya voluptuosidad convida á la guzla oriental y al cantar semita, suceden tragedias de amor y aparecen cautivas, presas en cadenas de oro, y hablan héroes, invencibles en las batallas, pero vencidos por la luz de unos ojos negros; *el tributo de Zamora*, como íbamos diciendo, no puede compararse ni en accidentes dramáticos, ni en sabor oriental, ni en interes vivo con el combate á muerte entre los diplomáticos viejos, que resucitaban las competencias de Francisco I y Cárlos V, en nombre de Italia y Francia, como allá por el siglo XVI, sobre las poéticas y prestigiosas tierras de África. Contábase que habia en los asuntos de Túnez pérfidas odaliscas, consagradas á facilitar, cuando los sucesos lo pedian, con puñales dignos de Cleopatra, soluciones dignas del Serrallo.

Y cuenta que Túnez ha sido en la historia manzana de discordia. Quien tenga Túnez en su poder, si es fuerte, no puede ménos que te-

ner Sicilia completamente á su merced. Quien tenga Sicilia y Túnez dividirá en dos hemisferios el Mediterráneo, y amenazará con éxito á Grecia y á Italia. Las guerras púnicas, tan horribles, no tuvieron más motivo que la doble codicia de poseer Sicilia, sentido á la vez por la gran ciudad que ocupaba las riberas europeas y por la gran ciudad que ocupaba las riberas africanas en aquellas regiones del Mediterráneo. Como, tras tantos siglos, se mantiene la rivalidad entre la raza semítica y la raza helenolatina que promovió desde la guerra de Troya hasta las Cruzadas de Europa; tras tantos siglos se mantiene todavía la rivalidad entre la sombra de Roma y la sombra de Cartago. Y como se mantiene, los italianos creen que toda gran nacion poseedora del territorio donde estaba su secular enemiga, extirpada por Escipion, anula el poder de Italia dentro de sus propios mares y amenaza la autoridad moral y la integridad material de Italia en todo el mundo. Los poseedores de Sicilia han tirado á la continua, si no á poseer con dominio eminente, á dominar con influjo moral los territorios tunecinos. Cárlos V emprendió el sitio de la Goleta y el asedio de Túnez por temor á que la parte insular de la an-

tigua magna Grecia se convirtiese, como por los siglos más tristes de la Edad Media, en tierra oriental y mahometana. Seamos justos; no pueden sobrellevar los italianos con paciencia el dominio de los franceses sobre Cartago. Nacion de tan estrechas riberas mediterráneas en Europa y de tan ámplias en África, que ya tiene Oran y Argel, y luégo aspira decididamente á Túnez, como Francia, por necesidad ha de chocar con nacion que tiene costas dobles en el codiciado mar de la libertad ó de la luz. Y si á esto se añade que Italia guarda pretensiones ya seculares sobre las riberas adriáticas, poseidas en otros dias por los venecianos hácia el Oriente de Venecia, y complicadas hoy con la cuestion de Turquía, y que Túnez pertenece, siquier sea de nombre, al imperio turco, veráse con facilidad el motivo justificante de la ruidosa emocion despertada en los ítalianos por las amenazas de guerra entre la Regencia y la República. Una corta reflexion basta para comprender esos indeliberados movimientos.

Hablemos claro; los italianos aspiran á Túnez, para resguardo de sus fronteras cercanas al África, y aspiran á Malta, que les pertenece de derecho; como nosotros aspiramos á Gibraltar,

que de derecho nos pertenece tambien, y aspiramos á Tánger y Tetuan, para resguardo de nuestras fronteras y plazas africanas; los italianos temen por su Sicilia, si los franceses se extienden en la Regencia tunecina, como nosotros temeríamos por nuestras Baleares si los franceses se extendieran en el imperio marroquí; mas los italianos, además de estas cuestiones, tienen la cuestion de Oriente, que á sus ojos se ha complicado mucho desde que Austria posee Bosnia y Herzegowina una parte del imperio turco, Inglaterra con Chipre otra parte del imperio turco, y Francia con Túnez pretende ahora otra parte del imperio turco. Por tanto, la agitacion es grande hoy en la península italiana, y los ánimos se exaltan allí con verdadero enardecimiento.

Así no comprendo cómo ha suscitado la República francesa una incidencia tan preñada de peligros cual la guerra tunecina. Si es verdad que le molestaban sus fronteras las bárbaras tribus de los krumiros, bastábale ponerse en guardia y estar á la defensiva. Pero meterse á estas horas en una guerra con Túnez, y complicarse de esa suerte allá en la cuestion oriental, de cuyas sirtes ha querido huir con tanta prudencia

hasta tratándose de Grecia, francamente nos parece pasar de súbito desde la timidez á la temeridad. Y en la cuestion tunecina mezclarse sin presentir que puede traerle enemistades de Italia y recelos de España sus aliadas naturales, una y otra interesadísimas en que no aumente su poder sobre África, ¡oh! además de temerario, nos parece torpe. Diga lo que quiera el canciller Bismark al general Pitié, Alemania de continuo acecha todos los movimientos diplomáticos ó guerreros de Francia, por saber tan bien como los franceses, que todos conducen á preparar el desquite, por la nacion entera querido y deseado. En estos mismos dias acaba de dar una muestra más de su amistad á Francia; ha disuelto el cuerpo de bomberos en Estrasburgo, porque tenian orígen francés, y ha prohibido á la mayor parte de las compañías de seguros sobre la vida, sus operaciones en Loreua y en Alsacia, porque eran compañías francesas. ¿Puede darse un acto mayor de hostilidad? Pues no abrireis periódico francés que no revele todo cuanto se oculta en la guerra de Túnez, ensayo reducido de mayores guerras, comienzo inicial á más altas empresas. Francia quiere saber por experiencia cómo está su escuadra, cómo la mo-

vilizacion de sus tropas, cómo la disciplina militar; y escoge á Túnez de escuela práctica de sus adelantos guerreros y de piedra de toque donde pruebe el filo de su espada. No eche Francia en saco roto el consejo de quieu ama sus instituciones republicanas, y se gloría de pertenecer á la estirpe, á que la nacion francesa pertenece: por ahora debe contentarse con el desarrollo de su libertad, con el crecimiento de su enseñanza, con la copia de sus rentas, con la abundancia de sus ingresos, con los excedentes de sus presupuestos, con la dignidad moral de ser republicana y con la satisfacciou material de ser rica, dejando la guerra para esos imperios del Norte, condenados por su ingrato clima y su pobre situacion á depredar para vivir. Si Francia se da con ahinco á la guerra, expondrá indudablemente sus instituciones republicanas á verdaderos peligros, como las expone Chile. De un generalato glorioso nace con facilidad, asi en América como en Europa, un imperio dictatorial. Para conquistar el Asia, tuvo Grecia que inmolar sus ciudades divinas, sus Repúblicas hermosas, sus libertades antiguas, sus democracias inspiradas y que constituirse por fuerza en el imperio avasallador de los Alejandros y de los

Filipos. No le pidais al águila caudal la voz del ruiseñor, ni al leon de los desiertos la belleza y la gallardía del potro de nuestras vegas. Los organismos sociales tienen tambien sus órganos apropiados al ministerio que han de desempeñar y al fin que han de cumplir en la sociedad.

Pues si Francia, nacion verdaderamente guerrera se expone y expone sus intereses y sus libertades á grandes conflictos con motivo de una guerra extraña en África; cuánto más no habrá de sucederle por necesidad esto mismo á Chile, que tiene empeñada con Repúblicas hermanas una verdadera guerra civil. Cuanto más se profundizan las causas de este conflicto, más claramente se observa que nada ganaria la República vencedora con inútiles engrandecimientos territoriales, cuya conservacion habria de costarle un régimen militar permanente y un ejército numeroso, el cual amenazaria de seguro, así al pacífico goce de los productos de su trabajo, como al pacífico goce del ejercicio de sus libertades. Las garantías modernas, los derechos naturales, los desenvolvimientos graduados del progreso continuo, sirven más que todas las epopeyas y que todas las victorias del mundo. Lo que á Chile principalmente conviene así en una

como en otra de las Repúblicas rotas por su pujanza, es la seguridad de sus propios ciudadanos; el desarrollo tranquilo de sus poderosas industrias, el cambio ordenado de sus copiosos productos, la libertad de su gran comercio. Y esta fianza que, abonará su prosperidad y extenderá un influjo más que todas las victorias, no puede alcanzarla si en este instante supremo no acierta con verdadera moderacion á vencerse y á dominarse á sí misma.

Examine con calma las causas de la guerra, y en tal exámen hallará las soluciones más conducentes á salir de todos sus conflictos. Siempre que Bolivia ha sido osada con resolucion á desafiarla, presentia que los conflictos territoriales iban á llevar á la Confederacion Argentina tambien á mezclarse y á confundirse con ella en los azares de la guerra contra rival tan afortuuada. No piense Chile, no, en fundar gobiernos que sean su hechura, y en hacer pactos qne sean la consagracion de una eterna violencia. Deje á los vencidos en libertad de nombrar los que hayan de firmar una verdadera amistad, y crea en la virtud y en la eficacia de los medios conciliadores y prudentes. Nacion de libertad, debe aspirar por su propia salud á la paz. Y si aspira te-

nazmente á la paz, debe saber que su mayor áncora está en la moderacion de su victoria.

Nunca nos cansaremos de aconsejárselo así en nuestro culto por la democracia, por la República y por América.

XVIII.

CONSEJOS DE PAZ.

Cuanto más á fondo estudiamos la guerra última de América, ménos comprendemos el bien que puede resultar al continente americano de su indiferencia en cuestion de tanta importancia y de su falta de iniciativa para influir á favor de una paz duradera. Si quisiéramos envanecernos con el vigor de la raza española en el mundo y su desprecio á la muerte, motivos tendríamos para ello en esta lucha de gigantes. Necesítase ascender á los tiempos antiguos, evocar los recuerdos de Sagunto y de Numancia, traer á la memoria aquellos combates en que entraban pueblos enteros, para encontrar algo comparable á los holocaustos por unos y por otros ofrecidos á su honor en esta guerra espantosa. La toma del Callao, los encuentros

del Chorrillo, la rendicion de Lima, tal como la describen los telegramas divulgados por la prensa, revelan una fuerza de empuje y de resistencia superior á cuanto puede imaginarse, y un culto al sacrificio propio de una raza de héroes y de mártires, segura por esta su pujanza de no caer jamás en los decaimientos naturales á las razas débiles y egoistas.

Pero ningun anuncio de paz sucede á estos anuncios de victoria. La fuerza opuesta en tan alto grado á la invasion viene á probar que los vencedores podrán regir el espacio materialmente ocupado por sus huestes y podrán dominar las poblaciones vencidas por su esfuerzo; pero no podrán, no, sojuzgar á un pueblo roto por el destino, y de ninguna suerte sometido y resignado á su desgracia. Los vencedores sólo tendrán la tierra que pisen con sus plantas. Los vencidos, dignos de su prosapia y de su historia volverán á repetir el célebre *no importa* de nuestros padres, y volverán á luchar con el coraje que presta siempre á los ánimos valerosos la desgracia. Y una larga ocupacion, y una guerra larga, y una enemiga secular entre pueblos limítrofes y hermanos, ceden al cabo en desdoro y daño de vencedores y vencidos. Las Repúblicas

no son ni pueden ser grandes instituciones de combate, como son y pueden ser grandes instituciones de progreso. La Grecia antigua tenía muchas colonias mercantiles y pocas colonias militares. Sus naves llevaban productos y no armas. En la resistencia al invasor engendraban héroes como Temístocles y Leonidas, y producian hazañas como las hazañas de Salamina y las Termópilas. Mas en cuanto los helenos trataron de grandes conquistas sobre Asia, tuvieron que organizarse en imperio militar tan formidable como el imperio de Alejandro. Si las Repúblicas de América entran en período de guerra y de conquista, tendrán que concluir por períodos de dictaduras incesantes y quizás en monarquías militares. Cuádrales, sin duda, por fuertes y valerosas que sean, y lo son mucho, como á todas las democracias, el ejercicio de la libertad, el cultivo de la instruccion, el bien que traen los esfuerzos del trabajo, las riquezas que aportan las pacíficas competencias del comercio, pues la guerra, con todas sus glorias, al fin y al cabo engendra el despotismo con todos sus horrores.

Por esta causa nos apenan las noticias belicosas llegadas últimamente de la Confederacion

Argentina. Tal persuasion tenemos de la necesidad de paz en el continente americano, que al empeñarse la guerra del Paraguay años atrás, la reprobamos con todas nuestras fuerzas, y predigimos que á pesar de la transitoria alianza de entónces, concluiria por traer graves dificultades y por suscitar grandes rencores entre los dominios del Brasil y las Repúblicas del Plata. Si hemos de creer á los periódicos europeos, comienza en Buenos Aires un movimiento de hostilidad al imperio vecino, que puede concluir por una declarada y tremenda guerra. Nosotros hemos creido siempre que la existencia de un imperio en el continente americano amenazaba la seguridad de sus Repúblicas; nosotros hemos creido más, que la influencia política del Brasil sembraría gérmenes de discordia en pueblos cuyas instituciones republicanas sobrepujan tanto á las instituciones imperiales. Si á esto se añade que el imperio del Brasil, encerrado en la zona tórrida, necesita de los hermosos climas de la zona templada; y amenazado siempre por las ideas republicanas de las gentes de Rio Grande no bien sometidas á su autoridad, necesita oponerse á la propaganda de la República; si se añade á tantas otras dificultades y emba-

razos esta dificultad política, veráse bien claramente que hay motivos sobrados para continuos recelos. Pero si nosotros osáramos aconsejar á pueblos tan distantes, cuya política no podemos conocer por el análisis diario, disuadiríamos de toda inclinacion guerrera y de todo guerrero alarde á nuestros hermanos del Plata. Hay que tener fe ciega en la virtud superior y en la ventaja infinita que las instituciones progresivas llevan y sacan á las instituciones reaccionarias. Así como el estudio de la naturaleza muestra cómo los organismos superiores vencen á los organismos inferiores, el estudio de la sociedad muestra cómo las instituciones democráticas, tarde ó temprano vencen á las instituciones imperiales. Las democracias de América no han menester, para triunfar de los imperiales, empeñarse en guerras de conquista.

Enfrente de una sociedad que tiene un emperador en su cima y en sus fundamentos la esclavitud, sólo han menester oponerles el espectáculo de una libertad ordenada, de un Gobierno respetado, de un trabajo seguro, de un progreso pacífico, de todas las ventajas que tienen y que pueden mostrar á cada paso la democracia y la República. Los que han sabido liber-

tarse de antiguas tiranías como la tiranía de Rosas, los que han acertado á vencer aquellos caudillos semi-feudales, que parapetados en la inmensidad de las pampas y guarecidos tras sus nómadas gauchos, desconocian ó quebrantaban la unidad de la patria; los que han sabido asegurar en tierras coloniales otros dias definitivas democracias, bien podrán con el espectáculo de una sábia política interior y el contagio de sus ideales progresivos vencer y sojuzgar un imperio, el cual lleva dentro de sí mismo sobrados gérmenes de desorganizacion y de ruina. Casualmente miéntras en las Repúblicas del Plata no hay quien acaricie idea de fundar un imperio ¡ah! en el imperio del Brasil hay muchos ciudadanos que acarician la idea de fundar una República. Las competencias pacíficas de la libertad podrán mucho más en favor de esta idea que todos los alardes sangrientos de una guerra.

Felices los pueblos que no han menester de la guerra en su política exterior, ni en su política interior de la revolucion. Ahí teneis dos grandes naciones, fundada la una sobre la fuerza de las armas, y fundada la otra sobre la fuerza del trabajo; el imperio ruso y la República

anglo-sajona. Durante medio siglo los reaccionarios de Europa creyeron que el imperio ruso estaba destinado á conquistar el mundo occidental y á suprimir la Europa moderna, miéntras la República americana estaba destinada por lo contrario á quebrarse en mil fragmentos y á perderse en la confusion y en el caos. Nadie ha podido olvidar en Europa los anuncios apocalípticos de Donoso Cortés, anunciando la destruccion del Occidente por las irrupciones y por las conquistas eslavas. La supersticion se arraigó de tan profunda manera, que un publicista del claro ingenio y del terso estilo por todos reconocido en el fundador de la antigua *Esperanza*, escribió un memorial á Nicolás de Rusia pidiéndole que viniese á poner las dinastías de la legitimidad en los tronos de España y Francia. Para todos los reaccionarios y áun para muchos conservadores, el imperio ruso, por la fuerza de su complexion militar, estaba destinado á la dominacion europea, miéntras la República americana, por la debilidad de su complexion agraria y mercantil estaba destinada en el mundo moderno á una catástrofe tan grande como la catástrofe de la República cartaginesa en el antiguo mundo. Y ved ahora, puesto á prueba el valor

de uno y otro pueblo, la fuerza de unas y otras instituciones. Miéntras el imperio ruso, detenido en sus empresas de Oriente por el veto de Europa, cancerado en su vida interior por el vírus nihilista, puede sostenerse de pié sobre una tierra, de continuo agitada por los estremecimientos revolucionarios y la grandeza de su territorio sólo sirve para triste agravacion de su invariable debilidad; la República americana, libre de los males que la esclavitud le traia, firmísimamente asentada sobre el derecho igual de todos sus ciudadanos, sin más ocupacion que el trabajo, sin más competencia que el comercio, extiende su poder mercantil sobre todo el planeta, y alcanza con sus fábricas y con sus máquinas, con sus ejércitos de trabajadores pacíficos y con sus empresas industriales, conquistas mayores que las alcanzadas por todos los imperios militares del mundo con sus pretorianos y con sus armas.

Hace poco tiempo, aún parecian probables nuevas crísis de tan grande República, por el temor á una victoria electoral del Sur sobre el Norte, que pudiera traer gérmenes de division y suscitar reacciones esclavistas. La presencia del debelador de Richmond en el Capitolio de Was-

hington aquietaba estos temores, é influia en la sumision, más ó ménos forzada, de los Estados del Sur á los Estados del Norte. Pero, la presidencia de Grant, prolongada, como la presidencia de Lincoln, por una reeleccion, se concluia, y precisaba pensar en la sustitucion del influjo de un hombre superior por la fuerza natural de las instituciones democráticas. Gente hubo que designó una tercera presidencia, contraria de todo en todo á las tradiciones americanas, como el único seguro de la union, y varios extravagantes lanzaron, allá en el sereno cielo donde luce la sublime constelacion de las estrellas americanas, la sombra de un Imperio. Las elecciones del Presidente, cuyo mandato va bien pronto á terminar, aumentaron los recelos, porque el Sur estuvo á punto de vencer al Norte y desquitarse con esta victoria electoral de sus terribles derrotas militares. Pero las elecciones que últimamente se han verificado, y la presencia en la Casa-Blanca del elegido últimamente, que personifica una victoria incontestable de los Estados progresivos sobre los antiguos Estados negreros, devuelve su paz á la República y le deja largo espacio para sus múltiples y colosales desarrollos.

La política de los Estados-Unidos debe fundarse con tenacidad, si ha de resultar fecunda para toda la civilizacion y toda la cultura humana, en las aptitudes propias de un gran pueblo de trabajadores libres y republicanos. A la triste oligarquía negrera, que ha tiranizado por tanto tiempo y con tantos recursos á la ilustre Confederacion, cuadrábanle por cierto las guerras y las conquistas en su natural codicia de aumentos territoriales donde pudieran arraigar el siervo y la servidumbre, negras bases de su poder abominable. Pero, á los que mantienen la igualdad natural de los hombres, á los que combaten las supersticiones antiguas contra las razas de color, á los que, en dia gloriosísimo, arriesgaron la patria de Washington por la libertad del negro, no les corresponde, no, esa política de conquistas, de guerras, sólo saludable á los oligarcas no conformados aún con su merecido vencimiento. Así condenamos, los que de veras queremos la prosperidad de los Estados-Unidos, esa tendencia invencible de sus autoridades y de sus huestes á penetrar en el territorio de Méjico y á captarse la Isla de Cuba, eterna é inseparable parte de la gran nacion, cuyo genio reveló al mundo la ignorada existencia de Amé-

rica. No obstante la diferencia de su suerte, la política de la República sajona debe ser en el fondo idéntica con la política de las Repúblicas latinas, es decir, debe ser una política de trabajo, de libertad y de paz.

Así no comprendemos los obstáculos opuestos por la gran República y sus estadistas principales al magno proyecto de la apertura del istmo de Panamá, concebida y preparada por el Hércules, que ha roto ya en el viejo mundo el istmo de Suez, y que se apercibe en el Nuevo Mundo á obra de mayor trascendencia todavía para la civilizacion universal, y especialmente para la civilizacion americana. Esa estrecha lengua, que une los dos hemisferios del nuevo continente, cuando se rompa, facilitará las relaciones de los Estados-Unidos con las costas de la China, aumentará su constante navegacion á sus propias posesiones de California, y transformará el comercio de las Indias occidentales con las Indias orientales, en tales términos, que parecerá otro planeta distinto del que es hoy nuestra hermosa tierra. Los que subieron al cielo y le arrancaron el rayo; los que descendieron al fondo del Océano y sobre sus abismos colgaron el cable que lleva en chispas eléctricas la

palabra del hombre de uno á otro mundo; los que usaron el vapor en nuestro siglo, ántes que ningun otro pueblo; los grandes reveladores del Universo, los hijos predilectos de la Naturaleza, los dioses mayores de la libertad, no pueden oponer obstáculos pueriles á la grandiosa empresa, que acorta las distancias entre los continentes, que acelera la circulacion de la vida, que auna y confunde las razas, que hermosea el globo hasta convertirlo en un templo digno del Eterno, cuya gloria no puede tener en ninguna de las esferas, diseminadas por la inmensidad, sacerdocio superior al sacerdocio del hombre emancipado, ni de su Universo intérprete superior á la razon humana, que le auxilia en su creacion, iluminando y extendiendo las fuerzas del trabajo. No deben olvidar los Estados-Unidos la triste rota de la política egoista de los ingleses en el asunto de la apertura del istmo de Suez; no deben olvidarla, por que encierra grandes y escarmentadoras enseñanzas. Aquellos mismos, que tantas resistencias opusieran á la grande obra destinada á unir el mar Mediterráneo con el mar Rojo, tomaron luégo á gloria el alzarse con todas sus acciones y el hacerse dueños del combatido ca-

nal, que ha acercado tanto el Asia á nuestra Europa.

Comprendemos que se disienta técnicamente, si es preferible al trazado concebido por Lesseps al trazado de Nicaragua, que autoridades competentes consideran de mayor facilidad y de menor coste. No se puede ocultar á cuantos conozcan el istmo las dificultades inmensas que la obra tiene, expuestas ya en 1828 por el ingeniero inglés á quien Bolivar encargó el estudio de este gran proyecto, y confirmadas luégo por ingenieros franceses y americanos en Memorias dirigidas á sus respectivos gobiernos. Un canal, que exige la profundidad de ocho metros, la anchura de 26 y 27, las grandiosas esclusas en armonía con estas proporciones, la desviacion de rios caudalosos, cuyas crecidas podrian de continuo amenazarlo, aparece, verdaderamente, como una de las mayores obras ideadas y emprendidas en sus esfuerzos constantes por la actividad del hombre. Mas ya que la materia, de suyo inerte y resistente, ofrece tantos obstáculos tangibles, no hay que traer los obstáculos morales, con escrúpulos infundados, con temores y recelos increibles, con pretensiones de predominio político y social, que todo

eso ha de caer al golpe del martillo, cuando caigan y cedan las ciegas resistencias, como caen y mueren las supersticiones añejas cuando se derrumban y deshacen los viejos y gastados ídolos.

XIX.

AMÉRICA.

Cuando historiais los sucesos del Nuevo Mundo, y los poneis en comparacion y paralelo con los sucesos del Viejo, alcanzais inmediatamente la fundadísima razon de llamar al uno el continente de lo pasado y el continente de lo porvenir al otro. Aquí, entre europeos, las cuestiones más arduas é intrincadas se sobreponen, como las zonas geológicas en una tierra secular, miéntras allí todo tiene la sencillez y el ardor de la verdadera juventud. Convertid los ojos al mapa de la política europea, y vereis qué revolucion tan tremenda en Rusia, por ejemplo, agitada de aspiraciones políticas y sociales á veces indescifrables; qué guerra tan cruel en Oriente, donde brotan de viejos Imperios primaverales naciones; qué problemas de todo género en la

Alemania, libre pensadora y anti-semítica; en la Italia, democrática y monárquica; en la Inglaterra, liberal y resistente; en la Francia, republicana y militar; en la España, restauradora y libre, miéntras, allá, en América, toda contradiccion cesa, y aparece toda lógica, entregados los pueblos á establecer y vigorizar el régimen republicano sin sobreposiciones de castas hereditarias y sin manchas de privilegios históricos.

Constituida la nueva presidencia en la América del Norte, con más autoridad y más legitimidad que la presidencia última, el gobierno continúa combatiendo las exigencias excesivas de los Estados vencidos y la repugnancia que oponen á la libertad y á la educacion de los negros. El poder inmenso de la confederacion, arrancado por los milagros de Lincoln y los esfuerzos de Grant, á la más terrible de las asechanzas, estrellándose unas veces en las combinaciones parlamentarias de las Cámaras y otras veces en la fuerza orgánica de los Estados del Sur, cuando implanta principio tan salvador como la igualdad política, ofrece una prueba, vigorosa é incontestable, del difícil ministerio, que desempeñan todos cuantos realizan al-

gun progreso en las supersticiosas y tardas sociedades humanas. Bien es verdad que esa misma tierra de la libertad, armada del rayo, inventora del telégrafo, diosa de la industria, que ha domeñado con las calderas de vapor las ondas y ha sometido el relámpago á sus mandatos, opone obstáculos, á primera vista increibles, á esa hercúlea ruptura del istmo de Panamá; por el cual van á confundirse más y más, como siempre que alguna fuerza queda vencida por la inteligencia, los tres grandes continentes de la historia. El seno mejicano y el centro de América representan algo en el nuevo continente, de lo que representa el Mediterráneo y sus azules y tranquilas aguas en el viejo continente europeo. Apartada de él Inglaterra se ha procurado Gibraltar, Malta y tantas otras posesiones que le aseguran su paso hácia el Oriente, y el Asia lo mismo que Alemania, posesora un tiempo de Venecia y hoy de Trieste, para no perder, perdiendo las costas adriáticas, su comunicacion estrecha con el comercio y la cultura universal. Audaz, emprendedora, navegante la confederacion del Norte, á semejanza de las luminosas ciudades italianas y anseáticas en los siglos medios, necesita libre paso á sus factorías de

Australia y teme que dominado el istmo de Panamá y el canal futuro por las Repúblicas españolas, se pierda ó se quebrante su hegemonia y su predominio en América. Pero así es el mundo; las obras, que parecen más útiles y ménos ligadas al movimiento de transformacion universal; las máquinas, que responden á un fin concreto, como la prensa y como la locomotora; los ingredientes puramente químicos, cual esa mezcla del salitre, del azufre, del carbon que produce materias explosivas; los gases arrancados del aire ó del agua que iluminan nuestras noches; las corrientes eléctricas encerradas en receptáculos sencillos ocasionan revoluciones tan profundas, cambios tan radicales, progresos tan estrechamente con la política enlazados, como la más trascendental de las guerras ó como el más omnipotente de los estados y gobiernos. Ya que la gran Confederacion es la honra del género humano, por haber unido la más pura democracia, la más amplia libertad, la mejor república con el poder nacional y la extension territorial, deje que los istmos se rompan, que los continentes se acerquen, que las olas se confundan, que los cambios se faciliten, que las ideas circulen; pues, al compas de todos

estos conocimientos del planeta, crecerá tambien necesariamente su influjo moral en todo el orbe, cada dia más distante así de la esclavitud como de la conquista y más dado á la libertad y al trabajo, las dos más características del pueblo americano.

Bien es verdad que la trasformacion alcanza tarde ó temprano á todos los territorios y mejora con más ó ménos intensidad todos los pueblos. No léjos de los Estados-Unidos se extienden las hermosas estrellas que tantas veces quisieron, aunque en vano, los errantes piratas del Norte, los filibusteros, unir al pabellon americano y desgajar de nuestros antiguos y gloriosos timbres. Parece imposible, la revolucion pacífica, que en diez años se ha cumplido, á despecho de todas las resistencias. Acordaos de aquella Cuba, hermoso paraíso terrenal habitado por las serpientes de todas las tiranías. Los negreros la husmeaban codiciosos, como husmean los tiburones la carne humana en torno de los barcos; las negradas, conducidas desde las costas de África por el más horrible de todos los crímenes históricos, manchaban á la continua sus primaverales costas, exuberantes de vida; el ingenio resonaba con los chasquidos del látigo

y con los lamentos del siervo; el mercado separaba las familias, arrancaba los hijos al seno de sus madres, mostrando cómo las imágenes mismas de Dios podian reducirse por leyes tiránicas á ménos que las bestias; un patriciado criminal, henchido de sangre, alimentado por la trata, oponia su negro veto á todos los progresos, y un dictador, resto último del absolutismo y sombra de los antiguos Vireyes coloniales, se alzaba, como un Dios asiático, sobre la esclavitud universal. Hoy, la servidumbre se ha roto, la autoridad absoluta se ha concluido, los derechos constitucionales se han proclamado, los censores militares, civiles y eclesiásticos han desaparecido; y seguro el hogar, y libre la conciencia ha entrado Cuba, redimida por una larga propaganda democrática, á formar parte consustancial, no sólo de nuestra tierra, sino tambien de nuestro espíritu.

La proclamacion de nuestro Código constitucional, decretada por el jóven ministro de Ultramar, ha producido hoy la mayor alegría y producirá mañana los más saludables resultados.

No ménos satisfactorio parece ahora el estado de Méjico, á quien probaron en otro tiempo tantas y tan amargas desventuras. Diríase imposi-

ble; pero aquella sombra del imperio extendida por sus cielos, que llegó á engendrar la intervencion extranjera en dias no lejanos; aquel clero intolerante, que llegó á proscribir los principios más rudimentarios del derecho moderno; aquella eclesiástica y perdurable amortizacion, que llegó á cancerar y empobrecer el suelo nacional, se han disipado y desvanecido por completo á virtud de las instituciones republicanas, las cuales llevan en su seno la esencia inmortal del espíritu moderno. Cuando se abren los periódicos de Méjico se encuentra en sus columnas testimonios múltiples de general progreso. Ya una sábia ley de instruccion pública; ya múltiples concesiones de ferrocarriles; ya trabajos gigantescos emprendidos por grandes compañías; ya obras como las proyectadas en el puerto de Veracruz; ya batidas como las consumadas con éxito contra los salvajes del Yucatan, que á lo mejor invaden las tierras de la civilizacion; ya presupuestos formados con criterio económico y distribuidos con todo el acierto que permiten las dificultades financieras de la situacion; ya innumerables medidas de otro género, muestran cómo la libertad del hombre fecundiza, cual la lluvia del cielo, toda la tierra que

toca. No pueden, sin embargo, á la mirada del observador ocultarse algunas dificultades. Parece imposible; pero la libertad religiosa, que creíamos un principio definitivamente adquirido en el mundo moderno, atraviesa grandes dificultades y encuentra por doquier insuperables obstáculos. Ahí teneis esa grande Alemania, que se gloriaba de haber dado el pensamiento filosófico al espíritu moderno y de haber traido la libertad religiosa á la humana conciencia, ahí la teneis, deshonrada por el imbécil movimiento anti-semítico; ahí teneis esa Francia convertida en República, que debia extender su libertad sagrada sobre todos los ciudadanos, y que la regatea sórdidamente á las órdenes monásticas; ahí teneis esos jóvenes pueblos de Oriente, que tanto nos han comovido con las reivindicaciones de su libertad, encabezados y regidos hoy por demócratas antiguos como Braziano y Rosetti, negándose á compartir sus derechos recien alcanzados con los pobres y míseros judíos; ahí teneis esa Rusia meridional, rota, herida, entrada á saco por la intolerancia religiosa, que lanza de aquel suelo desgarrado por la discordia, innumerables familias errantes, como si los tiempos bárbaros no hubieran pasado por las

estepas de Oriente. Algun eco de estas tempestades ha resonado en Méjico; algunos fanáticos han llevado la negra supersticion y la bárbara intolerancia hasta el punto de perseguir y áun matar á varios protestantes por el enorme crímen de ejercer pacíficamente su culto y profesar su doctrina. La Constitucion de Méjico proclama los derechos individuales; y entre los derechos individuales, ninguno tan primordial y tan sagrado como el derecho de la conciencia humana á tener y profesar sus ideas religiosas. Por consiguiente, el Gobierno nacional, que debe á todos los ciudadanos la seguridad de sus primordiales derechos, ha ocurrido á evitar estos escándalos en los diversos Estados, procurando el castigo de los criminales y la libertad de los disidentes. Nada honra tanto á nuestro siglo, como esta libertad religiosa, en los pueblos católicos allegada hoy á costa de innumerables revoluciones, y que no puede, no, extinguirse en el centro de nuestros derechos, como no puede, no, extinguirse el sol en el centro de nuestras esferas.

Lástima grande que todos estos progresos de la jóven América se vean hoy contrastados por los restos de la guerra en las Repúblicas del

Pacífico. ¡Ah! Comprendemos y explicamos cuánto ha costado al vencedor su victoria. Sabemos sus trabajos para impedir las alianzas del Perú y Bolivia; sus desembarcos en el desierto de Antofagasta para proteger sus industrias; los combates cerca de Calama, los bloqueos varios, las confiscaciones consumadas en bienes chilenos, los grandes sacrificios económicos, las devastaciones causadas por el *Huascar* en las costas septentrionales de Chile, la captura del *Rimac*, los horrores de una guerra que ha durado más de dos años; pero todo esto debe mover á Chile, como tantas veces lo hemos dicho, á usar con moderacion de su victoria. Si añade amargura al amargado, si se excede allende lo justo en los vértigos de la victoria, pueden venir bien pronto largos y tremendos desquites. Jamás se ha visto un pueblo tan humillado y tan perdido como Prusia despues de la batalla de Jena. El vencedor le impuso cuantas condiciones le pasaron por las mientes y le dejó reducido á una servidumbre vergonzosa, hasta el punto de mandarle no tener más número de soldados que el número de antemano por su soberana voluntad consentido. Parecia que jamás tal afrenta podria lavarse, aunque

derramase Prusia toda su sangre, y que jamás vencedor tan omnipotente como Francia y su Imperio podia caer en la desesperacion y en la derrota. Y, sin embargo, desde entónces acá, tres veces los prusianos rotos han entrado en París, y tres veces han impuesto la dura ley del vencido y han desmembrado la Francia. Una resistencia en territorios tan extensos como los territorios americanos, puede al fin y al cabo debilitar mucho á una República tan fuerte como la República de Chile. ¡Ah! La estada permanente allá en el Callao y en Lima es imposible; la supresion de naciones formadas por la naturaleza y por la historia, como Bolivia y el Perú, es imposible tambien; una paz con gobierno formado por el ejército vencedor y ocupante, imposible tambien de toda imposibilidad. Por conveniencia, urge una concordia, que no venga preñada de guerras.

Esto es tanto más necesario, cuanto que el discurso último de la Presidencia argentina en el Congreso nacional despierta tristes y fundados recelos. El general Roca, llegado en edad tan jóven al poder supremo, debe sentir, avezado como se halla á la guerra, el deseo generoso de representar la causa de las nacionalida-

des en la noble América del Sur. Nada más reservado á primera vista que sus últimas palabras, y nada en el fondo más amenazador. Habla con suma discrecion de los armamentos pasados y de los armamentos por venir, si bien pretexta necesitarlos para el órden y concierto interior de su República, se ve palpablemente que algun dia podrá destinarlos á la defensa y salvacion de otras Repúblicas hermanas. Mírelo Chile con atencion, y apercíbase á una paz duradera, que permita el desarrollo de la libertad y de la democracia en el seno bendito de nuestra amada América.

XX.

ASUNTOS EUROPEOS.

Una gran ceremonia se ha verificado en Alemania, ceremonia de suyo consagrada á la política, á la religion y al arte, la ceremonia que ha celebrado el término y coronamiento de esa inmensa Catedral de Colonia, cuyas torres se miran extáticas en las aguas del Rhin, que parecen cantarle en sus corrientes cantares eternos, y cuya fábrica se debe á cien generaciones, las cuales han desconfiado mil veces de verla terminada y han muerto con dolor, sintiendo en sus postrimerías dejarla interrumpida. Cuéntanse á millares las tradiciones y las consejas respecto á este venerable monumento. La piadosa Edad Media, que creia mucho en el poder de Dios, creia mucho en el poder de Satanás. Apénas existe obra de mérito y traba-

jo de importancia en que el diablo no meta las uñas, tan diestras para erigir una catedral como un puente; y para remover las misturas endiabladas de una cocina alquímica en sus hervores, como para turbar el lecho nupcial de un guerrero cruzado, en sus ausencias. Despues de gritar tanto contra el dualismo semi-persa de los albigenses, aparecia dualista tambien la tradicion, la cual casi acordaba su asentimiento á la existencia de dos dioses, uno del mal y otro del bien, ámbos omnipotentes. No podia existir maravilla como la Catedral de Colonia, sin que el diablo participara de ella, siquier fuese un templo destinado al Dios á quien quiso destronar y que lo ha vencido. No sabiendo cómo componérselas el arquitecto, para dar con la traza de tal fábrica, entregó el alma al demonio, quien corrió inmediatamente á llevarle el plano y ganarse tan buena presa. Mas cogerlo y arrepentirse el arquitecto fué obra de un momento. Y arrepentirse el arquitecto y echar mano de su trabajo el autor, tambien fué cosa de una rapidez infinita. Resistióse el engañador á la justa reivindicacion del engañado; y en semejante aprieto, tiró Satanás del carton que era suyo y consigo se llevó una parte del plano, por lo cual

han creido las gentes crédulas que no se concluiria en los siglos de los siglos tal obra. De ello tenía trazas despues de seiscientos años de trabajos, cuando apareció el inmediato antecesor del César reinante, el piadoso rey Federico Guillermo, y se empeñó en terminar la Catedral y por ende, burlarse del diablo en sus barbas. ¡Caso raro! Lutero sublevó religiosamente á toda Alemania para que no diera sus tributos á la Basílica católica de Roma, y un rey protestante ha hecho todo cuanto ha sido posible y sacado tributos hasta onerosos para terminar la Catedral católica de Colonia. Y luégo dirán que no han adelantado en el mundo la libertad y la tolerancia religiosa!

El Emperador, protestante; la Emperatriz, archiprotestante; los Príncipes de la familia imperial, toda ella luterana; los magnates y oficiales del Imperio pertenecientes á la religion reformada, han acudido en tropel bajo aquellas bóvedas á consagrar el acto contrario á sus creencias y admirar la religion de la cual se hallan separados por abismos profundos de disentimientos irremediables y por corrientes tan impetuosas de varios y trascendentales sucesos. El Emperador, á pesar de su fe personal, ha di-

cho que el templo simboliza el genio de Alemania, y á pesar de sus recuerdos históricos, ha hecho votar para que obras así contribuyan al afianzamiento y continuacion de la paz. Sin desconocer nosotros los grandes monumentos arquitectónicos de Alemania; sin olvidar todo el influjo que su gótico ha tenido en el gótico europeo, creemos que, así como la escultura es un arte enteramente griego, y la pintura un arte italiano, y la poesía dramática un arte español, por tener la arquitectura moderna un carácter demasiado universal, resulta el arte por excelencia germánico, la vaga y sentimental música. Y esto depende de Lutero.

Pero volvamos á la Catedral de la que nos hemos separado tan sólo para caracterizar el genio de Alemania, como no pudo caracterizarlo su Emperador, sin duda por respeto á la religion católica, creencia íntima de una parte considerable de sus súbditos. Mas quien visite ahora la Catedral de Colonia, quien vea sus ojivas ornadas por las molduras y entallados de tres siglos; la arquitectura gótica desasiéndose en la décimatercia centuria de la tradicion bizantina y esmaltada en la décimaquinta por todas las riquezas del arte llamado flameante en Europa y

florido en España; sin duda, no recordará que las guerras feudales, que las competencias entre los señores eclesiásticos y los señores laicos, que la oposicion de los campesinos siervos á sus feudatarios soberbios, que la revolucion religiosa de hace trescientos años, interrumpieron mil veces de consuno tan grandioso edificio, el cual parecia en los comienzos de este nuestro siglo una pobre ruina, y que lo ha restaurado y lo ha concluido el principio por excelencia de esta edad, el principio de la libertad de todos los cultos, cuyas luminosas fórmulas encabezan y consagran todos nuestros derechos y caracterizan y elevan toda nuestra cultura. Si así no fuera, jamás el descendiente de aquellos marqueses de Brandeburgo que, por conviccion ó por codicia, se unieron á la Reforma y se rebelaron contra el Emperador ó el Pontífice, coronaran con sus propias manos y consagraran con su propia presencia el monumento que recuerda la antigua creencia de cuya destruccion dedujo su grandeza, y á la cual ha combatido en cien cruentas guerras. Admiremos, pues, un siglo que puede ostentar estos títulos y gloriarse con todas estas obras.

Ya que hablamos de Alemania y de sus artes,

hablemos de uno de los proyectos más graves y trascendentales que hoy en la mente del príncipe de Bismark bullen y se agitan. Sabido es que, viendo cómo Francia prospera y decae Alemania en la vida económica, cómo en aquella nacion se cobran con tanta facilidad y en ésta con tanta dificultad los tributos; cómo la una ve crecer su materia imponible y sus rentas, miéntras la otra las ve con dolor disminuirse hace tiempo; Bismark tomó la cartera de Agricultura y Comercio, cual tuvo en otro tiempo la cartera de Negocios extranjeros, y puso mano en la obra de una regeneracion económica, fiada sin fruto á un sistema restrictivo y á una legislacion reaccionaria. Mas á pesar de la idea que Bismark tiene de su propia suficiencia y del odio que ha profesado siempre á los Parlamentos, como buen canciller de emperadores férreos, la primer idea concebida por su atrevida mente ha sido una idea parlamentaria, ha sido la idea de un Senado económico, en el cual encuentren voz y voto los intereses alemanes en su más rudimentaria acepcion, bajo su aspecto útil. Francamente, no podemos comprender, no podemos explicar qué atribuciones legales tendrá ese cuerpo extraño y qué minis-

terio desempeñará en la complicada máquina de las instituciones imperiales. Si es un cuerpo meramente consultivo no resulta clara su importancia; y si es un cuerpo deliberante y legislativo, sus facultades y atribuciones no podrán existir sin mermar las facultades y atribuciones de los demas cuerpos deliberantes del Imperio. La idea tiene el carácter original que todas las ideas de Bismark; pero lo importante sería que hubiera una grande utilidad.

El Senado económico tendrá tres categorías de representantes, las cuales corresponderán á tres clases de intereses. Una categoría será la de representantes del comercio, otra categoría será la de representantes de la industria, otra categoría será la de representantes de la propiedad. Nombrarán los representantes del comercio las Cámaras mercantiles; nombrarán los representantes de la industria las corporaciones y gremios; nombrarán los representantes de la agricultura los círculos agrícolas. El ministerio principal de este nuevo Parlamento consistirá en estudiar, discutir y presentar los proyectos de ley destinados á regular las materias económicas y sociales. Con sólo parar mientes de ligero en estos proyectos, se notan sus principa-

les errores, unos de comision y otros de omision. El de comision estriba principalmente en el retroceso á los tiempos de las corporaciones privilegiadas, buenas para el feudalismo, incompatibles con nuestra civilizacion de libertad y de igualdad. El de omision estriba en el completo olvido de los pobres, de los humildes, de los pequeños. Ninguna representacion tiene el trabajo, como si no fuera el trabajo respecto al capital, como la fuerza respecto á la materia y como la actividad respecto al organismo. Propietarios sin trabajadores que animen su propiedad equivalen á cerebros sin músculos que obedezcan sus mandatos. Y los trabajadores no tendrán voz ni tendrán voto en Senado, cuyo destino se reduce á proyectar leyes sobre materias económicas y sociales. Y lo mismo sucederá despues de todo á los mercaderes humildes sin representacion alguna en las Cámaras sindicales, y á los industriales de último órden sin representacion alguna en las corporaciones privilegiadas, y á los agricultores en pequeño sin voz ni voto dentro de los círculos agrícolas. Las estadísticas últimas arrojan un número de cuarenta mil doscientos patronos de industrias, y un número de un millon doscientos sesenta mil

y trece trabajadores industriales. Y los últimos, los más numerosos, aquéllos de quienes pende principalmente la vida de la propiedad, pues la fecundacion, su acre sudor, como la sangre caliente, será fecunda al organismo de nuestro cuerpo, esos no tendrán ninguna representacion. Y luégo nos extrañaremos de que el trabajador aleman abrace la utopia, refuerce el socialismo, aumente las huestes demagógicas, funde la internacional, jure guerra implacable á la propiedad, cuando á todo ello le impulsa esa política ciega que desconoce sus derechos más legítimos, y por tanto lo arroja en la más natural desesperacion.

Desengáñese el por tantos títulos ilustre canciller aleman. Cuando se establece una sociedad para la guerra, se le quita fuerza y actividad para el trabajo. Así como el castor no será nunca leon, la sociedad militar no podrá ser sociedad de trabajadores. Se hallan organizados para la vida de la industria pueblos como los Estados-Unidos y como Suiza; pero pueblos como Alemania sólo se hallan organizados para la guerra y para la conquista. Alemania tiene treinta y dos mil oficiales, un millon doscientos treinta y ocho mil soldados, trescientos mil ca-

ballos, cuatrocientas ochenta y tres baterías, dotadas con dos mil quinientos cañones, veintiseis mil entre médicos y veterinarios, un tesoro central de guerra que sube á ciento veinte millones de marcos, otro tesoro particular que sube á mil millones de francos y que se halla repartido entre varias cajas militares, treinta y una fortalezas de primera clase, líneas de defensa, así en el Wartha como en el Mosela, y así en el Mosela como en el Rhin; telégrafos subterráneos, fábricas que dan mil quinientas granadas por hora y doscientos cincuenta cañones por mes, torres blindadas, nuevos instrumentos que envian sus proyectiles á diez kilómetros de distancia: todos los aparatos del combate y del exterminio. Para sostener esto se necesita allegar mucho dinero; para allegar mucho dinero se necesita imponer mucho tributo; para imponer mucho tributo se necesita oprimir la propiedad, la industria y el comercio; para oprimir la propiedad, la industria y el comercio, se necesita renunciar á ese régimen económico y social, que se mejoraria en un minuto con sólo consagrar al fomento del trabajo lo que ahora se consagra á la eventualidad del combate. Desengáñese el canciller, repetimos, si

quiere mejorar el estado económico de Alemania, no tiene otra cosa que hacer sino cambiar su complexion política. Los brazos que llevan el fusil no pueden llevar al mismo tiempo el azadon y la lanzadera.

La triste agitacion de Irlanda va en aumento, y ofrece una elocuentísima enseñanza de la ingratitud con que suelen olvidar los pueblos á los partidos y á los repúblicos que más favores les han hecho y más servicios les han prestado. Hace tiempo, mucho tiempo, los conservadores ingleses, empeñados en no conceder satisfaccion de ningun género á la pobre Irlanda, excusan su cruel é implacable política con dos consideraciones capitales: en que el orígen celta y la educacion católica inhabilitan á ese pueblo para tener las libertades nativas de la familia sajona, fortificadas por el espíritu liberal del protestantismo. De oir á los reaccionarios ingleses, creeríamos que los celtas, cuya moral severa y cuya religion druídica, la religion de la espiritualidad y de la inmortalidad del alma, dejan tanta luz en la historia primitiva, se habian despeñado en una tan irremediable decadencia, que los condenaba necesariamente á no tener medida en sus deseos, ni quietud en su vida, ni amor á la legali-

dad, ni sentimiento del órden público, ni calma y dominio de sí mismos, ni títulos para aspirar á la política de los pueblos acostumbrados á la alianza estrecha del progreso con la estabilidad, que tanto se necesita en este crítico momento de la historia. Y no se crea que solamente los ingleses hablan así; con motivo de las desgracias de su patria ha aumentado mucho la raza irlandesa en América; y con motivo de este aumento se quejan publicistas americanos del riesgo que pueden correr sus venerandas instituciones por el número creciente y el influjo decisivo de una casta tan inepta para la libertad y tan incompatible con la República. Sabemos todo cuanto las grandes injusticias contribuyen á estas incapacidades sociales provinientes de sobreposiciones artificiosas de la historia y no del fondo mismo de la naturaleza. Una isla, cuyos principales propietarios y cuyas principales propiedades han brotado de la guerra y de la conquista; una isla castigada por las donaciones que desde Enrique VIII hasta Guillermo de Orange han repartido los reyes entre sus paniaguados, chambelanes y favoritos; una isla, sujeta por su mal á la calamidad de subarriendos, tan nefasta, que explotan al jornalero con ex-

plotacion ignorada hasta en las tierras donde impera la esclavitud; una isla, en que el infeliz bracero debe dar por un triste campo de patatas, cuya cosecha no puede alimentar á su familia, cien dias de trabajo; una isla de esas horribles miserias, imprime por fuerza en sus hijos un sello indeleble de inferioridad y de desgracia, que les acompaña toda la vida, y trasciende hasta más allá de la muerte, y llega por desgracia á las últimas generaciones en la solidaridad natural de las razas y de los pueblos.

Tristes son estas desgracias; necesidad hay, necesidad urgente de remediarlas; pero preservense los irlandeses de caer en una triste agitacion revolucionaria. Cuantas veces han querido apelar á las armas han agravado la acerbidad de su suerte. A fines del siglo XVI creyeron, ayudados por auxiliares españoles, haber vencido á la reina Isabel; y ésta, en su implacable dureza, quizás necesaria para fundar la unidad británica, pero de todas suertes horrible, vertió mares de sangre y despojó á los propietarios indígenas de casi toda su propiedad para distribuirla entre los conquistadores ingleses. En el siglo XVII igual ilusion é igual desgracia. Irlanda se inclina en pró del perseguido rey

Cárlos I, y se opone con furor á toda sumision de su Estado cuasi libre á la autoridad del Parlamento. Pero Cronwell, no ménos duro que Isabel en defender la unidad británica, degüella sin distincion de sexo ni edad á los habitantes de las ciudades insurrectas y siembra tal terror, que los vencidos se van, como manadas de salvajes, á los despoblados y á las selvas. Igual ilusion é igual desgracia en el tiempo de las segundas revoluciones. Las armas de Irlanda se aprestan á defender á Cárlos I perseguido, y las armas de Irlanda se aprestan á restaurar á Jacobo II destronado; y así como en la primera empresa perdieran una parte considerable de sus propiedades y entregaron á la emigracion más de cuarenta mil infelices, en la segunda empresa perdieron tambien tierras y entregaron tambien muchos ciudadanos á los horrores del destierro. Lo mismo, exactamente lo mismo les sucedió en los levantamientos que siguieron á la revolucion francesa. Aunque el gran Hoche les quiso auxiliar con un desembarco, nada pudo conseguir sino promover una nueva guerra en la cual murieron degolladas más de treinta mil víctimas. Por consiguiente, Irlanda no ha conseguido ninguna ventaja por sus ape-

laciones al combate, aplastada tristemente bajo la inmensa grandeza y la abrumadora pesadumbre del imperio británico. Así, áun aquellos que reconocemos sus grandes males históricos, estamos en el caso de aconsejarle que no apele para curarlos á las resoluciones extremas, las cuales, en último caso, van á servir tan sólo para agravar sus desgracias y empujarla hácia atrás en su camino. Sin embargo, los asesinatos de grandes propietarios menudean; las manifestaciones anárquicas brotan por doquier; los *meetings* amenazan cada dia con mayores brios; los discursos incendiarios resuenan; los aprestos á la violencia continúan; olvidando, al proceder así, que fuerzan á tomar medidas violentas, á poner el estado de sitio, á perseguir é intimidar al mismo Gobierno á quien deben la abolicion de la tiránica Iglesia protestante y las reformas agrarias, tan favorables al trabajo. Los pueblos pagan, como los individuos, todas sus ingratitudes.

Donde no hay harina todo es mohina; tal dice un refran español y tal sucede con ese pobre partido imperialista francés, á quien la inmensidad de sus errores y los decretos de la Providencia han lanzado á abismos en que obtendria,

por lo ménos, olvido, si guardase el silencio y el reposo de la muerte. Mas se ha reunido en un Circo de caballos, para que un niño, un hijo se subleve contra su propio padre y tome la fantástica corona del Imperio tristemente perdida en la calaverada de la guerra, digno remate y coronamiento de las calaveradas de Bolonia y de Estrasburgo. El príncipe Napoleon, amenazado con tan estúpido mensaje, ha tenido que cerrar las puertas de su domicilio á esos enemigos domésticos y que desengañarles de sus ilusiones pueriles y combatirlos en sus fantásticos proyectos. Ahí teneis el bárbaro principio de la herencia monárquica en toda su terrible realidad: D. Juan de Borbon, hijo de Cárlos V, el Pretendiente antiguo de España, se declara contrario á los llamados derechos de su familia; y al poco tiempo de esta declaracion, la herencia de los principios absolutistas, ese vínculo de errores y de crímenes, recae en su persona. El conde de París representa los regicidas y hereda la corona de los guillotinados. El príncipe Napoleon, enemigo de su sobrino, resulta heredero legítimo de los derechos de éste en la parte política y de la representacion de éste en la historia. Así son las monarquías abominables ins-

tituciones, que simbolizan la casta y que obedecen á la fatalidad; y sus mismos adoradores tienen que maldecirlas y que unir sus propias maldiciones á las de antiguo lanzadas por la conciencia universal, y que se cumplirán indefectiblemente en el trascurso majestuoso de los humanos progresos.

XXI.

HISTORIAS TRÁGICAS.

Cosa comun acusar á nuestra edad de poco poética en sus sentimientos y poco dramática en su historia. Los que ignoran cuánto ganan los hechos históricos, cual las decoraciones teatrales, al resplandor de los recuerdos y al léjos de las perspectivas, duélense á una, sin razon ni motivo, de la pesada prosa, en que están vaciados los tristes hechos diarios. Y no tienen razon. El sitio de Troya, que ha engendrado la literatura helénica, tendria todos los inconvenientes de la realidad en su tiempo, cuando no podia verse á través de las ilusiones, que evapora de su silencio lo pasado, como evaporan las tumultuosas olas de sus remolinos, estruendosos, nubes y lluvias. El viaje de los argonautas, poetizado por la leyenda, equivaldria poco más ó

ménos á cualquier viaje de nuestros barcos de remo ó vela por las azules ondas del Mediterráneo. Escollos tales como los que yo he visto en mis viajes serian aquellos esponjosos islotes, cerca del cabo Minerva esparcidos, entre la bahía de Parthenope y la bahía de Salerno, donde los antiguos veian á Circe circuida de sus Sirenas en los esmaltes de la luz meridional reflejados por los cristales de las clarísimas aguas. Todos nuestros héroes han sentido la cólera de Aquiles, aunque ninguno haya encontrado un Homero que la cante y una Iliada que la inmortalice.

¡Poco dramática nuestra historia contemporánea! ¿A quién le direis eso que lo crea, si ha presenciado tantos y tantos hechos increibles como puede contar un hijo de nuestro siglo? Decid en qué tiempo se intentara jamás una empresa bélica por puros sentimientos estéticos, cuál la guerra de Grecia, en que esa Gran Bretaña, tenida por tan egoista, sacrificó sus intereses políticos á la inmortal poesía resplandeciente en las espumas del Pireo, en los manantiales del Cefiso, y en las cimas del Hibla. No existe epopeya comparable á la escrita por los americanos en el Potomac, en Richmond, en

aquella guerra titánica emprendida por la emancipacion y la libertad de los míseros esclavos. El arte, más que la política, movió la guerra de Italia, tan opuesta á lo que el Imperio francés necesitaba, y tan pedida por cuantos escribian ó cantaban, esculpian ó pintaban, en la nacion francesa. Nosotros, los que hemos visto las expediciones de los mil en Sicilia; la figura casi profética de Lincoln; el misterioso Mazzini haciendo temblar desde su humilde casa de Lóndres á todos los gobiernos de Europa; las tragedias terribles de 1848; nosotros no podemos decir con razon y fundamento que hayamos visto cosas ó personas vulgares, cuando unas y otras, por su magnitud, van tomando ya en la memoria humana los colores y matices de la leyenda antigua.

Sobre todo, ¿quién no recuerda, por ejemplo, la guerra franco-prusiana? ¿Quién no ve el terror trágico en aquél París sitiado, muerto de hambre, herido en sus magníficos monumentos, helado sobre el estercolero á guisa de Job, sosteniendo una batalla titánica con las iras del cielo, con los decretos del destino? Poco tiempo despues de que sus dos sitios se hubieran acabado, dirigime á la capital de Francia: y nunca olvi-

daré la emocion, que su aspecto horrible despertara en mi alma entristecida. Yo habia visto la gran capital en su Exposicion de 1867, visitada por todos los emperadores y todos los reyes de Europa, henchida de fiestas, puesta en lo alto de aquella fortuna que habia tan pronto de cambiar hasta arrastrarla al demente suicidio de los últimos dias de la Comunidad revolucionaria. ¡Tristísimo paseo entre las ruinas humeantes, cuyas piedras habia visto relucir en magníficos edificios! Decidme si habeis leido en las relaciones que Josefo trasmite á la posteridad sobre el sitio de Jerusalen, algo parecido á esa tragedia.

El incendio empieza por las Tullerías, en cuanto los sitiados ven á los sitiadores destacarse en lo alto de los Campos Elíseos y avanzar á la sombra del Arco de la Estrella. El general Bergeret concibió esa siniestra idea. Y así que la propuso, todos sus subordinados la aceptaron á una con júbilo; y todos pusieron mano en la nefasta obra de facilitarla. Unos transportaban los materiales; otros reunian las materias combustibles; rociaban estos de petróleo las paredes; y aquellos esparcian por los suelos de mármol y por las anchas escaleras los regueros de

pólvora. Un inmenso barril fué colocado bajo el pabellon del relój y las salas henchidas de municiones de artillería y de proyectiles explosibles. Cuando ya estaba todo terminado, llenas las cuevas de barriles, los escalones de menuda pólvora, las salas de cartuchos y granadas; empapadísimas las paredes de petróleo, prontas las mechas; los incendiarios se fueron á cenar tranquilamente, aunque habia sido aquel dia un dia de matanza y se preparaba á ser aquella noche una noche de horror. A las dos de la mañana, colosal cañonazo, de explosion increible, hizo vacilar sobre sus cimientos todas las casas circunvecinas al palacio, que parecian buques balanceándose al choque de la tormenta. Los comuneros, apostados en las diversas guardias, se asustaron, y corrieron donde estaba el general, preguntándole qué sucedia: «Nada, respondió, las Tullerías que saltan.»

En efecto, las llamas subian á los cielos; inmensas columnas de blanco humo las coronaban allá en lo infinito como un volcan boca abajo; abríanse unas piedras y saltaban otras á la explosion de las grandes cantidades de pólvora; las maderas se trocaban bien pronto en brasas gigantescas y se desprendian rompiéndose en

chispas colosales como sobre inmenso yunque; los pisos, las bóvedas, las torres, las linternas, se desplomaban con tal ruido que cada una de ellas, al caer, semejaba levantar á los aires tempestuosa y tonante nube; el calor era inmenso, indescriptible, como si innumerables fraguas se aglomeraran allí en un solo punto, como si cien cráteres abrieran sus gigantescos encendidos abismos por todas partes; y el humo expeso y el hedor insoportable asfixiaban en tales términos que semejaba aquél incendio horno ciclópeo ó gigantesca hoguera apercibida para consumir en horas el cuerpo entero de la capital de Europa próxima á convertirse en montes de encendidos carbones y á disiparse en huracanes de cálidas cenizas.

¡Qué espectáculo á los pocos dias presentaba aquel santuario de la secular monarquía! De las estancias maravillosas, donde estaba el lecho de las reinas y la cuna de los delfines, ni sombra; del teatro, al cual asistieran tantas veces los soberanos de Europa, ni ruinas; del salon de las fiestas sólo el desierto espacio; consumidos los cuadros que retrataban la gloria y el orgullo y hechos polvo los bustos; los grandes frescos desvanecidos y transformados en negro hollin; las al-

tas bóvedas amontonadas en el pavimento calcinado; algun nombre de antiguas victorias entre escombros de recientes derrotas; alguna estatua salvada de aquel naufragio, pero aunque de pié acribillada y herida; en los cuerpos bajos la escalera erguida como invitando á subir á lo vacío, y en las alturas el reloj casi al aire, parado, señalando por una especie de capricho del acaso la hora fatídica de la catástrofe.

Además del terror que producia aquel incendio, todo el mundo temblaba á causa del cercano Louvre. Dejando aparte sus bellezas arquitectónicas, que recuerdan, sobre todo en la fachada fronteriza al rio, una de las más brillantes épocas del arte francés, soberanamente influido por el arte italiano, contienen sus salones innumerables obras artísticas, honra del trabajo, ornato de la corona de glorias, que dan al género humano resplandores de divino. Allí las inscripciones de Nínive y de Babilonia; allí las esfinges de Tebas, en cuyas frentes resplandecen todavía los dogmas hieráticos del antiguo Oriente; allí las momias encontradas en las ciudades funerarias del Egipto. Junto al museo Campana, rico en utensilios romanos que nos presentan de relieve la cultura inmediatamente

anterior á nuestra cultura moderna; el museo donde brillan aquellas lozas, aquellos platos del artista inspirado, del sublime alfarero, que consumia en el horno su propia fortuna con la fortuna de sus hijos, y encontraba los primeros indicios de la Geología, de esa ciencia que ha recompuesto el planeta. Abajo, en las galerías inferiores, las estatuas griegas, los modelos del perfecto arte clásico; y arriba ejemplares de las varias épocas de la pintura, desde los primeros cuadros de Cimabue que aún llevan el reflejo del espíritu bizantino en sus estrechas frentes, hasta las vírgenes de Rafael, en cuya sonrisa se han juntado el espíritu con la naturaleza. Y pensar que una chispa podia en breves momentos derribar todos estos títulos de la nobleza de nuestra especie, todas estas místicas escalas levantadas por nuestro espíritu en la sucesion de los siglos para tocar el ideal. Las llamas habian devorado la Biblioteca, y penetraban ya por las galerías, cuando el celo de los empleados en el interior y la presencia de las tropas en la calle pudo cortar el incendio.

Y sin embargo se propagó de una manera espantable. Aunque no ardió el Museo, ardió la Biblioteca del Louvre; y en ella se consumieron

ciento sesenta mil volúmenes, preciados tesoros de la ciencia. Poco despues que al Louvre devoraban las llamas al Palacio Real, residencia un dia de los reyes, hogar más tarde de esa rama de segundones, los príncipes de Orleans, que atizaron todo desórden para obtener del empuje de las revoluciones el trono que les negaran los caprichos de la herencia. Dividido en palacio, teatro y bazar, más rico este en tiendas que muchas poblaciones de primer órden, costó trabajo á sus pacíficos vecinos impedir la propagacion de los estragos desde la vivienda de los reyes á las viviendas del arte y del comercio.

A la derecha del Sena elevaban sus llamas en la inmensidad del horizonte el Ministerio de Hacienda, encendido por los cuatro costados; varios edificios de la uniforme y larga calle de Rivoli; toda la calle Real, cuyo pavimento se asemejaba á un rio de plomo derretido, cuyas paredes á muros de gigantescas brasas, de las cuales se alzaban continuamente inmensas llamaradas. Allá por los extremos, Belleville parecia próximo á desaparecer y los graneros de la abundancia daban largamente con sus infinitas materias combustibles pábulo al incendio. Más abajo, las estaciones de los caminos de hierro

cercanas á la plaza de la Bastilla humeaban cual si fueran montañas de pez y brea. Hasta el seno de las aguas se intentaba llevar el destructor elemento su contrario, y puestas en línea una multitud de barcas cargadas con pólvora y petróleo, no ardieron porque la primera de todas despidió una espesa nube de humo tan negra, tan sólida que se asfixiaron en sus lóbregos senos muchos incendiarios.

Al otro lado del rio flameaban principalmente el Hotel de la legion de Honor, la calle de Lila, y el Palacio de Justicia. ¡Con qué avidos ojos miraban los amadores del arte elevarse, entre el volcan, como una mariposa entre las llamas, ó como una arca de Noé entre mares de fuego, el incomparable monumento anejo á este palacio, la Santa Capilla, radiosa aparicion del siglo XIII con sus agudas ojivas y sus recamados rosetones; con sus frescos primitivos y sus cristales, del brillo de los diamantes y de la riqueza que en matices tiene el iris; con sus agudas flechas perdidas en la inmensidad cual esas almas místicas desligadas de nuestro bajo mundo; con su majestad y su gracia que hacen de esas joyas del arte gótico una lámpara colgada del cielo por los ángeles católicos para iluminar á la tierra!

Salvóse milagrosamente. Bien es verdad que tambien se salvó milagrosamente la iglesia de Nuestra Señora, en cuyos muros está escrita la historia de Francia, como en las gigantescas petrificaciones geológicas la historia del planeta. Cuando entraron los practicantes del vecino hospital, sus verdaderos salvadores, humo espesísimo llenaba todos los espacios, hedor á petróleo todo el aire, rosetones de los altos muros comenzaban á desprenderse calcinados, ardian materias combustibles al pié del altar mayor, y las sillas en monton desde el pavimento al órgano formado de viejas maderas componian tal cúmulo de combustibles que hubieran reducido en cenizas á pocos minutos el venerable monumento. Y lo mismo sucedió al Panteon. Solamente la llegada del ejército pudo impedir que á tierra se viniera aquella obra donde resplandece el espíritu de ese siglo pasado que á todos ha redimido y donde Francia espera reunir aún á los hijos ilustres dignos de dormir en el mausoleo de todas las grandezas el divino sueño de la gloria.

Comprendo, sin justificarlo jamás, que los comuneros hayan quemado estos edificios en su odio á la Monarquía y á la Iglesia. Comprendo

que la defensa les llevara hasta reducir á cenizas, por ejemplo, el teatro lírico y el teatro de la puerta de San Martin. Comprendo todo eso fácil, muy fácilmente. Pero jamás he comprendido cómo desarraigaron de aquel suelo sagrado de la plaza de la Greve, el monumento por excelencia de los pueblos, la Casa de la Ciudad, testigo de los combates y de las glorias de la democracia francesa. Todavía los retraimientos del trabajador, su apelacion al aventino de la huelga, se llama hoy en la clara y elegante lengua parisien *greve*, como para indicar que ese sitio es el núcleo de la vida y de la libertad de los siervos. Los primeros navegantes del Sena se congregaron por esos espacios. Los prebostes de los mercaderes, que opusieron á la soberbia del rey, á la soberbia del noble y á la soberbia del clero, los derechos y votos de los pueblos, ahí tronaban. De esos salones salieron, como de las grutas de Eolo el huracan, las ideas que encresparon las guerras de la Fronda, y que esparcieron tantos gérmenes republicanos en la antigua capital de Europa. Ahí puso París el lazo tricolor en el ojal de Luis XVI, que fué como vestir á la monarquía absoluta con los sayales de sus siervos, humillándola más que en el ca-

dalso. De ahí se partieron los que, al tomar y destruir la Bastilla, tomaron y destruyeron la antigua sociedad. Su campana fué la primera en lanzar el clamor de rebato contra las antiguas instituciones la noche del 10 de Agosto, noche creadora en el génesis de los pueblos. La omnipotencia de Robespierre y de la Junta de salvacion pública, que llegó hasta vencer á todos los reaccionarios de Europa, encontró en la Casa de la Ciudad su orígen y su fuerza. En ella habitó la antigua Comunidad que remedaban los nuevos comuneros. Sobre el rellano de su gran escalera, proclamó Lafayette el definitivo destronamiento de los Borbones y Ledru-Rollin la República de Febrero. Y si ahí Lamartine contuvo con la magia de su palabra el oleaje de la demagogia, ahí tambien se elevaron los que destruyeron el faraónico imperio de los Bonapartes, y asentaron definitivamente sobre la monárquica tierra de Francia las sólidas bases de duradera República. ¡Ah! comuneros, si no sentís amor al arte, respeto por esa arquitectura del Renacimiento, en la cual floreció el espíritu humano; si no quereis perdonar las columnas estriadas, los chapiteles corintios, los ángeles y los genios esculpidos en las ventanas, los már-

moles de esas maravillosas estancias, los frescos de Ingres que parecen los últimos apagados rayos del sol de la Grecia dando en la espaciosa frente del género humano, la apoteósis que del trabajo y de sus luchas ha trazado en la galería de las fiestas Lehmann; si tantas grandezas no conmueven vuestros empedernidos corazones, perdonad á lo ménos esas estatuas de la fachada, efigies de los hombres mayores que ha engendrado París; perdonad á Condorcet, que ha llevado á la conciencia de este siglo la idea del progreso; á Molière, que es vuestro, hijo del pueblo como vosotros, artista y artesano, hombre inmortal por autor y por actor de la plebe; á Lavoissier, que ha fundado la química moderna, de cuyos milagros tanto podeis esperar para vuestros hijos; á Turgot que elevó al poder la reforma para evitar la revolucion; al abate L'Epée, que como Cristo, hizo oir á los sordos, hablar á los mudos, ver á los ciegos; á Juan Goujon, que con su cincel ha derramado todo el calor del genio italiano por las venas de Francia; á Ambrosio Paré, el gran cirujano; á Voltaire, el que os ha abierto el cielo del pensamiento matando á carcajadas las esfinges puestas á sus puertas para impediros el

paso; á todos esos héroes del espíritu, genios del trabajo, cuyas ideas y cuyos esfuerzos han fundido todas las cadenas, trasformando á los antiguos siervos en los nuevos ciudadanos de la ciudad eterna del derecho. Pero nada han perdonado; ya sólo quedan paredes ennegrecidas, pabellones á medio destruir, que casi se balancean al viento como los árboles; montones de hacinados escombros cubiertos de cenizas y de hollin; estatuas mutiladas sobre el rescoldo extincto; el esqueleto del monumento, como un fósil gigantesco; y para mayor tristeza, y como en son de burla, erguidas sobre la universal destruccion las enhiestas chimeneas.

¿Cómo se habian producido aquellos incendios? Imposible reducir este punto á la exactitud matemática de verdadera reseña histórica. Pasada la batalla se hallaron en muchos edificios barricas de petróleo, materias explosibles, hacinados los elementos del incendio. Los habitantes que en París quedaron, cuentan haber visto discurrir aquellos dias por las calles de dos en dos ó de cuatro en cuatro, hasta por delante de las tropas, mujeres haraposas, tostadas, deformes como las brujas de las leyendas, llevando gran-

des regaderas de petróleo para verterlo por todos los respiraderos que luego encendian con fósforos, método infernal, bastante á destruir las más sólidas viviendas. Pero el doctor Razona y el libelista Vessinier, dudan de la existencia de las petroleras y atribuyen las catástrofes y los estragos del incendio á las bombas de Versalles. No es fácil prever lo que puede dar de sí una ciudad de dos millones de habitantes en esos dias de revolucion. Salen al calor de los ánimos á la alta temperatura social, séres que luégo no volveis á ver, como si sólo pudieran vivir en aquel clima artificial, bajo aquella encendida atmósfera. Así no es de extrañar que la mujer, la musa de todas las inspiraciones, el objeto de todos los amores, la casta esposa de nuestro espíritu, la madre fecunda del humano linaje, se convirtiera, sumida en las tinieblas, atenaceada por el hambre, exaltadísima en el ardor de los combates, enloquecida por los discursos de los clubs, á la hora apocalíptica del instante supremo, en la furia sangrienta que paseó por la ciudad en armas la antorcha devastadora del incendio.

Dias de sin igual horror. Miéntras los soldados avanzan con el odio y la muerte en el alma; los

insurrectos erigen sus formidables barricadas; miéntras una parte de París, libre de todo terror, se regocija, otra parte de París se muere. Forman como las sinfonías más infernales y los cuadros más siniestros, el gritar de unos y otros en su ira; el avance y la resistencia; las voces imperiosas de mando y el estridor de las piquetas; el largo agrio trueno de las descargas cerradas y el estampido del cañoneo; las ruinas que se desploman y los combatientes que sobre aquel terremoto se levantan; las quejas del herido y el estertor del moribundo; los muertos sembrados en las calles y los infames que se lanzan sobre ellos á despojarlos hasta de sus vestiduras, como los cuervos en los campos de batalla; las casas violadas por unos y otros, convertidas en lugares de combate, donde se asesinan cuerpo á cuerpo en medio del terror de las familias; los pobres fugitivos buscando en vano un auxilio contra la general matanza, como los náufragos en el diluvio; los degüellos bajo las bóvedas de las iglesias y al pié de los altares; los degüellos en la mansion de los muertos, siempre respetada de los vivos; el fusilamiento de las mujeres y el fusilamiento de los niños; las víctimas de la cólera de unos y otros ó tendidas en el suelo des-

pues de profanadas, escupidas, mutiladas ó colgadas como racimos de horca á los hierros de los balcones; aquí y allá, en todas las grandes arterias, en todos los sitios principales, los colosales edificios y los interminables muros de las viviendas vacilando como barcos en la tormenta, bajo la lluvia espesísima de la metralla; los obuses, los morteros, las ametralladoras, todas las máquinas de la artillería vomitando la destruccion; los techos que se desploman con estrépito sobre las bombas que revientan en mil pedazos; el aliento abrasador de los cien volcanes abiertos en los puntos más importantes de aquella babilónica capital; el insufrible hedor de los mares de petróleo en combustion; las ardientes lavas corriendo por el suelo y las espesas nubes de humo velando el sol y cubriendo los espacios; las llamas, ora en conos, ora en espirales, que despiden de su seno ya negras pavesas semejantes á tristes y agoreras aves, ó ya chispas gigantescas, fragmentos candentes, aereolitos, espesa lluvia de fuego; el rio cargado de cadáveres y enrojecido por el incendio como si fuera un rio de plomo fundido, mezclado con sangre humana; algo que no ha dicho, que no ha contado jamás en los dias más tristes de la histo-

ria y en las más espantables visiones de los profetas, ninguna apocalipsis. La historia humana es trágica en todos los tiempos, como el hombre es en todos los tiempos desgraciado y mortal.

XXII.

NECROLOGÍAS.

No me canso de admirar el cambio político que acaba de suceder en España. Cuantos creian que nuestra complexion secular habia de ser incompatible con las libertades públicas, por sobrado inquieta y guerrera, van á persuadirse ahora de que nuestra histórica energía no excluye por modo alguno la sensatez y la prudencia. Entramos, como yo deseé, en largo período pacífico de libertad legal. Tan amplios nuestros derechos como los escritos en la Constitucion belga, tienen una ventaja, la de no hallarse comprometidos en una grande agitacion religiosa. Formidable, numerosísimo el partido democrático tiene una razon de acomodo y transigencia en las presentes circunstancias; su largo paso por el poder. Así el Gobierno de Sagasta

no puede temer á la libertad, y los demócratas, miéntras el Gobieruo sea liberal, no deben tener escrúpulo alguno en apoyarlo. Por de pronto la política ministerial resulta de una grande amplitud. La prensa, por virtud de una circular del ministro de Justicia, entra plenamente en su derecho. Los partidos merced á otra circular del ministro de la Gobernacion, recobran su legalidad. La Universidad, merced á disposiciones del ministro de Fomento, podrá consagrarse con autonomía entera á la ciencia. Por consiguiente la libertad vuelve á recobrar todo su vigor, y esta su vigorizacion vuelve á traer esperanzas á todos cuantos, la creemos y la consideramos el mayor bien de la vida. Mas, para realizar la libertad, se necesita el concurso de los demócratas; y para tener el concurso de los demócratas se necesita que todo el partido democrático adquiera en las lecciones de la experiencia los hábitos necesarios para entender cómo se une la autoridad con el derecho. Esta es una colosal obra. Pasemos á otro asunto.

Cada suceso que pasa viene á mostrarnos cómo la muerte rueda en las ondulaciones del tiempo y hace del espacio infinito un vastísimo sudario. Esta tierra, que ahora lleva el jugo de

la vida en sus átomos, los cuales se agrupan en formas tan varias y se enrojecen como al calor de una sangre misteriosa, dando flores y frutos en tanta copia, séres inanimados y animados en tan grande número; esta tierra, nido de amores, coro de aves, íris de espléndidos matices, manantial de electricidad, academia de artistas, altar de dioses, lecho de mares y asiento de selvas que producen sustancias y organismos, esta tierra se quedará yerta y muda, envuelta en desiertos helados, como los picos de las montañas ocultas entre las nieves eternas. Los poetas con sus arpas de oro en las manos, los héroes con sus coronas de laureles en las frentes, los artistas con su cincel que desbasta el mármol y su paleta que deslie el color; los sabios iluminados por la llama de un ideal, los reveladores, siquier tengan un nombre que haya de repetir la sucesion de cien siglos y emitan una idea que haya de alimentar el alma de cien generaciones, se enredarán, tarde ó temprano, en las espesas mallas de la muerte, cual se enredan las pobres moscas en las tenues telarañas. A manera que la fuerza reina en las cimas de la materia, la desorganizacion se oculta en las líneas de los organismos; y como nada

puede la libertad del hombre contra la fuerza del corazon, nada pueden las creaciones infinitas del amor contra los infinitos estragos de la muerte. ¡Qué universal tragedia!

Pero ¡ah! todo cuanto tiene de trágica la muerte verdadera y solemne, tiene de ridícula y visible la muerte llorada por amigas lágrimas, y luégo de lloradas desmentidas. César Cantú ha muerto, y á los tres ó cuatro dias ha resucitado. La noticia de su paso desde este mundo al otro corrió con tal valimiento, que los biógrafos registraron los Diccionarios de contemporáneos con diligencia y escribieron frases más ó ménos hilvanadas sobre la vanidad de las humanas grandezas y el humo de la gloria. El historiador pudo enterarse, leyéndolos, de lo que pensaba la posteridad sobre sus obras, y rehacer su propia vida en la feliz memoria. Yo me lo imagino en la música y grandiosa Milan al abrigo de su biblioteca, rellanado en cómodo sillon, delante de una chimenea que despide el calor necesario á la vida, bien comido y muy sano, ojeando su propia biografía y recibiendo el vapor de las lágrimas vertidas por su muerte. César Cantú representa una contradiccion tan viva en la historia literaria del si-

glo, que al meditar algunas de sus páginas creeis haberos encontrado con un viejo republicano, y al meditar otra de sus páginas creeis haberos encontrado con un empedernido reaccionario. Tal contradiccion proviene de que Cantú pertenece á la escuela romántica, como Manzini su modelo, y perteneciendo á la escuela romántica se inspira en la libertad que deba romper los lazos con los cuales se hallaba como ceñido y atado el genio de nuestro tiempo á las convencionales reglas de la poética de Versalles. Luégo, conservador en todas partes, queria una revolucion para su patria opresa, y suspiraba con plañideros suspiros por la libertad de su Italia idolatrada. Era, pues, lombardo y güelfo, es decir, pertenecia por completo á la region católica de la Península incomparable, á la que armó contra Federico Barbaroja la legion de ciudades, cuyo genio confundia el sentimiento religioso con el sentimiento republicano; y mercantiles y artistas al mismo tiempo, capaces de la inspiracion poética y del heroismo guerrero, ponian sus libertades y sus Repúblicas al amparo del catolicismo y á la sombra del Pontificado. Esta situacion doble ha cedido por último en daño de César Cantú, porque los re-

publicanos le tenian por sobradamente papista, y los papistas por sobradamente republicano. Así no habrá dejado de clavarse algunas espinas el historiador al leer sus fúnebres arengas en el momento en que comienzan las alabanzas. Celebraré que no le haya sucedido el caso, más ó ménos verdadero, por la tradicion ó por la leyenda ó por la malignidad atribuido al gran orador lord Brougham, caso, que si no es cierto, es gracioso. Pocos oradores cuenta en el ciclo de la elocuencia política nuestro siglo que puedan compararse con orador tan extraordinario. Basta para encarecerlo y admirarlo cual merece, leer su defensa de la infeliz reina Carolina y su acusacion de los infames negreros. La reputacion de Brougham era, pues, inmensa. Pero el año 48, al ver el triunfo de la República en Francia, quiso naturalizarse francés, y nunca le perdonaron tal intento los patriotas y monárquicos ingleses. Dolido de las injusticias que estaba condenado á devorar en su tiempo, arbitró una anticipacion del juicio de la posteridad y se fingió muerto, noticiando su fin á todo el mundo. Pero el periódico, que leia habitualmente, supo la ficcion, y quiso darle al bromeador una broma, poniéndole esta donosa despe-

dida del mundo: «Ayer murió lord Brougham; se creia un gran escritor, un gran orador, y era un grandísimo majadero.» Imaginaos su espanto al ver que ni siquiera en el sepulcro le perdonaban sus compatriotas y ni siquiera en la hora de la muerte sonaba para él la hora de la justicia.

Quien de veras ha muerto ha sido el extraordinario escritor inglés, Carlyle, cuya fama de filósofo sublime y artista extravagante ha llegado hasta nosotros, heleno-latinos tan rebeldes á la comprension de las antítesis y de las genialidades británicas en nuestras aficiones por la pureza del dibujo y el brillo de la forma. Cuando abro un libro de este inglés, singular entre los mismos ingleses, traspórtome á los celajes sombríos de Dinamarca desde el cielo azul de España; oigo el cantar de los sepultureros mezclado con el ruido del azadon, que cava la fosa, y el rodar de la calavera que retumba en el hueco de los sepulcros; evoco las ideas sublimes del loco Hamlet sobre el movimiento de los átomos desprendidos de los cadáveres y sobre las muecas é irrisiones de la muerte, como una estatua yacente sobre el universo tendida; y me paseo allá, en aquel ce-

menterio, donde corren juntas las más ridículas bufonadas con las más sublimes oraciones, miéntras se acerca el entierro de Ofelia, caida desde el fúnebre sauce al sereno lago, y muerta con su corona de flores en las sienes y su canto de amor en los labios, entre las espadañas y las ondas, despertando la solemne tristeza de la luna llena al borrarse en el claro anacarado de una esplendorosa mañana. Nosotros, en la exterioridad de nuestra vida plástica, siempre que ponemos la pluma en el papel nos acordamos del público; miéntras Carlyle, en la interioridad de su individualismo germánico, escribe para dilatar su espíritu propio é íntimo como si nadie hubiera de leerlo ni de escucharlo. Así tiene atrevimientos sólo comprensibles en la idea solitaria y entregada por completo á sí misma; y dice cosas á los lectores de todos los pueblos ó de todos los tiempos que no se atreveria ciertamente á decir en una tertulia de confianza. Ansioso por vaciar en la expresion el ideal que boga por los espacios de su inteligencia, lo mismo le da coger el barro de la calle y el excremento de la casa, que el arrebol de los ocasos espléndidos y el éther de los cielos infinitos, como en esos ensueños de una

mala digestion ó una buena jaqueca, cuyos delirios confunden las ideas más contradictorias, las cosas más extravagantes y dispares. Así me parece, ya el sacerdote que levanta la víctima coronada de flores en el ara de mármol bajo las bóvedas del templo henchido de incienso y de música, ó ya el arlequin que suena sus cascabeles y representa sus payasadas entre las risas epilépticas de un público ebrio; ya el fatalista que admite la fuerza del destino bajo cuya inmensa pesadumbre se aplasta el individuo como la hormiga bajo las suelas de nuestras botas, ó ya el puritano austero que ha bebido sus ideas en las iglesias de Escocia y ha aplicado el Evangelio como código político á los pueblos y ha opuesto á la tiranía de los Estuardos la inviolabilidad de la conciencia, y para salvar su derecho ha corrido á la América de la libertad para poner su conciencia inmaculada sobre el altar de la naturaleza vírgen: que en sus obras se mezclan las ideas religiosas con las bufonadas extravagantes, los dicharachos soeces con el incienso místico, los gritos del burdel con los ecos del órgano, el bramido de las revoluciones populares y el acento de la autoridad absoluta, las frases aristofanescas de una demagogia des-

encadenada y el diálogo platónico de una filosofía sublime, como en la escena del mundo y en los contrastes del universo.

Como describe una tarde fúnebre de los mares del Norte, cuando las montañas negruzcas aparecen cual inmensos catafalcos y los resplandores del sol poniente cual funerarias antorchas. Despues de ésto, que tiene la grandeza de un cuadro de Miguel Angel ó de una sinfonía de Bethowen, os comparará cualquiera de sus malquerencias con el perro ahogado y podrido que sube y baja por el Támesis en una marea de inmundicias. Ya os pintará el genio de Inglaterra en ciertas edades como un avestruz gigantesco, que mete su cabeza bajo el ala y vuelve su extremidad contraria al sol, ó ya os llevará en alas de prodigiosa elocuencia cerca de la colina donde se levanta la iglesia en cuyo pavimento duermen los muertos aguardando el dia de la resurreccion, y por cuyas cúspides corren las plegarias que abren agujeros de luz en las sombras eternas para mostrarnos, como á través de la reja de una cárcel, pedazos azules del cielo de lo infinito. A tal maravillosa manera todas las formas se entrelazan, todas las ideas se atropellan, todos los rumores se exha-

lan, todos los animales se levantan como en uno de esos gigantescos bosques tropicales, donde al lado de las flores hermosas y aromáticas, junto á los frutos henchidos de miel, entre las aves del paraíso, semejantes á ramilletes con alas, extiende su sombra de muerte el manzanillo que envenena, y pululan los más sucios y más horribles insectos.

La estética moderna llama en su lenguaje particular á tal arte humor genial y á tales artistas escritores humorísticos. Sólo un pueblo, donde la personalidad se extiende en todas direcciones libremente para reconcentrarse luégo en sí misma, produce ingenios de este órden, tan faltos de mesura, tan rebeldes á las reglas, tan fuera de lo convencional, tan desdeñosos del público y ensimismados en su egoismo hasta burlarse de toda tradicion y llegar por mezclas de sublimidades y de extravagancias infinitas á la más alta y más especial originalidad. No busqueis, pues, en Carlyle nuestro compas clásico, nuestras proporciones artísticas, la simetría del ingenio meridional, la sujecion á las reglas y á las conveniencias de quien piensa más con el criterio de su público que con el propio criterio, la correccion y la claridad y la

pureza de los escritores latinos en general y especialmente de los escritores franceses; pero buscad y encontrareis entre las algas y el cieno que arrojan á la orilla las tempestades de su alma y los hervores de su pensamiento, el gérmen de muchas ideas tan bellas como perlas, y la gelatina de mucha vida en la cual se encierran borradores innumerables de múltiples pensamientos. Así es que la juventud debe admirarlo, sí, pero no seguirlo; debe leerlo, sí, pero no imitarlo. Duerma en paz el monstruoso cíclope, á veces feo como un vestiglo en su caverna y á veces hermoso como un ángel en su empíreo. Entre los ingenios del siglo quizás ninguno más misterioso ni más propio para remover con el soplo de sus ideas los sentimientos del corazon y llenar con sus creaciones, á veces muy estrafalarias, y hermosísimas á veces, el alma de este tiempo.

Cuesta, despues de haber saludado todos estos preclaros ingenios, un tanto de trabajo saltar desde las letras á la política. Pero no creemos alejarnos mucho de nuestro asunto, diciendo algo del último viaje de Parnell, el agitador irlandés, ido á Francia, en pos del descanso exigido por sus luchas enormes en el Parlamento

británico, ¿Quién le ha aconsejado su entrevista con Rochefort? Escritor éste de ingenio y de agudeza, no tiene el seso político necesario para la enseñanza, la advertencia, el consejo. Desconoce Irlanda quien la inscriba y aliste en las legiones de la revolucion cosmopolita. Desde los tiempos de Isabel ha unido la verde Erin sus destinos históricos al catolicismo. Por católica se opuso al puritano Cronwell; por católica combatió el predominio de la religion protestante representado por las dos ilustres dinastías de Orange y de Hannover. Su primer orador, O'connell, se inspira en la religion romana, y su emancipacion religiosa se denomina por antonomasia la emancipacion de los católicos. Perderia mucha autoridad la política de Parnell en su patria misma, y la cuestion social de Irlanda concluiria por mover recelos en todas partes si llegase á confundirse con esos soñadores que no se satisfacen ni con una democracia tan progresiva, ni con una libertad tan amplia, ni con una República tan avanzada como la libertad y la democracia y la República de Francia. No tomarán los irlandeses á mal que un amigo de la libertad les aconseje la inteligencia estrecha con los radicales británicos, á los cuales

deben y de los cuales aguardan, diga lo que quiera el ingrato olvido, sólidas y duraderas ventajas. La guerra con la Gran Bretaña, la revolucion contra la Gran Bretaña, paréceme la mayor de las insensateces, miéntras las reivindicaciones legales y pacíficas la más fundada y más legítima de todas las esperanzas. Recuerden cómo su adhesion á Inglaterra en 1779 les trajo su independencia legislativa de 1782, y cómo su revolucion armada de 1798 les trajo su ruina y la ruina de su Parlamento en 1801. Créanlo, de un trabajo pacífico pueden esperar mucho más que de un trabajo revolucionario. En las ideas radicales deben confiar más que en los propios esfuerzos. Sobre todo no perturben la política de la República francesa, tan aislada en Europa, indisponiéndola con el Gobierno británico. ¿Qué sería de nosotros si por culpa de todos se apagase la luz de libertad que brilla en Francia y se perdiese de nuevo á los piés de cualquier dictador esa gran democracia? Sucederia lo que sucedió en el siglo décimosexto, cuando se extinguió la República de Florencia.

Apénas Cárlos V pone el pié en Italia allá por 1530 siéntese caer una víctima cuya des-

gracia oprime el corazon y provoca lágrimas como la desgracia de Aténas en los campos de Querónea. Esta víctima es aquella República que habia esmaltado la corona de Italia y traido al Occidente el alma de Grecia y puesto sobre sus pedestales antiguos las estatuas clásicas, y animado las tablas, los lienzos, las paredes, con los íris y las figuras de sus pintores y convertido los jardines donde los laureles crecen á porfía en academias platónicas ó en museos artísticos y despertado el genio de Platon, el divino, ante cuyo busto de mármol pentélico ardian las lámparas como ante la efigie de Jesucristo: obra digna por todos conceptos de aquella ciudad de las grandes síntesis que en su renacimiento habia unido las dos mitades de su historia, en su concilio las dos Iglesias del Cristianismo y en su ciencia las dos grandes ideas de la revelacion y de la filosofía como si fuese el oráculo de la antigüedad y el genio de los siglos pasados en medio de las sociedades modernas.

Cárlos V entrega Florencia inconsideradamente á la codicia de Clemente VII. Asi éste le constituye á él y á sus soldados en verdugos de la ciudad artística. Todos los ejércitos imperiales confluyen airados en torno de Florencia. La

República no quiere que su muerte desdiga de su vida y se apercibe á defenderse con heroismo y á ofrecer su holocausto inmortal á sus libertades espirantes. Aquel pueblo de artistas se convirtió en un pueblo de héroes. Nada más fácil á estas naturalezas meridionales tan abiertas á las emociones, que cambiar sus cinceles por espadas. Florencia no fué nunca República militar. Sus hijos cultivaban el comercio como los republicanos cartagineses, ó el arte como los republicanos atenienses; pero no cultivaban ni la guerra continental como la República de Roma ni la guerra marítima como la República de Venecia. Y sin embargo, cuando el temor de perder sus libertades históricas les empeñara con tanto interes en la guerra, llegó aquel pueblo á ser pueblo de soldados y á obtener una firme organizacion militar. Nada más consolador que los gremios de trabajadores pacíficos trocados en compañías activas de numerosa gente armada. Nada más sublime que ver á quienes levantaran los palacios aéreos, las torres ligeras, las rotondas armoniosas, los campaniles marmóreos, levantando como ásperos militares las ceñudas torres y las inexpugnables murallas.

Clemente V, en su afan de dominacion, mandó contra su hermosa patria las mismas tropas cumplidoras del saco de Roma y el mismo general que le impusiera á él pesado y deshonroso cautiverio. Pero si la familia de los tiranos dió este implacable y desnaturalizado Papa, la familia de los trabajadores dió á Ferrucci quien deberá llamarse el último de los florentinos como Philopoemen se llamó el último de los griegos. Sucumbió como todos aquellos sobre los cuales pesa la suerte adversa con sus incontrastables decretos; pero sucumbió gloriosamente y en algunas horas como aquella solemne en que mató al príncipe de Orange y dispersó sus gentes, hubiérase dicho que sojuzgaba al destino. No hubo, sin embargo, remedio. Los imperiales entraron el 12 de Agosto de 1530, aunque bajo promesa de amnistía, y la República florentina murió sacrificada por un Papa infame y parricida. Pudieron el Pontificado y el Imperio ya entenderse y abrazarse gozosamente sobre el cadáver de esta hermosa Ifigenia sacrificada en aras de insaciables ambiciones. Pero se disipó en los aires la nota melodiosa de un arpa que habia encantado con sus arpegios los oidos de la humanidad; se cayó de su pedestal una diosa que habia reve-

lado á los mortales en sus miserias los celestes secretos del arte; se extinguió un oráculo que habia encendido en la conciencia humana el fuego de lo ideal; se perdió para la tierra entera una escuela de donde habian salido los primeros pensadores y los primeros artistas del Renacimiento. Desde que la República muere, el alma de Florencia se extingue, cual si hubiera estado indisolublemente unida á esa forma de Gobierno. Ya no se verá pasear por aquellas calles la tétrica figura que lleva en su corazon el infierno de la Edad Media y en su frente la epopeya del Catolicismo; ya no trazarán sus pastores aquellas líneas que trazaba el Giotto en los arenales del Arno y de las que surgia todo el dibujo moderno; ya no elevará Donatello aquellas estatuas que glorificaban la forma humana y decian cómo la regeneracion material del hombre acababa de cumplirse; sobre sus puertas de bronce no volverán á modelarse guirnaldas como las tejidas por el punzon de Ghiberti; sobre sus austeras iglesias no volverán á erigirse rotondas como la sublime rotonda de Santa María de las Flores; ninguno de sus monjes predicará como Savonarola y pintará como Fra Angellico; los viandantes no encontrarán jamás en las esqui-

nas y en las logias aquel jóven llamado Rafael que escudriña con sus profundos ojos los secretos de las formas plásticas; la última grande alma que pasará por sus horizontes será el alma de Galileo perseguido y la última grande obra que honre sus espacios será el sarcófago donde el Titan Buonarroti ha reunido los buhos, las estatuas yacentes, la noche triste, la muerte eterna, todo lo que simboliza el duelo de la libertad y el vencimiento de la patria.

XXIII.

IRLANDA.

No puede pedírsele en verdad á un pueblo atribulado que deje de quejarse, y no puede quejarse, sino como suelen los pueblos, retorciéndose cual un epiléptico en violentísimos sacudimientos. Pero Irlanda debe considerar que nunca fueron menores sus males y que nunca estuvo al frente del Gobierno inglés un repúblico tan resuelto á ocurrir á ellos y á remediarlos, como el eminente Mr. Gladstone. Él abolió la Iglesia protestante de Irlanda que pesaba con abrumadora pesadumbre sobre la conciencia de un pueblo católico, y él dió las leyes agrarias que resolvieran graves cuestiones sociales. En el Gobierno todo exceso de dogmatismo, ora individualista, ora socialista, daña, puesto que no pueden aplicarse á las enfermedades com-

plicadísimas de la realidad las recetas puras de la escuela; y precisa recurrir al empirismo muchas veces, y rectificar los ideales más justos en las lecciones de la más impura experiencia. La ley última de Forster relativa en su totalidad á los arriendos de Irlanda y meditada en favor de los arrendatarios, no puede ménos de ser socialista, porque á males tan graves, de una duracion tan larga, inveterados y hondos, tiene que oponerles remedios complicadísimos hasta el intransigente y secular individualismo británico. Socialista será la ley; pero es necesaria. Y así no comprendo por qué un patriciado de tanto seso como el patriciado inglés ha opuesto á la ley una resistencia tan invencible y tan tenaz en la Cámara de los Lores, que debe al don de retirarse á tiempo y á las concesiones continuas su larga existencia, de todo punto incompatible con los derechos de la democracia moderna. Por tanto, no debe extrañarnos que, herido en su pensamiento capital, amargado por la tenacidad de los Lores, enamoradísimo de una ley cuyos artículos tienden á remediar muchas miserias y á redimir muchos miserables, el ministro haya amenazado á la Cámara aristocrática con una próxima destitucion constitucional. Ya hace

tiempo que los ministerios se mantienen en Inglaterra con la mayoría de la Cámara de los Comunes, aunque tengan minoría en la Cámara de los Lores: ya hace tiempo que pasa como axiomático el principio de que sólo tiene derecho á ejercer la autoridad suprema en los Parlamentos la Cámara que tiene derecho á votar los impuestos; ya hace tiempo que preguntándole á Lord Aberdeen qué harian los Lores si no quisieran los Comunes presentarse á su barra, contestó: «ir nosotros á la barra de los Comunes.» La Alta Cámara se opuso á la emancipacion de los católicos; la Alta Cámara se opuso á la abolicion de la trata; la Alta Cámara se opuso á la libertad de los negros; la Alta Cámara se opuso á la reforma electoral; y prescindiendo de su voto por una especie de golpe de Estado, mister Gladstone democratizó en su último Ministerio los antiguos y cerrados ascensos del ejército. Si la Cámara de los Lores quiere resistir á toda costa, la Cámara de los Lores tendrá que irse á toda prisa. Solamente cediendo, como en tantas otras ocasiones, puede por algun tiempo salvarse merced al culto supersticioso de la raza sajona, por sus recuerdos históricos.

Las aristocracias que no se renuevan, tienen

el triste fin de las tres naciones aristocráticas de Hungría, de Polonia y de Venecia. Y si ha subsistido como una excepcion á esta regla el patriciado inglés al frente de nacion tan poderosa y grande como Inglaterra, es por su flexible espíritu de conciliacion y por su concordia íntima con la democracia moderna. Que no lo olviden los Lores ingleses en las cuestiones de Irlanda.

XXIV.

LAS ELECCIONES ACADÉMICAS EN MADRID Y EN PARIS.

La Academia Española es la más parecida de todas las Academias del mundo á la célebre Academia Francesa. Destinóla Felipe V, aquejado de la nostalgia de Versalles en su palacio de Madrid, á emparejar con la Academia que Richelieu fundara en París, y lleva el sello de su orígen, como llevan los individuos indeleblemente la marca de su especie. La facilidad con que heredan las hembras en España el trono, exaltó varias dinastías extranjeras en épocas decisivas con grave detrimento de nuestros intereses. La hija de D. Alfonso VI, doña Urraca, nos trajo la dinastía de Borgoña; la hija de Isabel I, doña Juana, nos trajo la dinastía de Austria; la hija de D. Felipe IV, doña

Teresa, nos trajo la dinastía de Borbon. Cárlos V, al venir de Flandes y presentarse en las Córtes de la Coruña, bien puede decirse que no sabía español, y poco más ó ménos le pasaba dos siglos despues á Felipe V al venir de Francia y presentarse en Madrid. ¡Con qué sentimiento vistió éste la ropilla oscura y se ciñó la apretada gola! ¡Con qué celeridad despidió los treinta gentiles-hombres, servidumbre de los antiguos monarcas, y los redujo á seis, como advirtiendo á todos cuán francés se proponia ser en achaques de ahorros! ¡Cómo se burlaba de que Medinaceli firmase duque, para encarecer su primacía, y de que Villena se dijese el marqués á secas, aquí donde hay tantos, á riesgo de ser confundido con otros; y de que Veraguas se creyera almirante nato por su glorioso ascendiente Colon, y de que Mancera no comiese pan hacía cincuenta años, y apareciera en todas las fiestas ya ochenton, á guisa de gallardo y florido jóven! Así, rodeábase de franceses que le tenian sorbido el seso y el embajador Harcourt aparecia como Espíritu Santo en su política, y el jesuita Aubanton como conciencia en su moral, y el estampillero Hersent como pluma en su correspondencia, y el jóven Louville como propio rey

en todo. Cuando entrais en la Academia Española os creeriais en una dependencia de Versalles al ver en aquellos retratos de corte y de colorido franceses las pelucas gigantescas y empolvadas ornando fisonomías blancas, y las chupas bordadas cubriendo cuerpos vulgares, bien léjos del aire y del gesto de nuestra propia raza, particularmente en los apagados ojos, que no brillan ni con destellos siquiera de nuestro sol, cuyos rayos prestan á las caras españolas, sobre todo á las caras de nuestras hermosas mujeres, tantos encendidos volcanes. Ya se ve, querámoslo ó no, la Academia Española es de orígen francés.

Y las gentes, dadas á repetir cuantas vulgaridades oyen, suelen proclamar sin exámen que trabaja mucho la Academia Francesa y que trabaja poco la Academia Española: creencia fundada doblemente en nuestra genial pereza y en la genial actividad de nuestros vecinos. Pero estos cuerpos colectivos y honoríficos pecan allende y aquende el Pirineo, tras los mares y tras las fronteras, en la trabajadora Inglaterra y en la contemplativa Asia, de poco emprendedores y audaces, bien hallados en su inmortal serenidad y en su olímpica inercia. Contábame

una noche del año 75 Víctor Hugo, á los postres de sus sabrosas y amenas comidas, que asistió al bautizo del nuevo Diccionario de la lengua ideado por su Academia, y al nombramiento de la comision encargada de estudiarlo y proponerlo á sus demas cofrades, comision por cierto bastante retribuida y honrada. Definióse con mucho énfasis y solemnidad la letra A, principio de los alfabetos, y definida esta letra no volvió á saber el poeta gran cosa de la Academia. Emprenderíase tal trabajo allá por el año 40, y su asistencia primero á la Cámara de los Pares, su eleccion luégo para las Asambleas de la República, su combate á muerte con el príncipe presidente, su protesta al golpe de Estado, su emigracion de veinte años durante el Imperio, su vuelta en los dias nefastos del sitio, las tristezas de la rota nacional y los horrores de la comunidad revolucionaria impidiéronle sucesivamente asistir á su sede augusta de inmortal, ni ocuparse, por ende, en los trabajos del Diccionario. Mas pocas noches ántes de aquella comida, deseoso en su amistad hácia Julio Simon de darle su voto, personóse en la Academia con ánimo de recordar sus derechos, aunque nadie, ni en el cenáculo literario ni fuera del

cenáculo literario, pudiese olvidar su nombre y sus títulos. Y maquinalmente, por decir algo, por hacer algo en el embarazo natural que le causaba el recuerdo de tantos colegas muertos y la presencia de tantos otros nuevos, preguntó por los trabajos del Diccionario, á cuyos comienzos asistiera y cooperara una noche, allá en su juventud, contribuyendo á definir la letra A. Y le dijeron que ya estaban en A C, de suerte que calculando el tiempo por venir, segun el tiempo ya pasado, el Diccionario se acabará cuando por una ley natural se haya acabado ya la lengua francesa y costará poco más ó ménos el triple ó cuádruple que ha costado la indemnizacion de la última guerra: historieta que refiero, no para promover, para excusar nuestros aplazamientos y nuestras largas.

Dependerá de la diferencia en la respectiva complexion nacional, del mayor apego que los franceses tienen á las distinciones oficiales, de la distancia existente entre la importancia de París, capital de Europa, tanto por su posicion geográfica como por su ingenio soberano, y la importancia de Madrid, cabeza de inmenso imperio, desorganizado y decaido en los dos últimos siglos; pero nosotros no buscamos los

honores académicos, ni por regla general toda clase de honores con el empeño y el entusiasmo de nuestros vecinos de allende. Tenemos innumerables veneras, desde el relumbrante Toison de Oro que llevan los reyes hasta la humilde cruz de beneficencia que gana con cualquier rasgo de caridad el zapatero de enfrente ó el guardia municipal de la esquina; pero no las usamos ni en los actos oficiales de más ceremonia y lujo, miéntras el francés cose la rosa carmesí de su Legion de honor, no sólo al hojal de la levita que viste para la calle, á la bata casera que sólo ve la propia familia, y si lo apuran á la punta del gorro de dormir, como si tales honras sociales diesen á su hogar encanto, á su comida sabor, á su sueño paz. Así por este flaco del carácter nacional, se eleva en Francia la eleccion de un académico á las alturas de cualquier negocio de Estado. Los periódicos publican, así que tal asunto surge, artículos sin término sobre las calidades y méritos de los candidatos en competencia; los partidos se agitan como si de la sucesion al trono y del nombramiento á la presidencia se tratase; las intrigas y las recomendaciones se cruzan de todos lados en sentidos diversos, defendiendo cada

cual su presentado con verdadero entusiasmo y atacando al competidor con verdadero encarnizamiento; y en las dos Cámaras y en las doscientas mil tabernas todo el mundo habla de los incidentes del combate y todo el mundo diserta sobre las probabilidades de la victoria.

Leer la odisea del infeliz presentado, cuando va por las casas de los académicos en demanda de votos, causa verdadera lástima. Quien tiene la debilidad de contarla, ofrece propicia ocasion á la risa, natural en la malignidad humana, tan propensa de suyo á divertirse con las desventuras de la ambicion y de la vanidad. Un poeta de buen natural, aunque de pálida inspiracion, Alfredo de Vigny, cayó en la inocentada de referir sus ascensos á los cuartos altos, sus entrevistas con los viejos malhumorados, sus desengaños por las repulsas y las negativas experimentadas en las pretensiones y demandas, su conviccion tristísima de que, entre los inmortales, pocos conocian sus obras y si alguno habia leido las más ligeras y de menor importancia, habialas leido tan sólo por el placer de criticarlas duramente en su forma y combatirlas en sus ideas y en sus principios. Su conversacion de aspirante con el académico Royer Collard, el cé-

lebre fundador de la escuela ecléctica en filosofía, y del partido doctrinario en política, viejo eminentísimo por sus talentos, pero gruñon por los últimos desengaños de su vida, muestra cuán crueles dolores suelen atenacear á los pretendientes y cuán agudas espinas ceñir las pretensiones en este pícaro mundo de tristezas y desgracias. Encontrábase la juventud que todo lo ambiciona con la vejez que todo lo desdeña; la ilusion que mariposea sobre la vida con el desengaño que tiende hácia la muerte; un poeta en los pensamientos y en las acciones con un filósofo cada dia más lógico y ménos inspirado; la pasion por conocer, por sentir, por amar, con la glacial indiferencia opuesta á todos los fervores y desasida de todas las esperanzas; los dos polos de la existencia humana. Vigny, que conocia uno por uno á cuantos deseaba contar por colegas y acompañar en la inmortalidad, creíase conocido por ellos, puesto que su nombre ya habia brillado en la prensa y en el teatro. ¿Cuál no sería, pues, su asombro, cuando el orador filósofo le preguntó que género de literatura cultivaba? La poesía, respondió Vigny con voz ahogada.— ¿La poesía? Líbreme Dios. Yo no puedo votar á un poeta. Está la Academia llena de esa jente, y

nos faltan sabios, filólogos, eruditos. ¡Otro poeta! ¡No hace mucho tiempo que he dado mi voto, por compromiso, á un tal Víctor Hugo!! En cuanto Vigny oyó que al Dios de la poesía y del arte, al autor de *Nuestra Señora de París*, en cuyas páginas luchan la Edad Media con el Renacimiento y aparecen personificados en tipos luminosos principios de la estética moderna; al que escribia como Miguel Angel esculpiera y pintara; al que acababa de llevar con su *Hernani* la revolucion al teatro como Mirabeau con su palabra y Danton con su cuerpo la llevaron á la sociedad; cuando oyó esto, cogió el sombrero, saludó con profundo silencio y reverencia profundísima, salió á la calle con presteza como si escapara de una tentativa de asesinato, y corrió á su humilde cuarto para recogerse en sí mismo y acurrucarse en la cama temeroso de que el corazon se le rompiera en mil pedazos al estallido de su dolor y le faltara la cabeza mareada por el vértigo de la desesperacion.

Ninguna de estas escenas dramáticas, pasa en nuestra España con tal motivo. Los pretendientes apénas exhiben al público su pretension, como si fuera un crímen, y los periódicos apénas

dan de ella conocimiento, sino en las líneas de alguna noticia suelta y en los escondites de alguna gacetilla humilde. El orgullo español se compadece mal con los memoriales humildes, con las risitas cortesanas, con las maniobras ocultas, con los mil dramas que bordan en la inventiva de nuestros vecinos las arideces de una eleccion académica. La misma docta corporacion apénas habla, ni entre bastidores siquiera, de los futuros candidatos, apénas discute sus méritos, tomando todo el aspecto de una designacion misteriosa en el seno de una sociedad secreta. Oculta votacion por bolas blancas y negras resuelve en el fondo de callada urna, sin discusion previa de ningun género y despues de inteligencias muy recatadas y misteriosas la eleccion. Bajo esta glacial indiferencia late una idea y se advierte una pasion política; porque, en los pueblos latinos, tan exaltados de suyo, no pueden vivir ni las sociedades más distantes del Estado sin mirar para algo hácia las impurezas de la realidad, siempre agitada, sin mezclarse por fuerza en la vida militante de los partidos en lucha.

La Academia Francesa es una Academia de oposicion constantemente. Napoleon III lo pudo

todo ayer en Francia, hoy lo puede todo Gambetta; pero ni uno ni otro, aunque lo pretendieron muchas veces, alcanzaron la corona académica para realzar su omnipotencia política. En tiempos del Imperio, cuando sólo se publicaban los periódicos aceptos al César y sólo vivia y respiraba en el seno de Francia quien obtenia permiso y alcanzaba tolerancia de la arbitrariedad coronada; el pensamiento, en todas partes opreso, erguíase con soberano poder en la Academia, y reivindicaba sus eternales derechos, con una libertad de expresion, á la cual no osaba poner freno, por una de esas inconsecuencias frecuentes en los déspotas, la triste y avasalladora dictadura. Todavía recuerdo la entrada del Padre Lacordaire, que frente á la fatalidad napoleónica elevaba el ideal de la democracia cristiana, erigida por los peregrinos de Inglaterra en el seno vírgen de América para mostrar toda la virtud santificante y creadora que hay en la libertad.

Nuestra Academia no tiene esta complexion batalladora de la Academia Francesa y se distingue sólo por un culto muchas veces excesivo á lo pasado. La mayor parte de sus individuos pertenecen á esas escuelas que plañen de conti-

nuo la muerte de lo antiguo y que se inclinan llorosas como los sauces sobre las piedras de los sepulcros. No puede negarse que la Academia, en realidad, abre sus puertas á todas las ilustraciones del siglo; pero tampoco desconocerse que entran con mayor facilidad y mucho ántes en su seno, aquellos, cuya inteligencia se arrebola en los ocasos teñidos por las tristes sombras de las ideas muertas. En este instante apercíbese á nombrar un jóven de corta edad y sumo mérito; el jóven es Menendez Pelayo, á quien la Universidad ha dado una cátedra mucho ántes de que la Academia pensara en darle una plaza. Hoy apénas cuenta veinticinco años. No puede negarse que es un prodigio de erudicion. Su vasta memoria podria encerrar con holgura la Biblioteca de Alejandría. Se asemeja un tanto á Pico de la Mirandola. Sabe hebreo, griego, latin, árabe, inglés, aleman, ruso, muchas lenguas. Registra los volúmenes con facilidad maravillosa y los almacena en su cerebro con retentiva admirable. Pero carece de estilo literario y de juicio crítico. Además, su vista intelectual sufre en cuanto la hiere un rayo del espíritu de nuestro siglo y del sol de nuestras ideas. Quizás á esto debe principalmente su eleccion.

Y hacen mal en verdad, los académicos de cierto color manifestando así sus ideas, porque quitan á la Academia su majestuosa impersonalidad y confunden su suerte con la suerte de una pobre secta.

ÍNDICE.

		Págs.
Advertencia		3
I.....	Los funerales de un príncipe	5
II.....	La muerte de Víctor Manuel	20
III....	Los liberales franceses, los liberales italianos, los diplomáticos rusos y los conservadores ingleses	36
IV.....	La política imperial y la política republicana	52
V.....	El príncipe de Bismark en Viena	73
VI.....	Los amigos de la república francesa	95
VII....	La capital de Francia	107
VIII...	Temores fundados	125
IX.....	Transacciones con la realidad	144
X.....	La amnistía de los comuneros en Francia, y la prision de un diputado en Inglaterra.	158
XI.....	General ojeada á Europa	175
XII....	Política general	196
XIII...	Dificultades y obstáculos	204
XIV...	Consejos y advertencias	223
XV....	El poder temporal y el poder espiritual.— Una crísis en Francia	236
XVI...	Ideas hispano-americanas	247

Págs.
XVII.. Guerra chilena..... 264
XVIII.. Consejos de paz..... 283
XIX... América..... 298
XX.... Asuntos europeos..... 310
XXI... Historias trágicas..... 327
XXII.. Necrologías..... 346
XXIII. Irlanda..... 365
XXIV.. Las elecciones académicas en Madrid y en París..... 369